

Elena García

El tormento de Álex

*Porque no hay peor guerra que la que te
declaras a ti mismo*



*De la autora de **Dr. Engel***

Nova Casa Editorial

Elena García

**El tormento
de Álex**

Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2017, **Elena García**

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto

Portada

Daniela Alcalá

Maquetación

Daniela Alcalá

Corrección y Revisión

Abel Carretero Ernesto

Fotografía portada

María G. Carvallo

ISBN: 978-84-16942-93-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Índice

Portadilla

Sinopsis

Dedicatoria y agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Epílogo

Elena García

Sinopsis

Las imprudencias se pagan y eso es algo que, por desgracia, Álex sabe muy bien. Un hombre atormentado por una mala decisión. Una promesa cada día más difícil de cumplir y un sentimiento que creía olvidado amenazan con florecer de nuevo en su interior...

¿Qué secretos guarda el misterioso Álex? ¿Quién es esa mujer que lo está volviendo loco?

Dedicatoria y agradecimientos

A ti, a quien tanto añoro. Por haber sido siempre mi pilar de apoyo. Por animarme a perseguir mis sueños y demostrarme que la edad no es un obstáculo. Tus palabras marcaron mi vida y me hicieron fuerte. Gracias a ti soy quien soy. Te quiero, abuelo.

A mi marido, por ceder a mi capricho de convertirse en la portada de esta historia. Porque no imagino a nadie mejor en ella. Por ser mi inspiración, mi soporte y mi cimiento.

A mis hijos, por haber aguantado con madurez mi ausencia mientras me daba a estas líneas, porque gracias a su apoyo y comprensión todo ha sido mucho más fácil.

A mis padres y hermanos, porque cada uno a su manera ha sabido motivarme con su confianza. Gracias por todo lo que estáis haciendo.

A mis grandes amigos Juanma y Nieves, por estar siempre ahí. Por acompañarme en esta aventura y por esos grandes momentos que me estáis regalando.

Y, sobre todo, a mis chicas (y chicos) de Wattpad y Facebook. Sin ellos, este sueño nunca se hubiera cumplido.

Capítulo 1

Álex

Me recuesto en el asiento del coche y miro la foto de Mario que tengo en el salpicadero. No me fiaría jamás de un tipo así...

Pongo un poco de música relajante. Solo me queda esperar a que Natalia y su amiga salgan de la sala de conciertos y asegurarme de que lleguen bien a casa.

Mi teléfono vibra.

—Dime, César.

César, además de mi jefe, también es mi mejor amigo. Por fin ha conseguido enmendar algo en su vida convirtiéndose en un gran médico. Pero el día que nos conocimos él estaba tan o más perdido que yo. Ambos por desgracia cargamos con un gran peso sobre nuestros hombros. Quizá fue eso lo que nos unió. Imagino que de ahí viene el refrán “Dios los cría y ellos se juntan”.

—¿Has dado con ellas? Estoy preocupado, no me gusta que salga sola con Laura —se ha tomado muy en serio la protección de Natalia. Una pobre chica que conoció en su consulta y a la que su antiguo novio ha estado golpeando hasta hace solo unos días.

—Sí, tranquilo. Están dentro de una sala —me pidió que las siguiera cuando se enteró de que salían y por eso estoy aquí.

Le indico la zona.

—¡Qué casualidad! —dice sorprendido—. Estoy pasando ahora

mismo muy cerca de allí. Acabo de terminar en el hospital y he tomado otra ruta.

Desde mi posición puedo ver a una pareja saliendo del edificio y caminando por la calle de mala manera. En un principio pienso que están bebidos, pero fijándome bien no parece ser el caso. Él va dándole patadas en las piernas a ella con la intención de que camine más deprisa. En uno de los golpes la muchacha cae de rodillas, y el muy cabrón, en vez de ayudarla, aprovecha para asestarle otra patada en la espalda.

—¡Maldito hijo de puta! —digo en alto.

—¿¡Qué!?! —pregunta César.

—No. Perdona. No es a ti —contesto rápidamente—. Estoy viendo a un cabrón golpear a una chica.

—¡Haz algo! —se altera. César siente demasiado desprecio por este tipo de personas.

Me incorporo y arranco el motor del coche. «Le daré un buen susto a ese desgraciado...», me digo. Mientras el animal intenta levantar a la mujer tirando fuertemente de su brazo, una farola alumbra sus rostros.

—¡Es Natalia! —grito—. ¡Mario es quien la está golpeando! —lanzo el teléfono sobre el asiento del copiloto, piso el acelerador y me dirijo a toda velocidad hacia ellos. Cuando estoy bastante cerca, freno bruscamente y giro el coche para cortarles el paso. Si no estuviera Natalia con él, juro que le hubiera pasado las cuatro ruedas por encima. Aun así, he estado a punto de golpear su maldito cuerpo. Lástima que haya conseguido esquivarme.

Salgo del coche y unas potentes luces me deslumbran. Un vehículo

viene a gran velocidad hacia nosotros, y sé de quién se trata. César frena tan bruscamente como yo y baja velozmente del vehículo. Cuando se coloca delante de ellos no puedo evitar sonreír. Presiento que voy a divertirme...

—¡Suéltala o lo lamentarás! —grita César.

Me coloco a su derecha para no perderme detalle. Mario empuja a Natalia en ese momento y cae a mis pies. Tiro de ella y con algo de esfuerzo consigue ponerse en pie de nuevo. Debe de haberse hecho daño.

—Natalia, ¿estás bien? —pregunto mientras busco algún daño en su cuerpo. Asiente y me tranquilizo.

César se lanza sobre Mario y los dos caen al suelo. Con un hábil movimiento mi amigo consigue colocarse sobre él. Sé lo que está haciendo, hemos practicado muchas veces esto en el gimnasio del hotel.

Un golpe tras otro comienza a impactar sobre el rostro de Mario. No puedo negar que estoy gozando como un cabrón... No le da opción a defenderse. Está machacando su cara y temo que le hunda la nariz. Podría provocarle algún daño cerebral importante y buscarse un problema por ello.

—Vamos, César, para o lo matarás —le digo mientras trato de separarles.

Tiro de sus hombros, pero consigue soltarse. Lo intento de nuevo, aunque está tan fuera de sí que si me acerco más de lo necesario también me golpeará a mí. El gallina de Mario se tapa la cara con los brazos como si fuera una niña asustada y César sigue golpeándole sin control.

—¿Qué se siente, hijo de puta? —le grita—. ¿Te gusta esto, gran hombre? —Mario no contesta. Está escondido detrás de sus codos.

—¡Para! —digo. Si sigue así, lo matará. Consigo meter mis brazos debajo de los suyos y lo inmovilizo. Tiro de él y se lo quito a Mario de encima. Debería agradecérmelo...

—¡Suéltame! —grita César, pero no le hago caso; ahora mismo no es dueño de sus actos.

Lo arrastro mientras patalea.

—Suéltame, Álex, tengo que acabar con este cabrón —dice retorciéndose para escapar.

Si por mi fuera dejaría que lo hiciera papilla. Es lo único que merece el exnovio de Natalia.

—No permitiré que tengas problemas con la justicia por este indeseable —le digo con esfuerzo. No para de forcejear.

Mario se pone en pie. Está mareado y se tambalea. Nos mira con odio. Su cara parece una bandeja de lasaña.

—¡Habéis cavado vuestra propia tumba! —se toca las heridas y se mira los dedos—. Y tú, putita... —señala a Natalia— no vas a tener tanta suerte la próxima vez —como es normal, César se cabrea más, con lo que tengo que sujetarle más fuerte.

A medida que Mario se aleja el cuerpo de César comienza a relajarse y le libero poco a poco. No termino de fiarme.

—¿Te ha hecho daño? —le pregunta a la chica.

—No demasiado... —contesta ella para no echar más leña al fuego.

Tengo la impresión de que estos dos van a acabar juntos. En ese momento César abraza a Natalia y pongo mis ojos en blanco. «Lo que

yo sabía», me digo.

—Ya ha pasado todo —dice mi amigo cariñosamente, por lo que me incomoda. Cuando estoy a punto de dejarles solos algo llama mi atención.

—¡Naaaaaaaaata!, ¡Nataaaaaa! —una horrible y chillona voz suena detrás de nosotros—. ¡Nata, por el amor de Dios! ¿Dónde estabas? —mis tímpanos se resienten—. ¡Alguien dijo que había pelea y no te vi dentro! ¡Me asusté! —parece estar hecha de puro nervio.

A medida que se acerca me fijo mejor en ella. Solo he podido verla de lejos y parece una mujer bastante atractiva. Tiene cada curva en su justo lugar... Su cabello es rubio y liso, y sus ojos grandes y expresivos. Para mi desgracia y aunque lo intento, no puedo distinguir el color de sus iris, ya que hay poca luz, pero no parecen muy oscuros.

Natalia le cuenta lo ocurrido bastante afectada. Me sorprende la actitud de Laura, parece preocupada, y al momento bromea sobre lo que acaba de ocurrirle a su amiga como si no tuviera importancia... «Qué raro...», me digo.

César y Natalia deciden volver a casa, y yo me ofrezco para acompañar a Laura hasta su coche. Quiero ver si consigo averiguar algo más sobre ella. Es todo muy extraño... ¿Cómo ha conseguido Mario saber que estaban aquí?

Capítulo 2

—¿Eres muy amigo del guaperas? —pregunta mientras caminamos.

—Podría decirse que sí...

César siempre ha provocado esa reacción en las mujeres. Todas de una manera u otra acaban fijándose en él. Y cuando se enteran de que es médico, literalmente le acosan. Él se lo toma con humor, pero yo no podría soportarlo. Hace tiempo me juré que no volvería a acercarme a una mujer de esa manera...

—¿Vas mucho al gimnasio? —me mira descaradamente.

—Me gusta cuidarme —contesto.

—Ya veo... —sonríe pícaramente, consiguiendo hacerme sentir incómodo.

Solo hemos cruzado un par de frases y ya puedo asegurar que esta mujer no conoce la palabra *vergüenza*.

—¡Mierda! —dice de pronto, y miro en su dirección—. Ven un momento —mueve su mano para que me acerque.

Cuando estoy lo suficientemente cerca de ella, pone su mano en mi hombro, y siento un calor extraño atravesar mi ropa. Levanta uno de sus pies y se quita el zapato.

—¿Qué haces? —pregunto extrañado.

—Quitarme una puta piedrecita que me está jodiendo el pie —me sorprende su manera de expresarse. Si mi abuela viviera diría que no es propio de una señorita hablar así.

Mientras sacude su calzado aprieta fuerte sus dedos en mi hombro para no caerse. La sensación de calor es cada vez mayor, y no puedo evitar mirar. Su mano parece suave, sus dedos son largos y delgados, y tiene las uñas arregladas y pintadas de rojo. Mi color favorito. Cuando termina, se aparta y siento frío donde antes estaba su palma.

—¿Mejor? —pregunto antes de seguir la marcha.

—Pues la verdad es que no... Hay algo dentro que me sigue molestando.

—Déjame ver —extiendo mi mano para que me lo entregue—. No es una piedra. Hay un cristal clavado en la suela —trato de sacarlo, pero está tan incrustado que es imposible.

—Vaya nohecita... —dice quitándome el zapato. Camina cojeando porque uno de sus pies está descalzo.

—¿Queda muy lejos tu coche? —sé perfectamente dónde está, pero finjo no saberlo. Todavía queda mucho para llegar, y al ser una zona de copas sobre el asfalto hay varios cristales rotos.

—La verdad es que sí... —resopla—. Toda esta zona estaba abarrotada de coches cuando vinimos y no había dónde aparcar. No me quedó más remedio que dejarlo lejos.

Tomo una gran bocanada de aire. No me creo lo que voy a hacer. Cada vez caigo más bajo. Voy a pasar de niñera a mula de carga.

—Te llevaré hasta el coche —me mira extrañada mientras me pongo delante de ella—. Sube a mi espalda.

—¡Oh, Dios mío! —da palmaditas, y antes de que pueda arrepentirme, de un salto sube a mi espalda—. ¡Arre, burro! —clava sus talones en mis caderas.

Cierro los ojos fuertemente para contener mis ganas de lanzarla contra el suelo.

—Si vuelves a hacer algo así irás caminando —respondo malhumorado.

—Qué susceptible eres, cielito... No aguantas una broma.

—Puedo aguantar una broma, pero no idioteces de este tipo —se queda callada. Tengo la impresión de que he sido demasiado duro. Si no tuviera que sonsacarle información, me alegraría por ello. Pero así no conseguiré lo que necesito—. ¿Conoces a Mario? —quiero hacerle un pequeño interrogatorio.

—Por desgracia... —contesta mientras camino con ella encima.

—¿Qué sabes de él? ¿Por qué estaba ahí?

—Ha sido todo culpa mía... —suspira cerca de mi cuello, y mi piel reacciona—. No pensé en que él podría estar allí cuando traje a Natalia. No caí en que a Mario también le gustaba ese grupo... —dice pesarosa.

—¿Dónde estabas cuando pasó todo?

—Estaba en la barra hablando con un chico guapísimo mientras esperaba a que Natalia saliera del baño.

—¿Desde cuándo las chicas van solas al baño? Tengo entendido que todas van siempre en grupo... —intento bromear para no levantar sospechas, pero nunca se me ha dado bien.

—Desde que tienen dos piernas —responde riendo. Creo que está queriendo evitar mi pregunta. Es más lista de lo que parece...

—¿No viste cuando Mario sacó a Natalia de la sala?

—Yo solo tenía ojitos para el morenazo que trataba de ligarme... —

por alguna razón, no me gusta su respuesta.

—Ya veo que para ti es más importante cualquier tío que tu amiga en peligro.

—Te estás pasando, musculitos —intenta bajarse de mi espalda, pero no se lo permito—. Suéltame ahora mismo, ya me has cansado. ¿Estás insinuando que soy una zorra?

—No —digo secamente—. Ese pobre animal no me ha hecho nada para compararle contigo.

—¡Idiota! —golpea con el zapato mi cabeza. La suelto rápidamente.

—¡Joder! ¿Estás loca? —rasco mi coronilla

Se quita el otro zapato y camina deprisa por la calle. Me quedo inmóvil admirando cómo sus curvas se alejan. Cuando consigo reaccionar, tengo que correr para ponerme a su altura.

—Lárgate de aquí o te incrustaré el tacón en la nuca —está visiblemente cabreada.

—Menudo carácter tiene la rubia... —digo entre dientes y me oye.

—No te haces una idea —antes de terminar la frase se queja y para en seco—. ¡Mira qué ha pasado por tu culpa! —dice sin mirarme. Hay algo clavado en su pie.

—Déjame ver...

—¡No te acerques a mí! —saca un pañuelo del bolso y se limpia la pequeña herida. Tras un par de minutos, retoma la marcha.

Caminamos en silencio. Ella va centrada en no volver a pisar nada puntiagudo, y yo en toda ella. Espero que no se dé cuenta, pero no puedo quitarle el ojo de encima. Es tan atractiva como atrapante. La luna da de lleno en su rostro y realza todavía más sus perfectas

facciones. Hacía años que no me fijaba en una mujer. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que alguien provocó una reacción así en mí. Un insulto al aire me saca de mi mundo. Ha vuelto a hacerse daño. Mi paciencia tiene un límite y acaba de rozarlo.

—¿Dónde está tu coche? —me oriento y por fin lo veo—. Vale. Allí está.

—¿Cómo coño sabes tú cuál es mi coche? —acabo de meter la pata, se supone que yo no debería saber eso.

—Solo tú podrías llevar un escarabajo amarillo y no sentir vergüenza por ello —salgo del apuro.

—¡Eres muy irritante! —me grita mientras se pone en pie para continuar caminando. Aprovecho ese momento para cargarla sobre mi hombro—. ¡Bájame, animal! —golpea mi espalda con sus puños—. ¡Cavernícola! ¡Bájame o gritaré!

—¿Qué gritarás? Es lo que llevas haciendo desde que te conozco. Eres muy molesta.

—¡Me estoy despeinando! —grita de nuevo—. Vas a tener que pagarme la peluquería.

—No me lo puedo creer... —resoplo.

Varios minutos después, y harto de oír sus protestas, por fin llegamos. Cuando tiro de ella para bajarla noto que hace resistencia, agarrando mi pantalón.

—¿Se puede saber qué haces? —estoy realmente extrañado.

—Admirar las vistas un ratito más —dice tranquilamente—. Tienes un buen culo.

—Estás como una jodida regadera... —niego con mi cabeza y sonrío

aprovechando que no me ve. Lo último que quiero es que crea que me parece graciosa. Con un rápido movimiento la dejo sobre el suelo.

Coloca su cabello y estira sus ropas. Tiene algo más de volumen, pero no le queda mal. Abre el bolso y saca las llaves y una pequeña tarjeta.

—Ten esto —sin pensarlo tomo la tarjeta entre mis dedos—. Con esas nalgas mereces mi número —me guiña uno de sus ojos y sube al coche. Me quedo inmóvil viendo cómo se aleja—. ¿De dónde coño ha salido esta mujer?

Capítulo 3

Los días siguientes pasan rápido. Son algo más ajetreados que de costumbre, pero no me importa. Todo sea por tener mi mente ocupada. Necesito distracciones... Llevo años peleando contra la depresión, y mantenerme activo es de gran ayuda. Desde entonces, me he vuelto un adicto al trabajo. Cuando me licencié en psicología, este tipo de trastornos parecían fáciles de tratar y curar si el enfermo ponía de su parte. Hasta que me tocó a mí pasar por ello. Realmente compadezco a las personas que lo sufren. Vivir sumergido en una nube de tristeza profunda día tras día es tan duro como agotador.

Cada mañana, al abrir los ojos, busco en mi interior algo a lo que agarrarme, pero no hay nada, me siento vacío y carezco de motivaciones... Me cuesta un mundo salir de la cama. Si por mi fuera, me pasaría la vida durmiendo. Es la única manera como desaparece ese dolor tan grande que siento en mi pecho. Ojalá todo hubiera sido un maldito sueño... nunca me lo perdonaré.

He estado muy cerca de atentar contra mi vida en varias ocasiones, pero gracias a César todavía estoy aquí. Aquella noche, sin saberlo, salvó mi vida. Lo tenía todo planeado... En cuanto llegara a casa, todo habría acabado para mí. Cuando me ofreció aquel ridículo trabajo en medio de nuestra borrachera y descubrí que él aún tenía el cerebro más deshecho que yo, y que eso no le impedía seguir luchando, me hizo reaccionar.

Lo que estuve a punto de hacer no era más que un acto de cobardía.

No sabía enfrentarme a lo que me estaba ocurriendo ni tenía ánimo para poner en práctica mis conocimientos... Solo quería acabar con mi dolor cuanto antes y esa me pareció la manera más fácil y rápida de hacerlo. El saber que podría serle de utilidad a alguien me dio la fuerza necesaria para aguantar un poco más y descubrir que esa no era la salida ni la solución. A su vez, yo también fui un gran pilar para él. Nos apoyamos el uno en el otro, y poco a poco, aunque ambos arrastramos todavía con nuestros problemas, logramos salir adelante. Me convertí de manera consentida en su psicólogo personal, su niñera, su chico de los recados, su chófer, en el “burro” para sus amigas, y ahora en algo parecido a su guardaespaldas... Aunque entré como psicólogo en la policía científica, también ejercí como policía nacional y escolta.

Desde hace unos días, acompaño a Natalia a prácticamente todas partes. El cabrón de su ex novio les ha amenazado de muerte. César está bastante preocupado, y no le culpo. Ese tipo no parece de los que se andan con rodeos. Esa misma noche les siguió hasta el hotel y les golpeó con su coche mientras estaban estacionados. Estoy seguro de que hará cualquier cosa. La rubia tampoco me inspira mucha confianza. Parece que la amiguita de César no sabe elegir muy bien a sus amistades.

Voy de camino a reunirme con ellos. César me llamó hace un rato. Están en un pequeño pueblo de la provincia de Toledo y parece que Mario ha dado señales de vida... Temen que la tranquilidad de la que estaban disfrutando estos días se vea alterada por su presencia.

Aparco en la dirección que me ha dado por teléfono y espero. Diez minutos después, les veo aparecer. Me fijo en la mano de César. Está vendada. Hacía tiempo que no la veía así... Estoy seguro de que ha golpeado algo en uno de sus prontos. Sufre problemas de conducta a

consecuencia de un trauma infantil y le cuesta contenerse cuando algo le altera. El nuevo sentimiento que está despertando Natalia en él debe tenerle algo más alterado. Llevaba años controlando sus crisis. Decido no preguntar para no incomodarlo.

—Buenos días, señorita Natalia —fuerzo una sonrisa.

—Hola, Álex, ¿cómo tú por aquí? —me pregunta sorprendida. César responde por mí.

—Le he llamado yo —dice con decisión—. Álex estará con nosotros durante unos días... —no se me escapa la forma en que la mira—. Recuerda lo que dijo el agente respecto a nuestra seguridad. Él será el encargado.

—¿Crees que ya sabe dónde estamos? —le pregunta cabizbaja.

—No lo sé, Natalia. Pero ante la duda, toda protección es poca —asiento. Estoy totalmente de acuerdo con él.

—No quiero preocupar a mis padres...

—Ya lo has oído. Discreción total —me mira.

—No notaréis que estoy por aquí —respondo.

César y yo charlamos sobre la situación. La familia de Natalia no sabe nada, y debemos encargarnos de que siga siendo así. Al parecer, el padre de la chica está algo delicado de salud y no quieren preocuparles más de lo necesario. Cuando todo está hablado nos despedimos. Subo al coche con la intención de callejear para reconocer la zona. Si las cosas se ponen feas, necesito saber cuáles son las salidas que hay. Aunque el pueblo no es muy grande, mientras venía he podido comprobar que tiene demasiadas calles estrechas y callejones. No quiero verme atrapado en ninguno. Tres minutos más tarde, mi teléfono suena.

—Álex, ven a por mí, tenemos que salir para Madrid. ¡Ya! —César cuelga.

«Mierda», me digo. Le conozco demasiado bien como para saber que su tono de voz no esconde nada bueno. Doy la vuelta donde puedo y regreso.

—Te llamaré —le oigo decir mientras sube al coche. Pone los codos sobre sus rodillas y escucho cómo saca todo el aire de sus pulmones.

—¿Todo bien, amigo? —niega con la cabeza, pero no habla. No preguntaré hasta que no se tranquilice. Cuando está en ese estado necesita tiempo para reponerse.

Pongo algo de música relajante y espero paciente. Diez minutos después al fin habla.

—Es Erika... ha intentado suicidarse. Me ha llamado una compañera para avisarme.

—¿En serio? —digo sorprendido.

Erika es una antigua novia de César. Es alemana y cada vez que viene a España se aloja en el hotel que tiene mi amigo. Sé lo que busca, y en esta ocasión ha llegado demasiado lejos... Cada vez que intento abrirle los ojos a César acabamos discutiendo. Está totalmente llevado por ella y nunca me escucha. Le maneja como si fuera un muñeco de trapo.

—No debí haberla echado así... —niega con su cabeza. Hace solo unos días Erika hizo creer a Natalia que César no la quería a su lado y ello provocó una discusión entre ellos, y cuando este se enteró de cuál fue la intención la sacó del hotel sin dudarlo.

—Quizás está celosa y solo quiere llamar tu atención —me mira fijamente.

—¡Ella no es así! —dice casi gritando. Al ver que todavía la defiende, decido no volver a sacar el tema.

César abre la guantera del coche, aparta la libreta donde tomo todas mis notas y saca el cargador del móvil que tengo guardado ahí. Al hacerlo, deja caer la tarjeta de Laura. La toma con sus dedos y rápidamente busco una respuesta para darle si me pregunta, pero respiro aliviado al ver que, sin mirar, vuelve a guardarla donde estaba.

Tengo que admitir que no he podido sacar a esa mujer de mi cabeza en todo este tiempo. Hay algo en ella que no me acaba de convencer... Aunque en un principio parecía alterada, pronto dejó de preocuparle lo que le sucedió a su amiga. Sus expresiones faciales son difíciles de interpretar, y eso me pone nervioso. Es tan jodidamente atractiva que no soy capaz de pensar con claridad. Está despertando en mí sentimientos que tenía prácticamente olvidados y bajo llave. Debo tener cuidado... no puedo dejarme llevar. Es mi principal sospechosa.

Dejo a César en el hospital, estiro las piernas un par de minutos y vuelvo al pueblo. Una vez allí, mando un mensaje a Natalia, tal y como César me ha pedido. Quiere asegurarse de que tenga mi número por si ocurre algo mientras él no está.

Pasan los días y no tengo noticias de César. Algo raro está pasando... Su teléfono está apagado cada vez que le llamo. Reclino el asiento y duermo en el coche cerca de la casa, como he estado haciendo los últimos días. Aviso a Natalia cada vez que tengo que ir a por comida o a tomar una ducha a una de las habitaciones que César ha alquilado en un pequeño hotel para estar cerca de Natalia. No pienso apartarme de ella hasta que mi amigo esté de vuelta. Debo mantenerla a salvo. No sería capaz de perdonarme otro error como aquel... Ya habrá tiempo para descansar como es debido.

Los primeros rayos de sol se filtran por la ventanilla y me despiertan. Me siento rápidamente y froto mis ojos con las manos. No puedo creer lo que estoy viendo... Mi corazón, ese que creía muerto en vida, está latiendo fuertemente en mi pecho. La preciosa rubia de curvas perfectas está cruzando la calle delante de mí sin percatarse. Antes de tocar la puerta se coloca el pelo y las ropas. Una mujer de unos cincuenta años abre. Supongo que es la madre de Natalia. Laura es tan escandalosa que la oigo reír desde aquí mientras hablan. Increíblemente, ya no me molesta tanto.

Capítulo 4

Me pierdo en mis pensamientos durante un buen rato «¿Qué cojones me está pasando con esa chiflada? Es la segunda vez que la veo en mi vida y parezco un púber obsesionado». La puerta de antes vuelve a abrirse y tras ella salen varias personas. La rubia, Natalia y su padre. La madre se despide de ellos y los tres suben al mismo coche. Cuando han avanzado varios metros arranco y les sigo. Intentaré ser lo más cauteloso posible para que no se percaten de mi presencia. Tras varios minutos conduciendo, llegamos a las afueras del pueblo. Es el circuito del que me habló César. Al parecer, la familia de Natalia celebra todos los años una carrera benéfica y este año ella es una de las competidoras. Hay varias personas por allí colocando cosas. Aparco lejos de ellos y me bajo del coche. Camino hasta donde están y me quedo cerca de un pequeño almacén de ladrillos. Desde ahí puedo verles, pero ellos a mí no.

—¡Migueeel! —grita Laura, y salta efusivamente sobre un muchacho que hay por allí. Me tenso. Noto mi sangre hervir en ese momento—. «¿Por qué tiene que ser tan escandalosa y efusiva? ¿Tanto le gusta llamar la atención?».

—¡Hola, Laura! —se besan en la mejilla. Estoy empezando a sudar. Elegí mal sitio. Hace demasiado calor aquí.

Charlan y ríen durante varios minutos. Caminan hasta unas pistas y pasan la mañana señalizando curvas y preparando cosas para la competición que se celebra mañana. Todo parece ir bien, excepto que,

por alguna extraña razón, le rompería la nariz a ese tío. Sin conocerle de nada me está empezando a caer fatal. Se le ve demasiado “chulito”. Lo único que busca es llamar la atención de las chicas con posturitas y bailes absurdos.

Vigilo durante horas los alrededores. Nadie sospechoso se les acerca y todo parece estar tranquilo. No puedo quitarle el ojo de encima a Laura. Doy gracias porque no sabe que la observo. Sus movimientos son tan femeninos y delicados que me distraen continuamente. Así no hay quien trabaje. Cuando parece que han terminado vuelven a reunirse en el mismo lugar de antes.

—¿Qué os parece si salimos esta noche a tomar algo? —dice el muchacho mientras seca el sudor de su cara con el bajo de su camiseta. Con ese movimiento deja al descubierto sus abdominales—. «Ya está otra vez mostrándose... no le soporto».

Los ojos de Laura se clavan rápidamente en sus marcados músculos y mi cuerpo se tensa. «No lo puedo creer. La rubia no se pierde ninguna oportunidad. ¿No se da cuenta de que con esa actitud parece una desesperada? ¿Nadie le enseñó a esta mujer a comportarse en público?». Si antes el tal Miguel me caía mal, ahora directamente me cae peor.

—La verdad es que sí. Quiero salir un rato —oigo decir a Natalia—. Pasa a recogernos a eso de las diez. ¿Te viene bien a ti, Lau? —estoy seguro de cuál será su respuesta.

—Em... sí... —dice babeando y sin quitarle el ojo de encima. Hasta el payaso ese parece haberse dado cuenta. Trago saliva e intento relajarme. Mi cuello está comenzando a protestar. Levanto uno de mis brazos para hacer un estiramiento y justo en ese momento Natalia gira

su cabeza y me descubre. Debería tener más cuidado. Aunque ella sabe que estoy aquí, podría haberme visto alguien más. Pero estoy tan cabreado que no soy consciente de lo que hago. Tengo que calmarme. No hay razón para sentirme así.

Les sigo hasta la casa y espero paciente. Tras unas horas, veo un coche acercarse y estacionar en la entrada. Imagino que se trata de Miguel Ángel. Cuando toca el claxon y saca la cabeza por la ventanilla confirma mis sospechas. La puerta se abre y Natalia sale de la casa. Se ha puesto un vestido negro que no le queda nada mal. La respiración se me corta cuando tras ella aparece Laura enfundada en un apretado vestido rojo... De siempre ha sido mi color favorito, y verla así no hace más que reafirmarlo. Mi corazón late fuertemente. Se ve espectacular y radiante. El silbido de Miguel Ángel me saca de mi trance. Cuánto odio a ese tipejo.

Les sigo hasta el centro. Aparcan cerca de una piscina y yo lo hago un poco más abajo. No hace falta que salga del coche. Les veo perfectamente desde mi posición. Se han sentado en una terraza y les están atendiendo.

Tras varias rondas de bebidas sus movimientos corporales me indican que ya andan bastante perjudicados. No deberían tomar alcohol. Mañana es la competición y necesitan estar despejados. Cada vez que ese idiota pone la mano sobre el hombro de Laura mi cuerpo reacciona de mala manera. Me duelen los dedos de mantener mis puños apretados y contener mis ganas de salir y golpearle. «¿Por qué tiene que ser tan cariñoso con ellas?». Laura se levanta de la mesa y les deja solos. Camina hasta el bar. En mi retina queda por un segundo la imagen de sus caderas balanceándose mientras la pierdo de vista cuando entra.

“Estás muy guapa”, creo leer en los labios de Miguel Ángel. Pone la mano sobre la mejilla de Natalia y esta se tensa al instante. Responde algo que no logro distinguir y cruzan varias frases más. Está claramente coqueteando con ella. En dos ocasiones tengo que soltar la manilla de la puerta. Trato de calmarme para no salir del coche y romperle los dientes. Si César estuviera aquí ese tío sería hombre muerto. En un segundo, el muy cabrón se le echa encima y consigue besarla. Mi respiración se acelera y ya no puedo contenerme más. Abro la puerta y salgo disparado hacia ellos. Mientras corro puedo ver cómo Natalia forcejea y consigue apartarlo. Le abofetea furiosa. Eso no es nada comparado con lo que yo estoy a punto de hacerle. Toma su bolso y cuando se gira para irse consigo sujetarla por uno de sus brazos. No puedo permitir que se aleje mientras destrozo a ese individuo. Su protección está por encima de mis ganas de matarle.

—¿Qué pasa aquí? —digo malhumorado. Respiro agitadamente.

—¿Quién coño eres tú? —replica.

—Eso a ti no te importa —digo cada vez más cabreado. Noto palpar la vena de mi cuello—. ¿Estás bien? —pregunto a Natalia mientras sujeto sus hombros para que me mire.

—Estoy perfectamente —ella también está molesta—. Y sé cuidarme solita, así que si no te importa déjame en paz —camina rápidamente mientras se aleja. Intento seguirla, pero Miguel Ángel me lo impide.

—Te ha dicho que la dejes en paz —siento arder mi sangre. Él también parece notarlo, porque comienza a apartarse de mí.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer, y menos tú... —sujeto su camisa en un puño para que no se vaya, y cuando estoy a punto de golpear su cara, mi brazo se detiene.

—¡Álex! ¿Qué está pasando? —rápidamente me giro. Esa voz la conozco.

—¡César! Por fin apareces... ¿Dónde coño estabas? —no me da tiempo a hablar nada más con él. Corre en busca de Natalia. La hemos perdido de vista.

Valoro entre golpear a ese odioso ser o buscarla con él. Me decido por la segunda opción. Ya tendré tiempo para disfrutar la primera. Corro durante varios minutos por todas las calles de la zona. Me encuentro un par de veces con César, pero ninguno de los dos damos con ella. Parece como si la tierra se la hubiera tragado.

Mis pulmones arden, pero no pienso parar hasta encontrarla. No podría perdonarme si estando a mi cuidado llegara a pasarle algo. Giro en una esquina y me encuentro con ellos abrazados. El alivio que siento en ese momento es indescriptible. Me detengo y pongo las manos sobre mis muslos intentando coger aire.

—¡Maldita sea, Natalia! —apenas puedo hablar—. ¿Qué coño te pasa? —César me mira y pone su dedo en los labios en señal de silencio. Sabe que soy difícil cuando me cabreo, y Natalia parece estar llorando. Hace un gesto para que me marche y entiendo que quiere quedarse a solas con ella. Respeto su decisión, y sin decir nada más vuelvo a la terraza. Espero que Miguel Ángel esté todavía allí. Necesito desahogarme...

—¡Álex! —Laura viene corriendo hasta mí—. Por la descripción que me ha dado Miguel Ángel no podías ser otro —sonríe. Ella no sabía que estaba aquí—. ¿Habéis encontrado a Natalia? —dice clavando sus ojos verdes en los míos. Por fin puedo verlos a la luz. Son impresionantes, como toda ella. De cerca es todavía más hermosa. Las ganas de golpear a su amigo se esfuman.

—Está... con César...

«¿Por qué me cuesta hablar?».

—¿Viniste con él? —cruza sus brazos haciendo que su pecho se eleve. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirar.

—Vine tras él —miento mientras rasco mi cabeza.

—Por cierto, musculitos, estoy muy enfadada contigo —su respuesta me sorprende y la miro extrañado—. No me llamaste —sonríe de nuevo.

—Lo... Lo siento... —«¿Qué me pasa?»—. No salgo con chicas.

—¿En serio? ¿Eres gay? —su mirada se intensifica.

—No... —estoy sintiéndome incómodo—. Es solo que...

—¿Eres virgen? —ríe.

—Bueno... —es tan directa que no soy capaz de pensar en una respuesta. Me estoy poniendo muy nervioso.

—¡Eres virgen! —grita mientras lleva las manos a su boca y la gente nos mira.

—Tengo que irme... —respondo mientras me giro y camino hasta el coche.

«Genial, lo que me faltaba hoy», me digo. «¿Por qué coño no he desmentido eso? ¿Por qué me he puesto tan nervioso?». Resoplo.

Capítulo 5

Saber que César ha vuelto me relaja. Esta noche dormiré plácidamente en una cama. El asiento del coche está haciendo estragos en mi cuerpo y mi espalda lo agradecerá. Conduzco hasta el hotel. Abro la puerta de mi habitación y pongo todas mis cosas en una mesita. Me echo sobre la cama dejando salir un gruñido interno. Estirarme sobre el colchón es tan doloroso como placentero. Estoy realmente cansado.

Me quedo mirando la lámpara del techo. Los pequeños cristales verdes que cuelgan de ella me recuerdan a los ojos de Laura. Su mirada se me ha grabado a fuego. Mi mente comienza a divagar. «Mierda». Me siento rápidamente. Tengo que sacarla de mi cabeza como sea. Decido que es el momento de darme una ducha. Estoy a punto de terminar cuando mi móvil suena. Enrollo una toalla alrededor de mi cuerpo y salgo a buscarlo. Es un mensaje de un número que no está en mi agenda.

Hola, musculitos, ¿me echabas de menos? Espero que no te importe que le haya robado tu número a Natalia.

No hace falta ser muy listo para saber de quién se trata. Miro el teléfono, incrédulo. «Lo de esta mujer no tiene nombre». Me quedo pensativo durante unos segundos. «¿Debería responder?». Mi respiración se acelera. Suelto el aparato sobre la mesita como si quemara. Ni siquiera debería haber pensado en hacerlo. Jamás faltaré a mi promesa. Abro las sábanas de la cama y me acuesto. Necesito

apagar mi cerebro, hoy ha sido un día duro.

Pasan las horas y por más que lo intento soy incapaz de conciliar el sueño. Laura se pasea libremente por mis pensamientos y no puedo dejar de pensar en ella. «¡Maldita sea!». Pongo la almohada sobre mi cara. Cuanto más trato de pensar en otra cosa, más clara veo su imagen. Ese vestido rojo ceñido a su cuerpo me está intoxicando. Cuando por fin estoy quedándome dormido, suena la alarma. Resoplo. Es hora de levantarse y estoy agotado. La carrera comenzará en un par de horas. Me preparo y salgo de la habitación. Toco en la puerta de César. Su cuarto está pegado al mío.

—¿Qué le pasa a tu cara? ¿Te ha visitado el monstruo del armario? — César se mofa.

—No tiene ninguna gracia —digo malhumorado—. ¿Por qué coño no me has llamado estos días? —hasta ahora no he tenido ocasión de hablar con él—. He estado preocupado, tu móvil siempre aparecía apagado o fuera de cobertura.

—Puff —niega con su cabeza—. Erika lanzó mi teléfono contra la pared y quedó inservible.

—Vaya... veo que se ha recuperado muy rápido. ¿Por qué razón hizo eso?

—La descubrí husmeando en él y tuvimos una gran discusión —mira al vacío recordándolo—. Todos vuestros números los tenía grabados ahí, y no tuve forma de comunicarme con vosotros hasta que regresé.

—¿Descubriste qué es lo que buscaba?

—No tengo ni idea. Imagino que estaría leyendo mis mensajes.

Me quedo pensativo. Es todo muy extraño. Caminamos en silencio hasta el coche y conduzco hasta la casa de Natalia. Dejo a César en la

puerta y continuó hasta el circuito. Quiero revisarlo todo antes de que lleguen. Por lo que me han contado, se agrupa mucha gente allí y sería más difícil después. Aparco cerca de las pistas y camino despacio observándolo todo. Hay varios puestos de bebidas. Todo ha cambiado en apenas unas horas. Parece otro lugar. Los minutos pasan y llega más gente. Tras inspeccionar la zona, decido colocarme cerca de un árbol. El nivel del suelo ahí es más alto y puedo ver mucho mejor. El móvil vibra en mi bolsillo.

Estamos llegando.

Es un mensaje de César. Giro a mi derecha y les veo. Laura viene con ellos. Mis pulsaciones se aceleran y trato de calmarme. Cuando salen todos del coche, se dispersan y preparan algunas cosas. Al cabo de un rato, vuelven a reunirse en uno de los chiringuitos de bebida fría. Natalia y Laura caminan hacia alguien. Mis puños se cierran al descubrir que ese alguien es Miguel Ángel. César se queda con los demás, imagino que después de lo de anoche mi amigo también tiene ganas de matarle y prefiere no tenerle delante. Unos minutos después, veo cómo Natalia camina hacia las pistas. La competición va a comenzar. He perdido de vista a Laura, pero no me preocupo, tengo localizados a quienes tengo que proteger. Suena el pistoletazo de salida y todos los coches arrancan al mismo tiempo. Tras dar varias vueltas, compruebo que a Natalia no se le da nada mal esto; está adelantando a los demás apenas sin esfuerzo alguno. Ha conseguido colocarse en el tercer lugar.

—¿Qué haces aquí? —mi corazón se para casi al instante. Reconocería esa voz hasta debajo del agua. Me ha descubierto.

—Desde aquí tengo mejor vista —digo sin volverme. La tengo a mi espalda.

—Vaya, tienes razón. Las vistas son impresionantes —ríe. Sé que está mirando mi culo. Aprieto fuertemente los dientes y trago saliva.

—Vuelve con ellos. Me apetece estar solo —su presencia me altera tanto que no puedo centrarme en lo que estoy haciendo. Oigo sus pasos acercarse y se coloca a mi izquierda.

—Eres muy grosero. Me recuerdas al Pitufo Gruñón.

—¿Y lo dice Pitufina? —oigo cómo ríe.

—Vaya, tienes sentido del humor. ¿Lo dices por el color de mi pelo? —toma uno de sus mechones y lo mira.

—No, lo digo por tu molesta voz.

—¿Se puede saber qué te pasa? —cruza los brazos a la altura de su pecho y se coloca delante de mí. Cuando sus enormes ojos verdes se posan en los míos, todo pasa instantáneamente a un segundo plano. No sé qué es lo que debe estar viendo en mi cara, pero su expresión cambia de enfado a extrañada.

Varios gritos nos alertan. Corto el contacto visual con ella y miro rápidamente hacia el circuito. El coche de Natalia ha salido de las pistas y se dirige al público. Salta por los baches. Busco entre la gente a César y veo que está arrodillado junto al padre de Natalia.

—¡Mierda! —grito y salgo corriendo hacia ellos.

—¡Dios mío, José! —oigo decir a Laura, pero no me espero y la dejo atrás.

Llego hasta Natalia y trato de calmarla. La pobre chica está histérica. Sus hermanos no están mejor. Por lo que puedo comprobar, su padre ha sufrido algún tipo de fallo orgánico. César está practicándole la respiración cardiopulmonar. Todos nos apartamos para dejar paso a la

ambulancia.

—¡Álex! ¡Al helipuerto! —me grita César—. El recorrido al hospital es demasiado largo para hacerlo en carretera.

«Mal asunto», me digo. Asiento y levanto a Natalia del suelo. Está totalmente desolada.

—Vamos. Tu padre tiene que volar —necesito que reaccione. César va con ellos—. ¡Vamos! —tiro de ella y corremos hasta mi coche.

Veo a Laura tranquilizando a los hermanos, y suben al vehículo de Miguel Ángel. Todos nos dirigimos al helipuerto. Nada más llegar, Natalia abre la puerta y sale corriendo. Tengo que correr tras ella, pero consigo llegar hasta su padre antes de que pueda alcanzarla.

—¡Papá, tienes que aguantar! —llora. Los hermanos también le gritan ánimos—. ¡Tienes que salir de esta! ¡Papá, por favor! Por mamá, por tus hijos, te queremos... —sus palabras me llegan. Varios recuerdos vienen a mi cabeza. Trato de no pensar en ellos, no es el momento. Aparto con delicadeza a la chica de su padre. Puedo hacerme una idea de la impotencia que siente.

—Hay que dejarles trabajar —le digo.

—¡Nooooo! —grita de nuevo al ver cómo colocan las palas del desfibrilador sobre su pecho y el helicóptero despegar.

—Ya me encargo yo —oigo decir a César. Toma a Natalia en brazos y monta en el coche con ella.

—Vamos al hospital, Álex —arranco y conduzco hasta allí.

Cuando llegamos, César consigue hablar con los médicos. Parece que no hay buenas noticias y la única solución es esperar. Las siguientes horas serán decisivas. Hablan entre ellos, lloran y se abrazan. Laura y

Miguel Ángel están apartados, entienden que deben dejar a los tres hermanos tranquilos. Es un momento muy íntimo y entre ellos saben apoyarse bien. Me siento fuera de lugar y decido salir a la calle. Necesito aire, todo esto me está afectando. Casi una hora después, César me llama al móvil.

—Álex, tienes que volver al pueblo y traer a la madre de Natalia.

—De acuerdo. ¿Cómo sigue?

—Está bastante fastidiado...

—Pobre hombre... Voy a por ella —nos despedimos.

Guardo mi teléfono en el bolsillo y cuando levanto la mirada me encuentro con la de Laura.

—¿Vas al pueblo a por Pilar?

—Sí —contesto secamente. Estoy prácticamente paralizado. Intento evitar por todos los medios que descubra cuánto me afecta su cercanía. Realmente hasta yo estoy sorprendido, jamás me he sentido así.

—Voy contigo.

Capítulo 6

—No... No es necesario —respondo rápidamente. Mi cuerpo está rígido.

—Sí lo es —dice seriamente.

—Haces más falta aquí, quédate con Natalia o con tu amiguito Miguel Ángel. Te necesitan. A mí no me hace falta nadie al lado para viajar. «¿Acabo de decir eso? ¿Qué coño me pasa? No soy capaz de medir mis palabras cuando la tengo cerca».

—¿Perdona? —sus ojos se abren, sorprendidos—. No sé de qué estás hablando, pero conozco a Pilar como si fuera mi madre. No es por ti por quien voy —hay cabreo en su mirada.

—No es eso lo que he querido decir... —me interrumpe.

—Ya me has dejado claro que por alguna razón sientes antipatía hacia mí. Es a la madre de Natalia a quien hago falta. No te creas el ombligo del mundo, musculitos.

—Estás hablando cosas que no son...

—Está sola y no sé si podrás hacerte una idea de cómo debe sentirse en este momento. ¡Pero yo sí! —grita—. Y no creo que viajar al lado de un estúpido como tú le ayude —clava su dedo en mi hombro malhumorada y me aparto para que pase. Pongo los ojos en blanco. Hemos acabado exactamente igual que la primera vez que nos vimos. Caminamos en silencio. La tensión puede cortarse con un serrucho. Presiento que va a ser el viaje más largo de mi vida.

—¿Acaso sabes dónde está mi coche? Parece que caminas muy decidida —me mofo.

—Solo un insoportable presumido como tú aparcaría un Audi A6 gris en un Vado permanente —lo señala con el dedo—. Deberías dar gracias de que no se lo haya llevado la policía todavía.

—¿Cómo coño has sabido dónde estaba mi coche? —estoy realmente sorprendido.

—¿Cómo coño supiste tú dónde estaba el mío? —me deja sin palabras, merezco esa contestación.

—Oye... —me mira de nuevo mientras rasco mi cabeza. Intento no tener demasiado contacto visual con ella y continúo—. Siento ser tan borde... —sé que mi carácter es muy fuerte y siempre trato de suavizarlo cuando hablo con alguien. No sé por qué con Laura no lo logro.

—Vaya... Mr. Musculitos también sabe disculparse —lo cierto es que ella tampoco ayuda. Otra vez que tengo que morderme la lengua para no decir lo que pienso.

—Sí, también sé —digo secamente mientras abro la puerta del coche, subo y cruzo los dedos para que no se siente conmigo—. «Mierda». La puerta del copiloto se abre y se coloca a mi lado.

—¿Qué música tienes? —abre la guantera y saca la libreta donde tengo todos mis apuntes. Me tenso. Ahí hay varias notas sobre ella y la investigación que estoy llevando a cabo para encontrar a Mario. Me relajo cuando la deja sobre el salpicadero para seguir buscando entre los CD.

—¿Quieres hacer el favor de no tocar mis cosas? —vuelvo a poner todo en orden—. Si quieres escuchar algo tendrás que conformarte con

lo que tengo en el reproductor —antes de que termine de hablar ya le ha dado al botón.

—¡Joder! Eres un muermo, tío. ¿En serio te gusta esto? —a veces escucho música clásica.

—Me relaja —contesto—. Ahora, por favor, no hables demasiado. Me distraes y necesito concentrarme en la carretera —arranco el motor y salimos del aparcamiento.

Abre su bolso y saca el móvil. Conecta un cable al reproductor y me mira.

—Ahora vas a saber lo que es buena música.

Por los altavoces del coche comienzan a sonar campanadas y pisadas de caballo. La miro extrañado.

—¿Qué coño...?

—Paciencia —sonríe. Unas potentes guitarras, junto a una marcada batería, rompen el silencio. No esperaba que le gustara este tipo de música. Me sorprende.

—No está mal —digo sin mucho ánimo para que no crea que ha ganado. Con mi música nadie se mete.

—Escúchala, es muy buena —sube más el volumen. Tras algunos segundos, descubro que la letra habla de sexo. Me incomoda. A ella parece no importarle lo más mínimo y comienza a cantar, sorprendiéndome de nuevo. No entiendo cómo puede mantenerse alegre en un momento así. Debería estar sufriendo por el padre de su amiga.

Si llega el frío, ven. Que me refugiaré entre tus piernas. Enséñame a leer tu cuerpo en braille si estamos a ciegas. Me mira y una extraña

corriente eléctrica recorre mi espalda. Sigue cantando mientras yo intento calmarme. *Es tu mirar, tu manera de andar. Y el morderte los labios cada vez que vuelvo a entrar.* Me muevo inquieto en el asiento. Una parte de mí está despertando. Esas frases en su boca me afectan de una manera que no hubiera imaginado jamás.

—¿Cómo se llama el grupo?

—Se llaman NADYE y son de Madrid. Esta canción es *El último minuto en la Tierra* —me mira alegre—. ¿A que suenan bien?

—Sí, la verdad es que sí... —realmente me gustan.

—Tocarán en unos días en el centro. Me gustaría ir, pero nadie parece estar libre ese día —siento sus ojos de nuevo en mí—. Podrías venir conmigo —mi respiración se corta.

—No, creo que... No creo que pueda... —trato de concentrarme en la carretera.

—Vaya, pues tendré que ir sola —no me gusta esa frase.

—¿Sola? —la miro por un segundo.

—Sí. No sería la primera vez —sonríe—. Lo he hecho varias veces y después de todo lo he pasado bien —siento un nudo en mi estómago. Hay mucho cabrón suelto por ahí y podría pasarle cualquier cosa.

—¿Cuándo tocan? —definitivamente soy idiota. ¿Estoy pensando en ir con ella?

—Este fin de semana. ¡Dime que vendrás! —da palmaditas.

—Primero tendrás que ver qué ocurre con ese hombre, ¿no crees?

—Si ocurre algo con José, Dios no lo quiera, se anula todo. Pero como no tenemos una bola del futuro debemos seguir con nuestras vidas —mira al vacío—. Realmente estoy muy preocupada por él, pero hay que

llorar cuando pasan las cosas y no antes. Si todo sale bien, ¿me acompañarás?

—Veré qué puedo hacer... —pienso en su respuesta. Algo de razón lleva.

—¿Eso quiere decir que lo intentarás? —está emocionada. Es extraño, pero me agrada verla así.

—Ya veremos.

El camino hasta el pueblo es más tranquilo de lo que imaginaba. Poco a poco consigo relajarme. Laura es quien habla la mayor parte del tiempo. Yo me limito a contestar a sus preguntas con monosílabos y poco más. Se queja constantemente pero no me importa. Cuanto más habla, más cosas descubro de ella. Es una persona con carácter, autosuficiente y sabe lo que quiere. Es algo que valoro mucho en las personas. Llegamos hasta la puerta de la casa y antes de que termine de parar el motor se baja.

—Voy yo, tú espera aquí —asiento.

Unos minutos más tarde sale con ella. La pobre mujer viene llorando y con un pequeño bolso colgando del brazo. Siento una punzada de dolor. Es tan duro verse en esa situación. Bajo rápidamente del coche y abro la puerta trasera para que entren.

—Hola, señora Pilar. Soy Álex —le extiendo mi mano y la toma. Laura me sonrío en aprobación.

—Hola, Álex —aunque llevo varios días por aquí, la mujer no sabe de mi existencia.

La vuelta al hospital es bastante más dura. Laura hace todo lo posible por animar a la madre de Natalia, pero es una tarea prácticamente imposible. Está rota de dolor y se culpa por no haberle obligado a

cuidarse más. Jura y perjura que, si sale de esta, no permitirá que se salte la dieta ni un solo día.

Cuando entramos al hospital, Pilar abraza a sus hijos. Nadie se da cuenta de que Laura ha venido conmigo. Sin decir nada para no interrumpir el momento, camina hasta Miguel Ángel y se sienta a su lado. Le sonrío por algo que ha dicho y siento calor en mi estómago. No me gusta verles juntos. «¿Cómo puede hablarle todavía después de lo que le hizo a Natalia?». Decido salir afuera de nuevo. Camino durante horas por las calles de Toledo tratando de buscar una explicación a lo que me está pasando con ella, pero por más vueltas que le doy no la encuentro. Oigo su risa en mi cabeza una y otra vez. Su mirada, su perfecta y perfilada boca... Paro en un parque y me siento en uno de los bancos. Estoy agotado, es mi tercera noche sin dormir, pero sé que ni en una cama hubiera podido conciliar el sueño. No paro de pensar en Laura. Mi estómago protesta y decido buscar algún establecimiento abierto. Tengo entendido que las panaderías abren temprano. Tras varias vueltas, por fin logro encontrar una pequeña tienda. Hay poco donde elegir. Compró batidos, zumos y dulces para todos. Seguro que ellos también estarán hambrientos.

Entro al hospital y reparto la compra. Todos agradecen el gesto, incluido Miguel Ángel. Estoy entregándole a Laura uno de los batidos cuando un médico con una bata blanca se acerca.

—Buenos días —nos dice mirándonos a todos—. Soy el doctor Martín. El cardiólogo de guardia y quien está atendiendo hoy a José —todos se ponen en pie—. Como ya saben, ha llegado en bastante mal estado, y hemos tenido que intervenirle quirúrgicamente.

—¿Cómo está? —pregunta Natalia.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el doctor sin responder a su pregunta.

—¡Eso no importa! —está demasiado nerviosa. Necesita saber cómo está su padre—. Por favor, no lo alargue más y díganos cómo está mi padre.

César se mueve inquieto. Noto que también está empezando a impacientarse.

—¿Eres Natalia? —todos nos sorprendemos. ¿Cómo sabe su nombre?

—Sí —dice la muchacha cada vez más pálida. El médico sonrío. No me gusta su actitud, debería dejar de alargar la angustia de esta pobre gente. Laura está mirando en su dirección con la frente arrugada.

—¿Y si te digo que tu padre no para de preguntar cómo has quedado en la carrera? —mis ojos se abren de par en par. No le conozco, pero me alegro de que esté despierto. Todos gritan. De pronto, los brazos de Laura me rodean y su cuerpo queda totalmente pegado al mío.

—¡Sí, sí, sí!! —grita mientras me abraza. Está emocionada. Siento su calor corporal, y es agradable. No sé cómo reaccionar ni dónde poner mis manos—. ¡Lo va a conseguir! —dice sin soltarme mientras su aliento roza mi cuello. Estoy seguro de que debe estar oyendo mi corazón latir fuertemente.

—Despertó hace un par de horas —Laura se aparta para poder escuchar lo que el doctor está diciendo y siento un vacío al instante—. Hemos querido ser prudentes, y por esa razón hasta ahora no les hemos dado la noticia. Creemos que el pronóstico pueda ser favorable, y con algunos cuidados conseguirá recuperarse.

—¡Síííí! —grita de nuevo y vuelve a colgarse de mi cuello. Esta vez pongo mis manos en su cintura. Inhalo su olor y siento que pierdo el equilibrio. Cierro mis ojos y me dejo llevar por su increíble aroma. Ella

también ha notado algo extraño. Poco a poco se aparta de mí, mirándome fijamente. Hay rubor en sus mejillas.

—Su padre tiene un ángel de la guarda —la voz del médico nos interrumpe—. Si no hubiera sido por los primeros auxilios que recibí en el momento crítico y la rapidez de actuación les aseguro que ahora mismo estaría dándoles una noticia muy diferente—. Todos miramos a César.

—No me miréis así —dice—, solo he hecho mi trabajo.

Natalia se lanza sobre él.

—Eres MI ÁNGEL —le sonrío. Todos se acercan y le agradecen lo que ha hecho. La verdad es que es un gran profesional.

El doctor les avisa de que no podrán ver a su padre hasta pasadas 24 horas y se marcha. Según ha explicado, cualquier emoción puede afectarle de manera negativa por su delicado estado de salud.

—Yo... debería marcharme ya —dice Laura—. Tengo que entrar a trabajar en unas horas y hasta mañana no dejarán pasar a nadie —César está diciéndole a Natalia lo mismo. Está agotada y quiere que descanse.

—Te acompaño —digo sin pensar, y me mira sorprendida.

—No hace falta —juraría que habla con timidez.

—No es por ti —le guiño un ojo—. No te creas el ombligo del mundo, rubita —uso sus palabras y sonrío ampliamente cuando entiende mi broma—. Tengo que ir a por mi coche. Por lo que estoy oyendo, César y Natalia también se marchan.

—Lo digo en serio, Álex, no es necesario —mi nombre en sus labios suena tan bien que no puedo dejar de mirar su boca—. La parada de

bus está a unos metros de aquí.

—Es cierto, viniste con Miguel Ángel y los hermanos de Natalia. Puedes regresar al pueblo con nosotros y así recoges tu coche.

—Lo tengo en Madrid —sonríe de nuevo—. Veo que ya no me sigues la pista. Preferí viajar en transporte público porque apenas dormí. Me tocó turno de noche en el trabajo.

—Bien pensado —yo debería hacer algo parecido. En cuanto llegemos trataré de dormir como sea. Necesito descansar—. De todas maneras, me pilla de camino —insisto—. ¿Vamos? —asiente.

—¿Entonces cuento contigo para el concierto? —dice de pronto.

—No lo sé. Tengo que ver cómo estoy de trabajo ese día.

—Venga, no creo que César se niegue a darte un día libre para salir conmigo —levanta sus cejas repetidas veces.

—¿Si acepto serás capaz de mantener la boca cerrada y no contarles que vamos juntos? —me mira extrañada—. No me apetecería nada tener que soportar sus risas burlonas después de esto —ríe. Sabe a lo que me refiero.

—Está bien. Será nuestro secreto. Gracias, musculitos —el autobús llega en ese momento. Besa rápidamente mi mejilla y sube al vehículo. Me quedo inmóvil mirando al vacío. Siento hormiguear la zona donde sus labios han hecho contacto con mi piel.

«No puede estar pasándome esto», me digo. Una bola de remordimientos se agolpa en mi estómago. «No puedo serle infiel a Gema pensando en otra».

Capítulo 7

Al fin llegamos al hotel. El nuevo viaje ha acabado conmigo y apenas puedo mantener mis ojos abiertos. Estoy hecho papilla. Necesito una cama como el comer. César me manda un mensaje. Parece que él y Natalia pasarán el día juntos. Saco mi teléfono y contacto con una grúa para que traigan el coche de César hasta aquí. Lo dejó en las pistas y no tengo fuerza para ir a recogerlo personalmente. Camino como un zombi hasta mi habitación y cuando abro la puerta me dejo caer sobre la cama, no me molesto ni en descalzarme... No me da tiempo a pensar en nada más. Me duermo rápidamente. Unas horas después, me despierta el sonido del móvil.

Álex, vamos a casa de Natalia a por algunas cosas que necesitamos.

Contesto:

En tres minutos me tenéis detrás.

Me levanto con esfuerzo y entro al baño. Me mojo la cara para despejarme y me coloco el cabello. Está algo alborotado. Cuando salgo a la calle todavía están en el coche. Subo al mío y conducimos hasta la casa de los padres de Natalia. Hay algo extraño en la fachada. Algunas ventanas no brillan como las demás.

—¡César! —le grito y se gira—. ¡Espera! No entréis —corro hasta ellos. Miro nuevamente y descubro que están rotas—. Entrad en el coche hasta que salga.

—Sube al coche y ponle el seguro, Natalia —dice César a la chica—.

Voy contigo, Álex, espera.

—Tú te quedas aquí —le digo seriamente—. Meteos los dos ahora mismo ahí. ¡Hasta que yo os diga! —grito nervioso. No me gusta nada lo que veo.

—Voy contigo —replica César.

—Esto no es un juego. ¿De acuerdo? —cada vez me cabrea más. Es peligroso y parece no darse cuenta—. Ahora entra en el maldito coche hasta que yo te diga lo contrario.

Por fin obedece y hace lo que le pido. Pongo la mano en mi pistola para sacarla rápidamente si es necesario y entro a la casa. Reviso las habitaciones una por una y con cuidado. Parece que todo está despejado y no hay peligro. Salgo a por ellos.

—No hay nadie en la casa. He revisado todas las habitaciones y están limpias. Si necesitáis entrar, es el momento —les digo—. Por lo que he podido comprobar, todo el destrozo ha sido desde fuera. Han lanzado piedras para romper los cristales. Incluso puede deberse a una chiquillada.

—De acuerdo —dice César—. Aunque creo que está lejos la opción de la chiquillada. Luego hablamos —le miro extrañado. Ellos deben saber algo que yo no sé.

Cuando estamos dentro encontramos las piedras con las que han roto las ventanas, pero una en particular llama nuestra atención. Está envuelta en fotografías. Las revisamos una por una y en casi todas aparecen Mario y Natalia. Hay insultos escritos sobre el rostro de ella. La última nos deja sin habla. Es de hace solo unos días. Son César y Natalia en la puerta de casa de sus padres. Hay algo escrito en esta también, y ocupa toda la foto. «TÍRATELA AHORA QUE PUEDES,

PRONTO ESTARÁS LLORÁNDOLA». Me tenso. El muy hijo de puta está en el pueblo. Un estruendo nos sobresalta y rápidamente apunto con mi arma a la zona de donde proviene el ruido. César cubre a Natalia con su cuerpo. Tres segundos después descubro el porqué.

—¡Maldito gato! —grito mientras guardo mi pistola. Debe de haberse colado por las ventanas rotas y ha echado abajo las cortinas. Nos relajamos.

—Álex, ¿crees que podrías hacerte cargo de todos estos destrozos antes de que venga la familia de Natalia? No me gustaría preocuparles más. Bastante tienen ya.

—Claro, no habrá problema —aseguro—. Ya es prácticamente de noche, me quedaré aquí para evitar que algún ladrón entre y por la mañana buscaré a las personas indicadas.

—Hoy tendrás que dormir en el hotel conmigo —le dice pícaramente a Natalia. La pobre muchacha me mira y se sonroja. Minutos después se marchan y me quedo al cargo.

Otro ruido me altera y compruebo que de nuevo el gato ha vuelto a hacer de las suyas. Lo primero que haré será sacarle de la casa.

—Ven, gatito... gatito... gatito... —le llamo, pero parece no inmutarse. Camino hasta él y me sopla. Sus ojos brillan como si fuera el mismísimo diablo—. ¡Jodido gato, no juegues conmigo! —prácticamente le grito. No me gustan estos animales, siempre he oído que son muy traicioneros. Intento asustarle para que se marche. Con suerte saldrá por donde entró, pero no hay manera. Me mira como si yo fuera el ser más insignificante de la tierra. No le asusto lo más mínimo—. ¡Vamos, largo! —levanto los brazos—. ¡Fuera de aquí! —vuelvo a levantarlos y de un salto se lanza contra mi cara—. AAAGRRRR

—grito—. ¡LA MADRE QUE TE PARIÓ! —solo veo pelo, pelo y más pelo. Sus finas uñas se clavan una y otra vez en mi frente. Es peor que caer de boca encima de un cactus. Me golpeo con los muebles tratando de librarme de él. No veo por dónde voy. Cuando por fin lo consigo, vuelve a mirarme altivo desde el suelo y sale como si nada por una de las ventanas, dejándome con un gran sofoco y la cara llena de arañazos. Le odio.

Camino hasta el baño y quiero morirme cuando me miro en el espejo. Mi cara parece un cuaderno de música lleno de pentagramas. Me aclaro con agua, no quiero que se me infecte. A saber dónde ha tenido metidas las uñas. Mi móvil suena en el bolsillo.

—¿Sí? —respondo, ya que no sé quién es.

—Ei, musculitos, ¿cómo va todo por allí? —abro mis ojos al oír la voz de Laura.

—Emm... regular —digo mientras vuelvo a respirar y trato de calmarme. No esperaba su llamada.

—¿Ocurre algo? —su tono es de preocupación.

—Sí, bueno... —otra vez que se me olvida cómo se habla—. He tenido una pelea a muerte con una bestia salvaje —por fin consigo arrancar. Seco con un papel mi frente mientras miro mi reflejo.

—¿¡Cómo!?! —aparto el teléfono de mi oído; ha estado a punto de pulverizarme el tímpano.

—¿Puedes no gritar? Seguro que te han oído hasta en la Nasa —protesto.

—¿Qué ha pasado? —baja su tono.

—Un jodido gato me atacó —oigo cómo se ríe—. No tiene ni puta

gracia —explota en carcajadas—. Adiós —me despido malhumorado y cuando estoy a punto de colgar vuelvo a oírla.

—Espera, espera. Lo siento —trata de contenerse—. Es que la imagen que he visto en mi mente es muy cómica. ¿Te ha hecho daño?

—¿Tú qué crees? Precisamente besos no me ha dado... —vuelve a reír.

—Si sigues hablando así no podré sujetarme. ¿Te has desinfectado la zona? En sus garras debe haber de todo. Hace “croquetas” con sus propias cacas para taparlas con arena.

—Gracias por la aclaración. No se me había ocurrido —digo con sarcasmo—. ¿Por qué llamas?

—Qué borde eres —tiene razón, siempre me pasa con ella. Creo que es porque me pone nervioso—. Solo quería decirte que ya compré las entradas y que espero que finalmente puedas venir. No es para presionarte ni nada, es que no quiero quedarme sin ellas. Si por alguna razón no puedes, no te preocupes, algún fan me agradecerá el gesto cuando se la regale.

—Está bien, te avisaré con lo que sea.

—¿Cuándo volvéis a Madrid?

—Mañana. César trabaja.

—¿Tendrás mucho trabajo cuando regreses? —es extraño. No entiendo por qué tanto interés. Algo pasa.

—Mañana sí, pero pasado estaré más tranquilo —aquí hay gato encerrado y los gatos no me gustan. Mario sabía que Natalia estaba en el pueblo por alguna razón, y creo que pronto encontraré la respuesta.

—Yo tengo el día libre. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo? Tengo que hacer algunas compras y estaré por la zona.

—Sí. está bien. No creo que haya problema —necesito ver qué puedo descubrir.

—¡Vaya! Pensé que te negarías.

—Pues ya ves que no es así —respondo secamente.

—¡Pues nos vemos pasado mañana! Cuídate hasta entonces y limpia bien esas heridas —ríe.

—Muy graciosa... —cuelgo y me quedo mirando al teléfono—. «Solo iremos a tomar algo. Es parte de mi trabajo», me digo. «Necesito descubrir hasta dónde está involucrada en esto». Parece que mis propias palabras hacen efecto.

Capítulo 8

Laura

Río a placer aprovechando que acabo de colgar y no me oye. «¿Cómo es posible que un gato te ataque así?». Niego con mi cabeza y vuelvo a reír fuertemente imaginando la escena. Pobre hombre... Respiro profundamente para calmarme y me quedo mirando al vacío mientras recuerdo la conversación. «Ha dicho que sí». Digo con el teléfono pegado a mi pecho. El hombre de piedra está cediendo.

• • •

Álex me ha mandado un mensaje. Hemos quedado en uno de los bares que hay cerca del hotel dentro de una hora. Voy con el tiempo justo y todavía no he decidido qué voy a ponerme. Jamás imaginé que una cita con un chico pudiera alterarme tanto. Realmente estoy sorprendida. Es la primera vez que soy yo quien toma la iniciativa invitando a alguien, pero es que está tan bueno. Y la verdad es que no esperaba que aceptara cuando hablamos por teléfono. Es un tipo muy raro, pero me encanta eso de él, nunca sé cuál será su reacción. No es para nada predecible. Estoy cansada de hombres que parecen estar cortados por el mismo patrón. Me aburren. Álex es todo lo contrario, tiene un

toque místico que atrapa, y cuanto más difícil me pone las cosas más me gusta. Siempre me han gustado los retos.

He tenido muchas citas durante toda mi vida. Odio las relaciones estables y la monotonía. A la semana ya me he cansado de ver la

misma cara. Dicen que es porque todavía no me he enamorado, y en parte tienen razón. Todavía no he experimentado esas cursiladas de las que hablan las parejas. ¿Qué es eso de no poder vivir el uno sin el otro? Definitivamente, es algo que no quiero saber. La dependencia no es lo mío. Vivo muy a gusto sin tener que dar explicaciones a nadie.

Por fin saco un pantalón blanco del armario. Ni siquiera recordaba que lo tenía. Tengo cientos de prendas sin estrenar. Siempre que salgo de compras vengo cargada de bolsas que una vez cuelgo en las perchas me olvido de que existen. Reconozco que compro compulsivamente, no lo voy a negar, pero es algo que no puedo evitar y que además me divierte. Disfruto como una loca haciéndolo.

Me decido por una blusa roja. Es un color que me va bien y realza mi cabello. Perfiló mis ojos en negro y marco mis labios con una barra carmesí. «¡Lista!», digo mientras me miro en el espejo. Me calzo las sandalias negras y me cuelgo el bolso al hombro. Tomo las llaves y me dirijo al coche.

—Vaaaya... —oigo que dice detrás de mí una voz conocida. Silva. Cierro los ojos, molesta—. ¿Dónde va ese bombón? —me giro y trato de fingir una sonrisa.

—Voy de compras y llevo mucha prisa, Jorge —muevo mi mano de espaldas a él a modo de despedida mientras bajo rápidamente los escalones.

Jorge puede considerarse el mayor error de mi vida. Es mi vecino desde hace dos años. Al principio teníamos una buena amistad y salíamos juntos algunos fines de semana. Desde entonces no para de intentarlo conmigo. Estoy harta de explicarle que no volverá a pasar, pero no pierde la esperanza y se pone muy pesado.

Cuando llego al aparcamiento veo que alguien ha dejado un coche en marcha y en doble fila justo detrás del mío. Subo y espero. Imagino que no tardarán llegar. Hasta las ventanas están bajadas. Los minutos pasan y nadie viene a retirarlo. Comienzo a tocar el claxon impaciente y el dueño sigue sin dar señales de vida. Al final llegaré tarde a mi cita. En uno de mis impulsos y con un cabreo de mil demonios salgo de mi vehículo y camino hasta el que está mal estacionado. Sin pensarlo demasiado, abro la puerta y subo mientras blasfemo. Acelero fuertemente y por el retrovisor veo que un grupo de personas sale de un establecimiento cercano gritando y riendo. Alguien corre hasta mí. Debe de ser el dueño. Estoy segura de que el muy cabrón estaba mirando con sus amigotes desde la ventana mientras se burlaban. Cuando creo que ya estoy lo suficientemente lejos y he dejado el paso libre, bajo y camino hasta mi coche de nuevo.

—¡Eh, tú, zorra! ¿Quién te ha dado permiso para poner tus putas manos sobre mi coche? —lo que me faltaba, un chulito de discoteca. Hago caso omiso a sus palabras y sigo caminando. Se pone en medio para cortarme el paso. Me dobla en tamaño.

—Veo que lo tuyo es estorbar. Seguro que te lo han dicho muchas veces en la cama —le miro fijamente a los ojos mientras cruzo mis brazos. Sus amigos ríen a carcajadas y parece que eso le hiere en su orgullo. Sujeta una de mis muñecas fuertemente, me acerca a su cuerpo y se inclina de manera amenazante para hablarme.

—Eres una puta barata que no vale nada... y para colmo rubia —susurra casi en mi oído, por lo que siento asco al instante.

—Es extraño que seas tú quien me diga eso... —de una sacudida consigo que suelte mi mano—. Mírate —digo con desprecio—, ¡pero si hasta tienes que ladear la cabeza cuando me hablas para que tus dos

neuronas choquen y hagan contacto! —prácticamente grito esta frase para que sus amigos me oigan. Las risas no se hacen esperar. Aprovecho su sorpresa para esquivarle y llegar hasta mi coche. Arranco, les saco el dedo corazón y me marchó. No soporto a ese tipo de gente.

Llego casi diez minutos tarde. Estaciono y camino rápidamente por la acera. Cuando solo faltan unos metros para llegar, levanto la mirada y le veo. Está de espaldas, igual que cuando le sorprendí el día de la competición. Puedo ver perfectamente la forma de sus hombros, son muy anchos y están bien marcados. Lleva una camiseta negra ajustada que no deja nada a la imaginación. Su cintura es estrecha y su pantalón, también negro, se ajusta perfectamente a su trasero. Es el trasero más espectacular que he visto en mi vida. Lo único que me apetece en ese momento es darle una buena nalgada, pero no tengo más remedio que contenerme. No sería un buen inicio. Como si notara mi presencia se gira lentamente y clava sus ojos miel en los míos. Su mirada es tan penetrante que consigue hacerme retener el aire en mi pecho. Es guapísimo. Levanta una de sus cejas extrañado al ver que no reacciono. Prácticamente me estoy derritiendo.

—Llegas tarde —ni un simple saludo, pero tiene una voz tan *sexy* que no me importa. Podría trabajar en una emisora de radio sin problema.

—Sí... —digo con esfuerzo—. Una panda de chulitos me retrasó.

—¿Cómo? —su frente se arruga.

—Nada... no tiene importancia. Vayamos a por algo de beber, tengo sed —asiente y entramos en uno de los bares. Pedimos unos refrescos y decidimos sentarnos en una de las mesas que hay en la calle. Casi no hay nadie y hace un día estupendo.

—Háblame de ti —dice seriamente. Me sorprende. Desde que nos conocemos, nunca ha mostrado el más mínimo interés en mí. Al contrario, se ha esforzado por alejarme.

—¿Qué quieres saber? —me mira. No soy fácil de intimidar, pero él siempre lo consigue.

—Tu edad, por ejemplo. ¿A qué te dedicas? —empiezo a ponerme nerviosa—. «¡Ay, Dios mío! ¿Este adonis quiere saber cosas de mí?».

—Estoy a punto de cumplir 26 y trabajo como coordinadora de recursos humanos en una pequeña empresa —golpea sus labios con el dedo índice mientras me observa.

—¿Hace mucho que eres amiga de Natalia? —me choca esa pregunta.

—De toda la vida. Nos hemos criado juntas —sonrío—. Te toca —le digo. Se incomoda y cambia de postura—. Tu edad y a qué te dedicas.

—Tengo algún año más que tú y mi trabajo es insignificante —responde secamente.

—Oh, vamos... No es justo. No puedes hacer esto.

—¿Tú sabías por todo lo que estaba pasando con su exnovio? —arrugo mi frente extrañada. No entiendo por qué quiere saber esas cosas. Pero, aun así, contesto.

—Sí, aunque ella realmente nunca me lo contó todo.

—¿También eres amiga de Mario? —cada vez la conversación se está volviendo más irreal.

—No sé a dónde quieres llegar, musculitos. ¿Te gusta mi amiga? —sus ojos se abren.

—Solo quiero saber qué es lo que pasó entre ellos. Recuerda que me encontré en medio aquella noche y como mínimo me podrías

explicar...

—Pues si quieres saberlo tendrás que preguntarle a ella —estoy empezando a cansarme de esta conversación. Quiero que se interese por mí, que pregunte por cosas mías. Frunce el ceño.

El sonido de su teléfono nos interrumpe. Lo saca de su bolsillo y lo mira durante un par de segundos. Después me mira a mí y vuelve a mirar a la pantalla. Por fin descuelga.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás? —se levanta de la mesa y se aleja—. No me gusta ni lo que he oído ni su acción. Fijo que esconde algo. Espero que no tenga novia.

Varios pitidos me sacan de mis pensamientos. Giro la cabeza y busco hasta que doy con la causa.

—¿Esperando a los clientes, zorra? —lo que me faltaba. Resoplo. El mismo payaso chulito de antes. Seguro que me ha seguido para molestarme. Le hago un corte de manga y paso de él. Prefiero no armar ningún espectáculo. No tengo humor ahora mismo. La sorpresa llega cuando el idiota baja del coche y viene hacia mí.

—Lárgate —le digo molesta mientras se acerca—. Eres patético. ¿No has tenido suficiente por hoy, que vienes a por más? —su cara cada vez está más roja. Llega hasta la mesa donde estoy sentada y agarra fuertemente uno de mis brazos, haciéndome daño. Va a decir algo cuando una gran mano se posa en su hombro haciendo una enorme presión. Puedo ver cómo los dedos se hunden en su carne.

—Te ha dicho que te largues —Álex le aparta de mí. Con un ágil movimiento consigue inmovilizarle. La postura no parece ser muy cómoda para el idiota por la expresión de su cara. Es de auténtico dolor—. Pide perdón a la señorita —le dice, y no puedo aguantar la

risa.

—¡Eso! —digo sentada tranquilamente en mi silla. Cruzo una de mis piernas mientras apoyo mis brazos en el respaldo del asiento—. Pídeme perdón. Retuérceme los pezones, Álex. No tengas piedad —Álex me mira extrañado. Si esperaba que me asustara lo lleva claro. Estoy disfrutando del espectáculo. Dos hombres peleando delante de mí es de lo más excitante.

—¿Tú? —dice el chulito sorprendido al girarse y ver quién le está sujetando—. Lo siento, tío... —me pierdo, no entiendo nada—. Lo siento, tío, de verdad... no sabía que la conocías. No me detengas. Te juro que no volverá a pasar —cada vez estoy más asombrada. ¿Detener? ¿De qué habla? ¿Se conocen?—. Salí de la cárcel hace solo unos meses, no me hagas volver —miro a Álex en busca de una explicación, pero está ocupado haciendo que el individuo casi bese el suelo. Unos segundos después le habla.

—Si vuelvo a verte por aquí tomaré medidas —lo suelta.

—No me verás —me mira—. Lo... siento —mis ojos se abren. Camina deprisa y sube a su coche. Los dos observamos cómo se aleja.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado aquí? —le pregunto—. ¿Por qué te pide que no le detengas? ¿Eres poli?

—Lo era, pero eso él todavía no lo sabe —dice mientras se sienta de nuevo en la silla. Mi mente me traiciona y la imagen de Álex en uniforme se instala en mi cerebro. «¡Dios Santo! Ese culito prieto enfundado en el uniforme debe estar para comérselo»—. Te estoy hablando, Laura —parpadeo rápidamente y le miro de nuevo. Tiene los brazos cruzados y las cejas casi juntas.

—Perdona, me despisté —sonrío.

—¿Qué te pasó con ese estúpido? —pregunta interesado.

—Nada importante, no te preocupes. Es solo que aparcó donde no debía y tuvimos bronca.

—Intenta mantenerte lejos de ellos. Son escoria social —tiene su mandíbula apretada.

—No te preocupes, no es mi intención volver a verles —bebo un sorbo de mi refresco y cuando vuelvo a dejar el vaso en la mesa descubro que está mirando mis labios fijamente. «Oh, sí... El musculitos está sucumbiendo a mis encantos, por fin», me aplaudo mentalmente. Tomo un mechón de mi cabello y juego con él entre mis dedos. Rápidamente su atención está donde quiero. Apoyo mis brazos sobre la mesa dejando mi escote al descubierto. Disfruto viendo sus reacciones. Me gusta coquetearle—. Entonces... ¿Por dónde íbamos? —alza su mirada hasta mis ojos y carraspea. Sabe que le he descubierto mirando donde no debe y aprovecho su momento de confusión—. ¿Eras policía?

—Sí —se tensa.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Me cansé —dice mirando para otro lado.

—¿A qué te dedicas ahora? —cada pregunta que le hago consigue tensarle más.

—Soy el chófer de tu amiga —dice con desprecio.

—¿Te molesta eso? —me extraño.

—Muchísimo. Tu amiga me cae como una patada en el culo. ¿Cómo puedes soportarla? —esa frase me ha dolido. Natalia es la mejor amiga que alguien puede tener. Pero en cierto modo me alivia saber que no

siente nada por ella. Vía libre.

—Natalia es una persona increíble. No la conoces, por eso hablas así.

—Seguro que solo dices eso para para que no piense mal de ti —levanta una de sus cejas y se apoya en la mesa—. Pero no te preocupes, por esa razón nunca lo haría. Al contrario, te entendería perfectamente. Es un poco rarita —sonrío, porque no sé qué otra cosa decir o hacer. Me acaba de dejar en blanco. No esperaba algo así. Un segundo después descubro que he elegido el gesto equivocado por su siguiente frase—. Vaya, parece que piensas como yo. Te guardaré el secreto —me guiña uno de sus ojos cuando voy a protestar y siento que pierdo el equilibrio. Cada movimiento que hace este portentoso hombre consigue que me olvide del mundo y babeo como una tonta.

Capítulo 9

Álex

Una punzada de dolor se instala en la boca de mi estómago e intento disimularla. Laura ha caído en mi trampa. Su sonrisa cuando le he hecho creer que odiaba a su pobre amiga y que entendía que ella también lo hiciera la ha delatado confirmando alguna de mis sospechas. Siento una enorme decepción, pero quiero estar seguro antes de precipitarme. Trataré de ser más sociable con ella para ganármela y que así se confíe. Su insistencia en verme aun cuando la he tratado como a un trapo sucio y su lenguaje corporal me indican que está interesada en mí. Lo usaré a mi favor y me aprovecharé de ello. Seguro que consigo llegar al final de todo esto.

—A ver si lo he entendido. ¿Eras policía y lo dejaste todo para hacerle de taxista a César y ahora también a Natalia?

—Me paga bien —respondo.

—Ya puede hacerlo —dice pensativa—, es difícil entender tu decisión. Pero cada uno es libre de hacer lo que quiera. Por cierto, hoy te estarán echando de menos —ríe—. Menos mal que no saben que habíamos quedado, si no me culparían.

—¿Por qué? —pregunto intrigado.

—Iban a Toledo a ver a su padre. ¿No te lo han dicho?

—No... —en realidad sí, César me lo comentó ayer, pero lo que no sabía es que ella también lo supiera. Está demasiado informada y eso

puede ser peligroso. Natalia debería tener más cuidado.

—Me falta saber tu edad —dice sonriente. Sus labios pintados de rojo captan mi atención. Son perfectos. No puedo dejar de mirarlos. Demasiado tentadores.

—Estoy a punto de cumplir los 31 —trato de centrarme en sus ojos, pero es aún peor. Es una mujer realmente impresionante.

—¿Y a tu edad no te da vergüenza andarte peleando con gatitos? —ríe.

—Muy graciosa. Me extrañaba que no sacaras la conversación antes —respondo tratando de hacerle creer que no me afecta. Todavía tengo marcas.

—He intentado aguantarme, pero es demasiado tentador —carcajea fuertemente. Un par de lágrimas salen de sus ojos mientras lucha por calmarse. Lejos de molestarme, descubro que disfruto viéndola así. Es una persona tan alegre que contagia—. Perdona —seca con cuidado sus ojos para no desmaquillarse.

La siguiente hora pasa rápido. Todavía tiene que hacer algunas compras y se le está haciendo tarde. Nos despedimos y decido seguirla sin que lo sepa. Quizás pueda descubrir algo más. Nunca se sabe.

Para en un centro comercial y tras esperar un largo rato por fin veo que sale cargada de bolsas. Un hombre de unos cuarenta años se acerca a Laura y le ofrece su ayuda. Ella se niega y sigue caminando. El muy cabrón no para de mirarla y me cabrea. Laura llama demasiado la atención. Sus movimientos y su atractivo natural captan todas las miradas, tanto de hombres como de mujeres. Con dificultad lo guarda todo en el maletero y retoma el camino. Durante el trayecto procuro mantenerme alejado para que no sospeche. Conoce mi coche. Tras más

de media hora conduciendo, parece que hemos llegado a algún sitio. Aparca y vuelve a sacar las bolsas. Bajo de mi coche y camino tras ella. Llega hasta un edificio de ladrillos. Debe de vivir ahí. Hay alguien en la puerta y me escondo en un portal.

—Hola, guapa. Veo que ya has llegado. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien, Jorge. Estoy cansada, si no te importa déjame pasar —está tapando la entrada con su cuerpo.

—Llevo todo el día esperándote. Me gustaría hablar contigo antes.

—No creo que tengamos nada de qué hablar —dice Laura algo molesta, y me tenso—. Apártate, quiero entrar.

—No hasta que me escuches —estira uno de sus brazos bloqueando más aún la puerta. Mis puños se cierran instintivamente.

—Mira, Jorge, ya no sé cómo te lo voy a decir —suelta las compras en el suelo—. He tratado de hacerlo de mil maneras diferentes para no herir tus sentimientos, pero parece que eres tan gilipollas que no entiendes ninguna —clava repetidas veces el dedo en su hombro mientras le habla. Me gusta su carácter—. Me estás acosando y como sigas tocándome los ovarios vamos a tener un problema, tú y yo —sonrío satisfecho. Así se habla—. ¿Ves estos tacones? —señala sus zapatos y mi cabeza pica; por desgracia yo probé uno—. ¿Los ves? —repite captando su atención—. Pues acabarán clavados en tus testículos —reprimó una carcajada para que no me oigan.

—No niegues lo evidente —se acerca a ella y mi piel se eriza. Toma uno de sus mechones y siento las palmas de mis manos arder. Laura se retira rápidamente—. No decías lo mismo aquella noche cuando estaba entre tus piernas —mi respiración se agita y mi corazón late con fuerza. La imagen de ellos dos juntos me hace sentir náuseas.

—Pues fíjate que yo no recuerdo absolutamente nada. Mi cerebro tiene por costumbre borrar al instante las experiencias traumáticas — toma las bolsas del suelo—. Y si no fuera porque eres mi vecino y tengo que estar viendo tu asquerosa cara todos los días hace tiempo que también me habría olvidado de ti —de un empujón consigue hacerle a un lado y entra al edificio.

No la sigue, cosa que agradezco. Se queda en la puerta y enciende un cigarro. Si ese idiota hubiera entrado al edificio tras de ella estoy seguro de que habría intervenido. He estado a punto de salir de mi escondite un par de veces mientras peleaban para romperle la cabeza. Espero un tiempo prudencial y al ver que todo está tranquilo decido volver a casa. Quiero aprovechar las horas libres que me quedan para descansar.

Cuando entro a mi pequeño apartamento suelto las llaves del coche en la mesa de la entrada, y sin darme cuenta dejo caer el portafotos que hay sobre ella. Con cuidado vuelvo a ponerlo en pie. Siempre me ha gustado esa foto. Gema está preciosa en ella.

La melodía del móvil llama mi atención. Descuelgo.

—Ei, Álex. ¿Se solucionó el problema? Quedé preocupada.

—Hola, preciosa. Sí, todo se arregló. Perdona por haberte colgado tan precipitadamente, pero un idiota se puso pesado y tuve que enseñarle modales —evito contarle toda la verdad.

—Tú siempre tan educado —ríe.

—¿Cuándo vienes?

—En una semana. Todavía me quedan muchas cosas por empaquetar. Espero que tengas suficiente espacio para dos camiones —ríe de nuevo—. Ya sabes cómo somos las mujeres.

—Puedo alquilar un piso más amplio. Ya te lo dije, no tengo problema.

—No hará falta, nos arreglaremos, ya verás.

—Lo que tú digas, pero luego no te quejes.

—No lo haré. Tengo que dejarte, Álex, acaban de llegar mis compañeros y vamos a celebrar mi despedida del trabajo.

—De acuerdo. Pásalo bien y ten cuidado.

—Lo tendré. En unos días vuelvo a llamarte. Te quiero.

—Yo también a ti —cuelgo.

Antes de soltar el móvil en la mesa, vuelve a sonar. Pongo los ojos en blanco, entre todos se han propuesto no dejarme disfrutar de mi día libre. Compruebo que es César y descuelgo.

—Dime.

—Álex, perdona que te llame en tu día libre, pero ha habido problemas.

—¿Qué ocurre? —todo mi cuerpo se activa.

—Estamos en la comisaría en un pueblo cercano a Madrid. Mario nos ha dado un susto de muerte.

—¿Cómo? —mis ojos se abren.

—Cuando volvíamos a casa apareció de la nada en la carretera e intentó sacar a Natalia de la calzada. Gracias a Dios que supo maniobrar a tiempo, Álex. Si no es porque maneja perfectamente, hubiera acabado en tragedia —hay mucha angustia en su voz—. Consiguió golpear su coche varias veces y tuvimos que dejarlo aquí. ¡Ese tío está loco!, va a por ella sin importarle nada más... —respira agitado.

—Trata de calmarte, estás demasiado alterado y sabes que eso no te ayuda —cuando está en ese estado suelen darle crisis que después le cuesta controlar.

—Lo intento —hace una pausa—. Necesito que hagas una investigación paralela a la que van a empezar aquí, hay que dar con él cuanto antes.

—¿Puedes darme algún dato?

Me explica todo lo ocurrido. Apunto los datos del coche y nos despedimos.

«Mierda», digo apretando fuertemente el teléfono cuando caigo en algo. «Solo hay una forma de que Mario supiera dónde estaban». Ya no hay duda. Alguien le está informando y todas las pruebas apuntan a Laura. Ella lo sabía...

Capítulo 10

Pasan los días. Cada minuto que tengo lo empleo en intentar encontrar a Mario. He telefoneado un par de veces a Natalia desde entonces para que me cuente cosas sobre él. Estoy haciendo uso de todos mis conocimientos de psicología. Cuanto más sepa de su persona, más fácil me será descubrir su patrón de comportamiento y prever cuál será su siguiente paso. Toda ventaja es poca en un caso así. Parece que el cabrón está tan obsesionado que no le importa poner en peligro su propia vida para acabar con la de Natalia.

Estoy por tu zona. Tengo que descambiar algunas cosas. Te invito a un refresco.

Laura acaba de escribirme. Me siento confundido. ¿Por qué tener noticias de ella me pone tan nervioso?

En media hora estoy allí.

Nada más responder la culpabilidad aparece de nuevo. Laura ha estado de manera constante en mis pensamientos estos días. No soy capaz de sacarla de mi cabeza. «Es por una buena causa», me digo, «necesito información».

Perfecto. Te espero.

Tomo una gran bocanada de aire. En unos minutos volveré a verla.

Llego puntual y ahí está. Sentada en el mismo sitio en el que estuvimos charlando la última vez. Tiene su melena rubia recogida en un moño casual. Varios mechones le caen por la cara y se mueven con

la brisa. Lleva puesto un pantalón ajustado vaquero y una camisa azul clara. Pero lo que más llama mi atención son sus labios pintados de rojo. Trago saliva tratando de calmarme. Me afecta. Con cada paso que doy hacia ella algo se mueve en mi estómago. Como si intuyera mi presencia, se gira, y cuando me ve sonrío. El cielo está nublado, pero su gesto ilumina toda la calle.

—¡Musculitos! —se pone en pie y viene hacia mí. Mi corazón se acelera preocupantemente. «¿Qué coño me pasa?».

—Hola, Laura —tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener la calma. Rodea con sus brazos mi cuello y deja un beso en mi mejilla. Su aroma y su contacto hacen que mis piernas tiemblen. Me siento rápidamente para que no lo note y ella se acomoda en la silla que tengo enfrente.

—¿Cómo han ido estos días? —me mira fijamente a los ojos esperando una respuesta. Esto está empezando a convertirse en una auténtica tortura para mí.

—Bien, co... como siempre —respondo tartamudeando, y me encojo de hombros—. «Tranquilo, Álex», me digo.

—Natalia sospecha —dice sonriente.

—¿De qué? —arrugo la frente, confuso—. «¿Sospechará de ella igual que yo?».

—¡De que hemos quedado! —casi grita sacándome de mi error. Estoy tan obsesionado por encontrar a Mario que todo lo asocio al caso.

—¿Le has contado algo? —pregunto preocupado.

—Nada de nada —sonrío de nuevo. Necesito mantener esto en secreto para no levantar sospechas. He conseguido hacerle creer que es por no aguantar las burlas de César y su amiga, pero nada más lejos de la

realidad. Solo busco información. Que la gente sepa que nos vemos dificultaría las cosas.

—¿Por qué crees que sospecha?

—Porque quizás metí un poco la pata —me tenso—. Natalia sabía que había tenido una cita, pero no sabía con quién —la palabra *cita* hace eco en mi cabeza. Para ella fue una cita, para mí solo trabajo—. Me dijo que habían tenido un percance con Mario en la carretera y quise saber si te lo habían contado. Estabas ese día conmigo, no les habías llevado tú, era lógico que no lo supieras. Entonces dedujo que, por alguna razón, sabía que no habías ido con ellos —aprieto mis dientes.

—Debes tener más cuidado —intento no parecer demasiado duro con esa frase—. Sería insoportable aguantarles si se enteran —resoplo para hacerlo más creíble—. No me gusta que la gente sepa de mi vida privada.

La siguiente hora pasa rápido. Laura habla de sus cosas, juguetea conmigo e incluso trata disimuladamente de seducirme. Intento mantenerme serio y no dejarme llevar, pero empieza a gustarme demasiado su compañía y eso no puedo permitirlo. Tengo que buscar otro plan de ataque, este no está resultando; al contrario, estoy cayendo en su trampa en vez de ella en la mía.

—Oye —coloca los codos en la mesa y ahí está otra vez mostrándome su hipnótico escote. Me esfuerzo por no mirar—. ¿Y tú no podrías... no sé... protegerles? —la miro extrañado—. Eras policía. Debes de saber mejor que nadie cómo se hace eso —creo que está probándome.

—Eso es algo que aparté de mi vida hace mucho —respondo rápidamente—. No quiero hacer nada que tenga que ver con ello. No me gustó la experiencia. Además, lo mío era la psicología —me mira

con los ojos agrandados.

—¿La psicología? ¿Cómo es eso?

—Es fácil. Entré en la policía científica porque soy psicólogo. Me encargaba de los interrogatorios y poco más —no le cuento toda la verdad. Evito decirle que también ejercí en otras ramas.

—¡Guauuu! —exclama—. ¿Eras de esos que golpean para saber información?

—No —digo secamente—. No me hizo falta emplear la fuerza para eso —miento—. Me especialicé en la interpretación de gestos faciales y corporales. Simplemente sabía cuándo mentían sin más.

—¿En serio? —su cara se tiñe de rojo al instante. Estoy seguro de que está pensando en todo lo que ha hecho con su cuerpo para captar mi atención.

—Si me mientes, lo sabría al instante —me mira con sorpresa—. Es broma... —le digo forzándome a sonreír—. Hace tiempo que olvidé cómo se hace todo aquello —se relaja, pero no del todo. No me termina de creer.

—Entonces tendré que tener más cuidado —responde sonriente—. No me gustaría que descubrieras mis intenciones —me tenso. «¿Acaba de admitirlo?». Se levanta de la mesa, recoge sus cosas y viene hasta mí—. Tengo que irme o cerrarán la tienda —se inclina y sin darme tiempo a reaccionar deja un pequeño beso en la comisura de mis labios—. Te veo mañana en el concierto —susurra esas palabras tan cerca de mi cara que siento cómo su aliento acaricia mi rostro.

Un gran hormigueo recorre mi espalda y mi cuerpo parece quedarse sin fuerza. Veo cómo se aleja moviendo sus magnéticas caderas y hasta que no la pierdo de vista no soy capaz de reaccionar. «Qué coño...»,

me digo. Con esfuerzo me levanto de la silla y camino hasta mi coche. Intentaré seguirla de nuevo. Aunque me lleva ventaja, sé a qué centro comercial ha ido. Como imaginaba, su coche está en el *parking*, por su color amarillo es difícil que pase desapercibido. Espero varios minutos más y cuando sale recorremos el mismo camino que la vez anterior. Estoy seguro de que se dirige a su casa. Aparca y antes de que salga del coche alguien se acerca y le abre la puerta. Desde donde estoy no puedo ver con claridad, paro el motor y camino con cuidado hasta ellos.

—De verdad... estoy aburrida de esto y ya no puedo más —le está hablando a alguien, pero está de espaldas a mí y no logro distinguir de quién se trata.

—Es fácil. Dame una oportunidad. No pienso parar hasta que lo hagas —por su voz ya sé quién es. El gilipollas de la otra noche. Mi respiración se acelera.

—No sueñes con ello. No habrá oportunidades, solo fuiste un jodido error, hazte a la idea de una puta vez —intenta marcharse, pero la sujeta por el brazo.

—Si no quieres que siga en este plan cede de una puta vez. Voy a demostrarte que estás equivocada —una ola de rabia me inunda.

—¡Déjame en paz! —le grita. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo para contenerme. El malnacido agarra su mentón y trata de besarla a la fuerza. Doy un paso hacia delante cuando veo cómo Laura le escupe en la cara—. Jamás vuelvas a tocarme... —aprovecha su sorpresa y se marcha, dejándolo pensativo.

Mi sangre hierve. Mis uñas están clavándose en las palmas de mi mano. Estoy seguro de que de un momento a otro mi cuerpo empezará

a combustionar. Saca un cigarro de su bolsillo y cuando va a encenderlo no puedo contenerme más y me lanzo sobre él. Mi mano atrapa fuertemente su cuello y su cabeza golpea contra la pared.

—Si vuelves a ponerle un dedo encima acabaré contigo. ¿Me oyes? — susurro para que Laura no me oiga. Todavía le quedan unos metros para entrar en la casa.

—Suél... ta... me —sus ojos son de auténtica sorpresa. Intenta escapar, pero le tengo inmovilizado. No debería exponerme así, es posible que se lo cuente a Laura y me descubra, pero ha sido mi instinto el que ha actuado por mí.

—Si le cuentas algo de esto vendré a por ti de nuevo y te aseguro que tus peores pesadillas se harán realidad. ¿Entendido? —golpeo más fuerte su cabeza contra los ladrillos.

—Sí... —vocaliza con esfuerzo. Noto la nuez de su garganta moverse en mi mano. Intenta tragar saliva, pero la presión que estoy ejerciendo sobre su tráquea lo impide. Su tono de piel está cambiando por la falta de oxígeno.

—Como vuelvas a molestarla esto te parecerá una caricia —golpeo su entrepierna al tiempo que lo suelto y cae desplomado en el suelo. Trata de levantarse, pero no puede. Se queda de rodillas gimiendo de dolor mientras me marchó.

No sé por qué cojones he hecho algo así, ella consiguió librarse de él sin problema. Tengo que contenerme. No puedo dejar que esto me afecte. Puede traerme problemas, y no es bueno para la investigación, ya que podría interferir de manera negativa.

Capítulo 11

Otra noche que paso en vela y sin parar de pensar en ella durante todo el día. Hoy volveré a verla. Laura me ha llamado hace unos minutos para decirme que venía de camino. Estoy apoyado en la esquina del hotel, hoy es el concierto y mis nervios están algo más revolucionados. No es lo mismo que tomar un refresco en una terraza. Un taxi para delante de mí y la ventana se abre.

—¡Hola, guapo! —Laura asoma su cabeza—. ¿Cuánto cobras?

—¿En un taxi? —pregunto extrañado.

—Hoy pienso tomar algunas copas y no quiero correr ningún riesgo —abre desde dentro la puerta y veo cómo se hace a un lado.

—Podrías haberlo dicho. Yo no beberé y me gusta llevar mi coche.

—Oh, vamos. No seas aguafiestas. ¡Sube de una jodida vez! —pongo mis ojos en blanco y subo al taxi con ella. Todo el interior huele a su perfume—. Lo pasaremos bien, ya verás —me sonrío.

El trayecto es corto y pronto llegamos. Apenas nos da tiempo a cruzar cuatro frases absurdas en el camino. Paga al conductor antes de que yo pueda sacar mi cartera y baja rápidamente del vehículo. Tengo que caminar deprisa tras ella porque va como loca. Parece una cría entusiasmada. Llegamos al lugar donde tocará el grupo, entrega las entradas y nos abren el cordón para que pasemos. Una vez dentro nos dirigimos a la barra y es ella quien pide las bebidas. Intentaré al menos pagarlas yo.

El camarero nos pone dos pequeños vasos y los llena con algún líquido de color azul. Laura me pasa uno de ellos.

—Esto se toma así —me dice—. ¡Arriba! —levanta el vaso—. ¡Abajo! —lo baja a la altura de su barriga—. ¡Al centro! —lo coloca a la altura de su boca—. ¡Y para dentro! —se lo bebe de un sorbo—. Te toca, musculitos —sonríe.

—Te he dicho que no voy a tomar alcohol...

—Vamos, está buenísimo. No me hagas el feo —me pone ojitos y no puedo resistirme.

—Está bien —me lo bebo de un trago y quema mi garganta. No entiendo cómo ella ha podido hacerlo sin una sola mueca en su cara. Cuando voy a soltar el pequeño recipiente en la barra compruebo que hay varios más de diferentes colores.

—Se llama arco iris —dice al ver mi cara interrogante. Toma el de color verde—. No puedes dejarme sola en esto —levanta sus cejas. Respiro profundamente y accedo. Si quiero que confíe en mí debo ceder un poco más.

Uno tras otro acabamos con todos los chupitos. Los acordes del grupo comienzan a sonar y Laura tira de mi brazo para que vaya con ella hasta la pista. Me siento algo mareado, llevo demasiado tiempo sin beber tan rápido y el alcohol está afectándome.

Tres canciones después descubro que lo estoy pasando bien. Me siento más relajado. Laura desaparece durante unos minutos con la excusa de ir al baño y aparece con dos copas más y una amplia sonrisa.

—¿Qué intentas? —pregunto con una ceja levantada.

—Que te diviertas —responde muy cerca de mi cara. No puedo dejar de mirar sus labios. Intuyo que se ha dado cuenta, pero me importa

una mierda. Le doy un buen trago a mi bebida y regreso mi atención al escenario. Suenan genial y me gustan. Por el rabillo del ojo veo cómo Laura baila y corea las canciones. Se las sabe todas. Consigue animarme y me uno a ella. Ríe con sus tonterías, salto a su lado y al final, no sé cómo, acaba subida sobre mis hombros gritando con una camiseta que le ha lanzado el cantante del grupo. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien, ni yo mismo me reconozco.

El concierto acaba y decidimos tomar un poco de aire. Hace demasiado calor. Nada más salir a la calle, un grupo de chicos intenta propasarse con Laura. Siento rabia. «¿En serio tiene que aguantar esto todos los días?». Cuando voy a intervenir pone sus manos en mi pecho.

—Calma, musculitos, que son muchos —tiene razón, pero no me importa. Quiero darles una lección a esos idiotas. El calor de sus manos llega hasta mi piel y me relaja—. Estamos disfrutando. No lo estropees —sonríe. Veo cómo solo unos segundos después pierden el interés y se alejan. Laura retira sus manos de mi cuerpo y protesto mentalmente.

—Deberían darte las gracias. Les acabas de salvar la vida —ríe y no entiendo por qué. Lo he dicho en serio. La curvatura de su boca cada vez me parece más perfecta. Es tan carnosa y apetecible que siento que en cualquier momento perderé el control y me lanzaré sobre ella.

—¿Te parece bien si volvemos a casa? Es tarde... —quisiera decir que no, pero parece agotada. Según me dijo en el coche hoy trabajó todo el día.

—Sí, ya está bien por hoy —contesto.

—Dame un segundo que llamo a un taxi —mete la mano en el bolso

para buscar su móvil y no lo encuentra—. Joder, mi bolso parece un agujero negro... —lo descuelga de su brazo y se acerca a la farola que tenemos al lado para ver mejor, apoya un pie de mala manera y pierde el equilibrio. Con un rápido movimiento consigo atraparla para que no caiga y queda pegada a mi pecho. Mis brazos están rodeándola. Nos quedamos inmóviles mirándonos fijamente a los ojos. Mi respiración se ajusta a la suya. La tengo tan cerca que puedo sentir cómo late su corazón en el lado opuesto que el mío.

Humedece sus labios con la punta de la lengua y mi boca se hace agua. Daría cualquier cosa porque fuera mi lengua quien acariciara sus labios de esa manera. Su rostro está tan cerca del mío que puedo inhalar su cálido aliento. Mi respiración se agita y Laura se tensa. Posiblemente el alcohol que corre por mis venas tenga la culpa y me arrepienta después, pero no puedo contenerme más. Lo necesito. Pongo mis labios sobre los suyos y mi cuerpo se altera al instante. Su respuesta no se hace esperar. Presiono su cuerpo ansiosamente contra el mío. Gime, rodea con sus manos mi cuello y creo perder la cabeza. Es adictiva. Su sabor me transporta a un lugar lleno de sensaciones, donde el dolor que siento diariamente en el centro de mi pecho se desvanece. Mi deseo aumenta y necesito más. Busco su lengua con codicia y cuando la encuentro, me deleito con ella. Laura está totalmente entregada a nuestro beso, al igual que yo. El deseo me está superando y comienzo a perder el control. No me importa nada más. Levanto a Laura del suelo y pego su cuerpo contra el lateral de uno de los coches que hay allí aparcados, mis manos comienzan a buscar entre su ropa.

—Tranquilo, fiero —oigo a Laura hablarme agitada en la lejanía mientras muerdo su cuello—. Para, aquí pueden vernos... —vuelve a

decir. Mi respiración es rápida y con esfuerzo consigo apartarme de ella. Su sabor en mi paladar sigue confundiéndome. Poco a poco comienzo a ser consciente de todo. «Mierda, ¿qué coño estoy haciendo?». El dolor vuelve rápidamente a mí.

—Lo siento. Yo... no puedo... esto no... yo no estoy preparado — intento explicarle, pero tengo toda mi sangre recogida en algún lugar y no encuentro las palabras adecuadas.

—Tranquilo, musculitos —sonríe y acaricia mi cara—. Sabré esperarte. No soy una violadora —no entiendo nada. ¿Esperarme? No, esto nunca ocurrirá.

—Laura, yo...

—Lo sé —vuelve a interrumpirme—. Ya me quedó claro aquella vez que lo insinuaste. No te avergüences por ello —cuando voy a protestar pone uno de sus dedos sobre mi boca y me calla—. Deja que llame para que vengan a recogernos —se aparta de nuevo, dejándome todavía más confundido, y telefonea a la central. Unos minutos después, llega un taxi.

La vuelta a casa se me hace incómoda. Soy incapaz de mirarla a la cara. Mi cabeza funciona a mil por hora. Tengo que explicarle que esto ha sido un error, y sobre todo que no volverá a pasar. Me armo de valor y cuando por fin saco la fuerza suficiente para decírselo, me giro y descubro que está dormida.

Capítulo 12

Laura

—Laura... —alguien me llama—. Despierta —protesto. Estoy realmente a gusto—. Hemos llegado.

—¿Dónde? —me levanto sobresaltada. Miro por la ventanilla del coche y veo que estamos en mi calle. Rápidamente lo recuerdo todo—. ¿Por qué me has acompañado hasta aquí? Podrías haberte quedado en tu casa, ahora tendrás que volver.

—No te preocupes —dice serio y baja del coche. Abre mi puerta y me ayuda a salir. Estoy tan adormilada que mis movimientos son torpes.

—Gracias por venir conmigo al concierto, lo he pasado genial —sonrío—. Te llamaré.

—Iré contigo hasta la puerta, quiero asegurarme de que entras en casa.

—Tranquilo, es aquí mismo —señalo el edificio—. Está solo a unos metros.

—No importa —contesta y camina conmigo.

Álex no para de mirar por todas partes como si buscara algo. De pronto, se para y mira fijamente al frente. Hay alguien delante de nosotros. «Mierda», me digo cuando descubro que Jorge está volviendo a casa también. El muy idiota seguro que la lía y más cuando me vea acompañada de un chico. Está en un plan insoportable. Si sigue así tendré que mudarme.

—Oye —intento prevenirle de lo que seguramente ocurra—, ese tío de ahí es un poco imbécil, seguro que suelta alguna payasada de las tuyas, pero no te preocupes, no le hagas caso y ya está —tuerce su boca a modo de sonrisa.

—¿Te suele molestar a menudo? —me sorprende su pregunta, pero le respondo.

—Todo lo que puede... —me encojo de hombros—. Es un pesado, no acepta que no quiero saber nada de él —arruga su frente.

Cuando estamos relativamente cerca, Jorge se gira y al vernos se nos queda mirando. Retengo el aire en mi pecho y espero lo peor. Estoy segura de que montará un espectáculo de los tuyos. Álex parece notar mi nerviosismo y pone una de sus manos sobre mis hombros cuando pasamos a su lado. Mis ojos se abren de par en par. «¿Está queriéndole demostrar algo a Jorge?». Es raro que Álex actúe así, pero más raro aún es ver cómo Jorge parece asustado y se aparta para dejarnos paso. Esa reacción es sin duda la que menos esperaba de él.

—Buenas noches —le dice Álex con tono de mofa.

—Bu... buenas noches... —contesta Jorge. Cada vez es más extraño todo.

Cuando consigo centrarme de nuevo, saco las llaves de mi bolso y abro la puerta. No puedo evitar echar un último vistazo a mi vecino. Está alejándose varios metros en dirección contraria a nuestro edificio.

—Descansa, Laura —la voz de Álex me saca de mis pensamientos.

—Tú también, musculitos —le sonrío. Noto que quiere decir algo más, pero al final no lo hace. La expresión de sus ojos ha cambiado. Hay una sombra en ellos. Parece triste. ¿Por qué?

—Nos vemos —me dedica una pequeña sonrisa y siento unas

increíbles ganas de besarle de nuevo. El de esta noche ha sido sin duda el beso más sensual y apasionado que me han dado jamás. Para ser virgen, sabe muy bien lo que se hace. No puedo evitar sonreír al recordarlo. «Un virgen para mí solita...», me digo mientras veo cómo camina hacia el taxi. Espero hasta que sube al coche antes de entrar en el edificio, no quiero perderme el movimiento de ese culito por nada.

Cuando se marcha entro en mi apartamento y me lanzo sobre la cama. El somier protesta, pero me da igual. No puedo dejar de sonreír como una tonta. Se acaba de marchar y ya tengo ganas de verle de nuevo. «¿Será algo parecido a esto lo que dicen sentir los enamorados?». Es la primera vez que me atrae tanto un hombre. Los he conocido guapos, menos guapos, simpáticos, menos simpáticos... pero ninguno como Álex. Nunca me gustaron los tíos serios, y menos los autoritarios, pero con él es distinto. Sus órdenes no me afectan en absoluto, al contrario, me encanta ignorarlas. Me vuelve loca salirme con la mía y ver en su cara la frustración reflejada. Le hace parecer todavía más atractivo. Y sacarle una sonrisa es lo más parecido a tener un orgasmo mental. Los tipos con los que he salido fingían constantemente que les parecía graciosa para llevarme a la cama. Álex me lo pone difícil, incluso a veces se esconde para que no le vea sonreír. No hay nada mejor que conseguir algo por méritos propios. Cuanto más cuesta, más reconfortante es conseguirlo.

Me abrazo a la almohada como una quinceañera y me quedo dormida. Es más de mediodía cuando abro los ojos. Reviso el móvil y tengo dos llamadas perdidas de Natalia. Debe de estar tan enfadada como preocupada. Hoy tengo que hacer algunos recados cerca de allí. Iré a verla sin falta. Y de paso, si tengo suerte, me encontraré con Álex.

Apenas me he despertado y ya estoy pensando en él. «¿Esto es lo que

las parejas llaman “la dependencia”?». Si es así, no está mal del todo. Solo espero no llevarlo al límite. No me gustaría tener que raptarlo en contra de su voluntad porque no pueda respirar sin él. Le llamaría ahora mismo, pero no quiero que piense que soy una pesada, esperaré a que sea él quien dé el primer paso esta vez. Me pongo en pie y decido por fin hacer frente a Natalia. Iré al hotel. Tomo una rápida ducha y me arreglo con la idea de parecerle *sexy* a Álex si nos encontramos.

—¡Buenas, Manuel! —es un hombre muy agradable. Las veces que he venido siempre me ha tratado con mucho cariño—. ¿Está Natalia en su habitación?

—Buenos días, señorita Laura. Déjeme decirle que está usted preciosa hoy. La señorita Natalia se encuentra en el gimnasio.

—¿También tenéis gimnasio? Vaya con el doctorcito Amor, qué bien montado lo tiene todo —sonríe y asiente. Me explica dónde está y voy hasta allí.

Abro lentamente la puerta de madera. No me gustaría encontrarme a esos dos tortolitos haciendo algo que no deban. Me calmo al ver que Natalia está sola y ejercitándose en una de las máquinas.

—¿Nataaaa? —levanta la vista y me ve a través del espejo que tiene enfrente.

—¡Lauuu! —dice entusiasmada. Corre hasta mí y me abraza—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Me lo ha dicho Manuel —sonrío.

—¿Por qué no me has llamado? —me riñe, tal y como esperaba.

—He estado muy ocupada —bajo la mirada. Sé que no me cree.

—Lau, a mí no me engañas —lo sabía. La conozco demasiado bien.

—No quería que me presionaras. Ya sabes, con lo de mi cita del otro día —digo, sincera.

—¿Pero por qué diablos tanto secretismo? ¿No confías en mí? —siento pena. Tiene razón.

—Claro que confío, tonta, pero Álex no quería que esto saliera a la luz todavía. Es pronto —tiene derecho a saberlo.

—¡Así que mis sospechas son ciertas! —grita alegre.

—En parte sí, pero no sabemos qué pasará. Nos hemos visto en tres ocasiones. Nos estamos conociendo. Es una persona muy reservada, pero sobre todo tímida. Creo que es la primera vez que sale con una chica —digo susurrando.

—Sabes que no le diría nada —responde molesta.

—¡Él lo sabría! Sabría que te lo he contado —bajo la voz de nuevo, estoy emocionándome demasiado—. Es capaz de leer cualquier gesto facial. Estuvo unos años trabajando en la policía científica, y era a él a quien llamaban para realizar los interrogatorios complicados.

—Vaya —dice asombrada—. A partir de ahora tendré que mirar para otro lado cuando hable con él —ríe.

—Créeme si te digo que lo voy a tener difícil si quiero esconderle algo —pongo los ojos en blanco. Soy demasiado expresiva y estoy segura de que descubrirá mis mentiras piadosas. Las dos reímos a carcajadas.

—¿Y cómo que has venido sin avisar? —pregunta.

—Estaba por aquí cerca y me parecía mal irme sin saludarte. Y de paso...

—No me digas más —no me deja terminar—. Y de paso ver si estaba Álex por aquí —volvemos a reír.

—No puedo decirte que no. Es tan misterioso que me tiene atrapada —soltamos grititos—. No me atrevo a llamarle ni a escribirle hasta que él no lo haga, no quiero que piense que soy pesada o que le acoso. Necesita tiempo para adaptarse a las nuevas situaciones. Es todo lo contrario a mí.

—Ya sabes lo que dicen —levanta repetidas veces las cejas—: “Los polos opuestos se atraen”.

—¡Y de qué manera! —suelto de pronto.

—¿Os habéis acostado? —me atraganto con mi propia saliva y toso. ¡Qué directa! Luego se queja de mí.

—¡No! ¿Si te cuento algo prometes no dramatizar? —digo mientras me repongo del ataque de tos.

—Palabrita del niño Jesús —reímos. Esa frase nos la hacían decir nuestras madres cuando éramos pequeñas para asegurarse de que no mentíamos.

—Creo que es virgen... —susurro de nuevo. Sus ojos se abren de par en par.

—Pero, ¿cómo va a ser virgen si tiene más de treinta años? —su cara es de sorpresa total.

—Te acabo de decir que es tímido y que nunca ha tenido... —al menos eso es lo que me ha dado a entender al no desmentir mis afirmaciones.

—¿Quién es tímido? —César acaba de entrar casi sorprendiéndonos.

Natalia y yo gritamos por la impresión. Aún trae el uniforme verde del hospital puesto. Si no fuera porque lleva el nombre de Natalia escrito en la frente, esta lechuguita no se me escapaba. Aun así, no puedo callarme.

—Creo que me estoy poniendo enferma —digo abanicándome—. Necesito un médico urgentemente —César niega con la cabeza mientras sigo fingiendo—. Doctor, me siento mal.

—Pues siéntate bien —los tres reímos. Tiene sentido del humor.

—Me duele aquí —insisto. Quiero saber hasta dónde llega.

—Pues siéntate allí —César señala una de las sillas vacías. Estallamos en carcajadas.

—Esos chistes son viejísimos —dice Natalia limpiándose las lágrimas.

—Pero como puedes comprobar, siguen haciendo la misma gracia — Camina hasta ella—. ¿Cómo estás? —pone las manos en sus mejillas.

—Muy bien, doctor. A mí también me duele aquí —ríe.

—Pues vayámonos allí —levanta las cejas y señala el lugar donde se encuentra su habitación. Se pone roja al instante.

—Bueno, me estáis echando —digo mientras me pongo en pie. Empieza a hacer demasiado calor empalagoso en el gimnasio—. Me largo de aquí, que me dais envidia —ríen—. Por cierto, Nata, ¿cuándo crees que podrás ir a ver a tu padre?

—No lo sé, tengo que hablarlo con César. Pero me gustaría ir esta semana. ¿Por qué?

—Es posible que quiera ir yo también, así aprovecho el viaje. Llámame cuando lo sepas seguro —tengo ganas de verle, siempre ha sido como un padre para mí. Cuando mi madre murió de cáncer mi padre pasó una temporada encerrado en sí mismo y José supo darme el cariño que necesitaba en aquel entonces. Le estoy muy agradecida por ello.

—Lo haré —dice mientras me marchó.

Cuando por fin salgo a la calle, busco por todas partes y siento decepción al no encontrar el coche de Álex por ningún lado. Me hubiera gustado tanto poder verle hoy. Con mis esperanzas perdidas, decido volver a casa.

—No entiendo cómo puedes mantenerte en pie —dice alguien a mi espalda. Mi corazón salta de emoción en mi pecho al reconocer su voz —. Con todo lo que bebiste anoche y mírate. Yo estoy roto.

—¡Álex! —no puedo esconder mi alegría cuando me giro.

—¿Álex? Eso es nuevo. ¿Dónde ha quedado lo de *musculitos*? —está guapísimo con su camisa blanca y su pantalón negro.

—Hoy ha tocado así —sonrío. La emoción está pudiendo conmigo. No imaginaba cuánta necesidad tenía de él hasta ese momento.

—¿Has visto a Natalia? —pregunta interesado.

—Sí, acabo de estar con ella ahora mismo. Pero ha llegado César. Se han puesto mantecosos y he preferido irme antes de que me echaran ellos —río.

—¿Cómo la encuentras? Parece que ha estado enferma estos días, según me comentó César tenía la garganta muy irritada.

—Bien, la verdad es que está muy bien. Me ha dicho incluso que quiere ir a visitar a su padre —arruga la frente y no entiendo muy bien la razón.

—¿Te dirá cuándo? —su expresión sigue siendo extraña.

—Sí, le he dicho que me avisara cuando lo hiciera. Si puedo, me gustaría ir con ella —le miro. Está muy raro. No soy capaz ni de centrarme para hablar. ¿Qué le ocurre?

Su teléfono suena y lo descuelga rápidamente. Alguien le habla.

—Dime, Manuel. Estoy en la puerta —qué inoportuno. Resoplo mentalmente. La cara de Álex se transforma en preocupación—. Voy ya mismo —cuelga—. Tengo que dejarte, ha surgido algo.

—¿Debo preocuparme?

—No, está todo bajo control —dice mientras corre hasta el hotel. Salta los escalones de dos en dos y le pierdo de vista cuando entra—. Uf, fijo que se han quedado sin cebollas en la cocina y necesitan al recadero —con ese pensamiento me vuelvo a casa.

Capítulo 13

Álex

Manuel me ha dicho que César está descontrolado en el gimnasio. Corro todo lo rápido que puedo por el pasillo. Si me demoro demasiado puede hacerse daño, en ese estado todo le da igual. Mi amigo sufre de estrés postraumático, además de trastornos de control y crisis de rabia incontrolada desde niño. El cabrón de su padre es el culpable de que César esté así. Le ocasionó un gran daño emocional cuando acabó con la vida de su madre y de su hermana delante de él, y para colmo le hizo creer que eran iguales y que él también acabaría maltratando a su pareja cuando fuera adulto, por eso nunca ha querido formar una familia y se aparta de todo lo que huelga a vida en pareja. Lo peor de todo es que él le creyó ciegamente y está convencido de que así será. Me esfuerzo continuamente en hacerle ver lo contrario. Estoy seguro de que algún día lo superará. Estos cuadros de actitud no son más que las secuelas de su trauma y sé que con esfuerzo logrará superarlo. Prueba de ello es que llevaba casi dos años controlando todo esto.

Me cruzo con Natalia y con Manuel, pero no puedo pararme, necesito llegar hasta él cuanto antes. Paro en la puerta, tomo aire y abro despacio, varios ruidos salen del interior y trato de mantener la calma. Si percibe que estoy nervioso, se alterará más. Hacía tiempo que no tenía que intervenir. Desde que vi su mano vendada en el pueblo de Natalia supe que esto llegaría de un momento a otro. Su cabeza debe

de ser un cóctel de sentimientos contradictorios. Está enamorado de ella, le conozco, pero no quiere comprometerse porque teme hacerle daño. Su cerebro debe de ser lo más parecido a un tira y afloja.

—César —me ignora. Está lanzando objetos contra la pared mientras grita varios insultos en alemán. Puedo reconocer algunos—. CÉSAR —ahora quien grita soy yo. Se gira. Sus ojos parecen inyectados en sangre y su rostro está totalmente desencajado—. Tranquilízate, amigo. Vamos a tratar de solucionar lo que sea que haya pasado —le hablo con seguridad. No sé qué es lo que le ha llevado a ese estado, pero debe ser algo grave. Respira agitadamente.

—¡NO PUEDES! ¡LÁRGATE! —sus manos están cerradas en puños y su cuerpo tiembla. Aprieta fuertemente sus dientes y comienza a lanzar cosas de nuevo. Grita. Necesita sacar toda la ira interna. Solo le detendré si se lastima.

—Claro que puedo. Si me ayudas, podemos... —no me mira, pero, aunque está fuera de control, sé que su César interior me escucha—. ¿Qué ha sido lo que ha echado a perder todo lo que habíamos logrado avanzar hasta ahora? —cruzo mis brazos y le hablo como si no estuviera pasando nada. Me mira de nuevo. Mi postura despreocupada le calma. Hay menos tensión en su cuerpo.

—¡MI PUTO PADRE! —más palabras en alemán. Siempre que utiliza su idioma natal hay que andar con cuidado. Aunque es buena señal que hable.

—¿Qué ocurre con él? ¿Le han violado en la cárcel hasta dejarle el ojete bien dilatado? —necesito que siga hablándome, quiero su atención y no se me ocurre otra forma mejor de conseguirla.

—¡ES LO ÚNICO QUE MERECE! —lanza una silla contra un pilar de

carga y tengo que esquivar un trozo de metal que viene directo hacia mí—. ¡SALE DE LA PUTA CÁRCEL, LE VAN A DEJAR LIBRE! —oigo lágrimas en su garganta. Ni yo entiendo cómo alguien está pensando en soltar a ese animal.

—Recurriremos la sentencia por todas las vías penales posibles. Ese cabrón cumplirá hasta su último minuto encerrado. Confía en mí —he dado en el blanco. Justo las palabras que necesitaba oír. Su crisis está remitiendo. Pronto se vendrá abajo. Cada vez que pasa por un trance así le cuesta recuperarse emocionalmente. Se siente mal por no haber sido capaz de controlarse y estoy seguro de que esta vez será peor porque Natalia estaba delante. Pasarán días hasta que logre ser él mismo de nuevo.

—¡NO PUEDO CON ESTO! No puedo. No puedo, Álex —pone sus manos sobre la cara y llora desconsoladamente.

—Claro que puedes, amigo —pongo mi mano en su hombro. Necesita contacto para volver a su cuerpo—. Que todos los males sean tan solucionables como este. Recuerda que de todo se sale menos de la caja de pino. En cuanto te sientas un poco mejor, viajaremos hasta allí —presta atención a mis palabras—. Por suerte puedes permitirte contratar a los mejores abogados y conozco a un alto cargo que trabaja en la policía federal alemana. Sabrá guiarnos mejor que nadie —asiente mientras seca sus lágrimas. Siento pena por él. Su vida es un sufrimiento continuo.

—Natalia...

—Lo sé, no pienses ahora en ello. Natalia lo entenderá.

—Tengo que dejarla, Álex. Ella no merece esto, no puede volver a pasar por lo mismo.

—César —me mira—, no vas a hacerle daño, tú no eres tu padre —se queda por unos segundos mirando al vacío y parece recordar algo desagradable.

—¡HERÍ SU CUELLO CON UN CRISTAL! —grita y pone las manos sobre su cabeza.

—¿¡QUÉ!?! —mis ojos se abren alarmados—. ¿Agrediste a Natalia?

—¡SÍ!... ¡NO! —hay confusión en su mirada—. No lo sé... —frota su cara, nervioso.

—Céntrate —está empezando a asustarme—. ¿Le pusiste las manos encima a esa muchacha?

—No... ¡NUNCA!, pero perdí el control delante de ella cuando recibí esa llamada y dejé de ser consciente de lo que hacía. No pude parar ni aun sabiendo que ella estaba delante y algo debió clavarse en su piel —rápidamente pienso en el hierro que tuve que esquivar y lo entiendo todo.

—Fue un accidente, entonces —digo más tranquilo.

—No fue un accidente, Álex. Fui yo quien provocó esto con mi crisis. Yo soy el único responsable. Puse en peligro a Natalia y aun así no pude parar. Tengo que sacarla de mi vida para que pueda vivir la suya. Merece ser feliz.

—Deja que pasen unos días. Reponte, date tiempo y después hablas con ella. Las cosas se arreglan mejor en frío. ¿De acuerdo? —asiente poco convencido.

Cuando por fin logra calmarse sube a su apartamento. Espero que no le dé demasiadas vueltas al tema, sería una pena que acabara con Natalia. Desde que están juntos se le ve feliz. Si alguien puede ayudarle y sacarle de su agujero es ella. Camino hasta mi coche y entro en él.

Saco mi libreta de la guantera y en primera página, al lado del nombre de Laura, anoto la fecha y los nuevos datos: “Hoy estuvo en el hotel. Será informada por Natalia del próximo viaje a Toledo”.

• • •

No vuelvo a saber nada de César hasta la noche del día siguiente. No he querido agobiarle, cuando se pone así necesita espacio. Ha comprado un billete de avión para Alemania y saldrá por la mañana. He querido acompañarle, pero se ha negado, dice estar más tranquilo si me quedo cuidando de Natalia, y le entiendo. Según están las cosas, necesita protección. Parece que todavía no ha hablado con ella, pero me ha dejado clara su intención. Cuando regrese hablarán del tema y parece que está convencido. Según me ha dicho terminará con lo que sea que haya entre ellos.

Reviso mi teléfono. Laura no ha dado señales de vida desde ayer. Quizás esté enfadada porque la dejé plantada en la acera cuando me llamó Manuel. Me gustaría poder hablar con ella sobre nuestro beso. Aún no hemos tenido ocasión de hacerlo y necesito que entienda que el alcohol fue el responsable. No quiero que piense que siento algo por ella. Cuando voy a guardar de nuevo mi móvil en el bolsillo llega un mensaje. Mi corazón golpea fuertemente en mi pecho. Miro la pantalla con ansia viva esperando que sea ella, pero mi cara es furia total al descubrir que no es así. Mi maldita compañía de móvil me la ha jugado. Me acaban de enviar una oferta en la tarifa para que renueve el contrato. Odio a esos pesados. «¿De verdad no siento nada por Laura?», pienso en mi reacción. «¿A quién cojones quiero engañar?». Presiento que me va a costar mucho pelear contra esto, pero mi corazón solo pertenece a una persona, y esa persona es Gema.

Las horas pasan y no logro sacarme a la rubia de la cabeza. Trato de convencerme de que es solo preocupación lo que tengo para sentirme mejor. Por un lado, está mi temor de que Mario sea capaz de hacer algo a Laura si con ello consigue atraer a Natalia. Y por otro, su vecino, que espero que no la tenga retenida en contra de su voluntad. Mil hipótesis pasan por mi cabeza, algunas más absurdas que otras, y la preocupación aumenta. Decido mandarle un mensaje. Espero que no lo malinterprete. Solo quiero saber que está bien.

Hola, Laura. ¿Va todo bien? Me quedo mirando la pantalla. Cada segundo que pasa me pone más nervioso. Necesito que conteste rápido, no me gusta esperar.

Minutos después, una notificación me avisa de que me ha llegado la respuesta. Mi cuerpo vuelve a reaccionar de manera preocupante. Mi cara se calienta, mi pulso se acelera y mi cuerpo se tensa. Si me robaran el teléfono ahora mismo mataría por recuperarlo. Tengo una gran necesidad de saber lo que pone, pero lo más extraño, sin duda, es la sonrisa que no puedo borrar de mi cara.

Hola, musculitos, por fin te has decidido a escribirme primero. Te echaba de menos. ¿Cuándo quedamos? Me he comprado unas preciosas botas rojas que quiero estrenar... Leo su mensaje varias veces, incluso oigo su voz en mi cabeza diciéndolo. Esto va a acabar conmigo. La imagen de esas botas en su cuerpo me perseguirá durante todo el día.

Cruzamos varios mensajes más. Me cuenta que está buscando piso para mudarse, no se siente cómoda allí, parece que tiene problemas vecinales y estoy seguro de saber cuáles son. Tendré que hacer otra visita a ese tal Jorge y refrescarle la memoria, creo que no lo ha acabado de entender.

No sé en qué momento he aceptado tomar un café con ella, pero llegará en una hora. Camino nervioso por la acera, la idea no debería atraerme tanto. Me siento mal, y a la vez deseo verla con todas mis fuerzas. Desde hace días vengo observando que su presencia alivia mi depresión.

Capítulo 14

La espera se me hace eterna. Varios pitidos me alertan, giro la cabeza y ahí está, en su escarabajo amarillo tocando el claxon como si no hubiera un mañana.

—¡Ei, musculitos! —me saluda con la mano—. ¡Ve a la terraza de siempre mientras busco un aparcamiento libre para el bicho! —grita. La gente nos mira y siento vergüenza. Hago un gesto para indicarle que voy para allá. La mesa de siempre está libre y me acomodo mientras espero. Tras varios minutos, la veo. Está cruzando por el paso de peatones. Lleva puesta una camisa de cuadros entallada y un tejano ajustado. Rápidamente sus ropas pasan a un segundo plano cuando descubro que lleva puestas las botas rojas. Sonríe al verme y mi respiración se corta. Un chaval que hay en la mesa de al lado no le quita ojo y tengo que morderme la lengua para no montar un espectáculo. No me gusta que sean tan descarados con las mujeres.

—Uff —resopla cuando por fin llega hasta donde estoy—. Qué día tan movidito llevo —suelta el bolso en la mesa y besa mi mejilla. Su aroma es tan embriagador que me hace sentir drogado por unos segundos—. ¿Cómo estás? —tardo en reaccionar, pero finalmente contesto.

—Bien —sus ojos tienen hoy un brillo especial y no puedo parar de mirarlos. Son tan verdes que parecen piedras preciosas.

—¿Se solucionó el problema de ayer en el hotel? —su pregunta me hace bajar de la nube.

—Sí, todo fue bien. ¿Has podido encontrar apartamento? —trato de

cambiar el tema.

—Todavía no, y tengo unas ganas enormes de marcharme de ahí.

—¿Ha ocurrido algo? —levanto una ceja intrigado por su respuesta.

—Nada aún, pero si sigo allí más tiempo pasará. No soporto a mi vecino, es un poco pesado y acabaremos mal —me tenso.

—¿Te ha molestado? —aprieto mis puños. Siento unas increíbles ganas de arrancarle la cabeza.

—No, y es muy extraño —dice pensativa—. Lleva unos días muy tranquilo, la verdad. Pero no me gusta la idea de cruzármelo a todas horas. Odio cómo me mira. Me pone nerviosa, estoy harta de ver su cara todos los días. Necesito un cambio —pienso durante unos segundos.

—Se me ocurre una idea —me mira atenta—. Creo que podría tener una solución provisional hasta que encuentres un piso. Es más, creo que podrías hacer la mudanza hoy mismo si quisieras.

—¿En serio? Explícame.

—Hace unas semanas Natalia firmó un contrato para alquilar un piso... —no me deja terminar la frase.

—¡Es verdad! —grita—. Todo por culpa de la perra de Erika.

—Veo que coincidimos en algo —sonríe. Parece que le cae tan mal como a mí. Erika es una persona odiosa. Si no respetara que es amiga de César ya le hubiera dicho cuatro cosas. Fueron novios hace años y desde entonces cada vez que viene de Alemania le visita. Maneja a mi amigo como quiere y el tonto no se da cuenta. Sabe cuáles son todos sus puntos débiles y no duda en usarlos para su beneficio. Cuando se enteró de que estaba ayudando a Natalia y que esta estaba viviendo

provisionalmente en el hotel no llevó demasiado bien la noticia, y al descubrir que había cierto *feeling* entre ellos trató de separarles haciéndole creer a Natalia que César no la quería tener cerca. La pobre muchacha buscó un apartamento para irse a vivir sola, pero por suerte se aclararon las cosas antes.

—¿Qué pasó con ese piso? ¿Consiguieron anular el contrato?

—Intentaron mediar con la dueña cuando volvieron del pueblo, pero se negó. No quiso entrar en razón, ni siquiera hablándole del problema que tiene tu amiga con Mario. Al parecer solo quería llenarse los bolsillos a costa de ella sin importarle nada más. Tendrá que seguir pagando el alquiler aunque no viva allí.

—Qué zorra —arruga su frente, molesta—. Hablaré con Natalia. Me puedo quedar con el piso y así pagarle el alquiler a ella. Nos beneficiaríamos las dos.

—No hace falta que hables con ella. Yo tengo la llave y estoy al cargo. César me pidió que... —cambio rápidamente de tema. Casi meto la pata. Se supone que nadie debe enterarse de la putada que le vamos a hacer a la casera para obligarla a rescindir el contrato—. Él se encargará de las mensualidades, aunque eso tu amiga no lo sabe. Tendrás que guardarme el secreto —le guiño un ojo. Sonríe y asiente.

—Entonces se lo pagaré a César. Necesito un piso ya, y si a Natalia le gustó estoy segura de que a mí también. Tenemos el mismo gusto. ¿Podemos ir a verlo ahora?

—Por mí no hay problema. Espérame aquí, tengo que ir a casa a por la llave.

—¡Voy contigo! —se pone en pie. No me gusta la idea de que sepa dónde vivo, pero ya no tiene remedio. Insistirá en acompañarme y no

tengo excusas que ponerle. Estoy dejando demasiados cabos sueltos y podrían usarlos en mi contra. Debo andar con más cuidado y no dejarme llevar de esta manera.

Vamos en mi coche. Antes de que abra la guantera, la abro yo y saco mi libreta. La pongo sobre mis piernas mientras conduzco. No debe caer en sus manos o mi plan acabaría al instante. Busca entre mis discos.

—No te dará tiempo a escuchar ni una sola canción, vivo en aquel bloque de allí —señalo el edificio y un segundo después ya estoy buscando aparcamiento. Estaciono y abro la puerta—. Puedes quedarte aquí, no tardaré en volver —digo con la esperanza de que no me acompañe.

—De eso nada, musculitos. Me pica mucho la curiosidad ver cómo es tu casa —abre la puerta y resoplo.

Reconozco que su sinceridad me gusta. Por primera vez deseo con todas mis fuerzas estar equivocado en mi hipótesis. Ojalá ella no tenga nada que ver con Mario. Segundos después recuerdo que todas las pruebas apuntan en su dirección y siento una punzada en el pecho. Abro la puerta de la casa y dejo la libreta en la mesita de la entrada. Sin darme cuenta golpeo de nuevo la foto en la que salgo con Gema y queda boca abajo. «Tengo que cambiarla de lugar», me digo. Ya me ha pasado varias veces y al final acabará rota en el suelo. La miro durante unos segundos y decido dejarla así. Con lo curiosa que es Laura no tardaría en preguntarme por ella.

—Ya puedes figonear a placer —sonríe al oírme—. Tienes cinco segundos, justo lo que tardaré en ir al cajón y tomar la llave.

—¡Suficiente! —entra al pequeño salón. Camino hasta la habitación,

cojo la llave y regreso con ella. Está de pie frente a un pequeño cuadro que hay colgado en la pared.

—¿Te gusta? —pregunto al verla tan interesada.

—Sí. ¿Qué es? —deja de observar el cuadro para mirarme fijamente.

—Es un nudo celta. Simboliza el amor eterno.

—¿En serio? —abre los ojos, sorprendida—. ¿Lo has comprado tú o ya venía en la decoración de la casa?

—Lo compré yo hace años...

—Vaya, no me parecías de esa clase de personas.

—¿A qué clase de personas te refieres? —ahora el intrigado soy yo.

—A esas que creen en el amor —dice mientras vuelve la mirada al cuadro.

—¿Nunca has estado enamorada? —niega con la cabeza.

—¿Y tú? —su pregunta me paraliza. No había pensado en que podría volverse en mi contra cuando pregunté primero—. Yo... sí. Bueno... una vez, pero no salió bien —digo, nervioso.

—¿Qué se siente? —su mirada vuelve a la mía.

—Es algo que no se puede explicar muy bien... —rasco mi cabeza—. Es como un estado de euforia continuo en el que solo deseas estar con la otra persona, incluso llegas a pensar que no podrías vivir sin ella — se gira completamente para ponerse frente a mí. Tanta atención me pone nervioso—. Te ruborizas en su presencia, piensas todo el día en ella e incluso pierdes el apetito. Si te corresponde es lo mejor que te puede pasar en la vida, pero si te rechaza puede llegar a ser muy doloroso —trago saliva y soy incapaz de continuar. Acabo de darme cuenta de que siento todo eso por ella.

—¿Qué más? —da un paso hacia adelante y queda muy cerca de mí. Su frente está casi pegada a la mía y mi pulso se acelera.

—No... no soportas que otros la miren —trato de calmarme, pero su boca húmeda me atonta. Apenas puedo seguir hablando—. Te... te vuelves celoso, posesivo y desearías besarla continuamente —pasa la lengua por su labio inferior y esa imagen anula todos mis sentidos. Mi respiración se acelera y una necesidad imperiosa se apodera de mí, pongo mis labios sobre los suyos y mi cuerpo arde al instante. Rodeo su cintura con mis brazos y ella pasa los suyos por mi cuello. La suavidad de sus labios me vuelve loco, su sabor borra todos mis recuerdos y me dejo llevar por la pasión. Profundizamos en nuestro beso. Laura gime y la cierro más en mi abrazo buscando el calor de su cuerpo. Hace tanto tiempo que no estoy con una mujer que todas mis hormonas están descontroladas. Soy incapaz de parar. Necesito más cercanía. Introduzco mi lengua en su boca, gruño de placer cuando encuentro la suya y la succiono suavemente. Siento cómo Laura se excita entre mis brazos. Muerdo sus labios al tiempo que empujo mis caderas contra las suyas. Su cuerpo acaba pegado a la pared. Siento tanta presión en mi ingle que duele. Necesito alivio urgente. Laura tira de mi camiseta y creo volverme loco, sé lo que eso indica. Desabrocho torpemente los botones de su camisa de cuadros, su sostén negro comienza a aparecer ante mis ojos, dejando al descubierto su perfecto escote. Mi vista se nubla y mis manos tiemblan. Cuando estoy a punto de soltar su último botón, oigo la puerta de la calle abrirse.

—¡ÁLEX! ¡SORPRESA! ¡HE LLEGADO DOS DÍAS ANTES!

Capítulo 15

«Mierda!». Me aparto rápidamente de Laura. Está completamente pálida y me mira buscando una explicación. No se la doy, y comienza a abrochar temblorosa su camisa.

—¡DIOS MÍO! —aprieto fuertemente mis dientes al oír su grito cuando entra al salón. Acaba de descubrirnos. Se lleva las manos a la boca en un gesto de auténtica sorpresa—. Álex... ¿Estás con una chica? —sus ojos se abren y se llenan de lágrimas—. No puedo creer lo que estoy viendo... —se queda mirando a Laura fijamente mientras esta recoge sus cosas a toda prisa.

—Lo siento —dice apurada—, no sabía nada de esto. Álex no me dijo que tenía pareja... —me mira con furia y se marcha.

—No... ¡Espera! ¡Laura! —oigo un portazo—. ¡Buena la has liado, joder! —grito.

—¿¡Yo!? —se hace la ofendida—. ¡Corre tras ella, idiota! —sin pensarlo demasiado salgo a buscarla. Voy sin camiseta, pero no me importa.

—¡LAURA! —me ignora, aunque sé que me oye—. ¡ESPERA! —se gira y al ver que me acerco camina más rápido.

—¡Lárgate, imbécil! —su voz suena ahogada. ¿Está llorando?—. ¡Joder! ¿Quieres parar de una maldita vez?

—¡NO!

—¡Vete a la mierda! —grita. Por fin consigo llegar hasta ella, la tomo

del brazo y la obligo a parar—. ¡Suéltame! —intenta golpearme con su bolso, pero lo esquivo a tiempo—. Dile que no ha pasado nada entre nosotros y que no volveremos a vernos. Estoy segura de que esa pobre chica no merece lo que le has hecho —varias lágrimas caen de sus ojos y me duele verla así. La he imaginado de todas las maneras, pero nunca llorando.

—¿Quieres escucharme de una jodida vez? —la gente nos mira.

—¿Va a ser a mí a quien vas a decirle que no es lo que parece? —trata de soltarse de mi agarre.

—¡EXACTO! Yo no lo hubiera definido mejor —me mira extrañada—. ¡NO ES LO QUE PARECE! —digo, cabreado.

—Vete a la mierda —marca sus palabras. Hay odio en su mirada.

—La chica de la que estás compadeciéndote... ¡ES MI HERMANA! —remarco las mías.

—¡No me jodas! —abre los ojos exageradamente. Esto parece una competición de remarques. Seca rápidamente sus lágrimas—. ¿En serio? ¿No me estás engañando?

—No, desconfiada. No te estoy engañando. Vuelve conmigo a la casa y lo compruebas tú misma —dejo salir el aire de mis pulmones aliviado.

—¡Qué vergüenza! —golpea su frente con la palma de la mano. Segundos después me mira a través de sus dedos—. ¿Y por qué reaccionó así?

—Simplemente se sorprendió —bajo la mirada y trago saliva. Ni yo mismo me creo lo que hemos estado a punto de hacer.

—¿Por qué iba a sorprenderle tanto que su hermano esté en su casa

con una chica? —arruga su frente.

—Porque ella sabe perfectamente que no tengo citas. Hemos discutido mil veces sobre este tema y siempre le he asegurado que sus ojos no me verían con una mujer. Estoy seguro de que se ha emocionado. Ha luchado mucho por ello.

—¿Por qué tomaste esa decisión? Puedo entender que no quieras comprometerte con nadie, aunque creas en el amor. Pero una cita de una noche, por ejemplo, ¿tampoco?

—Tampoco.

—Vaya... ¿Seguro que no eres gay?

—Creo que lo que pasó hace un rato responde a tu pregunta —siento vergüenza de mí mismo. Mi corazón duele. He estado a punto de romper mi promesa. Estoy siendo débil y no puedo permitirme flojear así de nuevo. Para mí solo hay una mujer y así deberá ser por el resto de mis días. Se lo debo.

—No entiendo nada —dice mirando al vacío—. ¿Lo nuestro qué está siendo para ti? —su pregunta me hace pensar durante algunos segundos. «¿Lo nuestro?». Mientras espera mi respuesta veo cómo la decepción torna su cara. Antes de que conteste habla de nuevo—. Creo que tu silencio acaba de traicionarte... —sonríe amargamente—. Ya nos veremos por ahí, musculitos. Estoy segura de que encontrarás a la persona indicada un día de estos y tus ideas cambiarán. Al menos en cuanto a las citas —besa mi mejilla y se marcha. Vuelvo a sentir dolor en mi pecho, pero esta vez es diferente.

—¡Laura! —corro hasta ella. Si dejo que se vaya perderé mi oportunidad de sonsacarle información. O eso es lo que quiero creer para engañarme a mí mismo y no perderla del todo. La simple idea de

no volver a hablar con ella de la misma forma me parte en dos—. No era eso lo que quería decir —me mira—. Soy una persona que necesita tiempo y sobre todo que las cosas vayan despacio para poder amoldarme —en parte es cierto—. Aguanta mis rarezas un poco más y veamos adónde nos lleva todo esto —no me reconozco. «¿En serio le estoy diciendo eso?». En cuanto acabe la investigación esto tiene que acabar de una manera u otra. Solo la mantendré a mi lado hasta entonces.

—Lo intentaré —sonríe—. Pero no voy a mentirte. No soy una persona paciente y es posible que mientras tú te amoldes yo me aburra. Tengo un gran problema con las rutinas y me canso rápidamente de todo, por eso es difícil para mí entender el amor.

—No te estoy pidiendo una relación —sus hombros se relajan—. Solo que me permitas estar a tu lado, como hasta ahora. Salir a tomar algo, charlar, conocernos un poco más.

—Me parece bien —sonríe de nuevo, pero esta vez más ampliamente—. Me gusta la idea —vuelve a besarme, esta vez en la comisura de los labios—. Esperaré a que me escribas. Es tarde y tengo que irme —se aleja. Me quedo embobado mirando el vaivén de sus caderas. Es espectacular en todos los sentidos.

Cuando gira la esquina y la pierdo de vista, recuerdo que tengo a otra mujer de armas tomar esperándome en casa. Siento frío y recuerdo que estoy descamisado. Camino rápido y entro al edificio. Sonia está esperándome de brazos cruzados y con mirada desafiante.

—¡Espero que lo hayas arreglado con ella! —me riñe—. ¿En serio pensabas dejar que creyera que somos pareja? —hay brillo en sus ojos, y sé la razón.

—Apenas llegas y ya estás protestando... ¿Por qué no me saludas como es debido? —abro mis brazos y corre hasta mí. De un salto se cuelga de mi cuello y besa mi cara repetidas veces—. Me vas a gastar —bromeo.

—Tenía tantas ganas de verte... —la dejo con cuidado en el suelo.

—¿Cómo es que has llegado antes? —pregunto mientras me pongo la camiseta.

—Terminé todo antes de lo previsto y no vi oportuno quedarme allí más tiempo. Pensé en darte una sorpresa, pero... pero la sorpresa me la he llevado yo —sonríe y un par de lágrimas corren por su mejilla.

—No empieces, Sonia —sé a dónde quiere llegar.

—No puedo creerlo. Dime que lo que acabo de ver es porque lo estás superando.

—No estoy superando nada —digo secamente—. No quiero hablar del tema.

—Lo siento, pero yo sí —vuelve a cruzar sus brazos. Mala señal, siempre que hace eso es porque piensa llegar hasta el final—. ¿Es la primera vez que sales con alguien después de lo de Gema? —el simple hecho de oír su nombre en alto me pone nervioso.

—No la nombres —me tenso—. Deja el tema, por favor. Es un día alegre, no lo estropees.

—Está bien. Tú ganas —respira profundamente y deja caer sus brazos, vencida—. Lo dejaré pasar por hoy, pero ten claro que volveremos a hablar de ello —por desgracia la creo. No se dará por vencida tan fácilmente. Cuando hablamos por teléfono y lo intenta solo tengo que colgar, pero ahora no sé cómo lo haré. Ojalá tuviera un interruptor de *On* y *Off*.

Lo que resta de día lo pasamos colocando su equipaje. No mentía cuando dijo que traería camiones. No sé de dónde ha sacado tantas cosas. La mitad son inservibles, o al menos a mí me lo parecen.

Charlamos durante horas. Desde que se fue a París hace un año no hemos hablado mucho. Lo justo para saber cómo estamos y su empeño en buscarme pareja. Con tan solo 26 años está al cargo de una empresa de alta costura y pasa temporadas fuera de España. Esta vez parece que ha venido para quedarse, pues han trasladado aquí las sucursales. Empezó como modelo. Aunque se trata de mi hermana, debo reconocer que es una chica preciosa. Tiene el cabello largo y castaño, sus ojos son color ámbar y su cuerpo es perfecto. Recuerdo que siempre acababa peleándome con sus pretendientes para que la dejaran en paz.

• • •

Al día siguiente, César me llama temprano para que lo acerque al aeropuerto. Parece que mi amigo y Natalia han tenido una pequeña conversación antes de salir del hotel y no ha acabado muy bien. Desde el incidente en el gimnasio no ha levantado cabeza, está incluso más delgado. Sé las vueltas que le está dando al asunto. Solo espero que no cometa una idiotez apartándose de ella, esa chica le da vida.

Vuelvo a insistir en acompañarle, pero se niega. Dice que prefiere ir solo. Necesita pensar. Antes de bajar del coche me pide que cuide a Natalia como si la vida me fuera en ello. Confía en mí y sabe que así es justo como lo haré. Soy una persona obsesionada con la protección.

De regreso al hotel no puedo parar de pensar en Laura. Al recordar su sabor todo mi vello se eriza. Todavía siento mis labios hormiguear por sus besos. Su carnosa y suave boca sobre la mía, su húmeda lengua

entre mis dientes... «¡NO!». Golpeo el volante con fuerza. «¡NO, NO, NO!». Trato de sacar a Laura de mi cabeza, no puedo permitir que otra mujer enturbie el recuerdo de Gema.

Capítulo 16

Esa misma tarde Natalia me llama algo alterada para que la lleve al hospital a ver a su padre. Noto que está bastante baja de ánimos y me preocupo.

—¿Todo bien, Natalia? —miro por el retrovisor cuando sube al coche.

—No todo lo bien que me gustaría —confiesa.

—Puedo hacerme una idea —digo de nuevo—. Pero todo pasará —César me ha informado de su intención y entiendo que esté dolida.

—¿Qué fue lo que le pasó, Álex? Tú lo viste igual que yo —trata de buscar una explicación al comportamiento de mi amigo.

—Se alteró un poco. Nada más —intento de no darle importancia, pero algo me dice que debo intervenir. «¿Me estoy volviendo un sensiblón?»—. Natalia... —me presta atención rápidamente—. Lo que voy a decirte ahora —busco su mirada a través del retrovisor— espero que no salga de aquí, ya que me jugaría mi trabajo, mi cuello y su confianza.

—Tranquilo —dice nerviosa.

—Solo te daré una pista —asiente—: César te necesita ahora más que nunca —sus ojos se abren sorprendidos. Mi amigo solo la necesita a ella. Aunque quiera hacerle pensar lo contrario para alejarla, sé lo que pretende.

—Pero eso no es lo que él me ha dicho hace un rato —César me contó mientras íbamos al aeropuerto que tiene intención de dejarla cuando

vuelva de su viaje, y entiendo por qué lo hace. No quiere que la chica sufra y por esa razón va a sacrificar lo que tienen.

—En ti está hacer lo que decidas —se queda pensativa. Espero que entienda mis palabras.

Llegamos al hospital y acompaño a Natalia hasta la habitación de su padre. Cuando me aseguro de que está dentro me acomodo en una de las salas que hay en el pasillo. Unas horas después sale y nos marchamos de nuevo.

Cuando estamos a punto de llegar a Madrid, una extraña llamada de Manuel capta mi atención. Puedo oír toda la conversación debido al silencio que mantenemos dentro del coche. Asegura estar preocupado y prácticamente exige que le avise de sus salidas. Estoy seguro de que César no le ha dado autoridad para eso sabiendo que yo estoy al cargo.

—¿No avisaste a Manuel? —pregunto cuando cuelga.

—No... y el pobre estaba preocupado. Ni siquiera le he dicho a Laura que salía hoy —oír el nombre de Laura hace que mi respiración se corte y mi cara se caliente—. Necesitaba tiempo para mí...

—Creo que, a partir de ahora, es buena idea que no avises de tus salidas a nadie, Natalia —digo seriamente.

—¿Cómo? —puedo ver por el retrovisor cómo arruga su frente.

—Es fácil —digo de nuevo—, siempre que vayas a salir intenta que solo yo lo sepa. Como has hecho hoy.

—¿Por alguna razón? —pregunta extrañada.

—Tengo sospechas —digo sin quitar la mirada de la carretera—. Creo que Mario sabe cosas que no debería... —quizás haya alguien más implicado. Tengo que llegar al fondo de esto cuanto antes.

Como imaginaba, el viaje ha transcurrido sin ningún tipo de incidente. Solo cuando Laura está enterada de los movimientos de Natalia surgen los problemas. Demasiada casualidad.

Los días siguientes se me hacen excesivamente largos. Mi hermana se queja continuamente de que apenas entro en casa. Tiene muchas ganas de estar conmigo, pero hasta que César no vuelva no quiero moverme del hotel. Cada vez que tengo que alejarme por algún motivo me pongo nervioso. Tengo que evitar por todos los medios que le pase algo estando a mi cuidado.

Laura y yo no nos hemos vuelto a ver desde que Sonia nos sorprendió y apenas hemos intercambiado mensajes. No me gusta la sensación de vacío que tengo. Desde lo ocurrido en mi apartamento noto a Laura distante, y eso me preocupa hasta el punto de quitarme el sueño. No puedo permitirme perder esa fuente de información tan valiosa. Tengo que hacer algo. Saco mi teléfono y justo en ese momento recibo una llamada de César. Acaba de llegar a España y quiere que vaya a recogerle. Me sorprende bastante, ya que no le esperaba hasta dentro de tres días, pero parece que todo lo que tenía que hacer allí lo ha podido adelantar.

Físicamente está hecho una pena y emocionalmente aún peor. Ha tenido que revivir una y otra vez las imágenes más traumáticas de su vida para preparar el nuevo juicio. Espero que esto no le pase factura después. Evito preguntarle sobre su decisión con Natalia, porque está demasiado afectado como para darle más quebraderos de cabeza, y regresamos al hotel. Nada más dejarle en la puerta, vuelve a mi cabeza la imagen de Laura. Tengo que hablar con ella como sea. Necesito una buena excusa. Unos segundos después la encuentro. Voy a preguntarle si ha encontrado piso y a ofrecerle de nuevo el de su amiga. Entre unas

cosas y otras al final no fuimos. Marco su teléfono.

—Hola —su voz apagada hace que un escalofrío recorra mi espalda.

—Hola... ¿Estás bien, Laura? —creía que todo había quedado concluido al descubrir que se trataba de mi hermana.

—Sí, sí, tranquilo. No ocurre nada —sorbe por su nariz. ¿Está llorando de nuevo? Mi corazón protesta.

—Creo que me estás mintiendo —arrugo mi frente y escucho atento.

—No. ¿Por qué iba a mentirte, musculitos? —su falta de entusiasmo me alerta.

—¿Es por tu vecino? —aprieto fuertemente el teléfono contra mi oreja para contener la rabia.

—No, tranquilo. De verdad que no ocurre nada, solo estoy acatarrada.

—¿Estás en casa? —rezo para que así sea.

—Sí...

—Voy para allá.

—No, Álex... —suficiente. Oír mi nombre salir de su boca es el detonante. Cuelgo y dejo el teléfono en el asiento del copiloto mientras arranco el coche. No sé qué es lo que le está pasando, pero no me creo una sola palabra. Algo ocurre y voy a averiguar qué es.

Conduzco nervioso y algo más rápido de lo que suelo hacerlo. Media hora después estoy en su barrio. Aparco de mala manera y camino deprisa hasta su bloque de pisos. Por suerte el idiota de su vecino no está en la calle. No sé si será el culpable de lo que sea que esté pasando, pero estoy seguro de que pagaría mis nervios. Busco entre los telefonillos el nombre de Laura y por fin lo encuentro. Toco el pequeño

botón y espero respuesta.

—¿Sí?

—Estoy aquí. Baja.

—En serio, Álex... —otra vez me llama por mi maldito nombre—. Vuelve a casa. Estoy bien. Es solo gripe y podría contagiarte.

—Baja o subiré yo. No pienso moverme de aquí hasta que no te vea — silencio. «¿Por qué estoy tan alterado? ¿Por qué esta necesidad de saber que está bien?».

Dos minutos después no aguanto más y cuando voy a volver a presionar el telefonillo la puerta se abre.

—Hola... —dice con la cabeza baja. Se esconde detrás de su cabello rubio.

—Laura —no me mira. Instintivamente tomo su barbilla, necesito ver sus ojos. Mi estómago se cierra al descubrir que mis sospechas son ciertas. Tiene los ojos hinchados. Debe de haber estado llorando durante horas—. ¿Por qué estás así? —varias ideas recorren mi mente.

—Yo... no lo sé... Son bajones.

—¡No me creo una mierda! —grito—. Dime ahora mismo qué es lo que te tiene así —mi paciencia está llegando a su límite. Varias lágrimas ruedan por sus mejillas, provocando que me preocupe aún más. Antes de que pueda reaccionar se lanza a mis brazos y llora desconsoladamente sobre mi hombro. Me quedo inmóvil, y tras unos segundos sin saber qué hacer la rodeo con mis brazos—. Oye... —susurro cerca de su oído— perdona si he sido brusco hablando. No quería hacerte sentir peor —me siento culpable—. No está en mis virtudes ser paciente —por fin comienza a calmarse, y mis nervios lo hacen con ella.

—No ha sido por eso —dice mientras se aparta de mí. Vuelvo a sentir ese extraño vacío a medida que se retira. Me gustaba más tenerla entre mis brazos—. Es solo que llevo una semana muy estresante. Las cosas no están saliendo como me gustaría, y para colmo —duda por un segundo, pero al ver que espero la respuesta continúa— ayer me enteré de que... —hace una pequeña pausa mientras traga saliva— una amiga podría estar enferma.

—¿Quién? —pregunto rápidamente.

—Una amiga. No me hagas caso. Hoy lo veo todo negro —sonríe quitándole importancia—. Estoy a punto de comenzar con mis días y tengo las hormonas revolucionadas —seca sus lágrimas. Algo no acaba de encajar, pero acepto su respuesta. Según tengo entendido, el síndrome premenstrual es temible. Hablamos durante más de media hora. Poco a poco voy comprobando que el humor de Laura mejora y me relajo... El cansancio se apodera de mí y ella lo nota. Me cuesta hasta hablar—. Deberías irte. ¡Estás hecho polvo! —los días de tensión que llevo cuidando de Natalia comienzan a hacer mella en mi cuerpo y todavía tengo que conducir de vuelta.

—Sí... Se está haciendo tarde y mañana madrugo.

—Mándame un mensaje cuando llegues —dice intranquila, y me gusta. Me hace sentir bien saber que se preocupa por mí.

—Lo haré —sonrío. Deseo con todas mis fuerzas besar sus labios, pero consigo contenerme. Camino hasta el coche con la sensación de que me falta algo... y sé lo que es. Me arrepiento de no haberlo hecho, pero segundos después cambio de idea. Querer y no poder es duro. Es imposible amar a dos mujeres a la vez. Siento mi corazón desgarrarse en un intento de división. «Tengo que dejar de pensar así en Laura»,

me digo. Pero cuando llego a casa mi pensamiento anterior se me olvida y hago lo que hemos acordado. Saco mi móvil y le escribo.

Acabo de llegar. Descansa.

Descansa tú también. Y que sepas que me debes un beso.

Sonrío ampliamente. «¿Habrá sentido el mismo deseo que yo?». Me quito la ropa y me echo sobre la cama. Estoy agotado. Me alegra saber que Sonia ha salido con unos amigos que hacía tiempo que no veía. Ha dejado una nota en la nevera. Paz, por fin...

Cinco minutos antes de que suene el despertador ya estoy en pie. He dormido de maravilla y me siento descansado. Me aseguro de que mi hermana llegó bien y está dormida en su cuarto y me arreglo para ir a trabajar. Cuando llego al hotel, César está esperándome en la puerta. Tiene mejor cara que el día anterior. Al parecer, Natalia le hizo entrar en razón y continuarán juntos, pero está bastante preocupado por ella. Anoche, sin razón aparente, comenzó a sentirse mal y sufrió un desmayo. Rápidamente las palabras de Laura toman sentido en mi cabeza. *Las cosas no están saliendo como me gustaría, y para colmo ayer me enteré de que una amiga podría estar enferma.* Estoy seguro de que

su preocupación era por ella... «Un momento», me digo. «Anoche fue cuando Natalia comenzó a sentirse mal. Debe de tratarse de otra amiga, porque Laura dijo que se enteró el día anterior».

Minutos después de marcharse César, mi corazón prácticamente se para al encontrarme de frente con Laura mientras camino hasta el coche. Nunca la hubiera imaginado aquí a estas horas.

—¡Hola, musculitos! —su sonrisa resplandece. No parece ni la sombra de lo que era ayer.

—Hola —su presencia es tan agradable para mí que sonrío. Intento borrar la sonrisa de mi cara para no parecer débil, pero soy incapaz. Mi propio cuerpo me boicotea—. ¿Dónde vas a estas horas?

—César me envió un mensaje. Natalia anoche sufrió un desvanecimiento y no quiere que esté sola —hay preocupación en su rostro.

—¿Te ha comentado Natalia que se sintiera mal estos días? —esa información es importante para mí. Mi cerebro comienza a hilar algunas cosas.

—No, no me dijo nada. Al parecer anoche fue cuando comenzó a encontrarse mal —acabo de descartar a Natalia como la amiga que podría estar enferma.

—Debes de estar muy preocupada, ¿cierto? Os lleváis muy bien. Deduzco que es tu mejor amiga, aunque seguro que tienes más que no conozco.

—Es la mejor y la única. No me llevo demasiado bien con las chicas. Decir lo que piensas sin pelos en la lengua no es compatible con la amistad. Natalia me soporta porque nos conocemos desde pequeñas —sonríe, y yo comienzo a pensar. ¿Acaso sabía que caería enferma? Lo primero que pasa por mi cabeza es la idea de que le haya suministrado a Natalia algún tipo de veneno. Después recuerdo que llevan días sin verse y lo descarto.

—¿Quién es entonces esa amiga por la que decías estar preocupada? —suelto la bomba sin rodeos para que no le dé tiempo a inventar una respuesta. Su cara se transforma.

—Sí, bueno, es otra amiga —no sabe qué decir.

—Acabas de afirmar que solo está ella —levanto una ceja para

presionar.

—Ya... una compañera de trabajo —mira su reloj—. Bueno, tengo que irme. Natalia está sola y no creo que a César le guste la idea. Nos vemos luego —se marcha dejándome sin respuesta creíble. Aquí hay gato encerrado, me está escondiendo algo o a alguien, y quizás esa sea la prueba que necesito.

Capítulo 17

Laura

Camino rápido, necesito huir de las preguntas de Álex. Ahora entiendo por qué era él quien se encargaba de los interrogatorios en la comisaría. Anoche estaba tan jodida y necesitaba tanto desahogarme con alguien que hablé más de la cuenta. Me siento fatal por mentirle, pero lo que menos quiero es preocuparle. Tendré que buscarme una buena excusa por si me vuelve a preguntar. Lo de mi “amiga” no ha colado, y no quiero que sepa que la posible enferma soy yo. Además, no hay nada seguro todavía, quizás mi miedo está haciéndome ver cosas donde no las hay.

—¡Buenos días! —saludo a Manuel cuando entro al hotel. Es un hombre adorable.

—Buenos días, señorita Laura. Está usted tan hermosa como siempre —sonríe—. ¿Qué la trae tan pronto por aquí?

—Vengo a ver a Natalia —me mira pensativo.

—Intuyo entonces que saldrán hoy —sonríe de nuevo creyendo que ha acertado.

—No lo creo... La pobre está enferma —contesto.

—¿Enferma? No estoy informado de eso. ¿Qué le ocurre? ¿Necesita algo? ¿Puedo ayudar?

—No lo creo, aunque todavía no la he visto. Pero si necesitamos algo te lo haré saber —es tan atento como amable. Le guiño un ojo y camino

hasta el ascensor. Sigo las indicaciones que me ha dado César y llego hasta su piso. Al parecer ha convencido a Natalia para que pasara la noche en su casa. No quería dejarla sola en su habitación. «Vaya...», silbo cuando el ascensor se abre. El doctor Amor debe de tener un buen bolsillo.

Llamo al timbre y Natalia aparece tras la puerta. Se sorprende enormemente al verme. Estoy segura de que César no le ha querido decir nada para que esa fuera su reacción. Mi amiga está ojerosa y más delgada. Me afecta tanto su aspecto que trato por todos los medios de ser yo misma. Es muy observadora, y si no tengo cuidado podría descubrir que algo me pasa. Necesita a la Laura de siempre y tengo que esforzarme por dársela.

Pasamos la mañana entre risas. Me pregunta constantemente por Álex, le respondo a todo sin reparo, pero cuando es mi turno y quiero saber cosas sobre ellos esquivo mis preguntas. No entiendo la razón, Natalia siempre me lo ha contado todo, igual que yo a ella. Me molesta un poco, pero respeto su decisión. Sus razones tendrá, y ya me dará las explicaciones oportunas cuando se encuentre mejor. Por el momento lo dejaré pasar.

En medio de una de nuestras bromas alguien llama. Natalia me mira extrañada y camino decidida hasta la puerta.

—Pero, ¿qué haces? —pregunta Natalia asustada.

—Cotillear... —ríó y pone los ojos en blanco.

—Laura... —susurra para que no vaya, pero mi curiosidad puede conmigo. Llego hasta la puerta y pongo el ojo en la mirilla. Hay una tía muy estirada al otro lado. Hago señales a mi amiga para que también mire y su cara cambia cuando lo hace.

—¡Es Erika! —dice tan sorprendida como extrañada.

—Esta es la perrita de César, ¿no? —pregunto y asiente.

Abro la puerta dispuesta a encararla, pero en la primera que se fija es en Natalia.

—Vaya... así que ya has conseguido también meterte en su casa. ¿Qué será lo siguiente? —mi sangre hierve al oír a esa zorra dirigirse así a mi amiga.

Salgo de detrás de la puerta y me dejo ver.

—Hola —digo agradablemente—. ¿Quién eres?

—No creo que a ti te importe eso —escupe Erika con tono de desprecio.

—Yo creo que sí —respondo tranquila—. ¿Eres la que venía a unirse a la orgía? —la cara de Erika cambia, y rápidamente dirige su mirada hacia Natalia, esperando una explicación. Natalia me pisa disimuladamente un pie. Quiere que pare, me conoce. Pero no tengo ninguna intención de hacerlo.

—Yo no vengo a unirme a ninguna orgía —dice Erika furiosa.

—Uf, qué susto me habías dado —suelto sin más—. Ya me extrañaba a mí. César dejó bien claro que no quería tetas “made in China”. Las prefiere naturales como estas —sujeto mis pechos y los muevo. Al hacerlo puedo notar perfectamente el pequeño bultito que me encontré días atrás en uno de ellos. Mi pelo se eriza por el miedo, pero no pienso dejar que me afecte en este momento. No cuando estoy defendiendo a mi amiga—. El plástico no le va, y tú pareces estar envuelta en él —Natalia me mira con desaprobación, pero no me importa, sé que después se alegrará.

—Muy graciosa —responde Erika, aún más cabreada—. Veo que César todavía no ha llegado.

—Ha ido a comprar juguetitos —respondo, y recibo otro pisotón.

—Qué pena, traía noticias sobre algo que le interesa —sonríe triunfante—. Pero viendo que no hay vida inteligente en la casa a quien poder dejar el recado tendré que llamarle después —se gira y se marcha haciendo ruido con sus tacones. Camina totalmente recta.

—Ten cuidado, reina, esa tensión acumulada puede hacer que se te explote algún globo —Natalia golpea mi hombro con su puño.

—¡Auch! —paso la mano por mi brazo.

—¿Eres tonta? —dice fingiendo cabreo. Segundos después no puede aguantar más y ríe a carcajadas. Me uno a ella y las dos estallamos en risas.

Pronto llega César y se une a nuestras bromas. Se ha encontrado con Erika por el pasillo y le ha dado las quejas. No parecía estar muy contenta. Una hora después me despido de ellos hasta el día siguiente, se me está haciendo tarde y todavía tengo que ir a trabajar. Me han cambiado el cuadrante y me toca turno de tarde.

Cuando salgo a la calle busco entre los coches el de Álex, pero para mi desgracia no está allí. Me apetecía tanto verle antes de irme. Anoche cuando vino a casa preocupado, consiguió sacarme de mi bucle torturador. Desde que descubrí esa pequeña anomalía en mi pecho no he podido ni dormir. La semana que viene me harán algunas pruebas, y estoy aterrada. Aunque han pasado varios años desde que mi madre murió, las imágenes de su enfermedad todavía están frescas en mi memoria. La noticia del cáncer de mamá cayó como un jarro de agua fría en la casa. Pero lo peor sin duda fue la impotencia de ver

cómo trataba de luchar por su vida sin éxito y no podíamos hacer nada. El maldito tumor consumió su cuerpo delante de nosotros hasta que acabó con ella.

Cuando salgo del trabajo estoy tan agotada que al llegar a casa ni siquiera tengo hambre. Me meto en la cama directamente, en solo unas horas tengo que volver con Natalia. Me despierto sobresaltada, miro el reloj y descubro que me he dormido. Corro a la ducha y me visto lo más rápido que puedo. Cuando llego a casa de César todavía está esperándome. Llegaré tarde por mi culpa. No ha querido dejar sola a Natalia ni un minuto.

—Recuerda que esta tarde pasará Álex a por ti sobre las cinco —le dice a Natalia, y mi cuerpo reacciona al oír su nombre. A esa hora todavía estaré aquí y podré verle—. La cita con la doctora Nova es a las seis. Yo te esperaré en el hospital —besa la frente de mi amiga cuando se marcha.

Las horas pasan lentas. Si tuviera más ganas de que dieran las cinco explotaría. Y para colmo Natalia no se encuentra nada bien, ha estado toda la tarde vomitando. He insistido en llamar a César en varias ocasiones, pero se ha negado. No quiere preocuparle.

Por fin suena el timbre y mi corazón late con fuerza. Sé lo que hay detrás de esa puerta y quiero abrirla cuanto antes. Estoy tan nerviosa que no me doy cuenta de que mi amiga se adelanta.

—Buenas tardes, Álex —dice cuando abre—. Te estábamos esperando —entra en la habitación a por sus cosas y nos quedamos los dos solos.

—Hola —gesticula sonriente.

—Hola —hago lo mismo. Sé perfectamente que no quiere que nadie sepa lo nuestro. Sea lo que sea.

—¿Vienes con nosotros? —susurra y asiento. Sonríe de nuevo, pero justo en ese momento regresa Natalia y se tensa. En una décima de segundo cambia la expresión de su cara por una más seria. «Qué buen actor», me digo.

Salimos juntos hasta la calle, y cuando estamos cruzando Natalia hace un gesto extraño. Mira hacia la esquina un par de veces y se queda pensativa por un momento. Antes de que pueda preguntarle, habla.

—Álex... —se gira hacia ella extrañado.

—Dime, Natalia —responde.

—¿Y si te digo que me ha parecido ver a Mario en esa dirección? —susurra, y mi vello se eriza. Miro en la dirección que indica, pero no veo a nadie. Álex toma del brazo a Natalia y tira de ella.

—Vamos, Laura —dice para que les siga. Casi corremos hasta que entramos de nuevo en el hotel.

—¿Qué ocurre? —pregunto. Si de verdad es Mario no hay necesidad de esconderse, entre los tres podemos patearle el culo. Si tuviera la oportunidad de tenerlo delante le sacaría los ojos a taconazos.

—Quedaos aquí hasta que yo os lo diga —está muy serio.

Se va corriendo y le perdemos de vista cuando vuelve la esquina. Me encanta cómo se mueve. Unos minutos más tarde regresa caminando por la acera. Viene hablando con alguien por teléfono.

—De acuerdo, no te alejes de nosotros más de diez metros —cuelga.

—¿Qué pasa? —pregunta Natalia—. ¿Era él?

—No he visto nada. De todas formas, otro vehículo nos acompañará hasta el hospital. No quiero arriesgarme —caminamos de nuevo hasta

el coche, esta vez más deprisa.

Me siento atrás con Natalia. Durante todo el camino sus ojos me observan a través del espejo retrovisor. Cruzamos miradas en varias ocasiones y en cada una de ellas siento que algo revolotea en mi estómago. Ni siquiera soy consciente de que un todoterreno con las lunas tintadas nos sigue hasta que Natalia pregunta por él. Al parecer son refuerzos por si al gilipollas de Mario le da por repetir el numerito del coche como la última vez.

Cuando llegamos al hospital César viene hasta nosotros y abre la puerta que está al lado de Natalia.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás? Tienes peor cara —frunce su frente.

—Estoy regular —le dice—. Tengo altibajos. Unos ratos mejor, otros peor.

—Vamos a ver qué descubrimos —toma su mano y le ayuda a bajar.

—Voy contigo, espera —digo mientras hago el intento de bajarme yo también.

—No —dice César rápidamente—, ya me hago cargo yo, luego que te llame. Tú ve a descansar, que debes de estar agotada. Muchas gracias por el favor —me guiña un ojo—. Álex, ¿puedes llevar a Laura hasta su coche?

—Sin problema —dice seriamente.

Natalia sonrío y la descubro. Sé lo que pretenden estos cabrones. César lo sabe. Mataré a mi amiga. La puerta se cierra y Álex arranca.

—¿Cómo está tu hermana? —es lo único que se me ocurre preguntar para romper el silencio.

—Está muy bien, aunque apenas nos vemos. Llevamos días sin

coincidir.

—¿Crees que estará enfadada conmigo por irme así? —la verdad es que es algo en lo que he pensado varias veces.

—Para nada. Al contrario, le pareció gracioso —sonríe y vuelve a mirarme a través del espejo—. Por cierto, tenemos algo pendiente, tú y yo.

—¿Cómo? —mi pulso se altera y mis ojos se abren—. «¿Desde cuándo se ha vuelto tan directo?».

—Ahora mismo no tengo nada que hacer —no puedo creerme lo que estoy oyendo—. ¿Te apetece que vayamos a ver el piso de Natalia, o ya has encontrado algo? Tengo aquí la llave —estira su mano y toma un llavero de uno de los huecos del salpicadero. Exhalo para soltar el aire. Soy idiota.

—No parece mala idea —digo todavía reponiéndome del susto—. Aún no he encontrado nada y hasta dentro de cuatro horas no entro a trabajar.

—Pues no se hable más. Vayamos a ver qué te parece...

Capítulo 18

Los primeros minutos del trayecto los pasamos en silencio. Necesito que uno de los dos hable, no me gusta la tensión que se crea así. Por más que me estrujo el cerebro no encuentro nada que decir. Álex es la única persona que con su presencia consigue dejarme sin palabras.

—¿Está muy lejos? —pregunto mientras me desabrocho el cinturón en uno de los semáforos y me paso a los asientos delanteros. Álex me observa.

—No demasiado —el semáforo cambia de color y acelera, consiguiendo que pierda el equilibrio. En un acto reflejo para estabilizarme, pone su mano en mi nalga—. ¡Siéntate de una vez y ponte el jodido cinturón! —grita.

—Vaya, musculitos... no pierdes el tiempo —sonríe maliciosamente. Su cara se vuelve granate al darse cuenta. Aparta rápidamente la mano de mi trasero y sujeta el volante con fuerza.

—Yo... no... yo... solo intentaba sujetarte —frena y espera a que me coloque. Se mueve nervioso en su asiento y traga saliva. Su inocencia me tiene atrapada por completo. Me acomodo por fin y me abrocho el cinturón, como ha pedido. La tensión de sus hombros disminuye y continuamos la marcha.

—¿El apartamento está amueblado? —pregunto de nuevo para sacarle de su estado.

—Está completo —contesta mirando a la carretera—. Puedes entrar a

vivir sin problema.

—¡Genial! —me encanta la idea de poder mudarme cuanto antes, apenas tengo tiempo y el no tener que preocuparme en buscar muebles es una gran ventaja.

Pasamos cerca de un famoso hospital donde ingresamos a mi madre cuando más desesperados estábamos, y no puedo evitar pensar en ella y en lo que descubrí en mi pecho hace unos días. «Estás haciendo de esto un drama», me riño mentalmente. «No dejes que te afecte hasta que no sepas de qué se trata».

—¿Ocurre algo? —la voz de Álex me trae de nuevo al presente.

—Oh... no, no, es solo que estaba pensando en la mudanza.

—Me estás mintiendo —afirma con rudeza, y mi corazón se acelera—. Esa expresión que he visto en tu rostro no corresponde a un pensamiento de ese tipo —recuerdo su habilidad para leer los gestos y me pongo nerviosa.

—Soy rara —respondo para salir al paso y sonrío. No le convence mi respuesta y sigue observándome con su frente arrugada. No me gusta, tengo miedo de que pueda adivinar mis pensamientos.

—¿Qué es lo que te preocupa? —aparca y me mira. Parece que hemos llegado. Soy incapaz de contestar. «¿Cómo coño sabe que estoy preocupada?». Evito gesticular para no darle pistas.

—Estaba pensando en llamar a Natalia dentro de un rato para saber qué le han dicho —miento, y parece que funciona.

—Después nos ponemos en contacto con ellos para que te quedes tranquila —dice mientras baja del coche. Yo hago lo mismo y respiro aliviada.

Caminamos deprisa mientras cruzamos la calle y una vez que llegamos al otro lado nos encontramos con un gran parque. Me gusta la zona.

—Este sería un buen sitio para salir a tomar el sol —señalo un banco de madera. Mira a varios hombres que hay por allí y junta sus cejas.

—No lo creo. Habría demasiados ojos observándote —me quedo boquiabierta con su respuesta. ¿Acaso está celoso? Necesito picarle un poco para saber hasta dónde llega.

—No me importa —digo sonriente—. Los ojos están para mirar, y si lo hace aquel macizo de allí —señalo a un chico bastante guapo— no me importa —me mira con dureza, y por alguna extraña razón me gusta.

—No hemos venido a eso —toma mi brazo y tira de mí para que continúe. No puedo evitar reírme interiormente. Este juego me está empezando a gustar.

—Aquel hombretón de allí tampoco está mal —me paro de nuevo—. Creo que no hará falta que entre al piso para saber que este barrio será mi nuevo hogar —oigo su respiración agitada y mi niña interior salta emocionada.

—Toma las llaves, que yo me vuelvo ya —dice, enojado. Ha llegado el momento de que pare.

—Oh, vamos... no seas niño, estoy bromeando —me disculpo y se da cuenta de que ha caído en mi trampa, pero no dice nada.

Llegamos a un elegante bloque y subimos por una amplia escalera de mármol. Álex parece que sigue picado conmigo porque no me habla, ni siquiera me mira. Cuando por fin llegamos abre la puerta y me señala el interior.

—A ver qué te parece... —entro y me quedo impresionada. Es mejor

incluso de lo que había imaginado. Amplio y luminoso. Para mí sola es más que suficiente. Está amueblado, como me dijo, y hasta los colchones de las camas son nuevos. Sin duda me lo quedará.

—¡Es perfecto! —le abrazo efusivamente. Como siempre que lo hago se tensa, pero no me importa—. Me encanta mi nuevo hogar —sonrío y sigo descubriendo detalles que a primera vista se me habían escapado—. ¡Mira! —le digo señalando a la ventana—. Tiene hasta piscina comunitaria. Camina hasta mí para verlo.

—Vaya. Hice mal en ofrecértelo —sonríe e intuyo que bromeará—. Debí habérmelo quedado yo.

—Ven a visitarme a menudo y así podrás utilizarla —su expresión cambia a una más seria y me preocupo—. ¿Estás bien? —de pronto soy consciente de que estamos solos y demasiado cerca. Me pongo nerviosa recordando lo que pasó la última vez.

—Sí... tranquila —vuelve a mirar a través del cristal—. Es solo que... —me pongo delante de él. Adoro mirarlo a los ojos cuando me habla. Parpadea y se inquieta—. Verás, Laura, hace tiempo que quiero hablar contigo sobre algo —baja su mirada.

—Vamos, musculitos, sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa —trato de ayudarlo a continuar. Sea lo que sea le está costando mucho soltarlo. ¿Acaso tendrá que ver con su extraña castidad?

—Debería empezar por el principio —levanta su intensa mirada hasta la mía y siento un gran cosquilleo en la boca del estómago. Sus labios me resultan tan apetecibles que solo quiero besarlos. Como si supiera lo que estoy pensando, deja de hablar. Su pecho se eleva rítmicamente y su respiración se hace audible—. Laura... —puedo ver a través de sus ojos cómo lucha contra el impulso. Yo no soy tan fuerte y me dejo

llevar por el mío.

Como si de un imán se tratara, mis labios acaban sobre los suyos. Siento que algo no va bien cuando lo hago, no me devuelve el beso. Me separo lentamente, tratando de ocultar mi vergüenza, cuando sus fuertes manos atrapan mi rostro.

—Laura... —dice de nuevo, y puedo oír cómo traga saliva. Cierra sus ojos por un momento y quedo confundida. Parece estar peleando interiormente contra algo. Cuando los abre puedo ver tormento en su mirada. Me aparto rápidamente, sea lo que sea quiero aliviarle y tengo la desagradable sensación de que su malestar tiene que ver conmigo.

—Será mejor que me vaya —es lo único que acierto a decir—. Seguiré buscando piso, seguro que pronto encuentro algo —camino hasta la puerta y me toma por el brazo.

—Espera... —tiro para soltarme. Estoy tan incómoda que lo único que quiero es salir de ahí cuanto antes.

—Déjame, Alex —sus ojos se abren. Sabe que cuando uso su nombre algo no va bien—. Quiero irme a casa —abro la puerta y cuando estoy a punto de salir la cierra con fuerza dejándome atrapada entre su cuerpo y el frío metal. Sin mediar palabra, estrella su boca contra la mía, sorprendiéndome. Intento apartarlo, necesito saber qué coño está pasando con él. Pongo mis manos en sus hombros y lo empujo, pero fallo en el intento. Toma mis muñecas sin dejar de besarme y las junta sobre mi cabeza mientras pega su cuerpo más al mío. Me dejo hacer. Cuando se asegura de que no me resistiré, deja libre mis brazos y rodeo su cuello con ellos. Abro mi boca dándole acceso y su lengua no tarda en invadirme. Su sabor junto a la humedad de nuestro beso consigue sacarme un gemido que parece volverle loco. Se aparta por

una décima y me mira jadeante buscando mi aprobación. No tengo que decir absolutamente nada, sabe perfectamente que estoy dispuesta a llegar hasta el final. Empieza a preocuparme que con una simple mirada sepa lo que quiero. Antes de que pueda pensar nada más siento sus calientes manos en mi cintura. Mi piel reacciona y me activo sin poder evitarlo. Le deseo con todo mi ser. Tiro de su camiseta y se la quito del cuerpo con habilidad. Ya le había visto sin ella, pero no me había fijado hasta ahora en sus marcados pectorales. Casi consiguen que me derrita. Levanta mi vestido y lo saca por mi cabeza, dejándome en ropa interior.

—Joder... —susurra y pega su pecho desnudo al mío mientras vuelve a besarme como si le fuera la vida en ello. Acaricia mis muslos, mis caderas, mi espalda... respira agitadamente mientras lo hace. Puedo sentir su dureza contra mi abdomen. Me complace saber que soy la causante de su estado. Apenas sin esfuerzo me levanta sujetándome por las piernas, las cruza en su cintura y me lleva hasta una de las camas. Me deja sobre ella con cuidado y comienza a quitarse el pantalón. Sus ajustados bóxer blancos marcan a la perfección toda su plenitud y creo volverme loca. Quiero hacerle mío cuanto antes. Se echa sobre mí y mis manos moldean su espalda mientras me besa. Gime cuando paso mis uñas por sus omóplatos y presiona sus caderas contra las mías buscando alivio. No sé en qué momento ha conseguido desabrochar mi sostén, pero cuando me quiero dar cuenta la suave piel de mis pechos está rozándose con la suya.

Pierdo el pudor por completo. Es poca la ropa que nos queda, pero me molesta. Enredo mis pulgares en la goma de su ropa interior y la deslizo consiguiendo quitársela. Él hace lo mismo con mi minúsculo tanga. Lo deja sobre la mesilla y se coloca de nuevo entre mis piernas.

Sus ojos reflejan deseo y excitación. Acaricia mi cuerpo con suavidad, provocándome pequeñas corrientes eléctricas. Observa todas y cada una de mis reacciones. No quiero presionarle, le dejo que se tome su tiempo, pero la espera me está torturando. Cada segundo que pasa necesito más de él.

—Álex... —suspiro mientras me arqueo buscándole. Gruño impaciente. Pega su frente a la mía en un intento de control y me habla.

—¿Te cuidas? —susurra agitado.

—Sí... —acuerdo a decir.

Siento presión en mi húmedo centro y muy despacio se sumerge en mi interior. Muerde mis labios suavemente mientras sus manos rodean mi cintura con fuerza. Hace una pequeña pausa para disfrutar de nuestra unión. Inspira profundamente y comienza a moverse. Primero lento. Jadeo cada vez que retrocede y me curvo cuando profundiza. Él lleva el control. Nos abrazamos y nos besamos continuamente. Su respiración es cada vez más rápida, y la velocidad de sus movimientos aumenta. Gimo fuerte mientras me pierdo entre las olas del placer. Estoy a punto de tocar el cielo y lo sabe. Todos mis músculos se contraen.

—Dios, Laura —grita mi nombre y no aguanto más. Pongo las manos en sus glúteos y le presiono contra mí. Gruño buscando control, pero no se lo permito, su rendición viene de la mano con la mía. Nos dejamos ir entre gemidos y gritos de placer. Segundos después acabamos exhaustos. La cara de Álex queda escondida en el hueco de mi cuello mientras tratamos de reponernos. Ha sido demasiado intenso. Me siento extraña, varios hombres han pasado por mi cama y

nunca he sentido algo parecido a esto. Es la primera vez que practico sexo con sentimientos de por medio.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras rozo su espalda con la punta de mis dedos. Está tardando demasiado en reaccionar.

—Sí —dice sin moverse. Sonrío. Creo que he acabado con él.

Levanta la cabeza y sus ojos quedan a la altura de los míos. Están apagados, no son los mismos de hace unos minutos. ¿Qué le pasa?

—Álex, ¿seguro que estás bien? —mi tono es de preocupación. Asiente y se echa a un lado. Es su primera vez y no sabe reaccionar. No se lo tendré en cuenta.

Capítulo 19

Álex

«Mierda, ¿qué he hecho?», me digo angustiado mientras me aparto de ella. Mi cuerpo me ha traicionado. Todavía tiemblo por la cantidad de sensaciones que he sentido. Miles de imágenes se agolpan en mi cerebro. «No... No, no, no...». Trato de controlarlas, pero es inútil. Una detrás de otra me hacen revivir aquel maldito día y mi promesa. Siento unas enormes ganas de salir corriendo a algún lugar lejos de aquí. Daría lo que fuera porque esto solo fuera una pesadilla. «He engañado a Gema...». Un intenso dolor se apodera de mí, machacándome emocionalmente. Me siento como un cabrón arrepentido y triste a la vez. Me odio. He sido débil. Un maldito traidor. Laura me mira, no quiero hacerla sentir mal e intento tranquilizarme, pero no puedo.

—Voy al baño —me cuesta hablar. Laura sonrío tiernamente y acaricia mi rostro.

—Aquí te espero —su frase me hace sentir aún peor. Varias punzadas atraviesan mi pecho. No quiero que me espere, no quiero que piense que esto ha significado algo. Tengo que explicarle que ha sido un jodido error. Tenía que haberlo parado antes. He caído en mi propia trampa.

Me siento avergonzado al verme desnudo junto a ella y recojo mi ropa. Camino hacia el baño como si fuera sonámbulo. Ni siquiera noto el suelo bajo mis pies. «Gema, perdóname...». Si alguien me clavara un puñal en el corazón no sentiría tanto dolor como ahora mismo. No

merezco vivir después de esto. ¿En qué clase de persona me convierte lo que acabo de hacer? Cierro la puerta y me apoyo en el lavabo. Levanto la mirada y puedo verme reflejado en el espejo. Siento asco al instante. Mis ojos se empañan y mi garganta se tensa. Lucho por no llorar. Laura no puede verme así, ella no tiene la culpa. Independientemente de que sea la primera sospechosa, esto no tiene nada que ver y no quiero hacerle daño. Abro el grifo y entro en la ducha. Necesito quitarme su olor cuanto antes. Estoy tan inmerso en mi tormento que no soy consciente de los chorros de agua helada que corren por mi cuerpo. Me froto enérgicamente, quiero quitar cualquier resto suyo de mí. No hay jabón, pero no me importa. Cuando creo que estoy suficientemente limpio, espero unos minutos antes de salir. No hay toalla para secarme y no quiero dejarlo todo empapado. Cuando parece que ya he dejado de gotear me pongo la ropa. Me siento en el suelo y espero. Debo tranquilizarme. Mi estancia en el baño se alarga más de lo que debería. No sé cómo afrontar lo que hay fuera.

—Álex —golpea la puerta y me tenso—, llevas mucho tiempo ahí dentro. No te habrás caído por la taza del váter, ¿verdad? —esto va a ser realmente difícil. Respiro profundamente. Abro y lo primero que veo son sus enormes y alegres ojos verdes mirándome. No tengo el valor suficiente para hacerle esto—. ¡Estás empapado! —levanta una de sus manos y cuando va a tocar mi cabello húmedo me aparto en un acto reflejo. Hay dolor en su mirada—. ¿Te... te arrepientes de lo que acabamos de hacer? —duda—. ¿No era como esperabas? —pregunta preocupada mientras trata de entender mi reacción.

—Estoy bien... —no me cree y puedo advertir desconfianza en su gesto. No puedo echar a perder esto. No después de haber llegado hasta aquí para conseguir información. Tengo que serenarme y

mantener la calma—. Es solo que... Bueno, ya sabes... —me agarro a lo que ella cree y todavía no he tenido oportunidad de desmentir—. Es una experiencia nueva para mí, y estoy algo nervioso.

—Te voy a creer porque lo acabas de afirmar —dice sonriente y más tranquila—. Pero te aseguro que después de lo que ha pasado en esa cama empezaba a tener mis dudas. No parecías para nada nuevo —trago saliva. Cada vez lo empeoro más, pero todo sea por salvar la vida de Natalia.

—Deberíamos irnos. Tengo que hacer algunas cosas en casa —miento. Necesito salir de allí cuanto antes. Me está costando mucho no venirme abajo. Baja su mirada y asiente.

—Está bien, así duermo un poco antes de ir a trabajar. Hoy me toca de noche y tengo que ir al piso de César por la mañana para cuidar de Natalia.

—¿También trabajas de noche? —pregunto intrigado.

—Sí... —resopla—. Al ser una empresa internacional tenemos clientes en todos los países. Y ya sabes cuál es el problema con el horario. Mi empresa está activa 24 horas al día. Nos regimos por cuadrantes y hacemos turnos. Esta semana me ha tocado así, pero la siguiente estoy de mañana —me mira de nuevo—. Oye, respecto a lo de antes...

—Ya hablaremos sobre eso —digo cortante. Necesito esquivar el tema—. Tenemos que irnos.

Volvemos al hotel en el más incómodo de los silencios. Laura mira por la ventana, pensativa. Es extraño verla así. Daría lo que fuera por saber qué está pasando por su cabeza en este momento, aunque me puedo hacer una idea. Quizás necesitaba algo más de afecto después de entregarse a mí y no he sido capaz de dárselo. Los remordimientos

me corroen.

Dejo a Laura en su coche y nos despedimos fríamente. Siento un escalofrío correr por mi espalda. Soy el culpable de esto. Veo cómo se marcha y no tengo ánimo para nada. Por fin arranco el motor y vuelvo a casa.

—¡Hermanito! —grita Sonia alegre cuando oye que suelto las llaves en la mesita de la entrada. Para colmo de mis males, la foto de Gema vuelve a caerse. La expresión de mi hermana cambia cuando entro al salón—. ¿Qué ha ocurrido? —viene hasta mí.

—No ha ocurrido nada.

—A mí no me engañas. ¿Has discutido con la rubia? —respiro profundamente sin darme cuenta y sus ojos se abren. Sabe que ha dado en el clavo y ahora será más difícil quitármela de encima.

—Eso no es de tu incumbencia —respondo secamente.

—Te equivocas. Todo lo que pueda afectarte lo es —cruza los brazos. Estoy perdido.

—Sonia, por favor, no vengo con ganas de sermones. Vamos a dejarlo para otro día —camino hasta mi cuarto y me sigue.

—Cuanto antes acabemos con esto, antes te dejaré en paz —por desgracia tiene razón—. Ahora dime, ¿qué ha ocurrido entre vosotros?

—¡Nada, joder! —empiezo a ponerme nervioso.

—Mientes de nuevo —es tan persistente y observadora como yo.

—Es solo que... —aprieto fuertemente los ojos— que estoy seguro de que ella quiere más de lo que estoy dispuesto a darle.

—Álex... —toma mi cara con sus manos— debes liberarte de aquello, Gema te amaba y no querría verte tan atormentado.

—¡NO LA NOMBRES! —me aparto de su tacto—. Tú no sabes lo que ella hubiera querido.

—¡Sí lo sé! —su respuesta capta mi atención. Necesito saber por qué está tan segura de eso—. ¡Ponte en su jodido lugar de una puta vez! —grita—. ¿Te gustaría que después de dar tu vida por salvar la suya se convirtiera en un alma en pena, sin aspiraciones ni ilusiones? —un gran dolor me desgarrar por dentro.

—¡CÁLLATE! —apenas puedo respirar.

—¡No pienso callarme! Estoy harta de callarme... —limpia una lágrima que corre sin control por su mejilla—. Tanto te quería que se puso en medio de aquella bala para que tú siguieras aquí, para que fueras feliz. ¿Y así se lo pagas?

—¡NO ME LO RECUERDES! —respiro agitadamente—. ¿No te parece que yo solito ya me torturo suficiente como para que tú también vengas a reprochármelo?

—¡No es esa mi intención y lo sabes! —cierro la puerta de mi habitación de un portazo, dejándola al otro lado—. ¡Deja de hacerte la víctima de una jodida vez y sal de ese maldito agujero! ¡Llevas años luchando contra un fantasma! ¡Ya es hora de que pases página! —golpea mi puerta—. ¡Ella no va a volver! —llora. Tapo mi cabeza con la almohada, no quiero seguir oyéndola. No tiene razón en lo que dice. Si todavía no me he quitado la vida es por ella. Gema me salvó aquel día y no puedo permitir que su sacrificio haya sido en vano. Me cuido por ella. Respiro por ella. Le debo lealtad y fidelidad. No puedo permitir que otra persona ocupe su lugar. El vacío que dejó en mi corazón no lo llenará nadie. Se lo prometí mientras moría desangrada entre mis brazos...

Capítulo 20

Por fin parece que Sonia me ha dejado en paz. Sé que se preocupa por mí y lo hace con la mejor de las intenciones, pero ella no sabe lo que es esto. El único que sabe realmente lo que tiene encima es el que lo está pasando. Desde fuera a todos les parece sencillo o fácil de superar. «Déjala ir», dicen como si nada. «Tienes que intentar ser feliz». Como si eso fuera una decisión. Soy una persona capaz de superar la muerte de un ser querido como cualquiera. Por desgracia, es ley de vida. Pero cuando tú has sido el responsable de esa muerte, todo cambia. Y si es la de tu pareja y futura esposa se convierte en el mayor de los tormentos. No ha pasado un solo día en el que no haya deseado con todas mis fuerzas haber sido yo quien recibiera aquel balazo. Mi maldita imprudencia le costó la vida a quien más amaba. Un mensaje de Laura me saca de mi lamento.

Hola. Perdona que te moleste a estas horas, pero me quedé algo preocupada. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

Mi corazón se encoge. Me gusta saber que se preocupa por mí, me hace sentir bien. Quiero contestarle, pero mi lucha interior me lo impide. Busco el recuerdo de Gema en mi memoria, ella es la única que debe ocupar mis pensamientos. Un segundo después, las imágenes de Laura arqueándose debajo de mí parecen jugar conmigo. Trato desesperadamente de borrarlas, pero llegan aún más nítidas. Aprieto la almohada contra mi cara.

—JODERRR —ahogo un grito. Mi cuerpo la desea de nuevo y me

siento mal por ello. No puedo hacer nada para evitarlo—. JODERRR — vuelvo a gritar hundiendo la cabeza en la almohada. El recuerdo de su sabor hace mi boca agua. Empiezo a desesperarme. Me pongo en pie dispuesto a darme una nueva ducha de agua fría cuando llega otro mensaje.

Quiero que estés tranquilo. Lo que pasó hoy entre nosotros no nos compromete a nada.

¿Cómo? Miro el teléfono con rabia. Sus palabras me producen sentimientos contradictorios. ¿No significó nada para ella? Me molesta más de lo que debería. ¿Por qué me afecta tanto que me diga eso? ¡MIERDA! ¡JODER, MIERDA! Camino nervioso por mi habitación. Estoy hecho un lío. Decido contestarle y acabar con esto por hoy. Necesito urgentemente un descanso mental o me volveré loco.

Contaba con ello. Respondo dolido con la intención de hacerle creer que tampoco significó nada para mí. No hay respuesta de vuelta y me doy por satisfecho. Estoy tan agotado que me quedo dormido rápidamente.

A la mañana siguiente procuro aparcar lejos del hotel. Sé que Laura volverá y no quiero encontrarme con ella. No estoy preparado para enfrentarla aún. Desde mi posición la veo llegar. Parece cansada. Hoy no camina tan segura como lo hace otras veces. Tendría que hablar con ella, pero esperaré a terminar con mi investigación. Si mis sospechas son ciertas, sería ridículo que le diera explicaciones a una delincuente, pero si por el contrario estoy equivocado no tendré más remedio que hacerlo y disculparme.

Unas horas después el coche de César se acerca a toda velocidad.

Todavía no ha acabado su jornada laboral. Algo pasa. Corro hasta él, preocupado.

—¿Qué ocurre? —digo sofocado cuando llego.

—¡Es Natalia! —siento un escalofrío—. Se ha desmayado de nuevo —le pierdo de vista cuando entra al hotel. Laura está con ella y eso me preocupa. Espero paciente y veo llegar una ambulancia. Necesito saber que Laura no tiene nada que ver con lo que le haya pasado a Natalia. Esto está empezando a afectarme personalmente. Si no detengo lo que sea que estoy empezando a sentir por ella pronto buscaré excusas para exculparla.

Minutos después de llegar, la ambulancia se marcha. Todo parece estar bien. Cuando estoy a punto de marcharme la oigo.

—Hola, musculitos —no me gusta su tono tristón. ¿Dónde está su efusividad? Me vuelvo y la veo. Preciosa como siempre, pero echo en falta su chispa natural—. ¿Cómo estás? —pregunta sin mucho ánimo.

—Estoy bien, como siempre —trato de parecer creíble—. ¿Cómo está Natalia? Ya me ha contado César que volvió a encontrarse mal.

—Sí. Me ha dado un susto tremendo, pero por suerte quedó solo en eso. Parece que tiene problemas con su azúcar.

—¿Y tú? Te noto apagada —no puedo evitar interesarme. Realmente quiero saber cómo está, me preocupa verla así.

—Bien. Solo estoy cansada. Trabajé toda la noche y todavía no he tenido oportunidad de dormir —no lo recordaba. Quizás esa sea la razón.

—Vamos, te llevo a casa —la idea de que pueda quedarse dormida al volante me pone los pelos de punta.

—No te preocupes, vine en transporte público. Aunque lo parezca, no estoy tan loca —sonríe, pero su sonrisa no llega a sus ojos—. Que pases una buena tarde —se marcha, y me deja con un extraño malestar.

Vuelvo al coche y me acomodo en él. Debería estar ya en casa, pero no puedo moverme. Estoy derrotado emocionalmente. Apoyo la cabeza en el respaldo del asiento y miro al vacío perdiendo la noción del tiempo. El sonido del teléfono me sobresalta y me incorporo rápidamente.

—Hola, Natalia —respondo al primer tono.

—¡Álex! César está descontrolado. Necesito que lo encuentres, acaba de salir de casa con dos botellas de *whisky* en las manos y las llaves del coche —su voz se quiebra.

«Mierda», me digo. Algo grave ha pasado.

—¿Hace cuánto? —pregunto preocupado.

—Ahora mismo. Ha salido ahora mismo. Álex, tienes que encontrarle —llora. Estoy cerca del hotel y puedo ver la puerta. Todavía no ha salido.

—¿Qué lo ha desbordado?

—He sido yo, Álex. He encontrado un álbum familiar, y dentro había un recorte de prensa con la noticia de lo que le pasó a su familia. Lo ha descubierto y está muy alterado. Por favor, encuéntrale —conociéndole puedo imaginar cómo debe sentirse. No está preparado para hablar de ese tema, y menos con ella.

—Entiendo. Salgo a buscarle —cuelgo, bajo rápidamente del coche y camino hasta el hotel. Antes de llegar veo a mi amigo salir. Me mira fijamente cuando descubre que voy hacia él, pero es una mirada tan vacía que sus ojos parecen atravesarme. Respira agitadamente, sé que

está esforzándose para calmarse, pero no puede—. Dame una de esas botellas —le digo mientras extendo mi mano—. Beberemos juntos por los viejos tiempos, yo también necesito olvidar algo —mi frase llama su atención y me la entrega. Me conoce igual que yo a él, y sabe que algo no va bien.

Trata de reponerse. Sé que quiere ayudarme, pero está tan sumergido en su mierda que no es capaz de salir de ella. Pongo mi mano en su hombro y le guío hasta el restaurante. Se sienta en una de las sillas. Su cuerpo está conmigo, pero su mente se ha perdido en algún lugar. Está más jodido de lo que creía. Tengo que conseguir que hable como sea. Necesita un estímulo para volver, algo que llame realmente su atención...

—Ayer me acosté con Laura —admitirlo me mata, pero sé que le podría ayudar. Lo uso como terapia de choque y parece que funciona.

—¿¡Qué!?! —respiro aliviado cuando le oigo. No contesto. Es suficiente con saber que ha reaccionado y por el momento no le daré más detalles. Abro la botella de *whisky* que tengo en mis manos y se la entrego. Le da un largo trago. Tomo la suya, le quito el precinto y bebo con él.

No hablamos nada más durante al menos un par de horas, pero no me importa. Saber que está de nuevo en el mundo real me basta. Será más fácil de controlar así. Bebemos hasta casi acabar con las botellas. O eso le hago creer. Cuando no mira vacío la mía en la planta que tengo al lado. La pobre tendrá una gran resaca mañana.

—Como verás, no eres el único que se siente mal... —rompo el silencio, necesito saber en qué nivel está de su crisis. Actúa de una manera diferente a la habitual y eso me preocupa. Hace rato que

debería haber puesto el restaurante patas arriba.

—Confiaba en ella... —niega con su cabeza, dolido—. LE PEDÍ TIEMPO Y NO ME LO DIO... —grita y vuelve a beber. La gente nos mira. Está bastante pasado de alcohol—. Debió de haber esperado hasta que estuviera preparado. ¡Me prometió que lo haría! —me cuesta entenderle. Pone las manos sobre su cara y ahoga un nuevo grito. Cuando se da cuenta de que está siendo el centro de atención se pone en pie—. Me voy de aquí —toma las llaves de encima de la mesa y camina tambaleándose. Le sigo. No puede conducir en su estado.

—César. No estás en condiciones de subir al coche, podrías provocar un accidente —le hablo calmadamente, pero me ignora. Sigue con su idea y camina más deprisa.

—¡Lárgate! —balbucea.

—No pienso dejar que hagas ninguna locura —le sujeto por el hombro y se resiste.

—*Jetzt Verpiss dich und lass mich in Ruhe! Du bist gefeuert!* —odio esa frase, cada vez que intento ayudarle me la suelta.

—Ni pienso irme a la mierda, ni voy dejarte en paz, ni estoy despedido. Esto ya no es un tema laboral, eres mi amigo y voy a ayudarte —se sorprende al ver que le entiendo. Utilicé un traductor la primera vez que me lo dijo, necesitaba saber qué escondían esas palabras.

—Hasta aquí llegó nuestra amistad. Ya no tienes necesidad de seguirme como un perrito faldero —vuelvo a sujetarle por el hombro en un intento desesperado para que no salga del hotel e intenta golpearme para librarse de mí.

—No hagas el imbécil, César —digo mientras lo esquivo. Vuelvo a

sujetarle e intenta agredirme de nuevo. Está demasiado borracho para alcanzarme—. ¡Déjalo ya! ¡No quiero hacerte daño! —no hay manera... Cierro mi puño con fuerza y le golpeo en la cara. Antes de que caiga inconsciente al suelo lo cargo sobre mi hombro y le saco de allí. Cuando estamos subiendo en el ascensor recupera la consciencia.

—No, Álex, no quiero subir —al menos sabe dónde está. Lo bajo de mi espalda y cuando intenta presionar los botones de bajada lo impido.

—Necesitas dormir. Estás demasiado ebrio —paso uno de sus brazos por mi cuello y lo sujeto para que no se caiga. Tiene la cara ensangrentada debido a mi golpe. Le he dado demasiado fuerte y he partido su ceja. Espero que me perdone. Cuando el ascensor se abre, prácticamente tengo que arrastrarlo por el pasillo hasta la puerta de su apartamento. Llamo y Natalia no tarda en abrirnos. Su rostro está totalmente desenchajado. Debe de estar pasándolo realmente mal.

—Déjame ir —protesta cuando la ve—. No quiero estar aquí, le haré daño —apenas puede pronunciar ya.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha tenido un accidente? —me pregunta nerviosa al ver su cara.

—No. Por suerte me dio tiempo a sujetarle antes de que saliera del hotel, aún no me había ido a casa... —digo mientras peleo por mantenerlo en pie—. Ha estado todo el tiempo conmigo en el restaurante.

—¿Y ese golpe en la ceja? —pregunta alarmada.

—Tuve que reducirle...

—¿Tú le has golpeado? —su expresión es de total sorpresa.

—O lo hacía o arruinaba su vida —coloco mejor a César, pero

comienza a escurrirse de nuevo—. Intentó salir a la fuerza del hotel para coger su coche.

—Madre mía.

—Ayúdame a entrarlo en casa —sus piernas ya no lo sostienen. Natalia toma su brazo libre y lo llevamos hasta la cama. Por el camino tengo que hacerlo callar un par de veces. Con dificultad está tratando de contarle el infierno que vivió con su padre. Sé que se arrepentirá mañana de haberlo hecho. Lloro recordándolo y Natalia llora con él. Me compadezco. La verdad es que debió de ser muy duro.

Por fin conseguimos echarlo sobre la cama. Decidimos ponerlo boca abajo por si vomita, y salgo de la habitación. Me quedo a pasar la noche allí. Me resulta extraño que todavía no haya destrozado nada y quiero estar presente cuando eso ocurra. Estoy seguro de que explotará por algún lado.

Lejos de todo pronóstico, a la mañana siguiente se despierta como si nada y me pide que lo lleve a trabajar. El día transcurre tranquilo y sin ningún altercado. Solo me preocupo cuando tarda más de lo que acostumbra en llegar a casa, por lo que le llamo. Al parecer necesitaba un poco de aire antes de regresar y estuvo paseando por las afueras. Me tiene confundido. Todo esto es nuevo... ¿Estará superándolo?

A la mañana siguiente no lo tengo tan claro. Se muestra extraño y pensativo, y por más que intento sonsacarle algo se niega a hablar y esquivo mis preguntas. Lo único que me hace saber es que, a las tres en punto del día siguiente, tengo que recoger a Natalia para llevarla a una consulta médica. Necesito saber si Laura está enterada de esa cita y decido escribirle.

¿Te apetece tomar algo?

Su respuesta no tarda en llegar:

Tengo la semana bastante ocupada...

Necesito esa información y tengo que hacer lo que sea para conseguirla.

Vayamos hoy. Cuando regrese César te esperaré en la puerta.

Así no podrá negarse.

Está bien.

Las horas pasan y parece que he conseguido eliminar un poco la tensión que nos distanciaba. Hemos pasado buena parte del día mensajándonos y bromeando. Cuando César por fin regresa a casa, la hago saber que la espero.

Estoy en la puerta.

Bajo en un par de minutos.

Me siento nervioso y extrañamente feliz. Tengo ganas de verla. El par de minutos se me hacen eternos. Cuando por fin la veo aparecer todo mi cuerpo reacciona. Su chispa ha vuelto y me alegra comprobar que vuelve a ser la de siempre.

Bromeamos y reímos durante un par de horas. Sutilmente dejo caer varias preguntas y me alivia descubrir que no está informada de la salida que tenemos prevista mañana. Cuando estamos a punto de despedirnos, llega un mensaje de Natalia a su teléfono. Al parecer, no tendrá que venir mañana a cuidarla porque se encuentra mejor. Nos despedimos, me abraza y se marcha. Me gusta verla feliz...

• • •

Faltan algunos minutos para las tres y ya estoy en la puerta del hotel. Todavía no he podido avisar a Natalia porque estoy mensajándome

con Laura. Ha decidido por fin comenzar con la mudanza y está empaquetando sus cosas. Cuando estoy a punto de despedirme de ella, un extraño grito llama mi atención. Giro mi cabeza en busca de la causa y mi corazón prácticamente se para cuando descubro la dantesca escena...

Capítulo 21

Hay dos personas cubiertas de sangre a escasos metros de mí. Por un segundo no sé qué es lo que está pasando ni de quién se trata.

—¡NOOOO! —grito fuertemente cuando por fin soy consciente de lo que tengo delante. Mario está clavando con saña una y otra vez un gran cuchillo en el cuerpo de Natalia.

Salgo del coche todo lo rápido que puedo y saco mi arma. El muy cabrón al darse cuenta trata de huir, pero no se lo permito. Apunto a sus piernas, necesito ayudar a Natalia cuanto antes y no quiero que escape. Antes de apretar el gatillo, veo cómo Natalia se desvanece y cae al suelo sobre un gran charco de sangre. Pierdo mi concentración en ese instante y hago un disparo más alto de lo que pretendía, alcanzando a Mario entre los omóplatos. Cae fulminado y no se mueve. Temo haberle matado, pero mi prioridad ahora es otra. Guardo mi pistola y corro hasta ella.

—¡NATALIA! —tomo sus hombros, la giro y compruebo que no reacciona—. ¡LLAMAD A UNA AMBULANCIA! —grito a todos los que están presenciando la escena. Varias personas marcan en sus móviles y llaman a emergencias—. Vamos, Natalia... —me arrodillo a su lado y la coloco sobre mí. Está pálida y fría. Abrazo su cuerpo para darle calor y trato de taponar las heridas por las que más sangre mana, pero son tantas que es imposible. Pongo mis manos sobre su pecho, en la que parece más grave y presiono fuertemente—. Aguanta... Aguanta, muchacha, la ayuda está en camino... —todo es tan similar a lo que ya

he vivido.

(Flashback)

—¡Aguanta! ¡Aguanta, Gema! —grito, histérico—. ¡La ayuda está en camino, cariño, todo saldrá bien! —mi voz es desesperada—. Me arrodillo a su lado y la coloco sobre mí. Taponó la herida de su pecho con mis manos, pero la sangre no deja de fluir. El líquido rojo se cuela a través de mis dedos y no puedo hacer nada. En cuestión de segundos morirá y ella lo sabe. Estamos demasiado alejados y no llegarán a tiempo.

—Álex... —habla con dolor—. Álex... prométeme que estarás bien... —traga saliva. Cada vez palidece más.

—¡NO! No hables así, Gema. No digas eso... —siento que mi vida se está yendo con la suya.

—Te amo —cierra sus ojos. Le cuesta respirar—. Necesito saber que estarás bien —dice con esfuerzo—. Y que reharás tu vida cuando ya no esté.

—Yo también te amo, lo eres todo para mí. No me hagas esto. No puedes dejarme solo.

—Me has hecho... —intenta llenar sus pulmones, pero no puede— muy feliz todo este tiempo...

—Y lo seguirás siendo. Por favor, no te despidas, Gema. Quédate conmigo —mi cuerpo tiembla. Varias lágrimas corren por mi cara y caen sobre ella—. Te quiero, mi vida. No me dejes...

—Prométeme... —tose, y al hacerlo puedo sentir cómo el líquido que sale de su cuerpo aumenta— que buscarás la felicidad...

—Te lo prometo, mi vida —me derrumbo—. Te lo prometo... —no

puedo dejar que se vaya con esa inquietud. Lloro desconsoladamente—. Pero no reharé mi vida con nadie más, en ella solo estarás tú. Nadie más ocupará tu lugar ni el vacío que dejas en mi corazón.

—Debes... —su mirada se queda fija—. Debes intentarlo, Álex. Ya no puedo verte.

—Estoy aquí, a tu lado —tomo su mano y la aprieto fuertemente—. No me moveré de aquí.

—Tengo frío... —su respiración se vuelve más sonora. Abrazo su cuerpo para darle calor y la mezo. No sé cuánto tiempo pasamos así. No me atrevo a separarme de ella para no encontrarme con la realidad. Alguien toca mi hombro, y cuando levanto la cabeza puedo descubrir que se trata del personal sanitario. Toma su pulso y me habla.

—Amigo... Lo siento. Me temo que no podemos hacer nada por ella. Ha muerto.

(Fin del flashback)

El sonido de varias ambulancias me devuelve al momento. Varios médicos y enfermeros salen de los vehículos y vienen hasta nosotros. La policía no tarda en llegar. Estoy tan alterado que apenas soy capaz de reaccionar. Los agentes preguntan a varias personas sobre lo ocurrido, pero estas no saben qué responder. Todas coinciden en haber oído un disparo, pero desconocen su procedencia. No estoy en condiciones de testificar. Prefiero solucionar eso más tarde, ahora solo quiero asegurarme de que salvan a Natalia.

Sus caras me asustan. Hablan entre ellos como si no hubiera nada que hacer y la culpabilidad me mata. «No puede estar pasando esto

otra vez». Niego con la cabeza y mis ojos se empañan. Siento que me falta el aire. «Otra persona que fallece por mis malditas imprudencias. No puedo con esto». Camino hasta el coche perdido en mi dolor cuando oigo mi teléfono sonar. Es Laura. Mi corazón se contrae y reacciono. Inspiro profundamente y rechazo la llamada. No puedo hablar en mi estado. Su imagen en mi cerebro consigue hacerme sentir mejor durante unas décimas.

Alguien grita el nombre del hospital donde trabaja César y rápidamente pienso en él. Me giro y les veo correr con ella.

—¡Todavía respira! —dice uno de los médicos. Me agarro a esa chispa de esperanza y corro hasta mi coche. Necesito avisar a mi amigo. Es posible que esté pasando consulta y se entere cuando sea demasiado tarde.

Otra ambulancia está atendiendo a Mario. Es una pena que mis impuestos se empleen para salvar vidas como la suya. No merece estas atenciones después de lo que ha hecho. La ambulancia que transporta a Natalia consigue salir antes que yo y voy tras ella. Me salto varios semáforos por seguirla y llegamos casi al mismo tiempo al hospital. Dejo el coche tirado en el primer hueco que encuentro y corro.

—¡Heridas múltiples por arma blanca! —gritan mientras entran con ella a la sala de urgencias. Cuando las puertas se abren creo ver a mi amigo agachado en el pasillo junto a un niño.

—¡CÉSAR! ¡CÉSAR! —grito. Se gira, pero las puertas se cierran y no me ve.

La segunda ambulancia llega segundos después. Me aparto para que pasen y las puertas vuelven a abrirse.

—¡Herida con arma de fuego en la columna! —trato de colarme junto

a ellos, pero los dos vigilantes de la entrada se me echan encima.

—¡CÉSAR! —vuelvo a gritar mientras forcejeo para que me suelten. Levanta la vista y por fin me ve.

—¡Álex! —me llama, sorprendido. Hago fuerza, necesito entrar como sea y arrastro a los dos hombres conmigo. Uno de ellos trata de reducirme y golpeo fuertemente su cara con mi puño. Cae inconsciente al suelo. Estoy demasiado alterado y no controlo mi fuerza. El otro intenta sujetarme, pero también le golpeo. No lo derribo, pero gano tiempo suficiente para quitármelo de encima y poder correr hasta mi amigo.

—¡CÉSAR! —grito—. ¡¡CÉSAR, ES NATALIA!! —no reacciona, no entiende lo que le digo. Mientras me acerco a él, señalo la habitación donde han entrado con ella—. ¡HA SIDO MARIO!

—¡NOOOO! —abre sus ojos enormemente. Acaba de entenderlo.

Corre por el pasillo y consigue entrar a la habitación antes que yo. Cuando llego, Natalia está rodeada de médicos y César, inmóvil.

—Lo siento. Lo siento, César. Lo siento —me giro hacia él, está rojo y hay lágrimas en sus ojos.

—Engel, ¿te ocurre algo? —uno de sus compañeros le pregunta, pero no hay respuesta.

«Mierda», me digo. Pongo rápidamente mis manos en sus brazos para que sienta contacto físico. Necesito estimularlo para que no se pierda en su mente.

—¿Después de tantos años te estás mareando, Engel? —otra persona trata de llamar su atención, pero no habla.

—¡César! —muevo sus hombros—. ¡César, reacciona! —está entrando

en *shock*. Con cuidado, le sentamos en una de las sillas. Las enfermeras toman su tensión y tratan de hablarle sin éxito. Me fijo en sus ojos y descubro que está mirando fijamente cómo el cuerpo de Natalia salta en la camilla debido a las descargas del desfibrilador—. ¡César por favor, reacciona! —pestañea. Intento por todos los medios sacarle de su trance.

—Está sufriendo un *shock* emocional —dice una de las enfermeras como si acabara de descubrir que la tierra es redonda—. Engel, mírame —toma su barbilla con los dedos y gira su cara—. Engel, ¿me oyes? —César vuelve a mirar a Natalia.

—Esta chica está acabada —dice uno de ellos—. Tres descargas más y paramos la reanimación. Es inútil. Acaba de perder el poco hilo de vida que traía —no pueden hacer eso, tienen que seguir intentándolo. Mi pecho duele. Todo esto es culpa mía.

—¡No! No podéis parar. ¡Tenéis que hacer algo! Es la novia de César —grito nervioso con las manos en mi cabeza. No lo soportaré. Soy el responsable de la muerte de Natalia y del dolor de mi amigo.

—¡Maldita sea! ¿Es su novia? —grita uno de los médicos—. ¡Sacad a Engel de aquí ahora mismo! ¡Ahora entiendo su reacción!

Los vigilantes entran buscándome a la habitación. Estoy tan derrotado emocionalmente que no opongo resistencia y camino con uno de ellos hasta la calle. Cuando el otro intenta sacar a César de la habitación, le oigo gritar.

—¡NATALIA! —su voz suena rota—. ¡NATALIA, CARIÑO! —parece que llora—. Cariño, vuelve conmigo. ¡LUCHA! —respiro algo más tranquilo. Al menos él ha reaccionado. Aunque después de lo que le espera casi hubiera sido mejor que se quedara en su mundo.

Cuando salgo del hospital camino hasta mi coche, por suerte no se lo ha llevado la grúa. Conduzco por las calles de Madrid sin rumbo. Nunca podré afrontar esto, ni seré capaz de mirarme al espejo sin sentir repulsión hacia mí mismo. Mi cabeza comienza a darle vueltas a todo. He cometido un error detrás de otro, varios de ellos imperdonables. He fallado a Gema acostándome con otra mujer. Mi imprudencia con Natalia. El daño que le he ocasionado a mi amigo con ello. La vergüenza que sentirá mi hermana Sonia cuando se entere, y para colmo siento una fuerte punzada al darme cuenta. Quizás esté equivocado en mi teoría con Laura. Las lágrimas no me dejan ver y tengo que parar. Cruzo mis brazos sobre el volante y apoyo mi cabeza en ellos. Estoy acabado. Tengo que terminar con esto. Lo único que consigo es hacer daño a los que están a mi lado. Tengo que apartarme de su camino. Levanto mi cabeza y me recuesto en el asiento, busco mi arma y tiro de ella. La coloco enfrente de mis ojos y la observo durante unos segundos. Extrañamente estoy calmado aun sabiendo lo que voy a hacer.

«Solo será un segundo y todo habrá terminado», me digo. «Estoy agotado de vivir así y necesito un descanso a mi dolor». Me aseguro de que está cargada y lentamente la giro hacia mí. Todavía huele a pólvora debido al reciente disparo. Trago saliva y respiro profundamente. Ojalá las cosas hubieran sido de otra manera. Abro mi boca e introduzco el cañón entre mis dientes. El frío metal me hace salivar. Busco con mi dedo índice el gatillo y lo coloco en él. Me tomo un par de segundos más tratando de encontrar algo a lo que aferrarme para permanecer en este mundo, y al no encontrarlo cierro fuertemente mis ojos y me preparo para recibir la bala que debió haberme alcanzado a mí y no a ella...

Capítulo 22

Aprieto fuertemente mis dientes sobre el acero. Espero que esto no duela demasiado. Respiro agitadamente.

Álex... Prométeme que estarás bien... Las últimas palabras de Gema retumban en mi cabeza.

Lo siento, cariño... Lo siento, no sé vivir con este peso sobre mis hombros... Le hablo mentalmente como si pudiera oírme.

Prométeme... que buscarás la felicidad... Oigo tan clara su voz que parece estar sentada a mi lado. Siento el calor de mis lágrimas correr sin control por mi cara. Vuelvo a tomar aire, está siendo más difícil de lo que creía, pero ya no hay marcha atrás.

Soy un cobarde incapaz de enfrentar esto. Perdóname.

Debes intentarlo... Mi cerebro está agarrándose como último recurso a mis recuerdos. Sé que no es más que un mecanismo de autodefensa en un desesperado intento por salvarme, por lo que trato de ignorarlo.

Mis manos comienzan a temblar, trago saliva y expulso todo el aire que tengo dentro con la intención de inhalar cuando dispare. Mi corazón bombea con fuerza en mis oídos y empiezo a sudar. Doblo lentamente mi dedo sobre el gatillo y cuando estoy a punto de conseguirlo, el sonido de un mensaje me sobresalta haciendo que la pistola caiga sobre mis piernas.

«¡JODER!», grito mientras la recojo. «¡JODER, JODER Y JODER! ¡Ni para morirse le dejan a uno en paz!». Tomo el móvil dispuesto a

estrellarlo en la calle cuando veo el nombre de Laura en la pantalla. Dudo en abrir el mensaje, no quiero perder más tiempo. Miro mi arma y después el teléfono, vuelvo a mirar mi arma y otra vez mi teléfono. No sé qué hacer. Por fin me decido. Lo leeré y después continuaré por donde lo había dejado.

Estoy preñada, Álex, vas a ser padre.

¿¡Qué!? Mis ojos se abren tanto que temo por la sujeción de mis globos oculares. Pierdo toda la concentración y me olvido de lo que estaba a punto de hacer. Respondo rápidamente.

¿De qué coño hablas? Mis manos tiemblan de nuevo, esta vez por una razón muy diferente y un sudor frío se apodera de mi espalda. Tarda tanto en responder que estoy seguro de que no hará falta una bala porque moriré de un infarto. Cuando estoy marcando su número desesperado en busca de una explicación, llega la respuesta.

¡VENDETTAAA! Arrugo mi frente. No entiendo nada, me quedo mirando la pantalla y segundos después llega otro.

¿A que ahora sí he conseguido toda tu atención? Siento decepcionarte, pero no serás padre jiji. Esto es solo una venganza por no haber contestado antes a mi llamada.

Mi cara se transforma. «Será hija de...». Pongo una de mis manos sobre mi pecho, tratando de calmarme. Mi corazón late desbocado. Las comisuras de mis labios comienzan a tirar de mi boca hacia arriba. «Esto es patético. Todo es patético». Una extraña risa comienza a salir de lo más hondo de mi cuerpo. Intento controlarme, pero no puedo. La situación me ha superado. Río fuertemente y segundos después estoy carcajeando como un loco. Debo de estar perdiendo la cabeza, porque esto no es normal. No puedo parar de reír ni de llorar al mismo

tiempo. Saco de la guantera unos pañuelos de papel y mientras seco mi cara oigo de nuevo el teléfono.

¿Dónde estás? Voy a visitar a Natalia. Llegaré en diez minutos. ¿Te apetece que nos veamos? La risa se borra al instante de mi cara. Laura todavía no sabe nada. O es eso o sabe disimular muy bien. Antes de acabar con todo, tengo que acabar con esto. Llegaré hasta el final, encontraré a los culpables y pagarán por lo que han hecho.

En diez minutos en el bar de siempre. Le contaré lo ocurrido en persona, necesito ver su reacción en directo. Así sabré si miente. Cuando llego me está esperando. Se pone de pie al verme y se dirige hacia mí sonriente.

—Hola, musculitos —de pronto se para, su expresión cambia y me mira de arriba abajo—. Oye... —señala mi ropa y arruga su frente—. ¿Qué son esas manchas? —estaba tan perdido que ni siquiera me acordaba.

—Es sangre. Tengo que contarte algo...

—Álex, me estás asustando —veo latir la vena de su cuello.

—Laura, ha ocurrido algo que debes saber... —me mira extrañada y preocupada a la vez—. Esta sangre es de Natalia.

—¿¡QUÉ!?! —hay confusión en sus ojos, la observo. Necesito saber que no está actuando. Comienza a dar pasos hacia atrás—. ¿¡QUÉ LE HAS HECHO!?! —grita. Pone las manos temblorosas sobre su cara—. ¿¡QUÉ LE HAS HECHO A NATALIA!?! —comienza a llorar mientras se aleja de mí.

—Ha sido Mario... yo solo traté de ayudarla —el dolor vuelve al recordar mi imprudencia.

—¡NOOOO! No, Álex... —se apoya en una de las mesas para no caerse

—. NOOO, NO, NO... DIME QUE NO ES CIERTO... —la gente nos mira.

—Lo siento... —ver a Laura así me impacta tanto que no soy capaz de moverme. Solo pienso en desaparecer. Debí haber terminado lo que empecé hace un rato, esto solo alarga mi agonía.

—¿DÓNDE ESTÁ? —me mira con los ojos rojos y el rostro desencajado—. Dime que está bien, Álex. Dime por favor que sigue viva... —apenas puede hablar debido a la cantidad de lágrimas que tiene agolpadas en su garganta.

—Yo... realmente no sé cómo está, ni si ha sobrevivido. Llegó en muy mal estado —niego con mi cabeza, recordándolo. Mis ojos se empañan. Cuando salí del hospital prácticamente la estaban dando por muerta, pero no daré esa noticia sin estar realmente seguro—. Está en el hospital de César.

—Dios mío... Dios mío... Dios mío... —repite sin parar. Pone las manos en su pecho. Sus movimientos me confirman que realmente no sabía nada, está demasiado abatida como para fingir—. Necesito ir con ella... —comienza a caminar y tengo que sujetarla, apenas mantiene el equilibrio.

—Voy contigo —ahora que estoy algo más lúcido necesito saber qué suerte ha corrido Natalia y en qué estado se encuentra mi amigo. Haré todo lo que esté en mi mano para aliviarle, e incluso dejaré que me golpee si es necesario. Razón no le faltaría.

Vamos en mi coche. Laura parece desesperada, no para de llorar ni un solo instante e incluso grita a quienes entorpecen el tráfico. Cada vez estoy más convencido de que no tiene nada que ver. Realmente está pasándolo mal.

Cuando llegamos, salta del coche antes incluso de que termine de frenar y corre hasta el hospital. Aparco donde puedo y la sigo. Cuando entro está gritándole a uno de los vigilantes que agredí antes porque no la dejan entrar.

—¿Tú otra vez? —dice el vigilante cuando me ve. Laura nos mira extrañada—. Lárgate de aquí si no quieres que llame a la policía —me observa por unas décimas y levanta sus cejas con sorpresa—. ¿Álex? ¿Álex Torres? —me tenso. «¿Cómo coño sabe este quién soy?»—. Soy Gerardo Ortiz. ¿No me recuerdas? Estuvimos juntos en la academia.

—¿Gerar...? —así es como le llamábamos. Asiente y no sé qué más decir. Me siento mal por haberle golpeado, éramos muy amigos en aquel entonces. Está irreconocible.

—¿Cómo va todo? Ya me enteré de lo que le pasó a Gema. Menuda putada... —mi ritmo cardíaco aumenta. Laura me mira y mi vello se eriza. Necesito acabar con esta conversación cuanto antes.

—Sí... Oye, siento haberte golpeado antes —Laura vuelve a mirarme a través de sus lágrimas—. Estaba un poco alterado...

—No hace falta que lo jures —sonríe mientras acaricia su mejilla hinchada—. Te perdono por ser tú —respiro aliviado al ver que he conseguido lo que buscaba.

—Necesitamos saber cómo está la chica que entró antes. ¿Podrías hacernos el favor de entrar e informarnos?

—Claro, ¿sois familia?

—Somos amigos —respondo. Laura está tan desolada que no puede contestar.

—Esperad ahí —nos señala la sala de espera—. Voy a ver si puedo hablar con alguno de los médicos.

Tomo a Laura de la cintura y la guío hasta una de las sillas. Me siento a su lado pensativo mientras ella seca constantemente sus ojos. Quince minutos después vemos al vigilante venir y nos ponemos en pie.

—¿Qué sabes? —pregunta Laura angustiada.

—Según me han contado ahí dentro, no hay esperanzas. Lo siento. La chica ha llegado en muy mal estado, y aunque han conseguido que su corazón vuelva a latir, su cerebro ha sufrido daños por falta de oxígeno y está en coma.

—No... NOOO —Laura grita desesperada y se deja caer de rodillas. Me arrodillo junto a ella y la abrazo fuertemente. No puedo consolar su dolor de ninguna manera, sé lo que está sintiendo. Simplemente me mantengo a su lado en silencio.

—Lo siento, Laura —hablo cerca de su oído. Tengo una gran necesidad de disculparme con ella. Por mi culpa su amiga está aquí y ella está pasando por esto. Mi amigo me confió a la persona que más quería y le he fallado. Soy un fracasado. Tengo la impresión de que he estado perdiendo un tiempo valiosísimo buscando al culpable en el lugar equivocado, y estas son las consecuencias.

Casi una hora después, los padres y hermanos de Natalia entran por la puerta totalmente desesperados. Les contamos lo poco que sabemos, avisamos en información de que ya están aquí y esperamos. Nadie sale a decirnos nada y las horas pasan sin noticias. Llamo a César varias veces, pero no hay respuesta, su teléfono está apagado. Estoy realmente preocupado por él.

Mientras pienso en todo lo que ha pasado y trato de unir varios cabos sueltos, dejo a Laura con la familia y salgo a investigar. Necesito saber qué suerte ha corrido Mario. Me hago pasar por su hermano en la

ventanilla de control y me informan. Todavía está vivo y sigue en este hospital. Mañana intentaré colarme en el horario de visitas. Tengo que sacarle información. Con esa idea vuelvo al hotel. Quiero analizar la zona de la agresión, necesito saber de dónde salió Mario. Es muy difícil esconderse allí.

De camino al hotel mi teléfono suena. Pongo rápidamente el manos libres cuando veo que se trata de mi amigo.

—Gracias a Dios, César! —digo, nervioso—. ¿Cómo está? Dame buenas noticias, por favor —me derrumbo—. No puedo parar de pensar en lo que ha ocurrido —mi voz se quiebra.

—Está muy mal, Álex —llora—. No tienen esperanzas de que despierte. Pero yo confío en ella. Sé que encontrará la manera de volver conmigo —apenas le entiendo, parece drogado.

—César, lo siento mucho. Yo... no lo vi —digo angustiado, casi no puedo hablar.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Álex? ¿Cómo ha podido hacerle esto si tú estabas con ella?

—¡No sé por qué coño bajó a la calle antes de la hora! —grito nervioso y golpeo el volante—. No esperaba que estuviera allí. Si llego a saber que salía jamás me hubiera apartado de ella —necesito contárselo todo—. Estaba en el coche mirando mi teléfono cuando ocurrió todo. Pasó a escasos metros de mí, César. Pude haberlo evitado —sollozo—. Y no lo vi...

—¿Bajó sola? —pregunta extrañado—. ¿Por qué iba a bajar si no le habías avisado? —sorbe por la nariz.

—No tengo ni idea, no lo entiendo. Siempre insisto en que no se mueva hasta que yo la avise —la idea de que alguien le tendió una

trampa comienza a formarse en mi cabeza.

—Está bien, Álex. Hablaremos de esto más tranquilos —sus palabras me calman. Aun habiéndole dicho que ha sido mi culpa, no ha reaccionado como esperaba conmigo—. Necesito que me digas si han dado con Mario.

—No lo sabes, ¿verdad? —se queda unos segundos en silencio.

—¿El qué debo de saber? —pregunta extrañado—. Dime que lo tienen...

—Sí, lo tienen —oigo un suspiro al otro lado.

—¿Dónde lo tienen? —no puedo revelarles esa información o acabará preso.

—Mañana a las siete estoy allí, y hablaremos —lo conozco demasiado bien. Si le cuento que está en ese mismo hospital no parará hasta dar con él.

—¿No puedes decírmelo ahora?

—No —digo secamente.

—Está bien. Esperaré —sabe que no cederé.

—Llámame si hay cambios. Estoy preocupado...

—Lo sé —cuelga.

Conduzco hasta el hotel. Aparco y camino hasta donde ocurrió todo. Me paro justo en frente y comienzo a analizar lo que veo. Todavía puede apreciarse la mancha de sangre en el suelo. Recuerdo que días atrás Natalia creyó haber visto a Mario esconderse tras la esquina, pero cuando fui a comprobarlo solo encontré el callejón vacío. No hay ni un solo sitio donde esconderse ahí. Es la zona de descarga del hotel. Tengo un extraño palpito y camino hasta el callejón de nuevo. Busco

durante algunos segundos cualquier hueco que pueda servir de escondite, y al no encontrarlo mis ojos quedan fijos en la puerta del almacén. Necesito entrar ahí. Me acerco hasta el portón y tiro de la manilla. Como imaginaba, al no haber ningún camión descargando, está cerrado. No me queda más remedio que entrar por la puerta principal del hotel. Subo los escalones y me extraña que Manuel no esté en el recibidor, pero no le doy demasiada importancia. Estará asegurándose de que todo está bien. Bajo las escaleras que me llevan hasta allí y la puerta también está cerrada. Entro en la cocina para que me den la llave, pero nadie parece saber dónde está. Según me cuentan los empleados, desde hace varias semanas tienen prohibido el paso y el único que entra es Manuel. Aquí está pasando algo extraño, y tengo que saber qué es. Pido un destornillador y comienzo a desmontar la cerradura. Cinco minutos después consigo abrir la puerta. Entro y lo primero que llama mi atención es un desagradable olor a orina. Se supone que aquí se guardan alimentos no perecederos y esto debería de estar higienizado. Enciendo la luz y descubro varias botellas vacías de vodka en el suelo. Algunas están rotas. A unos metros de distancia puedo ver cajas apiladas de manera extraña. Camino hasta ellas y descubro que forman una especie de tabique para ocultar un mugriento colchón. Mis ojos se abren. Creo saber a quién han estado escondiendo aquí. Hago algunas fotos con mi móvil y cuando creo que tengo pruebas suficientes salgo de allí. Monto la cerradura de la misma forma en la que estaba y hago creer a los cocineros que no he podido entrar. No quiero que nadie sepa lo que he descubierto.

Subo las escaleras revisando las fotos que acabo de hacer cuando oigo hablar a Manuel con alguien en la lavandería. Me escondo para que no me vean, y cuando salen compruebo que la otra persona es Erika. La

gran sorpresa llega cuando al despedirse se besan apasionadamente en la boca. Varias hipótesis comienzan a formarse en mi mente, pero necesito más pruebas. Mañana sin falta tengo que visitar a Mario. Hay algunas preguntas que necesito hacerle.

• • •

A las siete en punto estoy en la puerta del hospital esperando a César. No tarda en llegar y le convengo para ir a tomar un supuesto café. Me cuesta que suba al coche, no quiere alejarse de ella, pero al final consigo que ceda. Necesito alejarle de aquí cuando le cuente lo que sé sobre Mario. Le traeré de vuelta cuando se tranquilice.

Como imaginaba, no se lo toma nada bien. Quiere volver al hospital a toda costa para matarle. Grita, patalea e incluso intenta abrir las puertas para saltar del coche. Suerte que le conozco y tuve la precaución de bloquearlas antes de que eso sucediera. Cuando por fin consigue relajarse y entrar en razón, le propongo venir conmigo y acepta de inmediato. Sé cuánto va a necesitar este enfrentamiento con el cabrón que le hizo eso a su chica. Dejaré que lo machaque lo suficiente como para desahogarse, pero no permitiré que cometa una locura. Yo hubiera dado todo por haber tenido esa oportunidad con el hijo de puta que mató a Gema.

Cuando regresamos, César me entrega uno de los uniformes y me visto para la ocasión. Si ambos parecemos médicos, será más fácil. Llegamos hasta la habitación de Mario y conseguimos engañar al agente que custodia su puerta. Una vez dentro comienza el espectáculo. La primera sorpresa llega cuando descubrimos que Mario no puede hablar debido a su lesión medular. Parece ser que mi disparo lo ha dejado tetrapléjico y solo puede mover los ojos. Aun así, me las

ingenio para conseguir parte de la información que necesito antes de que nos interrumpan un par de celadores con la intención de llevárselo a la sala de pruebas.

Al parecer la persona que le está ayudando viene del entorno de César. No hemos podido descubrir de quién se trata, pero tengo mis sospechas. Lo que siento al saber que Laura no tiene nada que ver en esto no se puede expresar con palabras. Necesito hablar con ella cuanto antes.

Capítulo 23

Laura

Me he quedado a pasar la noche en el hotel de César con la familia de Natalia. Estoy segura de que ninguno conseguiremos dormir hoy después de lo que ha pasado. Pero sé que con mi presencia se sentirán más tranquilos. No conocen a nadie en Madrid. César lo sabe y por eso ha tenido el detalle de ofrecerles una habitación a cada uno. Cuando quiere es un amor. Otras veces simplemente le sacaría los ojos con una cucharilla de café. Debería haberse dejado de tonterías con Natalia y haber vivido el momento en vez de portarse como un imbécil con ella estos últimos días. Todavía no sé por qué dejó de hablarle. Cambió de la noche a la mañana su actitud con ella, y ahora que ya no tiene remedio el muy idiota está arrepentido.

No puedo dejar de pensar en mi pobre amiga, siento una rabia inmensa. Si tan solo hubiera ignorado su mensaje en el que me decía que no tenía que ir porque se sentía mejor. Debí haber venido, como he estado haciendo toda la semana. Esto no hubiera pasado. Seco mis lágrimas, pero es inútil, no puedo dejar de llorar. Estoy empapando la almohada.

Amanece y, como imaginaba, no he sido capaz de mantener los ojos cerrados ni dos minutos seguidos. Por mi cabeza ha pasado de todo. No sabré qué hacer si mi amiga muere o queda en ese estado. No concibo una vida sin ella. Nos hemos criado como hermanas y es una parte fundamental en mi vida. Juntas nos complementamos. Solo

quien tiene una amiga así sabe de lo que hablo.

Me visto para ir a verla y cuando bajo al recibidor su familia ya está preparada y esperándome. Todos parecen haber pasado la misma horrible noche que yo. Cuando salimos a la calle nos encontramos con Álex. Su cara aún es peor que la nuestra y no me extraña, todo pasó delante de él. Lo vivió de primera mano. A cualquiera nos traumaría algo así, seguro que incluso se siente culpable por no haber podido evitarlo. A mí me pasa, y eso que no lo vi. Tengo que hablar con él, en el estado en el que me encontraba ayer no era capaz de pensar con claridad y ni siquiera le pregunté cómo se sentía. Todos mis recuerdos desde que me dieron la noticia parecen estar borrosos. Todavía no me lo creo.

Álex y yo fingimos poca confianza y apenas hablamos lo justo para organizarnos. En su coche no cabemos todos y decido ir en el mío. No me gusta tener que actuar así delante de la gente. A veces creo que se avergüenza de mí, o que quizás esconde algo. Pero no me queda más remedio que aceptar su decisión y confiar en él si quiero que sigamos viéndonos. Aunque hoy hay algo en sus ojos que no me gusta. Está distinto. Javier viene conmigo para que no vaya sola y parece que a Álex no le agrada la idea. Insiste en que es mejor que viaje junto a sus padres, pero el hermano de Natalia lo ignora y me acompaña. Siempre ha sido muy atento y ha cuidado de nosotras.

Llegamos al hospital y nos piden paciencia, como si pudiéramos tenerla después de algo así. Tras una hora esperando por fin nos dejan entrar a verla. Solo tenemos unos minutos por persona, pero son suficientes para venirnos abajo. La cantidad de máquinas que tiene alrededor de su cuerpo para mantenerla con vida nos desmoralizan. Ni siquiera parece ella. Siento que mi amiga no está dentro de su cuerpo.

Ahora que estaba empezando a ser feliz y había decidido rehacer su vida... La impotencia me ahoga. Necesito que vuelva conmigo, habíamos planeado tantas cosas juntas.

Álex prefiere no entrar. Lo noto bastante mal. No me mira cuando me acerco a él y cuando soy yo quien trato de buscar su mirada me evita. Nunca he necesitado a nadie, pero por alguna razón esta vez es distinto. Añoro más de lo que me gustaría su compañía, daría lo que fuera por poder colarme entre sus brazos y sentir el calor de su pecho en mi cara. Si tan solo me dijera que todo va a salir bien, le creería y me sentiría mejor. Creo que esa mierda del amor está intentando llamar a mi puerta. No encuentro otra explicación para esto que estoy sintiendo.

La hora se me echa encima y me despido de todos con la excusa de que tengo que ir a hacer algunas gestiones. En realidad, voy a realizarme las temidas pruebas médicas. Por la zona en la que vivo no me corresponde ese hospital y tengo que desplazarme. Cuando he avanzado varios metros en busca de mi coche, Álex sale a mi encuentro.

—Laura, espera —habla detrás de mí. Algo revolotea en mi estómago y mi pulso se acelera—. ¿Podemos hablar? —esa frase me pone nerviosa. Miro mi reloj rezando por tener unos minutos más, pero para mi desgracia si no me apuro llegaré tarde.

—Voy con la hora justa —le digo un poco angustiada. No me gusta la idea de estar todo el día pensando en qué es lo que me quiere decir.

—Sí, bueno... No te preocupes. Por desgracia ahora tendré mucho tiempo libre. Podemos dejarlo para otro día —suelta el aire de sus pulmones—. Aprovecharé para ir a casa y descansar —lo noto nervioso.

—¿Ocurre algo? —su cara me dice que aparte del suceso, algo no va bien.

—No, no, tranquila —traga saliva, mira hacia un lado como buscando fuerza para decir algo más y vuelve a hablarme—. Siento mucho lo que le ha pasado a Natalia —hay dolor en sus ojos—. Ojalá me hubiese dado cuenta antes —quizás sea esa la razón por la que está así—. No hice bien mi trabajo... —me mira por un segundo y vuelve a girar la cara. Me parece ver lágrimas en sus ojos y me apena. Lo está pasando realmente mal.

—Álex... —capto su atención. Sé que le resulta extraño que le llame por su nombre—. No vuelvas a pensar así. Gracias a que hiciste bien tu trabajo Natalia todavía está entre nosotros —me mira con sorpresa. Apuesto a que no era esa la respuesta que esperaba oír. ¿Temía que le reprochara algo?—. Por desgracia, la tecnología todavía no nos avisa de las intenciones que tienen los cabrones malnacidos ni tenemos una bola mágica que prediga el futuro. Estoy segura de que hiciste todo lo que estuvo en tu mano en ese momento. Hay veces en las que no podemos evitar que pasen cosas, y esta es una de ellas —me acerco a él y pongo mi mano en su mejilla. Se tensa—. Aquí el único culpable es Mario. Métete eso en la cabeza. No te machaques más. Has hecho lo que tenías que hacer y solo tenemos palabras de gratitud contigo. Ese animal tendrá lo que merece y es gracias a ti —cierra sus ojos, aliviado. Beso su mejilla sin que se lo espere y me marchó, dejándole pensativo.

Llego a mi centro médico, me indican que espere a que me llamen y me siento en una de las frías sillas. Estoy tan nerviosa que en vez de una cita parece que estuviera esperando turno para el patíbulo.

—Laura Sanz —me pongo en pie rápidamente. Mis piernas tiemblan—. ¿Es usted? —asiento—. Venga conmigo —la sigo torpemente, se me

ha olvidado hasta cómo se camina con tacones. Nunca he estado tan asustada.

Me hace pasar a una minúscula cabina que huele a plásticos y me pide que me desnude de cintura para arriba. Cuando lo he hecho, salgo de la pequeña habitación y camino cruzada de brazos hasta una sala más amplia, donde hay una enorme máquina esperándome. Sigo todas las indicaciones de la enfermera y minutos después la mamografía ha terminado. Me visto y la sigo.

—Siéntese ahí y espere —dice la chica señalando las sillas—. El médico va a revisar la prueba y si todo está bien podrá irse. Durante la siguiente media hora mi corazón parece el motor de una locomotora. Soy incapaz de relajarme. Me pongo en pie varias veces, paseo por la sala, me vuelvo a sentar, reviso mi teléfono. Todo porque el tiempo pase más deprisa.

La puerta se abre y la enfermera viene hasta mí. Analizo su cara, pero no hay ni un solo gesto que pueda darme una pista.

—Laura, el médico quiere verla. Hemos encontrado una cosita y queremos estar seguros de que no es nada —el vello de mi espalda de eriza al instante. Todavía recuerdo cuando acompañé a mi madre a una revisión rutinaria y le dijeron lo mismo. Trago saliva y trato de relajarme. «Quizás no sea nada», me digo.

—Buenos días, Laura. Soy el Doctor Rivera —extiende su mano y se la tomo.

—Encantada, Doctor Rivera —tiene unos cincuenta años y no es para nada atractivo.

—¿Cómo está? —vaya pregunta.

—Pues imagínese. Ahora mismo bastante alterada...

—Entiendo —busca en su ordenador una imagen y gira la pantalla para que yo también pueda verla.

—Verá, Laura —me mira—, hemos encontrado algo en su seno. Por su edad y en cualquier otro caso, no le habríamos dado demasiada importancia, pero revisando su informe hemos podido comprobar que existen antecedentes peligrosos en su familia, los cuales por desgracia multiplican el riesgo, y queremos asegurarnos de que esto no se trate de lo mismo —señala una pequeña sombra negra, pero soy incapaz de prestar atención. Mi cabeza acaba de desconectarse y siento que podría desmayarme en cualquier momento. El doctor continúa hablando, pero no le escucho, estoy sumergida en mi miedo y no consigo centrarme. Se despide de mí y es lo único que soy capaz de oír. Cuando estoy a punto de marcharme la enfermera me llama.

—Laura, espere. No puede irse —viene hasta mí—. ¿No le ha dicho el doctor que vamos a realizarle una biopsia?

—Disculpe, estoy un poco aturdida y quizás no le haya entendido —me disculpo y camino tras ella como si fuera una vaca a la que llevan al matadero.

La aguja que utilizan para tomar la muestra es enorme, pero no resulta tan dolorosa como esperaba. Cuando todo termina, me piden que esté pendiente del teléfono los próximos tres días. Si pasa ese tiempo y no me han llamado es que no debo preocuparme, será señal de que todo está bien y solo tendré que venir a mis revisiones rutinarias. Cruzo los dedos y me marchó. «Tranquila, Laura, seguro que no es nada», intento animarme a mí misma.

Subo al coche y no sé qué camino tomar. Debería seguir con la mudanza. Estar de brazos cruzados esperando a que mi amiga

despierte no servirá de nada, pero soy incapaz de centrarme. Con lo de Natalia y ahora esto mi cerebro está hecho un nudo. Necesito despejarme como sea. Miro el reloj y descubro que han pasado horas desde que salí del hospital. Estoy segura de que todos han regresado al hotel ya. Conduzco hasta allí y cuando estoy a punto de llegar tomo un desvío. «Necesito ver a Álex. Iré a visitarle, dijo que estaría en casa». Tenerle cerca me hace sentir mejor y necesito un respiro mental como sea.

Cuando llego al portal de su edificio dudo por un momento. Quizás él no tenga ganas de verme a mí. ¿Y si no le pillo en buen momento? Cuando por fin me decido y levanto la mano para tocar el telefonillo exterior, la puerta principal se abre.

—Hola. Tú eres la chica del otro día, ¿verdad? —mi cara se vuelve roja.

—Em... Sí... Y tú debes de ser la hermana de Álex... —no se me ocurrió que pudiera estar aquí—. Oye, siento lo del otro día.

—No te preocupes —sonríe—, Álex ya me lo contó. ¿Vienes a verle?

—Sí, había pensado en hacerlo, pero cuando llegué hasta aquí me asaltaron algunas dudas. Quizás no es buen momento o quizás esté ocupado.

—Si se trata de ti, siempre es buen momento —sonríe de nuevo—. Acaba de llegar, así que no te preocupes —deja la puerta abierta y hace un gesto para que entre—. Se llevará una grata sorpresa —me guiña uno de sus ojos—. Nos vemos —mueve su mano mientras se marcha. Me está empezando a caer bien.

Lleno mi pecho de aire y comienzo a subir los escalones. No sé qué es lo que tiene Álex, pero se está convirtiendo en una obsesión. Desde

hace días no puedo dejar de pensar en él. Por muy mal que me encuentre, siempre que está cerca creo poder soportar cualquier cosa. Me hace tanta falta ahora mismo...

Capítulo 24

Me tomo unos segundos antes de llamar. Ansío estar con él. Necesito verle por encima de todo. Estoy realmente asustada. No hay mejor refugio para mí que su presencia. Esta absurda necesidad posiblemente se deba a que estoy enamorándome de él. Todas las descripciones que me hicieron del amor son prácticamente exactas a las que estoy experimentando.

Mis manos tiemblan mientras presiono el botón del timbre. Oigo pasos y a Álex protestar. Me tenso, incómoda. Creo que es mejor que me vaya. Cuando me giro sobre mis tacones para marcharme la puerta se abre.

—Estoy hasta los huevos de que te olvides las... —sus ojos se abren al tiempo que se pone rígido—. Laura... —acierta a decir con esfuerzo—. Perdona —se mueve inquieto—. Creía que Sonia se había vuelto a olvidar sus llaves —quedo muda por unos segundos. Solo lleva puesto un bóxer negro. Miro con más atención y descubro una toalla en su mano.

—Yo... quizás... —trago saliva sin apartar mis ojos de su escultural cuerpo—. Creo que no ha sido buena idea venir sin avisar —mi corazón se acelera, mis papilas gustativas se activan y me olvido de todo. Todos mis problemas pasan a un segundo plano.

—Tranquila —dice al ver que estoy bastante nerviosa—. ¿Ocurre algo? —me analiza con la mirada.

—No, es solo que... —recuerdo lo que me dijo a la salida del hospital

—. Tengo algo de tiempo libre y vine por si querías hablar. Pero si no es el momento podemos hacerlo otro día —se queda pensativo durante un segundo.

—No, ahora está bien. Pasa —se aparta de la puerta para que entre—. Estaba a punto de tomar una ducha. Dame unos minutos y deja que me ponga algo de ropa.

—Por mí no lo hagas —sonríó—. Aunque si te soy sincera, no podría centrarme en una conversación contigo así —levanto mis cejas pícaramente y Álex se cubre disimuladamente con la toalla, avergonzado. Me encanta verlo tan indefenso.

—Ponte cómoda —sonríe algo colorado—. No tardaré —mientras camina hacia el baño observo, idiotizada, su figura. Me evado de la realidad y babeo. Es tan perfecto... Muero por repasar los músculos de su espalda con mis dedos. Las imágenes de Álex sobre mí se adueñan de mi cerebro. Necesito repetir aquello. Desde lo que pasó aquel día no he podido pensar en nadie más. Inspiro profundamente, toda su casa huele a él, a su perfume. Miro a mi alrededor. Estoy sola. En su casa. Estamos solos. Me encanta la idea. Oigo el grifo de la ducha y sin apenas esfuerzo puedo imaginarle enjabonado. Sacudo mi cabeza tratando de volver al momento y algo llama mi atención. Es su libreta. La reconozco, es la que siempre lleva en su coche. Está abierta sobre una pequeña mesa que hay en la entrada. Sonríe al distinguir varias palabras escritas a mano y siento una gran ternura. Me acerco para ver qué clase de letra tiene. Todavía no la conozco. ¿Será redonda? ¿Ilegible? ¿Cursiva? Parece una bobada, pero últimamente todo sobre él me interesa. Su música, su color favorito, sus comidas preferidas. Tomo la libreta y en el primer vistazo creo ver mi nombre en ella. Su letra es difícil de entender, por lo que leo con más cuidado. Estoy

segura de que ha sido producto de mi imaginación, pero para mi sorpresa descubro que no es así. Más palabras llaman mi atención: «INVESTIGACIÓN, PRIMERA SOSPECHOSA, MARIO...».

Hay varias notas debajo de mi nombre, y consigo descifrar algunas: «Sala de conciertos, actitud extraña. Persecución en carretera. Mario estaba avisado, muy probablemente por la primera sospechosa. Hoy estuvo en el hotel. Será informada por Natalia del próximo viaje a Toledo».

«No puede ser», me digo alarmada. A medida que leo más notas voy siendo consciente de todo. «Álex me está investigando. Dijo que era policía». Ahogo un grito con la palma de mi mano cuando compruebo que los horarios de sus apuntes coinciden con todas las visitas que le hice a mi amiga. «Dios mío, me ha estado utilizando. Por eso no quería que nadie supiera que nos veíamos». Quiero llorar, pero estoy tan conmocionada que no puedo. En medio de mi dolor lanzo la libreta sobre la mesita y un portarretratos cae al suelo, haciéndose añicos. La foto ha quedado suelta y la tomo entre mis dedos, temblorosos. Es de Álex con otra mujer, y hay algo escrito detrás.

Hola, Álex,

El propósito de esta foto no es otro que el recordarte cuánto significas para mí.

Mi piel todavía huele a ti. Ha sido una noche increíble. No puedo dejar de mirar mi nuevo anillo, deseo con todas mis fuerzas ser tu esposa. Nunca dejarás de sorprenderme.

Te amo, Alejandro.

Gema

El mundo se me viene encima en ese instante. Siento cómo mi

corazón se desgarrar por dentro y un gran dolor se apodera de mí. «Solo me ha usado». Dejo caer la foto de nuevo. «Todo esto ha sido una jodida mentira».

—Laura —me sobresalto. Alex está frente a mí con los puños cerrados.

—¡Eres la persona más vil y despreciable que he conocido en mi puta vida! —grito. Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Hablemos antes de que te precipites, no quiero que saques conclusiones equivocadas.

—Es tarde para eso —aprieto fuertemente mis dientes. Siento una rabia inmensa correr por todo mi cuerpo—. ¡ERES UN MALDITO MENTIROSO! Solo me usaste porque creías que estaba aliada con Mario.

—Déjame explicarte...

—¡NO VAS A EXPLICARME UNA MIERDA! No quiero volver a verte en mi vida —pongo la mano en la manilla de la puerta y cuando estoy a punto de abrir tira de mí para que no me vaya.

—No puedes irte así. Tenemos que hablar de esto.

—¡SUÉLTAME! —forcejeo, pero no me suelta.

—¡NO HASTA QUE ME ESCUCHES! —me rodea con sus grandes brazos. Siento golpear su corazón en mi pecho y cierro mis ojos por un segundo. Me ha abrazado en pocas ocasiones, pero estoy segura de que lo voy a echar de menos.

Trato de escaparme de su abrazo, pero es inútil. Me vengo abajo y lloro desesperadamente. Cuando cree que ya no me moveré, clavo fuertemente uno de mis tacones en su pie descalzo. Se queja y me

suelta de inmediato. Aprovecho la ventaja para salir corriendo de la casa. Bajo las escaleras de dos en dos aun a riesgo de caerme, pero no me importa. Lo único que quiero es alejarme de él.

—¡Laura! —grita cuando alcanzo la puerta del portal, pero no me detengo. Corro por la acera sabiendo que me sigue y podrá alcanzarme en cualquier momento. La escena es casi idéntica a la que ya viví cuando nos pilló su hermana, solo que en esta ocasión lo que no lleva son zapatos—. ¡LAURA! —le oigo gritar cada vez más cerca y corro más rápido—. ¡PARA, LAURAAA, PARAAA! —no le hago caso y cruzo la calle sin mirar. Suena un gran frenazo a mi derecha y algo golpea fuertemente en mi cadera. Pierdo el equilibrio por el impacto y caigo al suelo sin poder remediarlo—. NOOO —grita, y ya sé lo que está pasando. Todo da vueltas, pero por suerte sigo viva.

«Solo me faltaba esto», digo mentalmente mientras pongo las manos en el suelo y trato de ponerme en pie. Estoy aturdida y me cuesta moverme. Me duele todo el cuerpo. Unas fuertes manos me levantan y las reconozco al instante.

—¡Dime que estás bien! ¡Háblame, maldita sea! —tira de mi mentón y busca mi cara.

—¡Déjame en paz! —lo miro con odio y me aparto de él—. Jamás vuelvas ni siquiera a rozarme. Prefiero que me pasen las ruedas de un coche por encima antes que volver a sentir tu tacto —se queda inmóvil y con la mirada perdida como si mis palabras le hubieran afectado. Pero estoy segura de que está fingiendo. Es un gran actor. Con esfuerzo y cojeando consigo terminar de cruzar la calle y llegar hasta mi coche. Me dejo caer en el asiento y echo el seguro. «A salvo», me digo, e inspiro profundamente. Las lágrimas me ahogan. Son demasiadas cosas juntas. Cuando me calmo lo suficiente, arranco el

coche y me pongo en camino. Aunque mañana no podré ir a ver a Natalia porque tengo que trabajar, quiero dormir en el hotel con su familia. Todos nos alojamos en la misma planta y saber que estoy rodeada de gente que me quiere me tranquiliza.

• • •

A la mañana siguiente suena el despertador. Lo apago con esfuerzo y lo primero que hago es llamar a mi trabajo. No he dormido absolutamente nada. Estoy emocionalmente hundida y necesito unos días de descanso. Nadie se opone, saben que siempre que falto es por una causa justificada. Suelo ser muy responsable en temas laborales.

Mi cuerpo está dolorido por el golpe y lo único que quiero es quedarme en la cama. Pienso en todo lo que ha ocurrido en los últimos días y me lamento. Mi vida ha dado un desagradable giro de 180 grados. Sin mi amiga, sin la persona que me hacía sentir especial y hasta es posible que sin mi salud. Estoy tan inmersa en mi dolor que pierdo la noción del tiempo. El sonido del teléfono me sobresalta. Rápidamente pienso en el hospital y mi corazón late con fuerza. Ignorando mi dolor me siento rápidamente sobre la cama y descuelgo sin mirar el número.

—¿Sí? —respondo nerviosa. Soy incapaz de controlar mis manos.

—Laura, soy Javier...

—Hola, Javier —mi voz es temblorosa—. ¿Cómo está Natalia? —como el trabajo hoy no me permitiría ir a verla le pedí que me informara en cuanto supiera algo.

—¿Estás bien? Te noto agitada —hace una pausa para que responda.

—Sí, sí, no te preocupes...

—¿Dónde estás? —me tenso.

—¿Dónde voy a estar? En el trabajo —miento. Varios golpes suenan en la puerta de mi habitación—. Oye, Javier, te llamo después para que me cuentes, acaba de llegar un cliente y tengo que atenderle —cuelgo y dejo salir todo el aire contenido. Camino hasta la puerta extrañada, y cuando descubro quién hay tras ella mis ojos se abren como platos.

—Buenos días, soy el cliente —dice Javier con sus brazos cruzados y la frente arrugada—. ¿Por qué coño me has mentado? ¿Qué ocurre?

—Yo... —trago saliva, incrédula—. ¿Cómo sabías?

—Al llamarte oí tu teléfono desde el pasillo. Eres la única persona que conozco que tiene como melodía *El Pollito Pío* —sonríe. Trato de buscar una excusa para no preocuparle, pero antes de poder siquiera pensarla mis lágrimas me traicionan—. Laura... —me abraza—. ¿Qué está mal? Tú no eres así. Me estás preocupando... —necesitaba tanto un hombro en el que llorar.

—La vida es una mierda, Javier —digo entre sollozos.

—Tranquila, preciosa... —tira de mi barbilla para buscar mis ojos—. Ahora explícame qué es eso que te tiene así. Imagino que lo de mi hermana tenga algo que ver, pero intuyo que no es lo único —asiento mientras seco mis lágrimas con la manga del pijama. Vuelve a abrazarme tiernamente y oímos algo caer al suelo cerca de nosotros. Miramos a la vez buscando la causa del ruido, y cuando consigo enfocar no puedo creer lo que veo...

Capítulo 25

—Buenos días, Álex —dice Javier apartándose de mí e ignorando lo que ocurre entre nosotros—. No le contesta.

—Te dejaste eso en mi casa —señala mi chaqueta con desprecio y la recojo del suelo. Hay ira en su mirada—. Pero veo que la echas poco de menos —su mandíbula está mucho más marcada. Javier frunce el ceño, comprendiendo que algo no va bien.

—¿Puedo saber qué ocurre? —nos mira a los dos, pero ninguno habla—. ¿Esta es la causa de tu llanto? ¿Te ha hecho algo? —varias lágrimas corren por mi cara, delatándome, y clava sus ojos en él—. No sé qué coño está pasando aquí, ni qué hay entre vosotros, pero te aseguro que como le hayas hecho algo a Laura ni el respeto que te tengo impedirá que te aplaste como una maldita cucaracha —mis ojos se abren. Javier siempre ha sido muy respetuoso. Lo desconozco en este momento.

—Mantente al margen. Lo que hay entre Laura y yo no es asunto tuyo —contesta Álex con desafío.

—Cuando tengan que sacar mi puño de tu estómago me repites esa frase —Javier se acerca amenazante a Álex, y este hace lo mismo. En cualquier otra ocasión estaría dando palmas con las orejas y disfrutaría de la lucha de titanes, pero ahora lo único que quiero es perder de vista a Álex.

Me coloco en medio de los dos y pongo mis manos sobre el firme pecho de Javier para separarles. Están demasiado cerca, y cualquier mal gesto podría desencadenar una pelea.

—No merece la pena, Javier. No te manches las manos con él —corta el contacto visual con Álex y al ver mi angustia cede a lo que le pido—. Y tú... —me giro y le miro con odio—. Ya me has devuelto la chaqueta. Ahora lárgate. Vuelve con la cornuda de tu prometida y déjame en paz —su expresión cambia rápidamente.

—No hables de lo que no sabes... —dice con sus dientes apretados.

—Estoy segura de que ella es la que no sabe lo que haces a su espalda.

—Piensa lo que te dé la gana, Laura —suspira, agotado—. Entiendo que lo que viste te haga pensar de esa manera, pero nada es como crees.

—Típica excusa —digo con desprecio.

—Siento que pienses así —se marcha y algo se rompe dentro de mí.

Javier no dice una sola palabra sobre el tema en lo que resta de mañana. Mis reproches hacia Álex le han dejado claro cuál ha sido el problema entre nosotros. Comemos en el restaurante con su hermano David. Juntos parecen dos gotas de agua. Reímos recordando anécdotas de cuando éramos pequeños. Siempre hacían trastadas valiéndose de que son gemelos idénticos. Teníamos al barrio al borde de la locura. Una hora después tienen que marcharse. Viajarán al pueblo para revisar su negocio y estarán aquí al día siguiente para ver a Natalia en el horario de visitas. Según me han contado, no hay cambios en su estado, y eso me mata.

La tarde pasa tranquila, excepto por la parte en que mi corazón se para con cada llamada que recibo. La primera imagen que viene a mi mente cada vez que oigo la maldita melodía es la del Doctor Rivera o su enfermera. Cuando todo esto acabe tendré que cambiarla o me traerá malos recuerdos. El tono de *Mi marranito* será el próximo.

Ahora que Javier no está, mi cerebro comienza a hurgar en mis problemas. «Necesito parar de pensar como sea. Tengo que distraerme con algo». Busco en mi móvil tiendas en rebajas. No sé las horas que paso así. Por fin veo algo que realmente me gusta. Anoto la dirección y decido ir a por ello por la mañana. Podría comprarlo *online*, pero prefiero probármelo para no llevarme sorpresas y así me olvido un poco de todo. Parece que la tienda no está muy lejos.

A la mañana siguiente me levanto temprano y me preparo para ir a ver a Natalia. Camino con sus padres hasta la salida y compruebo que Álex no está en la puerta. Siento decepción y alivio a la vez. Soy idiota. ¿Después de todo lo que me ha hecho aún tenía esperanzas de verle? Les llevo hasta el hospital. Cruzo los dedos cuando entramos y para mi desgracia todo sigue igual. No hay ni un solo signo de mejora. Sus padres están hechos polvo, y yo también. No tengo fuerza ni para fingir una sonrisa.

Cuando llegamos al hotel vuelvo a meterme en la cama. Quiero dormir y olvidarme de todo por un buen rato. Un par de horas después me despierta un mensaje. Me incorporo para verlo y me sorprende ver que es de Miguel Ángel, un amigo del pueblo con el que solíamos salir Natalia y yo.

Hola, Lau, soy Miki. Confírmame por favor si es cierto lo que se rumorea por aquí. Estoy bastante preocupado. ¿Han agredido a Natalia? Siento haberte molestado si no es así.

En los pueblos siempre pasa esto. Al conocernos todos, las noticias vuelan. Contesto rápidamente.

Por desgracia es cierto, Miki. Natalia está en coma. El cabrón de Mario ha sido el responsable.

Dios mío... Dime por favor cuándo y dónde podemos quedar, quiero verla y pasar un rato con su familia.

Quedamos para dentro de dos días. Suspiro profundamente mientras pienso en ella. A ninguno nos gustó Mario cuando le conocimos. Trataba a mi amiga como si fuera basura y eso llamó bastante nuestra atención. Pero oírle hablar de su familia sin ningún tipo de respeto todavía era más alarmante. Pobre, mi Nata. Estaba tan ciega y enamorada de él que no lo veía venir. Discutimos en varias ocasiones, pero parecía estar bajo el influjo de alguna extraña poción. Ella no merecía esto, es la mejor persona que conozco. Las lágrimas amenazan con volver y trato de reponerme. «No puedo dejarme caer así. Tengo que mantener el ánimo alto si quiero al menos transmitirles a sus padres que todo irá bien. Ella así lo querría». Busco alguna forma de centrarme y la encuentro. «Saldré a comprar lo que vi anoche en internet. Quizás así mis penas sean más llevaderas». Con ese pensamiento entro al cuarto de baño y me doy otra ducha. Busco entre las ropas que me traje de casa y me decido por la más provocativa. Un pantalón ajustado que me hace una figura estupenda y una camiseta roja a juego con mis botas nuevas. Es la segunda vez que me las pongo y son realmente cómodas.

Camino erguida para levantar mi ánimo. Me encanta ser mujer, me hace sentir bien. Entro en una de las tiendas y busco la prenda que me gustó. Pero para mi desgracia está agotada. Tras más de una hora revisando perchas y probándome cosas salgo con media tienda en mis manos. Con esos precios tan bajos no podía dejarlo escapar. Cargo todas las bolsas en un solo brazo y busco mi teléfono para contarle a Natalia mi locura. Un segundo después estoy llorando como una tonta en medio de la calle. Jamás podré acostumbrarme a su ausencia, no

me hago a la idea de no tenerla conmigo. Es demasiado duro. Decido volver a casa, hoy no tengo ganas de nada más.

Mientras voy caminando por la acera del hotel me doy cuenta de que el coche de Álex está aparcado en la puerta. Siento cómo mi corazón y mi cerebro se pelean. Me encantaría verlo, pero no quiero. Espero que él no esté cerca. Camino ahora más sigilosa y trato de apagar el sonido que hacen los tacones de mis botas contra el suelo. No quiero llamar demasiado la atención. Cuando estoy a unos metros de la entrada suena mi teléfono y lo saco rápidamente para silenciarlo. Llamaré a quien sea una vez que suba a la habitación. Cuando estoy a punto de rechazar la llamada veo que es un número extraño. Demasiado largo, como si fuera de una centralita. Descuelgo, curiosa.

—¿Sí?

—Buenos días, pregunto por Laura Sanz.

—Sí, soy yo. Dígame —justo en ese momento un escalofrío recorre mi espalda y mi corazón comienza a latir con fuerza.

—Laura, le llamo del hospital —mis piernas comienzan a temblar—. ¿Podría venir mañana sobre las nueve? Es referente a una prueba que se realizó usted aquí hace apenas dos días —dejo de respirar. «No... No, no, no...». Las palabras que me dijo la enfermera el día de la biopsia comienzan a resonar en mi mente: *No pierda de vista el teléfono en los próximos tres días. Si pasa ese tiempo y no le han llamado, es que no debe preocuparse, será señal de que todo está bien*—. ¿Laura? —la voz de la chica hace que me centre de nuevo—. ¿Vendrá? Necesito saberlo para confirmar su cita.

—Sí... perdone —me cuesta hablar—. ¿Sabe usted el resultado de esa prueba? —pregunto angustiada y cerrando fuertemente los ojos.

—No, lo siento. Soy la chica de información. El Doctor Rivera será quien le dé el resultado mañana. Que tenga una buena tarde —cuelga.

Mi mirada se queda fija en un punto. Siento que estoy a punto de desmayarme. Dejo caer las bolsas al suelo y pongo las manos sobre mi pecho. Trato de tragar saliva, pero tengo la boca seca. «Quizás no sea nada». Intento calmarme. «Puede ser que quiera hablar de cualquier cosa. No puedo tener tan mala suerte...». Siento una gran bola en mi garganta y ganas de llorar. Angustiada, pongo mis manos sobre la cabeza y camino sin rumbo.

—NO. NO. NO. Esto no puede estar pasándome a mí —digo en alto inconscientemente.

—¿Laura? ¿Estás bien? —Álex camina hacia mí con dos mochilas en sus manos.

—¡A ti que te importa! —grito y mis ojos se empañan. Tomo las bolsas del suelo y camino rápido hasta entrar en el hotel. Abro la puerta de mi habitación y lloro desesperadamente cuando entro. No sé cuál será el resultado de las pruebas, igual estoy haciendo un drama de todo esto sin necesidad. Pero necesito sacar un poco de toda esta mierda que me estoy guardando o explotaré de un momento a otro.

Llorar durante todo el día me ha provocado un terrible dolor de cabeza, y decido bajar a pedirle a Manuel un calmante. Cuando estoy a punto de llegar a recepción, veo que Erika está apoyada en el mostrador de la entrada hablando muy alegremente con Manuel. Cuando se percatan de mi presencia se tensan. Espero que no se le ocurra a esa zorra decirme nada. Con el humor que tengo ahora mismo podría tejerme un jersey con sus venas. Como si hubiera escuchado mi pensamiento, se marcha de allí sin una sola mirada de mofa, cosa que

me extraña en ella.

—Buenas tardes, señorita Laura. ¿Se encuentra bien? Tiene muy mala cara.

—Fatal, Manuel. Hoy fatal... ¿Tienes algo para la migraña?

—Claro —sonríe—. Espéreme aquí —camina por donde se ha ido Erika y tarda más de quince minutos en volver. Si hubiera ido a una farmacia habría tardado menos.

—Aquí tiene. Espero que se mejore —me guiña uno de sus ojos.

Tomo la pastilla entre mis dedos, y cuando me giro para volver a la habitación Álex está parado en la puerta del ascensor. Tengo que tomar esa dirección sí o sí. Ahí están las escaleras y el ascensor. Hago acopio de todo mi autocontrol y camino hasta él. Veo cómo aprieta el botón del ascensor para que las puertas se abran y justo en ese momento me dirijo a las escaleras. Cuando creo que he conseguido darle esquinazo uno de sus brazos agarra la tela de mi ropa y tira de mí hasta entrarme con él en la pequeña cabina.

—¿Qué cojones estás haciendo? —digo mientras se cierran las puertas—. ¡Te dije que no quería volver a verte en mi puta vida, y menos aún que me tocaras! —grito y me aparto de él.

—Necesito que hablemos.

—¡No tenemos nada de qué hablar! ¿Qué parte de “vete a la mierda” no entiendes?

—Laura, soy incapaz de conciliar el sueño por esto. No puedo dejar de pensar en que estás sufriendo por una idea equivocada.

—¿Idea equivocada? ¡Eres un cerdo mentiroso!

—¡No lo soy! ¡O quizás sí! Ya no lo sé... —pone las manos en sus

sienes—. ¡Era todo necesario! Tú habrías hecho lo mismo para evitar una muerte.

—¿Poner los cuernos a tu prometida por sacarle información a alguien que no tiene nada que ver? Créeme que jamás haría algo así. ¡Eres despreciable! —aprieto el botón repetidas veces para que se abra la puerta, me da igual si estamos en medio de dos plantas.

—¡Joder! Déjame explicarte. ¡No es lo que estás creyendo!

—Explícaselo a ella. Estoy segura de que lo necesitará más que yo —la puerta se abre y salgo corriendo de allí. Por suerte es mi planta y entro rápidamente en la habitación. Cierro de un portazo y pego mi cuerpo contra la puerta.

«No puedo más...». Golpeo con mi cabeza la dura madera. «No puedo más...».

Capítulo 26

Estoy agotada, pero no puedo dormir. Las horas pasan y la cita de mañana me tiene en vela. ¿Qué me dirá el Doctor Rivera? Ojalá mi pequeña anomalía sea algo benigno, necesito una buena noticia para retomar fuerzas.

A las siete ya estoy preparada. Miro el reloj continuamente y parece ir más lento que de costumbre. Mis nervios no me dejan seguir encerrada esperando a que llegue la hora. Salgo de la habitación y bajo al restaurante. Hay algunas personas allí, pero no les presto atención. Pido en la barra un café con leche, llevo días sin comer adecuadamente y mi cuerpo comienza a protestar. Cuando el camarero me sirve, siento un extraño calor en mi espalda. Me giro y veo a Álex solo, allí sentado. Él parece no haberme visto. Hay un vaso con café delante de él que no ha tocado todavía. Sus codos están clavados en la mesa y su frente apoyada en sus manos. No se mueve. Mi estómago se hace un nudo. Conozco esa postura. Suelo usarla cuando estoy preocupada. Estoy segura de que le está dando vueltas a algo. Bebo deprisa y me marcho de allí antes de que me descubra.

Subo al coche y pongo la radio. Necesito ruido. Conduzco hasta la clínica, aunque todavía es pronto.

—Buenos días —dice la chica de información. Reconozco su voz, no se me olvidará jamás.

—Buenos días —finjo una sonrisa. Me siento en las frías sillas y espero. Un rato después la enfermera sale a nombrar a los pacientes.

Sus ojos se clavan en los míos y se acerca.

—Hola. Laura, ¿verdad?

—Sí, soy yo —siento mi corazón palpitar en el cuello y mi cara arde.

—Viene un poco pronto. Hasta dentro de una hora no está citada.

—Lo sé. Y lo siento. Pero estoy tan angustiada que soy incapaz de esperar en casa.

—No se preocupe, lo entiendo. Venga conmigo, será la primera —me guiña uno de sus pintados ojos. Trato de ponerme en pie y tengo que intentarlo dos veces: mis piernas son como de gelatina y no me responden. Estoy tan nerviosa que tengo la sensación de que me falta el aire. Camino tras ella. Podría caerme en cualquier momento...

—Buenos días, Laura. Tome asiento, por favor, le estábamos esperando —me inquieto, y con torpeza lo hago—. ¿Cómo se siente?

—Mal —respondo al instante—. Dígame ya qué es lo que tengo o tendrán que atenderme por otra causa muy distinta —asiente.

—Veamos... —comienza a teclear en su ordenador e imprime algunos papeles—. Ayer nos llegaron los resultados de la biopsia —los gira para que pueda leer y señala con la punta de su bolígrafo una frase: *Carcinoma Ductal in situ*. Lo miro aterrada esperando a que hable. No quiero creer lo que veo, debe de ser un error—. Lo siento, Laura, odio tener que dar este tipo de noticias, y más a una mujer tan joven como usted, pero el resultado de la biopsia es claro...

—¿Tengo cáncer?

—Cáncer es una palabra muy fea...

—¡Oh, Dios mío! —pongo las manos sobre mi pecho—. No puede ser... —intento levantarme para salir corriendo y alejarme del foco del

dolor, pero la enfermera lo impide poniendo su mano en mi hombro para que continúe sentada.

—Entiendo lo mal que debe de sentirse en este momento —apenas le oigo. Siento que floto y me he convertido en una espectadora de mi propia vida.

—No, no... Esto no puede estar pasándome a mí —acierto a decir en medio de mi llanto.

—Escúcheme, Laura —niego con la cabeza. No quiero seguir oyéndole. Me hace daño—. Hay una buena noticia, después de todo.

—¡Dios mío! Tengo cáncer —casi no atiendo a lo que me dice.

—Laura —vuelve a llamarme para que le preste atención—. Este tipo de carcinoma que padece tiene el mejor pronóstico de todas las variantes que conocemos. El índice de mortalidad es bajo y lo hemos encontrado muy a tiempo —ninguna de sus frases consigue animarme. Lo veo todo negro.

Varios minutos después, y asegurándose con paciencia de que he entendido todo lo que me ha dicho, acordamos que volveré a la consulta en un par de días para comenzar con las pruebas preoperatorias. Me explica que no hará falta utilizar quimioterapia neoadyuvante para reducir el tumor antes de la operación, ya que está muy localizado. Pero no me asegura que me libre de ella después. Todo depende de lo que indique el resultado de la intervención.

Salgo de la consulta como si estuviera ebria. Camino haciendo eses por el edificio y no siento la planta de mis pies. La noticia me ha dejado completamente en *shock*. Una chica bastante pálida pasa a mi lado con un pañuelo rosa cubriendo su cabeza y me sonrío tímidamente. Mi corazón se encoge y por un segundo me veo reflejada

en ella. Mi madre usaba un gorrito blanco de ganchillo que le hizo Pilar, la madre de Natalia. Eran muy amigas. «Mamá...». Su imagen es mucho más nítida ahora. Todos los recuerdos dolorosos que nos produjo su enfermedad bombardean mi mente. Camino más deprisa para salir de la clínica, necesito oxigenarme, aquí dentro me estoy ahogando.

Abro la puerta y la suave brisa golpea mi cara. El sol está en todo su esplendor y hace un día maravilloso. Todo a mi alrededor parece distinto, como si lo hubieran cambiado mientras estaba dentro. Las plantas me resultan mucho más bonitas, la gente más agradable, el cielo más luminoso... Bajo la rampa y consigo llegar hasta un parque. Me siento en uno de los bancos de piedra que hay allí y lo observo todo como si fuera la primera vez que lo viera. Me fijo en la hierba, algo que vemos todos los días y a lo que nadie presta atención. Hay hormiguitas cargando migas de pan, tan llenas de vida... Los perros corren alegres mientras sus dueños les tiran pelotas. Hay parejas besándose debajo de los árboles. No quiero abandonar este mundo. Me gusta. No quiero morir. Paso varios minutos sentada allí, perdida en mis pensamientos. Una madre riñe a su hijo, haciendo que me sobresalte, y decido que es el momento de volver. Sigo con la sensación de tener una nube bajo mis pies y no siento mi cuerpo. Consigo llegar hasta el coche y cuando encajo la llave para abrirlo pierdo el equilibrio y la llave se parte dentro de la cerradura.

—¡MIERDA PUTA! —grito, dándome igual quién pueda oírme. Todo lo que llevo dentro comienza a salir fuera sin control. Ha sido la gota que ha colmado el vaso—. ¡NO PUEDO MÁSSS! ¡NO PUEDO CON ESTO! —lloro—. ¡ESTO NO PUEDE ESTAR PASÁNDOME A MÍ! —grito más fuerte—. ¿POR QUÉ? ¿Por qué? —apoyo mi espalda en el

coche—. ¿Por qué, Dios mío? ¿No era suficiente con lo que tuvimos que pasar? —mi espalda resbala y acabo sentada en el suelo. Me pongo las manos sobre los ojos y lloro más fuerte—. No, no quiero vivir así. Por favor, Dios mío, apiádate —alguien se sienta a mi lado, pero no le doy importancia. Acabo de abrir las compuertas de mi corazón y necesito soltar todo el lastre que arrastro. Pasa sus brazos alrededor de mi cuerpo y me abraza fuertemente. No me resisto, sea quien sea sabe lo que necesito y no está tratando de aprovecharse de ello.

—Tranquila, Laura —mis ojos se abren al reconocer su voz. Levanto la mirada y le veo.

—Álex... —trato de apartarme, pero me abraza más fuerte—. Déjame en paz. ¿Qué haces aquí? —seco mis lágrimas. No quiero que me vea llorar.

—Lo siento, estaba preocupado.

—¿Qué? —mis ojos se abren de nuevo.

—Te vi salir del restaurante temprano y te he seguido hasta aquí —traga saliva—. Después de cómo te vi ayer en la puerta del hotel no estaba tranquilo.

—¿Qué coño quieres de mí? —forcejeo, pero solo consigo que me pegue más a su cuerpo—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque me siento responsable de tu estado. Te he hecho daño y me está matando la idea —me rindo, ya no puedo pelear más y lloro con amargura sobre su hombro. Necesito tanto ese abrazo que me olvido de lo demás—. Chsss —pone su barbilla en mi cabeza, tratando de calmarme—. Prometo apartarme en cuanto te sientas mejor. No es mi intención incomodarte —traga saliva y noto cómo se eleva la nuez de su garganta—. Ahora déjame llevarte al hotel para que descanses —

pasa una de sus manos por debajo de mis rodillas y me carga hasta su coche—. Mandaré a alguien para que arregle la cerradura y por la mañana lo tendrás en la puerta del hotel —asiento sin apartar mi cara de su cuello. Me gusta tanto sentirle cerca.

Llegamos hasta donde está estacionado su coche y me ayuda a subir. Me siento derrotada y sin fuerzas. Durante todo el trayecto llevo mi frente pegada a la ventanilla. Veo mil cosas pasar rápidamente, pero no me centro en ninguna. El frío que desprende el cristal consigue aliviar mi dolor de cabeza.

—Hemos llegado —alzo la mirada y compruebo que es cierto, pero no tengo ganas de bajarme—. ¿Podemos hablar? —niego con la cabeza—. ¿Me permitirás algún día que te explique? —vuelvo a negar y siento cómo varias lágrimas corren por mi mejilla. Las seca con su pulgar mientras vuelve a hablarme—. Está bien —suspira, impotente—. Nunca te obligaré a escuchar algo que no quieres. Ahora vamos a la habitación, estás agotada y necesitas descansar —se baja del coche y viene hasta mí. Cuando estoy fuera, pasa uno de sus brazos por mis hombros. No me aparto. Su calor me alivia tanto. Entramos al ascensor y no me suelta. Apoyo mi cabeza cerca de su cuello y me abraza—. Lo siento tanto, Laura —quisiera decirle que no es todo culpa suya, pero no puedo. Noto un pequeño beso en mi cabeza seguido de una leve corriente eléctrica. Nunca ha hecho algo así, y para mi desgracia ese gesto despierta sentimientos en mí que desconocía. Llegamos a mi habitación, me pide la llave y abre para que pase—. ¿Tengo que ayudarte? —niego—. ¿Estarás bien? —me encojo de hombros y otra vez las malditas lágrimas vuelven. Estoy hundida emocionalmente y soy incapaz de hablar. Me siento en la cama mirando al vacío y me habla de nuevo—. Si necesitas algo estaré abajo

—cuando la puerta está a punto de cerrarse siento un gran desconsuelo.

—Álex —sollozo. No tarda ni un segundo en volver a entrar—. Que... quédate un rato más, por favor —no me creo que esté pidiéndole eso, pero es tanta la necesidad de su compañía que no me importa rebajarme. Estar con él aligera mi dolor. Se sienta a mi lado sin decir una sola palabra y me abraza de nuevo.

Capítulo 27

Álex

Inspiro profundamente intentando atrapar el aroma de Laura. Huele tan bien y lo he echado tanto de menos. Desde que se marchó el día que vino a verme por sorpresa no he podido dejar de pensar en ella. Soy incapaz de conciliar el sueño sabiendo cuánto debe de estar pasando por mi culpa. No le hablé de Gema pensando que era una delincuente y ahora ya es tarde para hacerlo. Lo he intentado un par de veces, pero no quiere escucharme. Tampoco creo estar preparado, y su negativa me lo pone más difícil. ¿Cómo le explico que he roto la promesa que le hice al amor de mi vida en su lecho de muerte y que ha sido con ella? ¿Qué pensaría de mí?

Me aparto despacio de Laura y la dejo caer suavemente sobre la cama. Acaba de quedarse dormida entre mis brazos después de pasar al menos un par de horas llorando sin parar. Está bastante mal emocionalmente. Todo esto comienza a resultarme un tanto extraño. Ella es una persona muy fuerte mentalmente. La conozco poco, pero lo suficiente como para saber que lo que ha ocurrido entre nosotros no debería tenerla así. Su orgullo no se lo permitiría.

Hago uso de mis conocimientos en psicología, pero no encuentro ningún cuadro clínico claro. Es como si estuviera pasando por algún extraño duelo y se hubiera quedado estancada en la primera fase. La negación. Analizo un poco más a fondo su comportamiento. Si cree que le he hecho tanto daño como dice... ¿Por qué me ha permitido

estar a su lado? Últimamente no ando muy fino en mis teorías, pero aquí está pasando algo. Ayer cuando salí del hotel después de instalar varios micrófonos en algunas habitaciones Laura estaba hablando con alguien por teléfono, y segundos después parecía muy alterada. Esta mañana la seguí hasta un consultorio médico, entró muy nerviosa y salió como ausente. Minutos después terminó derrumbándose al lado de su coche. Algo extraño me pasó en ese momento y actué sin pensar. No pude aguantar verla así y corrí hasta ella. Sabía cuánto necesitaba tener a alguien conocido cerca y acabé delatándome. Ese gesto me va a costar muy caro. Cuando reaccione y piense en lo que ocurrió y en el porqué estaba allí, me odiará todavía más y no podré quitarle la razón.

Mis ojos se abren cuando una idea cruza mi mente. «¿Y si realmente está embarazada?». Hago memoria. Aseguró en su mensaje que era una broma en venganza y después lo desmintió, pero... «¿Y si lo está?». No usamos protección aquel día, aunque me aseguró que se cuidaba. Mi pulso se acelera. «¿Se habrá acostado con alguien más aparte de conmigo estas semanas?». Siento algo parecido a un puñetazo en el estómago y sacudo mi cabeza para borrar las desagradables imágenes de Laura con otro hombre. Seguro que estoy exagerando. Miro su precioso rostro durante unos segundos. Nunca la había visto dormir. Es tan bonita que parece un hada. Mi corazón se encoge y decido que es el momento de marcharme. No quiero que cuando despierte se sienta incómoda con mi presencia, entiendo que ha cedido en un momento de debilidad y estoy seguro de que cuando abra sus preciosos ojos verdes lo verá todo de otra manera. Antes de salir por la puerta vuelvo a fijarme en ella, es posible que sea la última vez que me permita estar tan cerca y quiero que esa imagen quede grabada en mi memoria. Mientras camino por el pasillo, siento un

gran vacío en mi interior. No sé hasta cuándo seré capaz de luchar contra estos sentimientos que creía muertos. Laura me está volviendo loco.

• • •

Los días pasan y, como imaginaba, Laura me ignora. Me he esforzado por coincidir con ella varias veces en la puerta del hotel, pero al pasar por mi lado ha girado la cara en dirección contraria como si no me conociera. Siento que algo se rompe en mi pecho cada vez que lo hace. Sé que no está yendo a trabajar, pero sale a menudo. Lucho contra el impulso de seguirla continuamente, pero estoy tan preocupado que tarde o temprano sé que lo haré. Necesito saber adónde va. Por la mañana va a ver a Natalia, pero por la tarde no tengo ni idea. Cada día tiene peor cara, sus ojos hinchados me indican que llora sin parar y a veces creo perder el juicio por la impotencia. Necesito tanto consolarla.

Mi hermana está realmente pesada con el tema, ha conseguido que le cuente más de lo que me gustaría. Es tan persuasiva que no me queda más remedio si quiero que se calle. Me presiona continuamente para que hable con ella, y ante mi negativa amenaza con intervenir.

Como si la hubiera invocado con el pensamiento, veo a Laura salir del hotel. Lleva varios papeles en su mano y parece más nerviosa que de costumbre. Sube a su coche y arranco el motor para seguirla de lejos, tengo que saber adónde va. No puedo aguantarlo más. Llegamos a la misma clínica que la vez anterior, pero toma otra de las entradas. Dejo mi coche fuera del recinto para que no me descubra y hago el resto del camino a pie. Cuando llego, todavía no se ha bajado de su coche y puedo ver a través de los cristales cómo revisa los folios.

Espero paciente escondido hasta que decide salir. Examina varios indicadores, se para delante de un cartel en el que pone *Ecografías* y camina en esa dirección. «¡No me jodas!». Pongo las manos sobre mis muslos y trato de calmarme mientras expulso todo el aire de mis pulmones. Mi sangre comienza a bombear fuertemente y todo mi cuerpo se tensa. «¿Va a hacerse una ecografía?». La palabra *embarazo* resuena en mis oídos una y otra vez. «No puede ser verdad. Debe de tratarse de otra cosa». Camino en círculos. Mis manos tiemblan. Recuerdo cómo la encontré cuando salió de la clínica la última vez y todo encaja. «Está embarazada. Su fase de negación era por esto. Podría ser mío. ¿Me lo está ocultando?». Mi cabeza se bloquea y no puedo pensar en otra cosa. No voy a dejarlo pasar ni un minuto más, tengo que preguntarle. Me da igual que sepa que estoy aquí, me da igual que sepa que la he seguido. Esperaré a que salga y tendrá que oírme quiera o no. Al menos darme una explicación, tiene que decirme de una puta vez qué es lo que está pasando.

Los minutos parecen horas y un sudor frío recorre mi espalda. Trato de relajarme continuamente para no entrar a buscarla. Si tarda más no podré sujetarme.

—¿Tú otra vez? —oigo decir a mi espalda y me giro rápidamente al reconocer su voz.

—¡Sí! ¡Yo otra vez! —grito nervioso y camino hasta ella.

—No se te ocurra acercarte a mí. ¡Si das un paso más llamaré a la policía y te denunciaré por acoso! —mete unos informes en el bolso y saca su móvil.

—¡No vas a llamar a nadie hasta que me digas qué es lo que está pasando aquí! —de un rápido movimiento consigo hacerme con su

teléfono.

—¡A TI QUE TE IMPORTA! —ahora quien grita es ella—. ¡Devuélvemelo, gilipollas! —se lanza sobre mí y trata de cogerlo. Subo mi brazo para que no lo alcance.

—¡Claro que me importa! —digo, cabreado—. ¿Una ecografía? ¿Cuándo cojones pensabas decírmelo? ¡Estás embarazada!, ¿verdad? —aprieto mi mano alrededor de su brazo para que me mire. Ni siquiera pienso en lo que digo, solo busco una respuesta—. Por eso estabas así el otro día —sus ojos se abren sorprendidos y deja de saltar.

—¿Qué? —arruga su frente tratando de entender mi pregunta.

—No te hagas la idiota... ¡Dime ahora mismo de quién cojones es el hijo que esperas! —arruga su frente como si no entendiera lo que le digo—. ¿Es mío?

—¿De qué mierdas estás hablando? —me mira fijamente.

—¿Piensas seguir negándolo mucho tiempo? ¡Mírate! ¡Tu cara lo dice todo! —pestañea confusa—. Estás pálida, ¿vomitas lo que comes? ¿Cuántos kilos has perdido? En tus ojos se ve que lloras continuamente y seguro que es porque no lo esperabas. Y para colmo hoy vienes a hacerte una ecografía... ¿De cuánto estás? —su cara comienza a ponerse roja y su respiración se acelera.

—¡De tres meses! —dice con rabia. Hago algunos cálculos mentales y no me cuadran las fechas—. No es tuyo. No le des más vueltas. Ahora déjame en paz. Me acosté contigo por culpa de mis hormonas, solo fuiste un mal polvo del que me arrepentiré toda mi vida —camina hasta su coche y se marcha. Me quedo pensativo. No sé qué parte es la que me ha dolido más: saber que está esperando un hijo de otro, que se acuesta con cualquiera o que aquel día no significó nada para ella.

Ahora sí debo olvidarla, ya no buscaré más excusas para estar a su lado sin sentirme culpable. No debo preocuparme por ella. Hice bien en no contarle nada de mi vida.

• • •

Han pasado varias semanas y todavía recuerdo sus duras palabras, como si me las hubiera dicho ayer. La veo salir del hotel casi a diario. Su aspecto es cada día peor. Lo está pasando mal, aunque trate de ocultarlo. No es feliz. Diariamente siento el impulso de correr hasta ella y decirle que todo saldrá bien, pero es algo que a mí no me corresponde. Ella solita se lo ha buscado.

Estoy descubriendo algunas cosas gracias a los micrófonos, entre ellas que los padres de Natalia están encantados con César y hablan maravillas de él, y que también están preocupados por Laura. Espero que no se enteren nunca de esto. Me paso el día encerrado en mi coche tratando de escuchar alguna conversación entre Erika y Manuel. Estoy seguro de que son los responsables. Pero necesito pruebas más claras. Si consiguiera grabar su confesión sería suficiente para incriminarles. La muy perra viene todos los días al hotel y estoy seguro de que les cazaré en alguna, pero de momento tengo que aguantar sus asquerosos gemidos cada vez que se acuestan, como ahora mismo...

—¡Oh, sí! Vamos, Manuel... más fuerte —siento asco y arrugo mi nariz. Oigo palmadas—. Así. ¡Así!, ¡pégame más fuerte! —no puedo creer que esté pasando esto. Que alguien me mate.

—¡Ya casi estoy! —grita él bastante sofocado. Quiero vomitar.

Minutos después, y tras un pequeño silencio, comienzan a hablar.

—Wow, ha sido increíble...

—Sí, nena... Te has portado genial —aguanto una arcada.

—Manuel, Natalia sigue igual —oigo decir a Erika apenada, lo que me extraña.

—No te preocupes, cariño, seguro que no sobrevive —levanto mis cejas y aprieto los auriculares contra mis oídos para escuchar mejor.

—¿Y si lo hace? Seguro que convencería a César como ha estado a punto de hacer para que me prohíba venir al hotel y no podríamos seguir viéndonos —lloriquea ridículamente—. Vives aquí y apenas tienes tiempo libre. Lo nuestro sería imposible.

—No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo para que eso no suceda.

—El inútil de Mario no fue capaz de hacer bien su trabajo. Si ella hubiera muerto todo sería distinto —sigue fingiendo que llora—. Creo que será mejor que lo dejemos aquí, lo nuestro no funcionará y no quiero seguir enamorándome de ti. Va a ser muy duro que no podamos estar juntos por culpa de esa malnacida.

—No llores, cariño, vamos a esperar unos días a ver qué pasa, y si tengo que intervenir para salvar nuestro amor no dudes que lo haré —¿intervenir? ¿Acaso está pensando en hacer lo que creo?

—¿Lo harías por mí? —que hija de puta, le está manejando como hacía con César.

—Haría cualquier cosa por tenerte a mi lado, pequeña. Si es lo que quieres, lo tendrás.

—Oh, Manuel, eres el mejor. Cuánto te quiero. Te amaría eternamente si haces eso —oigo como le besa.

Tengo que hablar con César cuanto antes y enviar esta grabación a la policía. Están pensando en acabar con Natalia y por fin los tengo.

Capítulo 28

Antes de sacar los auriculares de mis orejas, consigo averiguar que Erika es quien está detrás de la excarcelación del padre de César. La muy idiota se lo está contando a Manuel. Al parecer, está moviendo todos los hilos y ha pagado una buena cantidad de dinero para que ese malnacido salga de la cárcel. Estoy seguro de saber cuál es su intención: quiere que mi amigo vuelva a refugiarse en ella.

Paso la noche en la puerta del hotel. No me fío. Veo a Erika salir muy temprano con varias maletas. La sigo hasta el aeropuerto y compruebo que toma un avión, dirección a Alemania. Es todo muy extraño. Decido que es el momento de avisar a mi amigo y conduzco hasta el hospital, conecto el manos libres y le llamo.

—César, he descubierto algo. Tenemos que hablar.

—¿Has descubierto quién es el traidor? —pregunta, inquieto.

—Estoy casi seguro —digo serio—. Tenemos que vernos, no quiero mantener esta conversación por teléfono. No me fío de nada —es posible que hayan pinchado su teléfono para tenerle más controlado.

—¿Vienes?

—Sí, estoy cerca.

—Sube a la planta de Natalia —me dice—. Dame un toque cuando estés y salgo a tu encuentro.

—De acuerdo —cuelgo.

Nada más estacionar le llamo, pero comunica. Está hablando con

alguien. Decido subir a la habitación. Cuando las puertas del ascensor se abren no puedo creer lo que veo. Manuel está justo enfrente. Tiene la cara totalmente ensangrentada. Rápidamente me hago una idea de lo que ha pasado. Solo espero que no haya conseguido llevar a cabo su plan y toda esa sangre sea suya. Con un ágil movimiento, golpeo su nariz y cae de espaldas. Una vez en el suelo le inmovilizo y trato de arrastrarle hasta la habitación de Natalia. Se resiste y tengo que golpearle varias veces más. Necesito saber que la chica y César están bien y no quiero que escape. Es posible que vaya tras Erika. Cuando llego hasta el pasillo, mi estómago se hace un nudo al ver la escena. César está reanimando a Natalia con un respirador manual, y varias enfermeras empujan la cama junto a él para meterla en otra habitación.

—¡Hijo de puta! —me temo lo peor y le lanzo contra el suelo. Pataleo sin piedad su cuerpo. Quiero hacerle daño y me cuesta contenerme. Cuando por fin me desahogo lo suficiente como para recuperar el control llevo a Manuel hasta la nueva habitación. Estoy realmente preocupado por la chica. Respiro aliviado cuando veo que todo está en orden. César me cuenta que salió un momento de la habitación por una llamada de Erika y al volver le sorprendió cortando el cable del respirador. Por suerte, pudo enmendarlo a tiempo.

Le cuento todo lo que he descubierto hasta ahora. Siente rabia al saber que Erika es quien está detrás de la excarcelación de su padre y que, por ella, Manuel ha intentado matar a Natalia. Me pide que haga todo lo posible por encontrarla y que no descansa hasta que reciba su castigo. Le garantizo que así será y me marcho.

Entrego a Manuel a las autoridades junto con las pruebas que lo incriminan. Paso horas esperando a que testifique. Cuando por fin

acaba, me aseguran que no saldrá en una buena temporada. Les informo del paradero de Erika antes de marcharme. Estoy seguro de que con todos esos datos no tardarán en encontrarla.

Cuando salgo por la puerta inspiro profundamente. Me siento satisfecho con lo que he conseguido. Lástima que me equivocara con Laura. Suelo tener un buen olfato para este tipo de cosas, pero no sé qué me pasó con ella. Creo que inconscientemente he estado buscando pistas que la imputaran por el simple hecho de estar cerca de ella sin sentir remordimientos. Mi propio cerebro me ha boicoteado. Siento tantas cosas hacia Laura... A veces tengo momentos de debilidad. En otras circunstancias, incluso me hubiera dado igual que estuviera embarazada. Estoy seguro de que habría sido capaz de querer a su hijo como si fuera mío, siempre que ella hubiera aceptado estar a mi lado. Pero por desgracia no será así.

Luchar contra corriente es demasiado duro. Muchas veces me planteo si sirve de algo esto que estoy haciendo. Como dice mi hermana Sonia, yo solito me estoy poniendo un muro delante. Gema me pidió que rehiciera mi vida y fuera feliz, pero soy incapaz de hacer algo así, y más cuando le dije que haría todo menos eso. Necesitaba que se fuera sabiendo que solo la querría a ella.

Regreso al hotel para retirar los micrófonos cuando veo a Laura salir y hablar con los padres y hermanos de Natalia. Me hago a un lado para que no me vean y espero. Lleva varias mochilas en su espalda y quiero saber qué intenciones tiene.

—Te vamos a echar de menos, cariño, no tardes en volver —le está diciendo la señora Pilar.

—Llámame si lo necesitas —Javier acaricia su pelo y sonrío

tiernamente mientras se abrazan. Siento un horrible calor en todo mi cuerpo. Respiro aliviado cuando alguien le llama por teléfono y se aparta para atender la llamada.

—Quiero algo de Portugal o te retiraré la palabra —dice David—. Disfruta mucho de tu viaje—. ¿Viaje? ¿Portugal?

—Yo solo quiero que vuelvas pronto, rubita. Gracias por hacernos todo esto mucho más llevadero —José besa su cabeza. El hombre está emocionado y yo, bastante inquieto. Necesito saber por qué se va.

—¡SÍÍÍÍ! ¡SÍÍÍÍ! —Javier vuelve gritando como si estuviera loco y todos le miran confundidos. Incluido yo—. ¡SÍÍÍÍÍ, JODERRR! ¡JODER, JODER, JODER!

—¿Qué ocurre? —le preguntan extrañados. Está tan emocionado que ni siquiera les oye y salta sin parar.

—¡NATALIAAAAAA! ¡ES NATALIA! ¡ACABA DE DESPERTAAARRRR! —mis ojos se abren y mi pecho comienza a temblar. No lo puedo creer. Lo ha conseguido.

—¿¡QUÉÉÉ!?! —ahora todos gritan y saltan con él. Trato de controlar mis emociones. Haría lo mismo si pudiera.

En ese momento me llega un mensaje de César. Suerte que con el escándalo que están armando no lo han oído. Estoy relativamente cerca.

Natalia acaba de despertar. Mi pecho se llena y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol. Le llamaría eufórico, pero no es el momento. Vuelvo a guardar mi teléfono en el bolsillo con la intención de contestarle después.

Tras varios minutos festejándolo y abrazándose deciden ir al hospital de inmediato. Laura se disculpa.

—Por favor, si os dejan entrar en su habitación decidle que en cuanto vuelva iré a verla —dice apenada—. Que la quiero muchísimo y que me ha dado la mayor alegría que podía darme —seca sus lágrimas—. Me hubiera gustado tanto estar con ella... Pero no puedo demorarme más o perderé el tren. No os imagináis cuánta falta me hacía una noticia así precisamente hoy —se despiden y Laura camina hasta su coche. La sigo con cuidado para que no me vea. Abre la puerta y cuando entra, comienza a llorar sobre el volante. Saca unos papeles de la guantera, los mira durante un par de minutos y se pone en marcha. Me fijo en la dirección que ha tomado, corro hasta mi coche y voy tras ella. Me tiene preocupado. Tardo unos minutos en encontrarla, está parada en un semáforo. Comienza a callejear y acabamos en la clínica donde se hizo la ecografía. Todo esto muy raro. ¿No iba de viaje?

Al igual que la vez anterior, entra en el recinto y estaciona. Abre el maletero y saca las mochilas de él. Junto mis cejas, pensativo. Sigo observándola. Se para durante unos segundos frente a unas grandes puertas. Cada vez entiendo menos lo que está pasando. Pone la mano en su pecho, toma aire y entra.

Las horas pasan y Laura no sale. Estoy seguro de que continúa dentro porque su coche sigue en el mismo lugar. Por mi cabeza pasan mil ideas y no quiero hacerle caso a ninguna. Comienza a llover y decido entrar en mi coche y seguir esperando allí. El tiempo pasa y Laura sigue sin dar señales. A las tres de la mañana me armo de valor y decido entrar a preguntar, pero cuando llego la puerta está cerrada. El horario de visitas ha terminado y hasta las siete de la mañana no hay nada que hacer. «¿Habrás salido por otra puerta?», me pregunto. Pero al girarme vuelvo a ver su coche y descarto la idea. Regreso al mío, me recuesto y espero paciente. A las siete consigo entrar y me acerco a la

ventanilla de información.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—Sí... Buenos días. Verá, necesito información sobre una persona que entró aquí ayer.

—¿Quiere saber en qué habitación está?

—¿Habitación? —pregunto, extrañado.

—Sí, caballero, esta es la zona de ingresos —señala un enorme cartel.

—Cierto, perdone, es que vengo algo nervioso... —intento disimular.

—¿A quién busca?

—Laura Sanz, por favor.

—¿Es familiar?

—Sí —miento.

Teclea en su ordenador y un minuto después se dirige a mí de nuevo.

—Aquí está —murmura—. Habitación 312. Ingresó ayer. Están interviniéndole en este momento —mi cuerpo se tensa y creo no haberlo entendido bien.

—¿Perdone? —mi pulso se acelera.

—Los cirujanos ya están con ella. Puede esperar en la sala de espera que hay allí y alguien saldrá a informarle.

—¿Están operándola? —mis ojos se abren.

—Eso acabo de decirle —dice malhumorada.

—¿De qué? —pregunto impactado y bastante nervioso. ¿Qué está pasando aquí?

—Llevo el control de los pacientes, caballero. Puedo informarle de dónde están en cada momento, pero no de sus problemas de salud —

levanta una ceja—. Se supone que usted como familiar debería saberlo.

—Gracias. Estoy algo perdido hoy —antes de que sospeche más, camino hasta donde me ha dicho y espero.

Una hora después sale uno de los cirujanos y viendo que no tiene intención de pararse a hablar conmigo llamo su atención.

—Disculpe, ¿me podría ayudar?

—Claro, dígame —me mira atento.

—Necesito información sobre una chica a la que están operando en este momento. Estoy bastante preocupado.

—¿Cuál es su nombre?

—Laura. Laura Sanz.

—Acabamos de terminar con ella. No hemos salido porque nos dijo que no habría nadie esperando afuera.

—Sí... —rasco mi cabeza—. Es que creí que no llegaría, pero al final me dio tiempo... —miento—. ¿Cómo está?

—Todo parece haber salido bien. Está en recuperación. En cuanto vean que todo evoluciona favorablemente la trasladarán de nuevo a su habitación. Puedes esperar aquí, la sacarán de un momento a otro.

—Gracias —me quedo pensativo. ¿Se tratará de un aborto?—. Perdona, ¿ha perdido al bebé que esperaba? —arruga su frente y me mira extrañado.

—¿El bebé?

—Sí, está embarazada...

—Oh, entonces creo que no estamos hablando de la misma persona —respiro aliviado. Todo esto me estaba volviendo loco. Debe de haber dos chicas que se llamen igual en este jodido hospital.

—Eso parece —le digo, ahora más calmado—. Muchas gracias —nos despedimos y se marcha.

Ahora que ya está aclarado el malentendido y que se me ha ido el susto del cuerpo, solo me queda averiguar dónde coño se ha metido Laura. Cuando estoy a punto de marcharme, las puertas se abren y salen dos celadores empujando una camilla. Me aparto para que pasen y cuando veo quién está sobre ella mi corazón se para...

Capítulo 29

—¿Laura? —digo, sorprendido. Intenta abrir los ojos, pero vuelve a quedarse dormida.

—Todavía está bajo los efectos de la anestesia —dice uno de los hombres—. Hasta dentro de un par de horas no comenzará a despejarse —asiento nervioso y les sigo. No sé qué diablos está pasando, ni por qué Laura está aquí. No me atrevo a preguntar por miedo a que descubran que no soy cercano a ella y me obliguen a marcharme. «¿Por qué ha mentido a la familia de Natalia?». Llegamos hasta su habitación. Colocan la cama en su lugar y se marchan.

Salgo y entro del cuarto constantemente. Tengo miedo de su reacción cuando despierte y me vea. Por un momento me planteo irme, pero por alguna extraña razón soy incapaz de apartarme de ella. Necesito saber que está bien.

Estoy en el pasillo cuando una doctora entra a la habitación. Me acerco a la puerta y escucho tras ella.

—Buenos días, Laura.

—Mmmm —está despertándola.

—Laura. ¿Puedes oírme?

—Sí... —habla débilmente—. Joderrrr... —se queja.

—Con cuidado. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado una manada de elefantes.

—Es normal al principio —la doctora trata de calmarla.

—¿Han logrado sacar esa mierda de mi cuerpo?

«¿Mierda de su cuerpo? ¿Está hablando así de su bebé?». Escucho más atentamente.

—Sí, hemos tenido mucha suerte. Todavía era muy pequeño y estaba muy localizado.

—Dios... —vuelve a quejarse, pero su tono cambia en un segundo—. Qué agradable es saber que no podrá seguir creciendo dentro de mí —mis ojos se abren.

«¿Ha mentido a todos para venir a practicarse un aborto?». Una gran decepción se apodera de mí. Ni en mil vidas imaginaba a Laura de esa manera. Decido que es el momento de irme de allí. No merece la pena perder más tiempo. «Pobre pequeño, ha pagado las irresponsabilidades de su madre». Doy un gran portazo al cerrar la puerta cuando subo a mi coche. Siento rabia e impotencia. En mi imaginación había visto muchas veces cómo sería la carita de esa criatura y comenzaba a tener simpatía por ella. Conduzco de vuelta, necesito ir a casa y descansar. Llevo varios días sin poder hacerlo adecuadamente.

Cuando llego por fin, tengo que apartar varias telas que hay por el suelo para no pisarlas. Sonia está cosiendo de nuevo y lo tiene todo empantanado. Entro al salón con la intención de saludarla, pero está dormida en el sillón. Aprovecho para tomar una ducha y ponerme ropa cómoda.

—Hola, hermanito —dice cuando salgo del baño. Bosteza.

—¿Te he despertado?

—No, puse la alarma y sonó hace cinco minutos. ¿Cómo van las cosas con Laura? —comienza el interrogatorio.

—Igual —respondo para quitármela de encima.

—¿Todavía no has hablado con ella? Debes contarle lo de la confusión cuanto antes —dudo, pero al final contesto.

—Es inútil. Prefiere creer la película que se ha montado en su cabeza antes que a mí.

—¿Y no piensas desmentirlo?

—Desisto. Lo he intentado, pero no quiere oírme —arruga su frente y sin decir nada más se marcha de nuevo al salón, pensativa. Está dándole vueltas a algo y eso no me gusta. Espero que no se le ocurra intervenir.

Me paso el día metido en mi cuarto mirando al techo. No paro de darle vueltas a todo lo relacionado con Laura. Tengo que olvidarme de ella. Una persona que hace algo así y sin ningún tipo de remordimiento no me inspira confianza.

A la mañana siguiente me despierto temprano y bastante desanimado. Necesito buscar algo que me distraiga o volveré a caer en mi depresión. No tengo ganas de salir de la cama y nada me obliga a hacerlo, como días atrás. Todo mi trabajo está hecho y César ya no me necesita como antes. Anoche, mientras esperaba a que abrieran las puertas del hospital, estuvimos hablando sobre el avance de Natalia. Me alegro muchísimo por los dos, ojalá no le quede ninguna secuela y pueda salir adelante. Después de todo lo que han pasado, merecen ser felices.

• • •

Los días pasan y no he vuelto a tener noticias de Laura. He ido un par de veces a ver a Natalia, pero parece que no ha ido a visitarla todavía. Me extraño, un aborto es cosa de un par de días si no hay

complicaciones. No debería preocuparme, pero lo hago. Voy de camino al hospital, tengo que hablar con César sobre la investigación de Erika. He hecho algunas llamadas y parece que no dan con ella.

—Vaya, también parece ser el día de las visitas —dice César cuando abro la puerta. No sé de qué están hablando, pero imagino que bromea—. No me digas que tú también vienes a meterte conmigo —miro hacia el interior de la habitación y me bloqueo al ver a Laura dentro.

—Hola —digo tenso. Venía a ver qué tal está Natalia y a hablar contigo.

—Bueno, chicos —dice Laura mientras se pone en pie—. Yo me tengo que ir ya —deja un beso en la mejilla de Natalia, coge sus cosas y cuando va a salir de la habitación me pongo en medio cortándole el paso. No quiero que se vaya por mí.

—No hace falta que te vayas. Solo estaré un par de minutos aquí y después me iré —digo con mi frente fruncida.

—Lo que yo haga o deje de hacer es algo que a ti ya no te importa. Apártate —dice secamente. César nos mira con las cejas levantadas.

—Laura, no hagas esto más difícil —trago saliva y les miro. Estoy comenzando a ponerme nervioso. Nadie aquí sabe lo que tuvimos, o eso creo, y estamos poniéndonos en evidencia.

—¿Puedes cuidar un momento de Natalia mientras Álex y yo hablamos? —pregunta César a Laura. Sé que lo hace para ayudarme.

—Está bien —responde más calmada.

—¿Vamos? —César pone la mano en mi hombro para que corte el contacto visual con Laura. No puedo dejar de mirarla, hay algo en su mirada que no me gusta, parece triste y además tiene muy mala cara. Estoy seguro de que no tiene nada que ver con su aborto voluntario.

Habló sobre ello con desprecio y como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Claro —digo algo confuso—. Vamos —salimos.

—¿Qué es lo que ha pasado ahí dentro? —pregunta mi amigo.

—Es una larga historia, ya te contaré —suspiro.

—Espero que esa historia se solucione pronto —contesta—. Nunca me he metido en tu vida, ni en tu forma de actuar, pero estoy bastante preocupado por ella y creo que entre los dos ha pasado algo.

—Es posible —bajo la mirada.

—No he querido preguntarle delante de Natalia, pero parece no encontrarse bien. Está demasiado apagada y no me gustan esas ojeras que tiene, ni su repentina pérdida de peso —que César lo note todavía me inquieta más.

—A mí tampoco —sabe que está incomodándome y cambia de tema.

—¿Qué es eso que tenías que contarme?

—Es sobre Erika.

—¿La tienen ya? —se emociona.

—No, y parece que ya no está en Alemania. Se les ha escapado y ni siquiera su padre sabe dónde está.

—Mierda. ¿Deberíamos tener cuidado? —hay preocupación en su rostro.

—No creo que vuelva por aquí en una temporada. Sería idiota si lo hace, porque la cazarían en el momento. Pero no acabo de fiarme —me mira atento—. Si ha sido capaz de manipular a Mario y a Manuel es capaz de manipular a cualquiera y conseguir lo que quiere sin necesidad de viajar hasta aquí —se queda mirando al vacío por unos

segundos.

—¿Podrías llevar algún tipo de investigación paralela como has estado haciendo con Mario? Estaría más tranquilo.

—Lo hago desde el primer día —relaja sus hombros—. Haré todo lo que esté en mi mano para evitar que pueda haceros daño de nuevo. Siento tanto lo que le ocurrió a Natalia.

—Eres un gran amigo, Álex —me abraza—. No debes cargar ese peso sobre tus hombros. Gracias a ti ella está conmigo y casi todos los culpables pagando su condena. No sé qué hubiera sido de mí sin ti —sus palabras consiguen calmar mi pena. Ojalá yo también hubiera conseguido un final feliz como él. Ese maldito narcotraficante al que teníamos acorralado fue más listo que nosotros. Nos tendió una trampa al descubrir que Gema era una agente infiltrada y no pudimos hacer nada.

Entramos de nuevo en la habitación, y Laura se incomoda. Me despido rápidamente, no quiero seguir torturándola con mi presencia.

—Yo ya me marchó, vendré en otro momento, Natalia —digo mirando a Laura. No me gusta verla así, algo está mal en ella—. Espero que todo siga tan bien como hasta ahora. Por lo que me cuenta César estás avanzando muy rápido y me alegro mucho por ello —cierro la puerta antes de que nadie conteste y me marchó.

Mientras camino por el largo pasillo no puedo parar de pensar en ella, necesito saber qué le está afectando tanto. Entiendo que son demasiadas cosas por las que está pasando, pero tiene la fortaleza suficiente como para poder con todas ellas. Y ahora que su amiga ha despertado, es una pena menos. Razón por la que debería estar feliz y no encuentro ni una pizca de ello en su rostro. La impotencia me

puede, y aun a riesgo de que me demande por acoso, hablaré con ella.

Cuando salgo del hospital, me apoyo en una de las esquinas y espero pacientemente. Siento mis manos húmedas y estoy poniéndome nervioso. No tengo ni idea de cómo voy a empezar una conversación con ella si no quiere saber nada de mí, pero tengo que intentarlo como sea.

Tras media hora cambiando de postura inquieto, por fin la veo salir. Camina lentamente y observándolo todo como si no conociera la zona. No se parece en los más mínimo al remolino de mujer que suele ser. Pasa casi rozándome y ni siquiera se da cuenta de que estoy ahí.

—Laura —se sobresalta. Me mira fijamente durante unas décimas y sigue caminando. La sigo—. Para... no hagas esto más difícil.

—Álex, lárgate —dice sin ánimos. No me grita. Es extraño.

—Necesito que hablemos.

—Ya te dije que tú y yo no tenemos nada de qué hablar —suspira—. De verdad, Álex, estoy agotada de esto. Entiéndelo de una vez —con cada frase que suelta mi preocupación aumenta.

—No pararé de seguirte hasta que me concedas unos minutos —esa frase capta su atención. Se para y se gira.

—Si ese es el precio que tengo que pagar para que desaparezcas de mi vida, adelante —quiere cruzar los brazos, pero hace una mueca de dolor y vuelve a dejar uno a cada lado de su cuerpo. No se me escapa el detalle. Es posible que todavía sus hormonas no estén recuperadas y le duelan los pechos.

—Yo... —me pilla desprevenido, pensé que tendría que pelear más para esto—. Yo... solo quiero que sepas que estás muy equivocada en lo que piensas de mí.

—Estoy harta de este tema —resopla mientras niega con su cabeza.

—Laura, es cierto que te investigué, pero por una buena razón — inspira profundamente, buscando paciencia—. Todas las pruebas parecían incriminarte. Siempre estabas en medio, creo que tú también hubieras sospechado de mí en caso contrario.

—Álex —mi vello se eriza, su tono es demasiado calmado—. Hubiera entendido eso, pero jamás podré perdonarte que me hayas usado en la forma en que lo hiciste —sus ojos se empañan—. ¿No pensaste en mis sentimientos?

—Tú me dijiste que no creías en esto.

—¿Y si eso estaba cambiando? ¿Y si estaba empezando a sentir algo por ti? —trago saliva. ¿Está admitiendo lo que creo?

—Yo... Lo siento —tengo un gran nudo en mi garganta—. Quizás yo también me dejé llevar por los míos. Y no fue todo tan calculado como crees —hay confusión en su mirada y me arrepiento de lo que acabo de decir. No debí haber sido tan sincero.

—¿Y tu pareja? ¿Sabe que la engañas?

—Respecto a eso... —miro hacia otro lado buscando la fuerza que necesito para continuar—. Es cierto que hay otra mujer.

—¡Suficiente! —levanta su mano y no me deja acabar.

—¡JODER! —grito, nervioso—. ¡Déjame terminar una frase de una puta vez! No te imaginas lo duro que es para mí esto y lo difícil que me lo pones con tu actitud.

—Acabas de confirmarlo. ¿Qué esperabas?

—Laura...

—Suerte, Álex, se acabó tu tiempo —seca rápidamente un par de

lágrimas que tiene sujetas en sus ojos y se da la vuelta.

—¡NO! —grito, esta vez angustiado. Me mira extrañada—. ¡TÚ NO SABES NADA! —un gran dolor me desgarrar por dentro. No puedo más—. ¡GEMA MURIÓ! ¡MURIÓ! ¿Me oyes? ¡MURIÓÓÓ!

Capítulo 30

Laura

—¿Qué? —mi corazón se contrae—. Si esta es otra de tus mentiras para llamar mi atención estás cayendo demasiado bajo —intento marcharme, pero sujeta mi brazo.

—¡MURIÓÓÓ! ¡Entérate de una puta vez! —respira agitado. Hay dolor en su rostro—. ¡GEMA MURIÓ! —varias lágrimas corren por sus mejillas.

—Álex... —intento acercarme a él, pero se aparta.

—¡No me toques! —pone sus manos a ambos lados de la cabeza y se mueve nervioso—. No busco tu compasión —dice con rabia—, solo quiero aclarar esta mierda contigo porque me está matando. No pareces la misma desde que nos distanciamos, y eso me jode como no te imaginas —si él supiera cuál es la verdadera razón...—. ¡No debí dejarme llevar por mis sentimientos hacia ti! —mi corazón late con fuerza. ¿Se arrepiente? ¿Siente algo por mí?—. Fui débil, Laura. Lo siento, lo siento mucho. Jamás quise hacerte daño. No te utilicé en ese aspecto. Nunca me acostaría con alguien solo para obtener información. Puedo ser un cabrón a veces, y admito que uso otros métodos. Pero ese precisamente no entra en mis planes —pestañeo sin saber qué decir. Me siento ridícula y triste a la vez.

—Yo... —trago saliva—. Álex... —empiezo a creer que me equivoqué al juzgarle.

—Y ahora que ya sabes la verdad —dice esta vez, más calmado—, deseo con todas mis fuerzas que te vaya bien en la vida —¿Se está despidiendo?—. Has sido la única persona desde que la perdí que ha logrado sacarme de mi nube negra durante días, y te estoy muy agradecido por ello —hay tormento en su mirada. Sus ojos miel parecen más oscuros—. Por mi parte ya no tendrás que preocuparte más. Puedes seguir con tu vida como hasta ahora —una punzada de dolor me atraviesa al recordar las feas palabras que le dije la última vez. ¿Seguirá creyendo que estoy embarazada?—. Soy un hombre de palabra, Laura. No volveré a molestarte —pone una de sus temblorosas manos sobre mi mejilla y me acaricia con su pulgar—. Cuídate, por favor. Solo necesito eso —sonríe amargamente. Todo esto debe de estar siendo muy duro para él. Aparta lentamente su mano de mí, dejándome con una desagradable sensación de soledad, y sin decir nada más se marcha.

Durante un par de minutos no me muevo de donde estoy. Correría tras él suplicándole perdón. Sin saber la verdad he estado a punto de rendirme ante él en varias ocasiones, necesito tanto de Álex. Me ha costado mucho mantenerle alejado de mí. Actuar continuamente en contra de mi voluntad ha sido más duro de lo que creía. Solo me apetecía abrazarle cada vez que le tenía cerca. Ahora que lo sé todo, y me ha aclarado las cosas, va a ser mil veces más difícil contenerme. Pero entiendo que es mejor así. Si es cierto que siente algo por mí estoy segura de que sufriría con mi enfermedad, al igual que yo lo haría si fuera al revés.

La imagen de Álex pasando por algo parecido me afecta más de lo que me gustaría. De ninguna manera debe enterarse. Y después de lo que acaba de contarme, no puedo hacerle pasar por esto. Es posible

que me quede poco tiempo... Últimamente no paro de pensar en ello. Me he negado a las sesiones de

radioterapia y he dejado de ir a la consulta. Mi oncólogo dice que es curable, que tengo que hacerlo. Pero eso también se lo dijeron a la persona que más quería y no sirvió de nada. Quiere que vea a un psicólogo, pero nada va a hacer que cambie de opinión. No tengo fuerza para afrontarlo. Siento que tengo perdida la batalla antes de empezar y me vengo abajo sin ganas de intentarlo. Emocionalmente estoy rota. Vivo en un pozo sin fondo. Me encuentro tan sola... Pero no pienso contarlo, no quiero darle esta carga a nadie.

Mi madre era realmente fuerte, admiraba eso de ella. Recuerdo cómo trataba de agarrarse a la vida con uñas y dientes, pero de nada sirvió. Después de vivir aquella experiencia, no pienso gastar energía en vano. Lo que tenga que ser será. Si esta mierda viene a por mí, no pienso resistirme. Mi vida acabó el día que me dieron la noticia.

• • •

Los días pasan y mi pena cada vez es mayor. Me estoy consumiendo poco a poco. Soy incapaz de comer, mi estómago está totalmente cerrado. No he vuelto a saber nada de Álex desde que se despidió de mí. Le echo de menos. Pese a que por mi orgullo siempre le hacía creer que no quería que se me acercara, me ayudaba mucho verle, aunque solo fuera un instante. Es todo tan extraño. ¿Se puede necesitar tanto a alguien como para perdonarle cualquier cosa?

Cuando visito a Natalia, tengo la esperanza de volver a encontrarlo allí, pero por desgracia no es así. Cada vez me cuesta más fingir que todo está bien y mi amiga parece notarlo.

—Lau... Prométeme que descansarás —dice Natalia cuando me

despido de ella. Todavía le cuesta hablar—. Tienes unas ojeras que te llegan a los pies.

—No te preocupes —sonrío con esfuerzo—. Es solo que ahora tengo más trabajo del que me gustaría —le guiño uno de mis ojos y abro la puerta para marcharme.

—Te acompaño —dice César—. Quiero sacar un café de la máquina —asiento y le espero—. Cuando salimos al pasillo, se asegura de cerrar bien la puerta.

—Laura —su tono es tan serio que lo miro rápidamente.

—¿Ocurre algo? —pregunto, extrañada.

—Sí, ocurre.

—¿Cuándo pensabas decirme qué es lo que te tiene así?

—¿Así? ¿Cómo? —me hago la tonta.

—Laura... Espero que me perdones por esto, pero llevo días preocupado por ti, y aunque no me corresponde porque no eres mi paciente, he revisado tu informe médico.

—¿¡QUÉ!?! —siento latir el corazón en mis sienes.

—Chsssss... Imagino que tú tampoco quieres que se entere Natalia —me toma del brazo y me aparta de la puerta.

—¿Quién coño te crees para hacer algo así? —mis ojos se llenan de lágrimas y respiro con dificultad.

—Tu amigo, Laura —sus palabras me bloquean. Me mira durante un par de segundos y al ver que no reacciono se acerca hasta mí y me abraza. No me resisto—. Necesito que seas fuerte y sigas entre nosotros. Todos necesitamos en nuestra vida a alguien como tú, y Natalia no soportaría tu pérdida. Nos alegras la existencia—. Lloro

desconsoladamente sobre su hombro. Soy incapaz de hablar—. He visto que no acudes a tus citas médicas y que te estás negando a la medicación. Y, como comprenderás, no puedo consentir algo así. Es lo más parecido a un suicidio, y no pienso quedarme a mirar de brazos cruzados—. Acaricia mi pelo —nuestros hijos te necesitarán. Nadie en el mundo podría enseñarles a disfrutar la vida mejor que tú —ríe—. Aunque siempre te consideraré una mala influencia.

—No lo voy a conseguir —sollozo—. Es inútil. Mi madre era más fuerte que yo y no lo consiguió.

—Por desgracia, antes no teníamos los avances de los que disponemos ahora —toma mi barbilla y alza mi cara para que lo mire—. El índice de mortalidad en un cáncer de este tipo es muy bajo si se trata. Y tú, señorita, estás de suerte. Tu madre se sentiría orgullosa al saber que su muerte no fue en vano, y que gracias a que ya conocías esta enfermedad y sus síntomas has conseguido darte cuenta a tiempo y así poder salvar tu vida —sonríe.

—Pero... —no me deja acabar.

—No hay peros. Hazlo por tu madre, por Natalia, por todos los que te queremos. Pero sobre todo hazlo por ti. Demuéstrate a ti misma que eres capaz de todo lo que te propongas. Vuelve a ser la Laura que conocemos. Tienes a medio Madrid acojonado, seguro que puedes hacer frente a cuatro células con mala leche —ríe al tiempo que lloro.

—Gracias —es lo único que sale de mi boca. Estoy totalmente emocionada.

—Ojalá todas las personas con este problema fueran diagnosticadas tan pronto como tú. La palabra *cáncer* dejaría de tener un significado tan aterrador —asiento—. Deja que hable con tu oncólogo y te envíe un

mensaje con la nueva cita. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —tiene razón... Estoy tan feliz de que Natalia haya encontrado a alguien como él...

Me abraza fuertemente una vez más y nos despedimos. Sus palabras han conseguido cargar mis pilas y me siento más fuerte. Voy a luchar. Sé que no será fácil, pero tengo que intentarlo. Quiero vivir y con eso me basta. Tengo que aprovechar al máximo esta segunda oportunidad que la vida me está dando y tratar de curarme. La niebla de los últimos días ha hecho que valore mucho más todo lo que me rodea. Hasta que no tocas fondo de esta manera no sabes lo que te estás perdiendo.

Cuando salgo del hospital veo un coche muy parecido al de Álex y mi corazón da un vuelco. Siento decepción al descubrir que no es él. ¿Qué me está pasando? Desde que le conozco le tengo siempre presente. Es tan distinto a los demás. Cuando está cerca todo deja de importarme y solo puedo centrarme en sus grandes ojos. Cualquier cosa que pueda afectarle también me afecta a mí. Es como si estuviéramos conectados por un hilo invisible y lleno de terminaciones nerviosas. Para mí un beso nunca ha significado nada, pero cuando es con él lo significa todo. Un roce, una mirada, una sonrisa... Todo es tan diferente viniendo de Álex... Mi orgullo me la ha jugado esta vez. Debí dejarle que me explicara en vez de negarme a escucharle. He sido una idiota. Creo que ha llegado el momento de disculparme. Saco mi teléfono del bolso y le escribo:

Hola, Álex. Siento mucho todo lo que te he hecho pasar estas semanas. Espero que logres perdonarme algún día.

Capítulo 31

Álex

Tras varios días sin saber de Laura, acaba de llegarme un mensaje. Me siento mucho más nervioso de lo que podía imaginar. Correría a buscarla para hablar de esto en persona, y hacerle ver que todo ya está bien para mí. Pero le prometí no acercarme y debo cumplirlo. He pasado un par de semanas horribles intentando olvidarla, pero la llevo tan dentro que es imposible. Mire donde mire la veo a ella, y para colmo Sonia no para de provocar que la recuerde con sus indiscretas preguntas. Quizás debería responderle. Tampoco quiero ser maleducado. Es cierto que me lo ha hecho pasar fatal con su cabezonería y empeño en no escucharme, pero yo también creía cosas de ella que no eran. Si me pongo en su lugar, hubiera pensado lo mismo. Estoy acostumbrado a sacar conjeturas y posibles teorías de todo. Trabajar en la policía te hace ser así. Siempre he tenido buen ojo y conseguía acercarme a la verdad, pero no sé qué coño me ha pasado con Laura que no he acertado ni por error.

Vuelvo a mirar el mensaje una vez más. Estoy seguro de que debe sentirse mal y no me gusta la idea, quiero aliviarla. Decido responder:

Hola, Laura. No te preocupes. Ya está olvidado. Cúdate.

Lo envío y me quedo mirando la pantalla. Unos segundos después, me arrepiento de haber sido tan cortante. Me encantaría obtener un mensaje de vuelta, pero he cerrado tanto la frase que no le he dado ninguna opción. Si al menos le hubiera preguntado cómo estaba...

Vuelvo a escribir:

¿Cómo te encuentras? Busco el botón de enviar y antes de hacerlo, dudo. Vuelvo a hacer el mismo movimiento, y cuando estoy a punto de mandarlo, lo borro. No debo tener ningún tipo de relación con ella. No podemos ser ni amigos. Es peligroso para mi salud mental y una tentación que debo evitar a toda costa. Fui débil una vez, pero no volverá a pasar.

El resto del día estoy de mal humor. No encuentro la razón que me tiene así, pero me molesta cualquier cosa. No paro de revisar mi teléfono. Me cabrea tanto no encontrar en él lo que busco que lo lanzaría contra el suelo. Todo mi esfuerzo por mantener la calma estos días se ha ido a la mierda con su mensaje. Creía que lo estaba superando, pero nada más lejos de la realidad. Me ha jodido la vida. No puedo parar de pensar en ella.

Mi corazón casi se para al notar vibrar mi móvil. Lo saco de mi bolsillo como si me fuera la vida en ello y cuando descubro la palabra César una gran desilusión se instala en mi cuerpo. «Mierda, Laura me tiene pillado por los huevos», me digo.

Tráeme algo de ropa limpia. Gracias, guapetón. Está contento, cosa que yo no. Resoplo indignado y conduzco hasta el hotel. ¿Por qué esta necesidad de tener noticias tuyas? Es como una droga para mí, necesito una dosis para sentirme mejor.

Aparco y subo a la casa de mi amigo. Abro con la copia que me entregó y preparo lo que me ha pedido. Una hora después, cargo un par de mochilas en mi espalda y camino hasta la calle. Justo cuando voy a salir, alguien entra y chocamos bruscamente.

—¡Putá mierda! —mi corazón salta al oír su voz—. ¿Por qué todos los

golpes tienen que ir al mismo lugar? —Laura tiene una mueca de dolor en su rostro, se balancea para aliviarse y con una mano sujeta su pecho.

—¿Estás bien? —suelto las mochilas en el suelo y camino hasta ella.

—¿Álex? —sus ojos se agrandan. Trata de ocultar su dolencia y me doy cuenta.

—Lo siento, no te había visto. ¿Te he hecho daño?

—No, no —su frente sigue arrugada. Está mintiendo—. Ya está, ha sido más el susto —traga saliva y fuerza una sonrisa. Los huesos de sus clavículas están mucho más marcados. Me fijo mejor y compruebo que ha vuelto a perder peso.

—Laura, ¿qué te está pasando? —no puedo evitar preguntar. La preocupación me puede.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué? —se mueve, nerviosa.

—Estás... —la repaso con la mirada—. Cambiada.

—Sí, bueno... Trabajo mucho, duermo poco y apenas tengo tiempo para comer.

—Deberías cuidarte más. No tienes buen aspecto —me quedo mirándola durante unos segundos y noto cómo se incomoda.

—Recibí tu mensaje —cambia hábilmente de tema—. Siento mucho todo lo que ha pasado. Soy una idiota —baja su mirada—. Odio a muerte las infidelidades por el daño que hacen y me cegué al ver aquella foto con esa dedicatoria. Realmente pensé que estabas prometido.

—Ya, es normal. No te preocupes. Cualquiera hubiera pensado lo mismo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo vi oportuno —ahora el nervioso soy yo—. Nunca pensé que llegaríamos tan lejos —me encojo de hombros.

—Álex... ¿Puedo preguntarte algo? —me tenso y asiento, poco convencido—. ¿De que murió? —retengo el aire en mis pulmones—. ¿Fue por culpa de alguna enfermedad? —hay dolor en su mirada.

—No, no fue ninguna enfermedad. Murió en el trabajo.

—¿Un accidente laboral? —sus ojos se abren, sorprendidos.

—Algo así, sí —bajo la mirada. Todas las imágenes vuelven a mi mente.

—Vaya, lo siento mucho. Debió de ser muy duro para ti.

—Mucho —sus hermosos ojos verdes están clavados en los míos.

—¿Llegasteis a casaros?

—Por desgracia no —un fuerte dolor atraviesa mi pecho. Necesito acabar con este interrogatorio cuanto antes—. Nos quedamos a seis días de la boda.

—¿Seis días? —dice, sorprendida—. Dios mío, Álex... De verdad que lo siento —se queda pensativa.

—Gracias. ¿Vienes a ver a los padres de Natalia? —trato de dar la vuelta a la conversación.

—Sí, acabo de estar con ellos. Ahora solo estoy recogiendo algunas cosas que dejé aquí —sonríe.

—¿Quieres que te ayude? —«¿Qué coño estoy haciendo?», me riño mentalmente.

—Pues... La verdad es que sería buena idea. Mientras estuve aquí me fui trayendo un ropero completo y ahora tengo que cargar con varias

bolsas.

—No se hable más —dejo las mochilas de César bajo el mostrador de recepción y caminamos hasta la antigua habitación de Laura.

—No te asustes —bromea por el camino—. Apenas se ve el suelo de tantas cosas como tengo que sacar.

Abre la puerta y nos ponemos manos a la obra. Cada vez que levanta peso, su cara cambia y me preocupa.

—Laura... ¿De verdad te encuentras bien?

—Sí, sí, tranquilo —hay pequeñas gotas de sudor en su frente y no hace demasiado calor. Toma una de las bolsas más pesadas y un fuerte quejido sale de sus labios.

—¡Laura! —corro hasta ella y la sujeto por los hombros mientras se inclina hacia delante. Resopla de dolor—. ¿Qué te has hecho? —busco su cara, pero no me deja verla. Cuando por fin lo consigo, me parte el alma. Está llorando—. No, venga, no llores —la abrazo. Necesito calmarla—. Chsss, venga, tranquila —su aroma inunda mis fosas nasales e instintivamente cierro los ojos. Todo mi cuerpo se relaja teniéndola entre mis brazos. Apoyo mi barbilla en su cabeza y espero a que deje de llorar.

—Lo siento —dice al cabo de unos minutos. Se separa lentamente de mí y limpia sus mejillas—. Me ha dado un tirón —intenta sonreír, pero no lo consigue. Otra lágrima más rueda por su mejilla. Tomo su cara con mis manos y la miro fijamente a los ojos.

—Necesito saber qué te tiene así. Estoy volviéndome loco, Laura —susurro cerca de su cara—. No creo que seas de las que llora por una contractura muscular.

—Yo... Es solo que... —sé que está buscando una excusa—. Tengo un

poco de bajón, se me han juntado muchas cosas —vuelve a llorar y ahora es ella quien se refugia en mi pecho. Pongo una de mis manos en su nuca y la aprieto contra mí.

—Sea lo que sea se solucionará —trato de calmarla. Acaricio la piel de su cuello con mis dedos.

Hago memoria y recuerdo lo que me dijo aquel día en la puerta de su casa, la primera vez que descubrí que había estado llorando: “Las cosas no están saliendo como me gustaría”. Desde entonces ha ido en decadencia a pasos agigantados y no ha levantado cabeza. Es posible que esté pasando por una depresión y todo lo que está sucediendo últimamente lo esté empeorando. La agresión de Natalia, nuestra pelea o su aborto. Aunque esto último lo buscó ella, hay muchas mujeres que después experimentan una gran sensación de pérdida y se arrepienten.

—Ojalá vengan pronto tiempos mejores —dice con su cabeza hundida en mi ropa.

—Todo pasa tarde o temprano, Laura. Solo es cuestión de esperar —tomo su barbilla y tiro de ella—. Creo que sé cómo te sientes en este momento —me mira, confusa—. Yo sufro depresión desde hace años y en esta época suele empeorar. Todo se vuelve negro y parece que no hay salida —muerde sus labios mientras me escucha y no puedo dejar de mirar su boca. Es perfecta. Me distrae tanto que pierdo el hilo de la conversación y se hace el silencio entre nosotros. Su cuerpo todavía está pegado al mío y comienzo a ser consciente del calor que desprende. Unas increíbles ganas de besarla se apoderan de mí y soy incapaz de contenerme. Su aroma me embriaga de tal manera que lo único que importa en ese momento es ella.

Todo desaparece de mi mente cuando mis labios rozan los suyos. No se aparta y me devuelve el beso. Su respiración se acelera al igual que la mía. Cierro mi mano en un puño atrapando su cabello y la aprieto contra mí. Nos besamos lentamente, disfrutándonos. Mis labios atrapan los suyos una y otra vez. Cada vez que nuestras lenguas se tocan mi corazón se acelera. Siento que floto y necesito más cercanía. Rodeo su cintura con mi otra mano y cuando tiro de ella, un quejido sale de su boca. Me aparto despacio y la miro buscando la causa.

—La espalda me está matando... —pasa sus manos por mi cuello—. No dejes de hacer lo que estabas haciendo, musculitos —mi corazón da un vuelco con su última palabra y creo perder el sentido. Su cálido aliento tan cerca de mi cara vuelve a dominarme y no dudo en hacer lo que me pide. Mis manos comienzan a moldear su cuerpo muy despacio. Acaricio sus muslos, sus glúteos, su cintura, su espalda... Mi lengua lame cada centímetro de su boca desesperadamente. Necesito saborearla. Siento que moriré si no lo hago.

—Mierda —digo sin dejar de besarla cuando oigo mi teléfono sonar. Sonríe mientras sujeta mi labio inferior con sus dientes. Si no me suelta no podré contestar la llamada. Lejos de importarme, vuelvo a besarla con deseo y es ella quien me detiene.

—Atiéndelo. Quizás sea importante —seca con su pulgar la comisura de mis labios. Debe de haberme manchado con su crema labial. Asiento confuso. No sé muy bien cómo hemos acabado así.

—¿Sí? —contesto sofocado mientras trato de recuperarme y volver a la tierra.

—Álex, soy Gabriel.

—Hola, Gabri. ¿Cómo va todo? —es mi antiguo compañero y una de

mis fuentes más fiables dentro de la policía.

—Tengo noticias. ¿Puedes hablar?

—A medias. Te escucho, cuéntame —entiende que no estoy solo y comienza a hablarme.

—Erika está en España —mis ojos se abren—. Ha conseguido entrar al país con un pasaporte y nombre falsos. Se han dado cuenta dos días después, por lo que no tenemos ni idea de dónde está. Estamos seguros de que busca venganza. No hay otra opción para que se arriesgue de esa manera. La pareja que estás protegiendo está en peligro.

Capítulo 32

Tras escuchar todo lo que Gabriel tenía que decirme, cuelgo.

—Deberías verte la cara —dice Laura—. ¿Pensando en matar a alguien? —ríe.

—No vas desencaminada —silencia su risa al oír mi tono serio.

—¿Qué ocurre? —me presta más atención.

—Erika está en España.

—¿Qué? —sus ojos se agrandan.

—Lo que oyes. Tengo que avisar a César cuanto antes. Es posible que tenga intención de hacerles algo. No se hubiera tomado tantas molestias para nada.

—Dios mío... —pone las manos sobre su rostro.

Marco el número de mi amigo varias veces y no obtengo respuesta.

—Mierda. Debe de tenerlo en silencio.

—¡Corre! ¡Ve a decírselo! —me empuja para que salga de la habitación.

—¿Podrás con todo esto sola?

—Iba a hacerlo desde el principio, no te preocupes. Tienes que informarles —asiento y camino rápido por el pasillo. Tomo las mochilas cuando paso por recepción y una vez que las cargo en el coche conduzco hasta el hospital.

Cuando estoy a punto de entrar a la habitación, veo a César sacando

un par de cafés de una máquina expendedora.

—¡Hola, Álex! —dice cuando me ve llegar—. Te estaba esperando. ¿Quieres un café? No es muy bueno, pero calienta el estómago —sonríe, pero su sonrisa se apaga pronto. Frunce el ceño y me mira con más detenimiento—. ¿Pasa algo?

—Sí —digo serio—. Acaban de comunicarme que Erika está en España.

—¿Han conseguido detenerla? —sé que es lo que más desea. Conseguirá relajarse completamente cuando eso ocurra.

—No, amigo. Ha conseguido un pasaporte falso y está oculta en algún lugar. Estáis en peligro —su cara cambia y los cafés caen al suelo.

—No...

—Tranquilo, no voy a dejar que os haga daño.

—No puede ser. No podemos volver a pasar por lo mismo otra vez —mira al vacío.

—César, céntrate —temo que le dé una de sus crisis—. Vamos a arreglarlo todo para que no os pueda localizar.

—¿Cómo? —pregunta, agitado.

—Lo primero es cambiar de domicilio. Ganaremos tiempo así.

—Comenzaré a mirar casas hoy mismo —cambia el peso de una pierna a otra, nervioso, y mira por todas partes.

—Hay que contratar más seguridad mientras estéis aquí.

—¡Contrata un ejército si hace falta! No puede acercarse a Natalia —se pone las manos sobre la cabeza. Está tratando de controlarse.

—Conozco a los mejores para esto. Déjalo en mis manos. ¿De acuerdo?

—Confío plenamente en ti. Sé que lo que hagas será lo correcto —traga saliva—. Álex, Natalia no debe enterarse. Estas noticias en su estado podrían traer graves consecuencias.

—Tranquilo —pongo las manos sobre sus hombros—. Atraparé a esa perra, aunque tenga que dejarme la vida en ello —mira al suelo y siento pena por él. Merecen ser felices después de todo lo que han pasado y no pienso dejar que Erika se interponga.

Le entrego las mochilas y paso a saludar a Natalia.

—Hola, Natalia. ¿Cómo estás hoy?

—Ufff... No lo sé. Todavía tengo la sensación de estar viviendo un sueño —sonríe.

—Creo que puedo imaginármelo —le devuelvo la sonrisa.

—Por cierto, Álex. Quería hablar contigo —mis pulsaciones aumentan, creo saber de qué—. ¿Hace mucho que no ves a Laura? —«Mierda».

—No mucho —respondo para salir al paso. No quiero explicarles que solo hace unos minutos.

—¿Sabes si tiene algún problema con alguien? Hoy estuvo aquí y me dejó bastante preocupada. Su aspecto es horrible y la chispa de mi amiga ha desaparecido —César se mueve inquieto—. Nunca he visto a Laura así y estoy muy intranquila. ¿Crees que podrías investigar un poco? Quizás está teniendo problemas con alguien y no me lo quiere decir —algo está pasando. Al parecer ese extraño comportamiento de Laura no es algo que llame solo mi atención. Parece ser nuevo hasta para su amiga.

—No creo que sea eso —dice César rápidamente—. Laura sabe

defenderse muy bien. No deberías preocuparte tanto. Seguro que es porque todavía no se ha repuesto del susto que le diste —besa la cabeza de Natalia—. A medida que tú estés mejor, ella también. Ya lo verás.

—¿Tú crees? —pregunta.

—Estoy seguro —César hace un gesto que no me gusta nada y se activan todas mis alarmas. Descubrí hace tiempo que cada vez que mentía orientaba los ojos hacia su derecha. Está demostrado que ese movimiento activa la parte creativa del cerebro, lo que me indica que está mintiendo o inventando. Cuando me habla y los gira a su izquierda, es porque está recordando.

—Es hora de que me marche —les digo. Sé que César me acompañará hasta la puerta y aprovecharé el momento. Sabe algo y quiero descubrir qué es.

—Voy contigo —asiento conforme. Cierra la puerta y me habla—. ¿Cuándo crees que podrás tener listo al personal de seguridad? Después de saber esto necesito que sea cuanto antes.

—Mañana mismo tendrás a cuatro personas rondando por el hospital. Te llamaré para darte indicaciones.

—De acuerdo —se queda pensativo.

—Oye, César —atraigo su atención—, ¿tú sabes si realmente a Laura le pasa algo? —se tensa de nuevo.

—No, pero imagino que ha sufrido mucho por Natalia —sus ojos vuelven a la zona creativa. Comienzo a ponerme nervioso, algo me está ocultando.

—Estás mintiendo —me mira fijamente—. ¿Te ha contado qué le pasa?

—No me ha contado nada, Álex, no seas pesado —otra vez ese movimiento de ojos que tanto odio.

—César, no sé por qué coño estás actuando así conmigo. Creo que tenemos suficiente confianza el uno en el otro como para que puedas contarme cualquier cosa, y más cuando estás viendo que estoy preocupado —sus ojos se abren—. Sí, estoy preocupado. No te hagas el sorprendido. Sé perfectamente desde cuándo estás enterado de que ha habido algo entre nosotros —sonríe—. Laura tiene la boca muy grande y Natalia parece no saber guardar un secreto —sonríe más ampliamente.

—Tienes razón. Estamos haciendo el tonto. Lo sé todo.

—Entonces dime de una puta vez qué está pasando. ¿Has sido tú quien le ha ayudado con su aborto?

—¿Cómo? —su expresión es de auténtico desconcierto. ¿Acaso no lo sabe?—. ¿De qué me estás hablando?

—Laura se hizo un aborto hace unos días. Me confesó que estaba embarazada de tres meses y yo mismo pude comprobar el momento en el que salió del quirófano.

—No sé nada de eso —ojos a su izquierda. No miente.

—Vale, supongamos que es cierto —cambio de tema. Si no lo sabe, quizás he metido la pata diciéndoselo—. ¿Qué le pasa entonces? ¿Qué te ha contado?

—Álex, no pienso aguantar este interrogatorio. No soy un delincuente —intenta marcharse, pero cierro mis puños en la tela de su pecho y le pego contra la pared.

—Ni Álex ni pollas —comienzo a alterarme por la impotencia—. Dime

ahora mismo qué es lo que está pasando.

—¡No me presiones! —con un rápido movimiento se aparta de mí—. Sí, sé lo que le pasa. Te lo contará ella si lo cree oportuno. Pero yo no traicionaré su confianza, y más cuando se dirigió a mí en calidad de médico.

—¿Calidad de médico? —pregunto con sorpresa.

—No, espera... —acaba de darse cuenta de las pistas que me ha dado.

—¿Está enferma? —un puzle comienza a formarse en mi cabeza.

—No, no es eso —gira sus ojos a la derecha. Mi sangre se hiela.

—Mierda —me quedo pensativo—. Mañana hablamos —me marcho dejándole con la mirada perdida. Necesito saber qué es lo que tiene Laura. Quizás no le haya contado a César lo de su embarazo, pero... ¿Estaré en lo cierto? ¿Estará atravesando por una depresión? Si es así, creo que podría ayudarla. Tengo buen manejo con ello. Al único que no he sido capaz de ayudar es a mí mismo. Por desgracia, conozco todos los trucos que usa un psicólogo y no puedo ponerlos en práctica conmigo mismo.

Regreso al hotel con la intención de encontrarla y poder hablar con ella, pero para mi desgracia ya no está. Es imposible que haya cargado todo lo que había en esa habitación tan rápido y sola. Siento sed y decido tomar algo en el restaurante. Mi boca está seca y necesito algún líquido. Nada más entrar por la puerta mi cara hierve al ver que Laura está sentada con un hombre en una de las mesas. ¿Quién cojones es ese tipo? Con pasos largos y rápidos me acerco hasta ellos.

—¡TÚ! —Miguel Ángel se pone en pie rápidamente al oír mi voz—. ¿Qué coño haces aquí?

—Esto es un lugar público. ¿Recuerdas? —contesta Miguel. Laura, al

ver la situación, interviene.

—¿Queréis que me una al numerito? —dice tranquila—. Os aseguro que pasaréis la mayor vergüenza de vuestra vida... —los dos la miramos. Sabemos que no miente, y nos esforzamos por calmarnos. Es capaz de cualquier cosa y no quiero que los inquilinos del hotel se sientan incómodos, el lugar está bastante lleno hoy.

—¿Puedo saber qué cojones hace este aquí y contigo? —los ojos de Laura expresan sorpresa.

—¡Joder, musculitos! —ríe—. Cualquiera diría que estás celoso... —siento calor en mi cuello al tiempo que pongo los ojos en blanco. ¿Realmente lo estoy?

—¿Me he perdido algo? —dice Miguel Ángel—. ¿Estáis juntos? —nos señala alternativamente.

—No —respondo con sequedad. Laura baja la mirada y algo se rompe dentro de mí. Creo que le he hecho daño con mi afirmación. Pero solo he dicho la verdad.

—Miki está aquí para ver a Natalia. Ha venido algunos días —habla molesta conmigo—. Me llamó hace un rato por si quería acompañarle. Pero al decirle que acababa de estar con ella y que tenía que recoger algunas cosas se prestó a ayudarme antes de visitarla —le sonrío, y no me gusta, pero poco a poco la tensión de mis hombros desaparece. ¿Por qué me comporto como un gilipollas? ¿Por qué me importa tanto su explicación?

—Yo solo vine a ver si todavía podía echarte una mano, pero ya veo que se adelantaron —fulmino a Miguel Ángel con la mirada, y él, lejos de sentirse ofendido o amenazado, como me gustaría, levanta una ceja cómicamente—. Que tengas un buen día, Laura —me marchó. Cada

vez me siento más ridículo.

—Espera —la oigo hablar detrás de mí. Me giro y viene corriendo.

—Mañana nos vemos. Me tienes que contar cómo se han tomado la noticia y si puedo hacer algo.

—Está bien —contesto. Eso me ayuda con mi intención de hablar con ella, aunque no sé si es buena idea. Cada vez que nos vemos saltan chispas entre nosotros y acabamos casi en la cama.

—Te llamo por la mañana —se pone de puntillas y deja un rápido beso en mi mejilla. La sensación de sus labios me embriaga. Estoy seguro de que, para ella, no soy más que otra presa fácil de culo prieto, o un mal polvo, como me aseguró la última vez. Aunque creo que esa parte solo la dijo por rabia. Lo que percibí cuando la tenía debajo no creo que se pueda fingir. Todo esto me está afectando demasiado. Soy incapaz de sacarla de mi cabeza y juraría que estoy enamorándome como un idiota. Presiento que cuando encuentre a otro con el que jugar me va a doler.

Salgo del restaurante mientras saco mi teléfono del bolsillo. Quiero ponerme en contacto cuanto antes con las personas que protegerán a César y Natalia a partir de mañana. Paso mis dedos por la pantalla para desbloquearlo y me entra una nueva llamada de Gabriel.

—Hola, Gabri. Espero que la razón para recibir dos llamadas tuyas en el mismo día sea para darme buenas noticias.

—No, Álex, por desgracia no te llamo para eso. Tenemos serios problemas.

—¿Qué ocurre?

—Ten mucho cuidado por allí. ¿De acuerdo? No sabemos cómo, pero el Carnicero ha logrado escapar de la cárcel hace un par de horas —

retengo todo el aire en mi pecho y mi corazón da un gran vuelco. Es el hijo de puta que mató a Gema. ¿Qué coño está pasando aquí?

Capítulo 33

—¿¡Cómo que ha escapado!?! —grito. Mi respiración comienza a tornarse irregular y creo marearme. No puedo creerme lo que me está contando.

—Todavía no tenemos una hipótesis clara, prácticamente acaba de ocurrir. Pero estamos barajando la posibilidad de que alguien del interior haya dejado su celda abierta a propósito y ha bloqueado las cámaras de seguridad. Las exteriores estaban activas y han conseguido grabar cómo subía en un 4x4 negro que estaba esperándole afuera.

—¿Habéis podido ver al conductor?

—Nada. Sus ventanas estaban tintadas —hace una pausa—. Álex, ten cuidado, amigo. Recuerda que juró vengarse y te amenazó de muerte cuando le detuvimos.

—Debisteis habérmelo entregado cuando os lo pedí —aprieto con fuerza el teléfono.

—Sabes de sobras que no podíamos hacer eso. Estaba claro lo que pretendías. No te hubieras conformado solo con golpearle.

—Tenemos que dar con él cuanto antes —digo con rabia—. No quiero que ese hijo de puta goce de un minuto más de libertad. Debe pagar por lo que ha hecho —mis dedos comienzan a doler por la presión que estoy haciendo sobre la carcasa de mi móvil.

—Estamos en ello. En cuanto tenga noticias, te informo.

—Daos prisa, Gabri. Si lo encuentro antes que vosotros tendréis que

enterrar a alguno de los dos.

—Cuídate de ese animal —cuelga.

«Tengo que encontrarlo como sea. Tiene que pagar por lo que hizo», me digo. Aprieto los dientes. Mi cuerpo está tan tenso que mis músculos comienzan a doler y tengo la sensación de que en cualquier momento podría explotar. Mi presión arterial debe de estar por las nubes.

Trato de calmarme y de recordar lo que iba a hacer antes de que me llamara Gabriel, y tras un rato dándole vueltas por fin lo consigo. Me pongo en contacto con los agentes de seguridad y les indico cuáles son los perímetros que deben vigilar. Tras pasar varios minutos instruyéndoles, por fin decido volver a casa. El día está siendo agotador y necesito despejarme.

Cuando abro la puerta del piso, Sonia sale.

—Hola, hermanito. ¿Cómo ha ido el día?

—Mal —contesto secamente.

—¿Has hablado con Laura?

—¡JODER! —grito, estresado—. ¿Vas a dejar de una vez el jodido temita? ¡No pienso tener ninguna relación con Laura!

—No, no voy a dejar el tema y menos cuando estoy segura de que esa chica podría sacarte del tormento en el que vives. He visto cómo la miras —cruza sus brazos—. Arregla esto, Álex Torres —mierda, está usando mi apellido. Oírsele a ella es peor que cuando lo hace una madre—. Arréglalo o lo haré yo. ¿Me oyes? —clava su dedo en mi pecho—. No vuelvo a avisarte más.

—¿Cuándo entenderás que no puedes meterte en mi vida? —digo con

rabia.

—Cuando tú entiendas que eres parte de la mía. ¿Consentirías que yo estuviera pasando por lo mismo?

—No me gustan tus preguntas con trampa —entro a la casa—. No vengas muy tarde —digo sin mirarla.

—¿Y tú sí puedes controlarme a mí? —cierro la puerta y la dejo con la palabra en la boca. Necesito que el día acabe ya. Está siendo realmente duro.

Las siguientes horas las paso en mi cuarto tratando de poner en orden todos mis pensamientos. Laura, Erika, Carnicero, César, Natalia... No sé cómo voy a lograr centrarme en todo. Mañana intentaré al menos hablar con Laura y suavizar mi preocupación por ella. Si es lo que creo, espero que me lo cuente. Al menos sabiendo de qué se trata estaré más tranquilo y tendré una distracción menos. Minutos después, por fin consigo quedarme dormido.

A la mañana siguiente recibo un mensaje de Laura indicándome el lugar para vernos. Cuando llega la hora, me preparo y camino hasta allí. El bar está muy cerca de mi casa.

—Hola, musculitos —dice sonriente. Desde ayer parece otra. Sus maneras han cambiado como por arte de magia.

—Hola —contesto—. ¿Cómo estás?

—Preocupada. Apenas he podido dormir esta noche pensando en la perra de Erika. Si la tuviera delante la despellejaría y me haría un abrigo de piel con ella.

—Qué bruta... —sonrío. Me ha hecho gracia su expresión.

—Aunque más que un abrigo de piel, sería de poliéster —río a

carcajadas. Tiene más razón que un santo. Erika debe de haberse dejado una fortuna en operaciones. Es como una Barbie de plástico.

Pedimos un par de cervezas y nos sentamos dentro. Además de que ya hace frío afuera, prefiero tener que vigilar solo una entrada. Si estuviéramos en la terraza, no podría controlar todo el espacio abierto. Desde que sé que ese individuo ha logrado escapar, tengo la impresión de podérmelo encontrar en cualquier parte. No le tengo ningún miedo, pero temo que pueda hacerle daño a quien esté a mi lado cuando me encuentre. Sé que dará conmigo tarde o temprano.

—¿Puedo decirte algo? —capto su atención y me mira atenta.

—Claro —toma un sorbo de su cerveza.

—Sé lo de tu aborto —suelto la bomba. Quiero saber hasta dónde le está afectando esa decisión. Se atraganta y escupe todo el líquido por la mesa.

—¿Yo? ¿Abortar? —contesta cuando se recupera—. ¿De qué cojones me estás hablando?

—No hace falta que lo ocultes, Laura. Puedes hablar abiertamente conmigo de ello —evito decirle que la vi salir del quirófano y que estuve allí hasta que despertó.

—Es que no tengo necesidad de ocultarte eso porque no es verdad —me mira, confusa. Toma otro sorbo de su vaso.

—¿Quieres decir que aún estás embarazada? —tose después de oír mi pregunta.

—¡JODER! —grita—. ¿Te has propuesto matarme hoy?

—No, solo estoy tratando de que compartas tu carga conmigo. A veces hablar de las cosas que nos afectan ayuda a sobrellevarlo mejor

—debería poner en práctica mis consejos.

—Mierda —dice como si estuviera recordando algo—. Creo que tengo que pedirte disculpas —se seca con una servilleta la boca.

—¿Por qué? —mi frente se arruga mientras espero su respuesta.

—El día que te dije que estaba embarazada, no era cierto. Solo quería que me dejaras en paz. Te di la razón como a los borrachos y funcionó.

—¿Estás de coña? —digo, alarmado.

—Precisamente ahora no. Lo siento —hace una mueca.

—¿He estado viviendo en una puta mentira todo este tiempo? —grito, y el camarero nos mira.

—Has estado creyendo lo que creías creer... Te recuerdo que fuiste tú quien vino a mí afirmando eso.

—¡Podrías haberme sacado de mi error!

—Entiende que entonces no quería saber nada de ti y te empeñabas en perseguirme —baja su mirada.

—¡Joder! ¡Solo quería aclarar las cosas! —me siento engañado, pero a la vez un gran alivio me recorre.

—Lo siento, Álex. De verdad —clava sus enormes ojos verdes en los míos—. Parece que nuestro orgullo, junto a los malos entendidos, nos la ha jugado.

—Eso parece —contesto tratando de calmarme. Los músculos de mi estómago están contraídos—. ¿Por qué fuiste entonces al hospital esos días? —se tensa.

—Nada importante, no te preocupes, revisiones rutinarias —sonríe. Sé que está mintiendo. La imagen de Laura sobre la camilla y todavía bajo el efecto de la anestesia viene rápidamente a mi mente.

—¿De qué te operaron, entonces? —me mira fijamente. Intenta hablar, pero se detiene. Abre la boca para decir algo y vuelve a cerrarla. Unos segundos después, por fin reacciona.

—Yo... Tenía un pequeño bultito de grasa en uno de mis pechos, pero nada importante. Decidí quitármelo por precaución.

—¿Y tan difícil era decírmelo?

—Es que... me da vergüenza —sonríe raramente y toma su vaso para dar otro sorbo. Parece que esta vez dice la verdad. Inspiro lentamente mientras me relajo. Si admite que le da vergüenza hablar sobre ello, será mejor que no siga por ahí. Sé lo incómodo que les resulta a algunas mujeres que le obliguen a hablar de un tema tan delicado. Ahora puedo entender muchas cosas. Quizás esa ha sido la razón por la que ha estado preocupada todos estos días y su estado anímico ha caído tanto. Aunque todavía está algo apagada, poco a poco va siendo la misma rubia vacilona de siempre.

Pasamos más de tres horas hablando de nuestras cosas y riendo. De todo es capaz de hacer un chiste. Realmente es una mujer muy cómica y divertida. Le explico cómo se tomó César la noticia y su petición de silencio en cuanto a Natalia. Entiende que en su estado puede ser peligroso el impacto de ciertas noticias y me asegura tener cuidado. Es muy grato poder confiar en ella por fin. Cada vez que me sonríe siento un agradable cosquilleo en la boca de mi estómago. Estoy comenzando a rendirme. Que Dios y Gema me perdonen, pero soy incapaz de luchar contra estos sentimientos. La felicidad de Laura está convirtiéndose en una prioridad para mí.

Pago la cuenta y vamos hasta su coche. Se le está haciendo tarde y mañana tiene que hacer algunos recados. Tiene frío y rodea con uno de

sus pequeños brazos mi cintura buscando calor. Paso el mío por sus hombros y mi pecho se hincha al tenerla tan cerca. Es tan agradable que me asusta. Cuando estamos cruzando la primera calle un todoterreno negro con las lunas tintadas pasa cerca de nosotros. Mi vello se eriza al instante y una mala sensación recorre mi espalda.

—Laura —me mira con su radiante sonrisa—, necesito que camines deprisa. ¿De acuerdo? —arruga sus cejas, extrañada, y se aparta de mí. Siento frío en la zona de mi cuerpo donde estaba apoyada.

—¿Pasa algo?

—Es posible. Haz lo que te diga. No me gusta nada ese coche —le señalo sin que apenas se note y parpadea—. Prepárate, que vamos a correr un poquito —miro a ambos lados de la calle y tiro rápidamente de ella—. ¡Ahora!

Oigo un frenazo, pero no miro atrás, necesito esconder a Laura cuanto antes. Si es quien creo y la ha visto, es posible que pueda hacerle daño para vengarse de mí. Antes de que el coche consiga dar la vuelta, callejemos para que les sea más difícil dar con nosotros.

—Álex, joder, no puedo seguir tu ritmo. Me duele un huevo el pecho —ahora entiendo por qué ayer mientras cargábamos bolsas en la habitación del hotel se sentía tan molesta. Si me lo hubiera dicho entonces no habría consentido que cargara ni una sola.

—¡Un poco más! ¡Vamos! —tiro más fuerte de ella aun sabiendo que siente dolor, y conseguimos entrar en un portal que alguien ha dejado abierto al salir. Cierro y quedamos apoyados contra la pared. Ambos jadeamos por el esfuerzo.

—¿Me lo explicas? —dice Laura aún sofocada.

—Es alguien a quien conseguí que metieran en la cárcel y está

bastante molesto conmigo —evito darle más explicaciones.

—¿Cómo aquel gilipollas a quien retorcaste el brazo en la terraza? —sonríe.

—Sí, como aquel. Pero un poquito más peligroso —le devuelvo una sonrisa de “todo está bien”.

Un coche muy parecido al anterior pasa por la calle y las luces entran al portal. Me pongo sobre Laura y la cubro con mi cuerpo. La chaqueta roja que lleva llama demasiado la atención y podría verse a través de los cristales. Me relajo al ver que no es el mismo vehículo y dejo salir todo el aire de mis pulmones. Bajo la mirada y los ojos de Laura están clavados en mí.

—Tengo malas noticias para ti, musculitos... —rodea con sus brazos mi cuello. Sus ojos brillan—. Está empezando a gustarme demasiado esto de las persecuciones —cuando voy a sonreír, me besa inesperadamente. Cierro mis ojos y me dejo llevar. Su carnosa boca atrapa la mía. Tira despacio de mis labios con sus dientes haciéndome gemir. Como cada vez que tengo un contacto con ella de este tipo, mi respiración comienza a acelerarse y mis instintos más profundos salen a flote. La necesidad de hacerla mía es más incontrolable en cada encuentro. Mis manos acarician su cuerpo y no puedo hacer nada para evitarlo. No pienso, no veo, no oigo... No soy yo cuando su sabor impregna mis papilas gustativas.

Capítulo 34

—Mamá, ¿qué están haciendo esas personas? —la voz de un niño me hace volver del cielo. Me aparto de Laura rápidamente.

—Nada, cariño, solo se están sujetando para no caerse —tira de su hijo y cuando pasa por nuestro lado nos habla de mala forma—. ¡Id a un hotel, pervertidos! —mi cara se enrojece y Laura comienza a reír escandalosamente.

—Pobre criatura, creo que la hemos traumatado.

—Yo también lo creo —me quedo mirando cómo se cierra la puerta tras ellos y el niño me dice adiós con su pequeña mano.

—Le has caído bien —Laura también mueve su mano para despedirse de él—. Qué simpático es —le lanza un beso.

—Creo que en eso no se parece a la madre... —vuelve a reír.

Salgo un par de veces del portal y compruebo que el coche ya no está. Respiro algo más aliviado. Hemos conseguido darle esquinazo, pero no acabo de fiarme. Es posible que hayan cambiado de vehículo y nos sigan igualmente. No puedo dejarla sola. La han visto conmigo y eso la pone en un serio peligro.

—Mi coche solo está dos calles más arriba y debería irme —dice Laura, preocupada por la hora.

—Vamos —abro la puerta y salimos. Parece tranquila. Estoy seguro de que no entiende a lo que estamos expuestos. Debo hablar con ella.

Cuando llegamos hasta el aparcamiento, se despide.

—Muchas gracias por esta tarde tan agradable.

—Hoy no te será tan fácil deshacerte de mí —extendiendo la mano—. Dame las llaves.

—¿Cómo? —pregunta, confusa.

—Iré contigo.

—Álex, no es necesario. En serio. Estás casi en tu casa. ¿Cómo volverás después?

—Me las arreglaré —sigo con mi mano estirada.

—Está bien. Si es lo que quieres... —se encoge de hombros y me las entrega. Cuando abro, se acomoda en el lugar del copiloto. Es el momento. Tiene que saberlo.

—Ayer escapó un delincuente muy peligroso de la cárcel —me mira atenta mientras arranco el motor y coloco el asiento. Es demasiado estrecho y tengo las rodillas muy dobladas.

—No entiendo nada. ¿Por qué me cuentas esto?

—Es un narcotraficante muy poderoso al que estuvimos investigando durante más de tres años y al que finalmente, y después de mucho trabajo, dimos caza —parpadea—. Es posible que me esté buscando y que ese coche que nos siguió antes tenga algo que ver con él.

—¿Y por qué en vez de escapar o salir del país viene a buscarte?

—Venganza —respondo con mi mandíbula tensa—. El día que lo apresamos supo que fui yo quien dirigió toda la operación, y juró acabar conmigo. Todos le temen porque saben que cumple sus promesas.

—¿¡Quiere matarte!? —Laura pone las manos sobre su rostro.

—Quiere, pero no se lo voy a poner nada fácil.

—Álex, ¡tienes que irte de aquí! No puedes quedarte de brazos cruzados mientras alguien está intentando asesinarte. ¡Estás en peligro!

—Ahí quería llegar... —aprieto con fuerza el volante mientras giro—. Te han visto conmigo, es posible que tú también lo estés.

—¿Qué? —sus ojos se abren—. ¿Yo? ¿Por qué?

—Ese hijo de puta actúa así. No se conforma con pegarle un tiro a su enemigo. Le gusta saber que sufre primero.

—¿Pero...?

—Si realmente es él, nos ha visto prácticamente abrazados, y no lo habrá pasado por alto. Más vale prevenir que curar. De momento y hasta que me asegure de que estás a salvo, no me apartaré de ti. Espero que tu sillón sea cómodo.

—¿Hablas en serio?

—Nunca he hablado más en serio —continuamos en silencio. Durante el resto del trayecto, Laura no se mueve y está pensativa. Algo le preocupa, e imagino que tendrá que ver con su seguridad.

—Álex, yo tengo algunas cosas que hacer e ir a algunos sitios. Y, bueno... me gustaría tener un poco de intimidad.

—Podrás tener toda la intimidad que quieras. Adonde tengas que ir, te llevaré. Esperaré a que salgas en el coche, no te preocupes por eso.

—No sé si eso resuelve mi problema —suspira. Espero que no esté pensando en verse con otros tíos. No sería capaz de controlarme si se trata de eso.

Llegamos por fin a la casa y antes de que baje del coche observo a los que vienen detrás de nosotros. Parece que está todo en orden. Le hago

una señal y baja. Caminamos deprisa hasta el bloque de pisos y entramos. Su expresión es distinta. Estoy seguro de que no le gusta la idea, pero no queda más remedio que hacerlo así. No pienso arriesgarme ni arriesgarla. Yo la he expuesto. Es mi responsabilidad protegerla.

—Siento todo esto...

—No te preocupes —dice sin mirarme mientras abre la puerta de su piso—. Solo espero que esto se solucione pronto. No entiendo esta nueva moda de “todos en peligro”. ¿Primero César y Natalia y ahora nosotros? De verdad que no me entra en la cabeza.

—A mí tampoco —es cierto lo que dice. Parece que estuviéramos viviendo en una película de terror.

Nunca había tenido la oportunidad de entrar en su casa. Siempre me ha recibido en la puerta de abajo. Es tan ella... Todo está decorado con colores alegres. Uno de los sofás llama mi atención. Es rojo y tiene forma de labios. La miro extrañado y se encoje de hombros.

—Me gustó —sonríe.

—Ya veo —le devuelvo la sonrisa y me siento sobre él—. No muerde, ¿verdad?

—No... Solo se traga mandos a distancia, llaves y teléfonos móviles —ríe.

—Lo tendré en cuenta —me recuesto para tener mejor acceso a mis bolsillos y lo saco todo de ellos. Me mira atenta. Dudo al decidir qué hacer con mi arma y finalmente decido ponerla junto a mis cosas. Siempre la llevo cargada y no quiero ningún susto mientras duermo.

—¿Qué coño es eso? —señala mi pistola como si hubiera visto al diablo—. No quiero eso en mi casa.

—Eso, señorita, es lo que salvó la vida de tu amiga Natalia y lo que posiblemente nos la salve a nosotros si es necesario. Deberías hablar con más respeto de ella.

—No me gustan esos trastos... —ignoro sus palabras. Pone el bolso en la mesa y camina hasta lo que parece su habitación—. Voy a ponerme cómoda —asiento y se marcha. Me descalzo y subo los pies a la pequeña mesa de madera. Sin querer, golpeo su bolso con la pierna, y al estar abierto el contenido se derrama por el suelo.

«Mierda». Me pongo en pie rápidamente y comienzo a guardarlo todo de prisa. No quiero que descubra mi torpeza. Recojo varias barras de labios, una cartera, un juego de llaves, bolígrafos, una pequeña agenda, tarjetas de visita y lo que parecen unas fotocopias dobladas por la mitad. Lo coloco todo como puedo y vuelvo a poner el bolso en su sitio. Me siento frente a él como si no hubiera pasado nada y me doy cuenta de que uno de los folios ha quedado fuera. Estiro la mano para empujarlo hacia dentro cuando leo algo que llama mi atención: *Oncología*. Arrugo la frente y giro la cabeza para seguir leyendo el trozo visible. Siento que no debería estar tocando esos papeles, pero después de ver esa palabra no puedo evitarlo.

Paciente: mujer de 25 años de edad, diagnosticada de Carcinoma Ductal.

«Esto no puede ser cierto», me digo. La imagen de Laura con la mano en su pecho corta mi respiración. Cáncer...

Se sometió a IQ para intentar extirpar el tumor. Actualmente en revisión periódica y a la espera de radioterapia postoperatoria. Mis piernas tiemblan. Acabo de comprenderlo todo. Mi corazón bombea con fuerza y las palmas de mis manos comienzan a sudar.

—¿Qué estás haciendo? —Laura toma el bolso rápidamente. Hay miedo en sus ojos.

—Laura —intento hablar, pero solo gesticulo. Siento un gran nudo en mi garganta. Pongo las manos en mi cabeza y respiro con fuerza—. ¿Qué coño...? ¿Qué coño te está pasando? —me siento impotente. Desesperado. Un gran dolor me atraviesa y mis ojos se llenan de lágrimas. La sola idea de perderla a ella también me mata. Deja caer el bolso y pone las manos sobre su cara. Lloro amargamente—. ¿Por qué no me lo has dicho? —varias lágrimas corren por mis mejillas—. ¿Por qué cojones no me has contado esto? —niega con la cabeza, no habla—. ¿Desde cuándo lo sabes? —vuelve a negar y se deja caer derrotada en el suelo. Pongo las manos sobre mis muslos, tratando de respirar. El impacto de lo que acabo de descubrir me está ahogando. Jamás imaginé que Laura me importara tanto. La miro, está hundida, y yo, paralizado. Soy incapaz de reaccionar—. ¡JODER! —grito y lloro a la vez. Puedo intentar salvarla de cualquier cabrón, pero esto se me escapa de las manos.

Varios segundos después consigo que mi cuerpo responda y camino hasta el bolso. Necesito saber en qué grado está. Saco los informes y continúo leyendo: *Etapas precancerosas*. Aunque sigo asustado, es una gran noticia. De todo lo malo, es lo menos malo. No le han realizado una mastectomía completa, y por eso tendrá que someterse a radioterapia. Al ser una chica joven, han querido salvar su pecho y solo le han hecho una pequeña incisión. Necesita esas radiaciones para acabar con las células cancerosas que hayan podido quedar después de la extracción. Descubro que los recados de los que hablaba para mañana en realidad son una cita médica. Miro de nuevo a Laura, que todavía sigue llorando en el suelo, y mi corazón se encoge. No quiero

que le pase nada. No me hago a la idea de que pueda estar enferma. Me arrodillo junto a ella y la abrazo con fuerza—. Lo vas a conseguir. ¿Me oyes? —susurro en su oído—. Por mis cojones que vas a salir de esta —beso su cabeza y me rodea con sus brazos.

Capítulo 35

—Tengo mucho miedo, Álex —solloza—. Estoy haciendo todo lo que puedo. Me voy a someter a todos los tratamientos, pero estoy aterrada.

—Chsss... —acaricio su pelo.

—Mi madre murió por esta maldita enfermedad —tomo su barbilla y tiro de ella.

—Tú no —beso su mejilla y mis labios se humedecen con sus lágrimas—. ¿Alguien más lo sabe?

—Solo César —siento rabia. Esto era lo que mi amigo sabía y no me quería contar. Aunque le golpearía ahora mismo, entiendo por qué lo hizo.

—¿Quieres decir que estás pasando por esto sola? —asiente y se pega de nuevo a mi pecho—. ¿Y tu familia?

—Mi familia es la de Natalia, y después de lo que están pasando no puedo contarles esto —sorbe por su nariz.

—¿Tu padre también murió? ¿No tienes hermanos? —es extraño, pero nunca hemos hablado de su familia.

—Mi padre se volvió loco cuando mi madre murió. Un día se levantó y se fue. Desde entonces lo único que he sabido de él es que vive en Salamanca con una prostituta —seca su cara—. Y para mi desgracia no tengo hermanos en los que apoyarme, y Natalia no puede enterarse.

—Tendrás que conformarte conmigo, entonces —me mira como si no entendiera lo que le digo—. No pienso dejarte sola en medio de esta

lucha —me abraza y vuelve a llorar.

—Álex, yo no quiero que sufras esto conmigo —levanto su cabeza para que me mire.

—Es tarde para eso, ¿no crees? —seco sus lágrimas con mis dedos, pero siguen cayendo más—. Lo vamos a conseguir, ya verás —sonrío y beso su frente—. Y ahora tienes que ir a la cama, que es tarde y mañana madrugas —paso las manos por su cuerpo y me pongo en pie con ella en brazos. Camino hasta la habitación donde entró antes, clavo la rodilla en el colchón y la dejo caer lentamente sobre él. Cuando voy a levantarme me rodea con sus manos.

—No te vayas —tiembla.

—No me iré. Voy a dormir sobre esos labios tan provocativos que tienes por sofá en el salón.

—Quédate conmigo... Por favor —trago saliva y miro alrededor de la habitación. No hay ninguna silla donde sentarme. Noto que se hace a un lado en la cama y me tenso. Tengo la sensación de que estoy haciendo algo malo. Me echo junto a ella, y en cuanto apoya su cabeza en mi pecho toda la culpabilidad desaparece.

Paso la noche entera observándola. No quiero perderme ni un solo minuto a su lado. Cada vez que se mueve o incomoda, la rodeo con mis brazos y se calma. Me reafirmo en mi creencia. Es igual que un hada. Acaricio su pelo y suspira. Es tan perfecta... No merece lo que le está pasando. Está enamorada de la vida y sabe disfrutarla mejor que nadie. Es una persona tan alegre y positiva que contagia. Consigue que disfrute y me olvide de todo cuando está cerca. Ya no me acordaba de cómo era eso hasta que la conocí. Semanas atrás solo pensaba en una cosa, y ella está haciendo que eso cambie. Cada vez que abro los ojos

todo es distinto. Ahora tengo motivaciones. Me despierto con ganas de verla y hago todo lo que está en mi mano para encontrarme con ella. Cualquier excusa es buena.

Rozo delicadamente su suave cara con la yema de mis dedos y poco a poco abre los ojos. Los tiene hinchados. Anoche se durmió llorando.

—Buenos días —le digo, y sonrío al oírme.

—Buenos días, musculitos —se estira y besa mis labios suavemente. Antes de que pueda retirarse, pongo una de mis manos en su cabeza y, presionándola contra mí, le devuelvo el beso. Protesta. Cuando por fin la dejo ir, toca sus labios—. Me has mordido...

—Lo sé —ríe—. Te la debía.

—Muy gracioso —se levanta y camina hasta el armario. Toma unas toallas, algo de ropa y entra al baño.

Mientras espero, paso la lengua por mis labios. Todavía siento la presión de su boca contra la mía y me encanta. Me pasaría el día besándola sin parar. Algunos recuerdos intentan apoderarse de mi mente, pero por primera vez soy capaz de desecharlos. Me siento mal por ello, pero necesito un descanso mental. He encontrado un oasis en el desierto y quiero quedarme en él un ratito más. Esa horrible garra que me rasga por dentro parece estar calmada, y necesito que siga así. Mi teléfono vibra en la mesilla y me giro para ver de quién se trata. Desconozco el número, pero descuelgo igualmente.

—¿Sí? —contesto.

—Buenos días. Le llamo de la Comisaría General de la Policía Científica. ¿Podría hablar con Álex Torres?

—Podría... ¿Quién pregunta por él? —creo reconocer la voz, pero no estoy seguro.

—El comisario Ibáñez —abro los ojos y me siento rápidamente en la cama.

—Hola, comisario, cuánto tiempo... —trato de ocultar mi impresión.

—¿Cómo estás, muchacho? Desde que te fuiste no he vuelto a saber nada de ti... —nos llevábamos bien.

—Estoy... Que no es poco. ¿A qué se debe esta llamada? —pregunto, extrañado.

—Verás... —carraspea—. Me gustaría poder hablar contigo de esto en persona, pero debido a la urgencia tendremos que hacerlo por teléfono.

—Le escucho.

—Imagino ya que estarás enterado de que el Carnicero se ha escapado de la cárcel.

—Sí... —cierro mi mano libre en forma de puño—. Estoy enterado.

—Hemos descubierto que la persona que lo ayudó es un empleado de la penitenciaría que también huyó. Sé lo difícil que va a ser para ti aceptar lo que estoy a punto de pedirte... —me tenso—, pero es necesario que vuelvas a trabajar para nosotros.

—¿Qué? ¡No! —mi respiración se corta.

—Álex, eres la única persona capaz de atraparlo. Has estudiado su comportamiento durante años y le conoces mejor que nadie. Te necesito en el caso.

—No, no volveré a trabajar para la policía —mi mirada queda fija en la pared y varias imágenes dolorosas se ceban con mi mente.

—Sé lo duro que es esto para ti. También lo está siendo para mí, y puedo ponerme en tu lugar. Perder a mi hija en aquella misión ha sido

con diferencia lo peor que me pasado en la vida. No pasa un solo día en el que no me arrepienta de haberla dejado formar parte de aquello —hace una pausa—. Insistió tanto que no tuve más remedio que aceptar —le cuesta hablar.

—Lo sé —digo sincero—. También me tocó pelear con ella cuando me negué. Era tan testaruda que siempre conseguía lo que se proponía — mis lágrimas amenazan con salir.

—Te necesito para esto, muchacho —suspira—. Los dos deseamos dar con él y que pague por lo que le hizo.

—Esta tarde me paso por allí.

—Gracias, Álex. Sabía que no me fallarías. Eres mi única esperanza —cuelga.

Pongo los dedos sobre el tabique de mi nariz y apoyo la cabeza en ellos. Volver a hablar con el padre de Gema ha reabierto viejas heridas en mí.

—Ya casi estoy —levanto la mirada y Laura está delante de mí, buscando algo en algún cajón. Lleva puesta una camiseta larga y casi puedo ver su ropa interior cada vez que se inclina. Tiene unas piernas increíbles—. ¿Quieres darte una ducha?

—Cuando volvamos de tu consulta pasaré por casa y lo haré allí. Recuerda que no traje ropa limpia.

—¿Vendrás conmigo a la consulta? —se incomoda.

—Durante algunos días iré contigo a todas partes —respondo—. Pero no te preocupes, esperaré a que salgas. Solo te acompañaré para asegurarme de que llegas bien.

—No voy a acostumbrarme a esto... —dice mirando al vacío—. ¿De

verdad es tan peligroso como dices?

—Por desgracia sí —me mira, pero no dice nada.

Cuando por fin está lista, nos dirigimos a la consulta. Lo vigilo todo a mi alrededor, y parece tranquilo. Es posible que no hayan descubierto dónde vive Laura todavía. Intentaré sacar provecho de esa ventaja.

Nada más llegar, nombran a Laura y me quedo en la sala de espera. Hay varias personas sentadas allí. Todas aparentemente mayores que ella. Algunas llevan pañuelos y gorros para tapar sus cabezas y parecen tristes. Ojalá descubran pronto la cura contra el cáncer. Nadie debería tener que pasar por algo así jamás. Es alarmante la cantidad de casos nuevos que aparecen cada año. Pero lo que realmente me preocupa es la edad de los pacientes. Cada vez lo tienen personas más jóvenes. ¿Qué estamos haciendo mal? Quince minutos después por fin sale Laura.

—¿Cómo ha ido? —pregunto, nervioso.

—Bien. Parece que mi herida está prácticamente curada y quieren empezar con la radiación la semana que viene.

—¿Cuántas sesiones te darán?

—De momento cuatro semanas. De lunes a viernes y descanso sábados y domingos —la noto desanimada. Debe de ser muy difícil para ella.

—Deberías estar contenta con el tratamiento —me mira—. Por lo que veo, no te hará falta quimioterapia. Eso es una gran noticia.

—Sí, la verdad es que sí. Parece que he tenido suerte —sonríe sin ganas.

—Hola, Laura —levanto la mirada y hay una chica frente a nosotros.

Tiene un pañuelo rosa sobre su cabeza y está muy pálida.

—¡Hola, Berta! ¿Cómo estás, preciosa? —Laura sonríe ahora más ampliamente.

—Regular —dice apenada—. Me siento muy débil últimamente.

—Tienes que ser fuerte —acaricia su cara—. Pronto todo esto pasará y podrás seguir con tu vida. No podemos dejar que nos venza.

—No... —antes de que la chica acabe su frase tiene que marcharse. La enfermera acaba de llamarla.

Mientras volvemos al coche Laura me explica que conoció a Berta hace unos días en la sala de espera, y que solo tiene 17 años. Suelen coincidir, y cada vez que lo hacen charlan y se desahogan la una con la otra. Me alegra saberlo. Tener contacto con personas que están pasando por lo mismo que tú siempre es una buena terapia.

Todavía es pronto y decidimos ir a ver a Natalia. Dejo a Laura con ellos. Sabiendo que los chicos de seguridad están allí me voy tranquilo. Conduzco hasta mi apartamento para ducharme. Ahora que ella no viene conmigo no me siento para nada cómodo en su coche, es demasiado pequeño y llamativo para mi gusto. Aparco donde puedo y camino hasta mi casa. Abro la puerta y el pasillo vuelve a estar lleno de trozos de tela. Camino tratando de no pisarlos y entro al salón con la intención de saludar a Sonia. Nada más abrir la puerta, me quedo petrificado...

Capítulo 36

Mi hermana está arrodillada delante de un tío en calzoncillos. Pestañeo varias veces, impactado. Cuando se da cuenta de que estoy ahí, me habla.

—Hola, hermanito. No seas malpensando. Estoy trabajando —levanta el brazo y veo que tiene en la muñeca un cojinete lleno de alfileres—. Voy a crear el pantalón más original del mundo.

—¿Y tiene que ser en mi salón? ¿Dónde como todos los días? —lleva días trabajando en casa, pero nunca hablamos de que pudiera traerse a los modelos aquí.

—Necesito moverme y mi habitación es demasiado estrecha —tiene razón. Definitivamente, la casa se nos ha quedado pequeña para los dos—. Ten paciencia. En una semana me han asegurado que estará listo mi nuevo taller de costura —resoplo y me quedo mirando al modelo. Hay algo familiar en su cara, pero me deslumbra el sol que entra por la ventana y no puedo verle bien. Comienza a vestirse rápidamente mientras me da la espalda.

—¿Te conozco? —le pregunto, extrañado. Sé que lo he visto antes en algún sitio, pero no lo asocio.

—No lo creo —dice Sonia, segura—. No es de aquí, vive en un pueblo de Toledo. Le conocí hace unos días. Viene todas las semanas a ver a una amiga a la que han hospitalizado —mi pecho se hincha de aire y un gran calor sube por mi garganta.

—¿¡TÚ!? ¿¡Qué cojones haces aquí!? —grito y camino hacia él, pero mi hermana se pone en medio.

—¡Con lo grande que es el puto mundo! —dice Miguel Ángel mientras recoge sus cosas—. Esto solo puede pasarme a mí.

—¿En serio os conocéis? —Sonia nos mira con sorpresa.

—¡Por desgracia! —grito de nuevo—. ¡Lárgate de mi casa!

—¿Quieres calmarte, hermanito? —cruza sus brazos—. ¿Podéis explicarme qué pasa aquí?

—Te lo voy explicar yo —respondo, cabreado—. A este cabrón le gustan demasiado las mujeres. Aléjate de él. Intentó besar a la novia de César —sus ojos se abren y le mira—. Y ahora lo está intentando con Laura.

—¿Laura? ¿Tu amiga la rubia? —me mira con media sonrisa en su cara y me arrepiento al instante de haberla nombrado.

—¿Por qué no explicas lo que pasó realmente? —dice Miguel Ángel, malhumorado—. Natalia me dijo que César y ella eran solo amigos y habíamos bebido bastante aquella noche. Y para tu información, te diré que no busco nada con Laura. ¿Crees que no me di cuenta de cómo marcabas territorio ayer? —levanto las cejas sorprendido y mi hermana ríe a carcajadas.

—¿En serio hizo eso? —le pregunta.

—Solo le faltó mear en su tobillo —Sonia ríe más fuerte.

—Es todavía mejor de lo que creía —las nuevas palabras de mi hermana, por alguna razón, me cabrean más aún. Me niego a admitir lo que están pensando.

Tomo del brazo a Miguel Ángel y con un rápido movimiento se lo

doblo detrás de la espalda. Abro la puerta del apartamento y lo empujo afuera.

—¡Tú, a la mierda! —cierro de un portazo—. Y tú... —la señalo con el dedo—, icállate o le harás compañía! —lejos de temerme, sigue riendo a carcajadas.

Voy hasta mi cuarto y abro la puerta del armario con rabia. Como vuelva a encontrarme a ese idiota le romperé la cara. Saco toda la ropa que necesito. Entro a la ducha y me relajo al notar los chorros de agua correr por mis hombros. Poco a poco consigo calmarme y mis ganas de retorcer el cuello a ese personaje van desapareciendo. Ponerme tan a la defensiva cuando hablan de Laura debe de ser por algo. Este conflicto que tienen mi cerebro y mi corazón acabará conmigo.

Me visto rápido. Quiero acabar cuanto antes en la comisaría para volver con ella. Necesito estar a su lado, ya no solo por el peligro al que pueda estar expuesta, sino también para mostrarle mi apoyo. Si está sola le dará vueltas a su enfermedad. Pero si está acompañada y entretenida todo será más llevadero para ella.

Salgo de la casa sin despedirme de mi hermana. Necesito que sepa que estoy molesto. No sé muy bien por qué, pero así quiero hacérselo ver. Estoy cabreado y punto.

Corro hasta el aparcamiento y subo a mi coche. No pienso conducir ese bicho amarillo ni un minuto más. Ya me las arreglaré para llevárselo a su casa. Cuando llego a la comisaría varios *flashbacks* hacen que me detenga...

—¿Dónde vas? —me cruzo con Gema cuando salimos de la comisaría. Varios de nuestros compañeros van con ella, dándole explicaciones. Lleva puesta una minifalda y una camisa escotada.

—He quedado con un narco muy poderoso —levanta sus cejas repetidas veces.

—No vas a ir —sujeto su brazo y tiro de ella con fuerza—. Lo hemos hablado mil veces. ¡NO VAS A IR! —grito cerca de su cara—. Ya has hecho tu trabajo con él —durante días, ha estado en contacto con el Carnicero, haciéndole creer que iba a comprar varios kilos de droga—. Ahora nos toca a nosotros. ¡Es demasiado peligroso que vayas hoy, y lo sabes! —estamos a punto de ir a darle caza.

—Álex, la necesitamos para que se confíe. Ella no levantará sospechas —dice uno de los agentes—. Y vestida así sabemos que al menos llamará su atención —ríe descaradamente.

—¡Si quieres llamar su atención envía a tu puta madre! —grito de nuevo—. Ve a cambiarte ahora mismo, Gema.

—Te recuerdo que trabajo en lo mismo que tú —pone las manos en sus caderas—. Y que estoy aquí porque me lo he ganado a pulso, nadie me ha regalado nada. Sé hacer mi trabajo.

—No empieces... —trato de calmarme para que me escuche—. Si a estos no les importa que te pase algo, a mi sí. Las cosas pueden hacerse de otra manera y sin necesidad de exponer la vida de nadie.

—Álex, muchacho, te estaba esperando —la voz del comisario Ibáñez me saca de mis recuerdos. Levanto la mirada y le veo. Está algo más viejo y canoso, pero sus ojos siguen siendo idénticos a los de Gema. Se aparta de la puerta para que entre. El edificio está exactamente igual. No han cambiado nada. Mire donde mire puedo verla. Sentada en una de las mesas tomando café con la secretaria, buscando en los ficheros, bromeando con los de la limpieza... Inspiro profundamente y trato de centrarme. El padre de Gema se da cuenta y me guía hasta su

despacho—. Tienes que hacerte a la idea... —dice mientras pone una de sus manos en mi hombro—. Sé por tu hermana que no lo estás llevando nada bien, que no has estado con otra mujer y que el tiempo no está curando tus heridas.

—Tendré que hablar con Sonia muy seriamente.

—Ella solo se preocupa por ti —Sonia y él siempre se llevaron bien. Gema y ella se hicieron muy amigas y se visitaban a menudo—. Agradezco mucho que le guardaras el luto a mi hija de esa manera durante los primeros meses. Si te soy sincero, no me hubiera gustado nada oír que andabas con otras al poco de que ocurriera. Pero entiendo que ha pasado mucho tiempo, eres un hombre joven y ella ya no está entre nosotros.

—He venido a hablar de trabajo —digo cortante.

—Álex, conocía muy bien a mi hija y sé que te quería, y que quería lo mejor para ti. Verte así le haría mucho daño. Más del que puedas imaginar.

—¿Hablamos o me marchó? —no puedo seguir oyéndole. Me duele demasiado. Asiente y cierra la puerta.

Durante un par de horas revisamos varios informes policiales. Entre ellos el que escribí sobre el Carnicero cuando estaba tras él. No me hace falta repasarlo demasiado, por desgracia lo tengo grabado a fuego en la memoria. Cuando por fin acabamos, entiende mi decisión de trabajar desde casa y no me pone impedimentos.

—Llévate todo el material que necesites. Mañana te prepararemos un portátil con los informes para que puedas ir enviándonos lo que vayas anotando —abre uno de los cajones y pone algo sobre la mesa—. Esto es tuyo.

—Mi antigua placa —mis pulsaciones aumentan. Dudo por un momento, pero finalmente la tomo entre mis temblorosos dedos. Luché muy duro para poder formar parte de la policía científica.

—Quiero que también tengas esto... —saca un arma y la pone donde antes estaba la placa—. Había pensado en devolverte la tuya, pero creo que esta será mejor —me fijo en ella y la reconozco. Mis ojos se abren por la sorpresa. Era la pistola de Gema—. Te traerá suerte —sonríe—. Sé que no debería animarte a esto, pero si la vida de alguien corre peligro, métele una bala entre ceja y ceja a ese hijo de puta.

Unos minutos después, nos despedimos y me marcho en busca de Laura. Cuando llego, César está fuera de la habitación preparando algunas cosas.

—Hola, amigo. ¿Cómo estás? —me sonrío. Está contento.

—¿Me he perdido algo? —pregunto, devolviéndole la sonrisa.

—¡En unos días nos vamos a casa! —grita.

—¿En serio? —digo, sorprendido.

—Como te lo estoy diciendo. Acaba de irse la doctora Nova. Parece que Natalia podrá terminar de hacer la rehabilitación en casa.

—¡Eso es fantástico! —algo pasa por mi cabeza en ese momento—. Oye... ¿Iréis al hotel?

—No nos queda más remedio por ahora. He encontrado una casa, pero ni de lejos estará lista hasta dentro de unas semanas.

—¿Se lo has contado a Natalia?

—No —susurra y hace un gesto para que baje la voz—. Solo le puse en conocimiento que quería mudarme a un lugar más tranquilo.

—Está bien —le digo—. Luego hablamos, vengo a recoger a Laura.

—¿A Laura? —levanta las cejas.

—Fin de la conversación —le dejo riendo y entro a la habitación.

Nada más abrir la puerta, las dos se me quedan mirando y sonríen, cómplices, entre ellas. No hace falta que me digan de qué han estado hablando todo este tiempo. Mis sospechas se confirman cuando, al despedirnos, Natalia gesticula un *gracias* dirigido a mí cuando Laura no la ve.

—¿Y mi coche? —dice al ver el mío.

—En el prado pastando con los demás bichos.

—Muy gracioso. Como le haya pasado algo te vas a enterar —sube al asiento del copiloto y se pone el cinturón.

—¿Te importa si pasamos primero por mi casa? —quiero dejar mi pistola allí. Llevar dos es molesto.

—No tengo problema —contesta mientras busca en la guantera. Ya no tengo ese miedo a que encuentre algo ahí que no deba. Aparco y bajamos—. ¿Estará tu hermana? —pregunta, inquieta.

—Es posible. Cuando me fui antes se quedó trabajando.

—¿No le importará? No quiero molestar.

—Al contrario —resoplo—, estoy seguro de que se alegrará mucho de verte —sonríe—. Pero si crees que estarás incómoda puedes quedarte en el descansillo. No se enterará de que estás ahí y yo tardaré poco.

—No te preocupes. Me apetece saludarla.

Caminamos hasta el portal y, como en otras ocasiones, está abierto. Ya no sé cómo voy a decirles a los vecinos que cierren cuando salgan. Mientras subimos las escaleras Laura va pellizcándome las piernas. Me paro a reñirla un par de veces, pero es inútil. Cuando algo le hace

gracia no para. Saco la llave de mi bolsillo cuando llegamos al apartamento y algo llama mi atención. Mi puerta está entreabierta. Miro con más cuidado y descubro que la cerradura está reventada.

Capítulo 37

—¡SONIA! —nadie contesta—. No te muevas de aquí —le digo a Laura, que asiente, asustada. Saco rápidamente mi arma y de un fuerte empujón abro la puerta—. ¡SONIA! —grito y entro en la casa. Camino nervioso por el pasillo. Tengo miedo de lo que me pueda encontrar. Estoy muy preocupado por mi hermana. Todo está patas arriba. Da la sensación de que una manada de elefantes hubiera pasado por aquí. No hay sangre ni rastro de Sonia. Cuando compruebo que la casa está vacía saco mi teléfono del pantalón. Marco su número y rezo para que me lo coja. Quiero agarrarme a la esperanza de que no estuviera en casa cuando vinieron. No contesta. Repito la misma acción más de diez veces y con cada una de ellas el mundo se me viene encima—. ¡VAMOSSS! ¡COGE EL PUTO TELÉFONOOO! —grito histérico y cada vez más desesperado. Comienzo a hiperventilar. Si la tiene el Carnicero estoy seguro de que la utilizará para vengarse de mí y después acabará con su vida. Quiero despertar de esta pesadilla. Laura entra en ese momento y se queda mirándolo todo con las manos en la boca.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado aquí? —clava sus ojos en mí—. ¿Álex? ¿Y Sonia? —hay preocupación en su rostro. No contesto. Mi corazón bombea con fuerza en mis oídos. Tengo una gran sensación de pérdida—. Álex... —viene hacia mí y pone una de sus manos en mi pecho. El contacto de su piel con la mía hace que todo se vuelva más real. La creencia de pesadilla desaparece y comienzo a pensar con más

claridad. Marco el número de la comisaría. Estoy tan alterado que tengo que intentarlo varias veces porque no lo consigo a la primera. Las cámaras del banco que tengo enfrente de casa seguro que han captado algo y necesito tener acceso a las imágenes. Mientras hablo con uno de los agentes oigo sonar el teléfono de Laura. Contesta y entra a una de las habitaciones para no molestarme mientras habla. Anoto las claves de acceso a la cámara y cuelgo. Pongo las manos sobre una de las mesas y me apoyo en ella. La angustia me vuelve a bloquear. Los brazos de Laura rodean mi cintura en ese momento y noto su pecho pegado a mi espalda.

—Tengo buenas noticias para ti —me dice, y me ofendo. ¿Cómo cojones puede hablar de algo así en un momento como este?

—¿Te estás riendo de mí? —contesto, furioso, y la aparto.

—Nunca me reiría de ti, musculitos —sonríe ampliamente y me descoloca.

—¿Se puede saber a qué coño estás jugando?

—Sonia está bien —dice como si nada. Mis ojos se agrandan y la miro atento—. Está con mi amigo Miguel Ángel en la puerta de mi casa.

—¿Qué? —mis piernas comienzan a temblar.

—Parece que Sonia se ha enterado de que Miki y yo nos conocemos y le ha pedido que la lleve a casa para hablar conmigo, y al ver que no me encontraba allí me ha llamado para ver dónde estaba. Le he contado lo ocurrido, espero que no te importe.

—¿¡Qué!?! —trago saliva. No sé si reír o llorar. La situación me supera. Hay demasiados sentimientos contradictorios en mi cabeza. Abrazaría y golpearía a esos dos cabrones en este mismo momento. Pero estoy tan feliz de que Sonia esté bien que lo único que quiero es

verla para asegurarme de que es cierto—. Vamos con ellos —camino deprisa y Laura me sigue. Tengo que poner a salvo a mi hermana como sea. Ya me encargaré del destrozo después.

—¿Sabes que puede querer tu hermana? —pregunta intranquila mientras sube al coche. Debe de estar dándole vueltas—. ¿Por qué querría hablar conmigo?

—Puedo hacerme una idea —respondo mientras me abrocho el cinturón.

—Joder, pues dímelo —se abrocha el suyo.

—Está empeñada en buscarme pareja —hay silencio durante unos segundos.

—Em... —se queda pensativa—. Álex —llama mi atención—, ¿qué está pasando entre nosotros? —me tenso.

—No lo sé, Laura —siento sus ojos clavados en mí, pero no aparto los míos de la carretera—. Podría decirte que somos solo amigos, pero está claro que los amigos no se comportan así. Imagino que tu manera de ver las cosas es distinta a la mía. Yo estoy más chapado a la antigua.

—No lo entiendo —dice, confusa.

—Yo no puedo hacer lo que haces tú.

—¿Qué hago yo? —pregunta—. Por Dios, sé un poco más claro —tomo aire.

—Tú puedes acostarte con cualquiera por el simple hecho de pasar un buen rato y después no tener sentimientos hacia esa persona —suelto del tirón—. Yo no. Eso no va conmigo.

—Sí, bueno... —hace un pequeño silencio—. Son errores que se cometen cuando no se cree en el amor —la miro por una décima.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —veo por el rabillo del ojo cómo baja su mirada—. Ni yo estoy segura de lo que me está pasando.

—Ahora el que no entiende nada soy yo —comienzo a ponerme nervioso.

—Álex —mi vello se eriza—. No sé cómo te tomarás esto... Quizás te asustes y ya no quieras hablarme más, pero estoy teniendo sentimientos extraños hacia ti y no sé cómo pararlos —freno para no chocar con el vehículo de enfrente. No he visto el semáforo en rojo.

—Seguro que estás confundida —trato de hacerla entrar en razón, no puede enamorarse de mí. No puedo corresponderla.

—No, Álex, todo encaja. Es como me explicaste aquella vez frente al cuadro del nudo celta —hace una pausa—. Me siento en un estado de euforia continuo en el que solo deseo estar contigo. Cuando estás cerca siento que puedo con todo —sonríe tímidamente—. Me ruborizo en tu presencia —sus mejillas se ponen rojas—. La mayor parte del tiempo solo puedo pensar en ti, e incluso estoy comenzando a sentirme celosa —un claxon nos sobresalta. El semáforo ha cambiado a verde y estoy obstaculizando el tráfico.

—Seguro que es algo temporal —respondo rápidamente—. No te obsesiones. Muchas personas suelen confundir sus sentimientos. Seguro que lo que sientes hacia mí es solo aprecio. Pasamos bastante tiempo juntos, y como dice el refrán: “El roce hace el cariño” —necesito quitarle esa idea de la cabeza.

—Sí, quizás sea eso —gira su cara y mira por la ventanilla. Mi estómago se encoje. Odio hacerla sentir así, pero es importante que entienda que lo nuestro no puede funcionar.

Para mi desgracia, yo siento lo mismo por ella. Pero tener una relación nos dañaría a los dos por igual. Siempre estaría la sombra de Gema entre nosotros y no puedo condenarla a eso. Laura merece a alguien que la haga sentir única, feliz y querida. Por mucho que me esté enamorando de ella, yo no podré darle lo que necesita.

Minutos después, por fin llegamos a su barrio. El silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros ha hecho que los últimos kilómetros se me hicieran excesivamente largos. Bajamos del coche y nos dirigimos a su piso. Cuando estamos cerca puedo ver a Miguel Ángel y a Sonia sentados en uno de los escalones del portal de Laura y respiro tranquilo. Necesitaba tanto saber que estaba a salvo. Al vernos se ponen en pie rápidamente.

Camino de prisa hacia mi hermana. Quiero echarle la mayor bronca de su vida. Odio cuando pone su teléfono en silencio y después se olvida de activar el sonido. Y, además, no tiene ningún derecho a meterse así en mi vida. Sé perfectamente a lo que ha venido. Cuando llego hasta ella y levanto mi dedo para comenzar me fijo en que sus ojos están rojos. Antes de que pueda hacer nada más se lanza contra mi pecho y me abraza.

—Álex, ¿qué ha pasado? —llora—. ¿Quién ha entrado en casa? ¿Qué buscaba? —Miguel Ángel debe de habérselo contado.

—Vamos, tranquila... —la abrazo. Toda mi ira se esfuma al verla así.

—No podemos volver a casa, tengo miedo —solloza. Tiene razón, si ha sido quien creo podría volver al no haberme encontrado allí.

—Lo solucionaremos. No te preocupes. Ahora cálmate y activa el maldito sonido del teléfono. ¿Sabes el susto que me has dado? —tiro de su barbilla para que me mire—. Te he llamado varias veces —seca

sus lágrimas y saca el teléfono de su bolso.

—Lo siento... —dice al ver todas mis llamadas perdidas, y vuelve a abrazarme.

—Está bien. Me conformo con saber que estás a salvo, con eso me vale —beso su cabeza. Levanto la mirada y Miguel Ángel y Laura nos están observando.

—Tú —le señalo y me aparto de Sonia—. Debería romperte la puta cara —camino hacia él—. Creo que te dejé bien claro que no quería volver a verte, y menos con ella.

—Álex, déjale —mi hermana me sujeta—, si no llega a ser por él hubiera estado en casa cuando entraron —es cierto, si hubiera hecho lo que le dije Sonia quizás no estaría ahora mismo conmigo y la situación sería muy diferente.

—Sonia tiene razón —dice Laura con tono de enfado—. Creo que solo por eso deberías ser un poco más tolerante. Miki es una bella persona y jamás le haría daño.

—Ya has oído —dice Miguel Ángel con una amplia sonrisa—. Si yo fuera tú no las contradiría. Cuando dos mujeres se unen pueden llegar a ser muy peligrosas —las dos ríen con su estúpida frase, y trato de ignorarlo.

—¿Qué haremos ahora? —pregunta Sonia, preocupada.

—Podéis quedaros en casa —dice Laura.

—No —respondo—, puedo cuidar de una, pero no de dos. Necesito sacarte de Madrid durante algunos días —miro a mi hermana—. Creo saber quién está detrás de esto, y es importante que no sepa quién eres o también estarás en peligro.

—¿Se trata de...? —dice Sonia, alarmada.

—Es muy probable.

—¡NO! —grita—. Álex, tienes que irte tú también de aquí —Laura y su amigo nos observan.

—No puedo, he aceptado el caso. Necesitan mi ayuda para encontrarle.

—¿Para encontrarle? —sus ojos se abren.

—Sí... se escapó de la cárcel.

—¿Se escapó? ¿Vuelves a trabajar para la policía?

—Desde hace un rato.

—¿Qué? —pregunta Laura. No le dije nada todavía, esperaba hacerlo cuando estuviéramos más tranquilos.

—¿Queréis dejar ya el jodido interrogatorio? —grito, nervioso—. Sé muy bien lo que estoy haciendo —las dos cruzan los brazos al mismo tiempo. «Mierda. ¿No tenía suficiente con una?».

—Estoy pensando en lo de sacar a Sonia de Madrid —interrumpe Miguel Ángel, y por un segundo casi se lo agradezco. Mi simpatía termina con su siguiente frase—. Yo me voy en un rato para el pueblo. Puede venir conmigo si quiere.

—No —digo secamente.

—Sí —dice Laura, y la miro malhumorado—. La casa de mis padres está vacía. Puede quedarse allí los días que necesite. Seguro que ese animal no la encuentra.

—No pienso dejar que mi hermana vaya al pueblo con este —le señalo con desprecio.

—“Este” —responde Laura— es quien de una manera u otra ha

salvado la vida a tu hermana. Deberías hablar con más respeto de él — sé que está devolviéndomela. Yo le dije exactamente lo mismo cuando habló así de mi arma.

Tras discutir durante más de veinte minutos sobre el asunto, por fin consiguen que ceda. Laura le entrega a mi hermana la llave de su casa y finalmente se marcha con Miguel Ángel. Sé que allí estará lejos del Carnicero, pero no de las manos de ese mamón. Las tiene demasiado largas. Como le toque un solo pelo, se las cortaré.

Laura y yo subimos a su casa. Mientras se cambia de ropa yo hago algunas llamadas. Pongo en conocimiento a mis compañeros de lo que ha ocurrido y envían una patrulla a mi apartamento. Tratarán de buscar algunas huellas y custodiarán mis pertenencias hasta que alguien pueda ir a reparar la puerta.

Me recuesto en el sofá. El día está siendo agotador. Cuando estoy a punto de quedarme dormido, Laura llega con una bandeja y se sienta a mi lado. Se ha vuelto a poner esa camiseta larga que tanto me gusta y que deja al descubierto sus preciosas piernas. Presiento que lo que resta de día se convertirá en una gran tortura...

Capítulo 38

—¿Te gusta la tarta de chocolate? La he hecho yo —sonríe y me ofrece la bandeja.

—La verdad es que sí, me gusta, pero ahora mismo no tengo hambre —mi estómago todavía está pegado. Lo que le ha ocurrido a mi casa me da igual, pero el susto tan grande que me ha dado mi hermana me acompañará el resto de mi vida.

—Oh, vamos, tienes que probarla al menos —toma con sus dedos uno de los trozos y lo acerca a mi boca.

—No, de verdad, Laura —giro la cabeza, pero no deja de insistir—. ¡Para! —ríe y forcejeamos. No hago demasiada fuerza por miedo a hacerle daño y acaba subida a horcajadas sobre mí. En uno de sus movimientos, prácticamente estrella el trozo contra mi cara—. ¡Mira cómo me has puesto! —agarro sus muñecas para que pare. Hay varias migajas esparcidas por mi ropa—. Ahora tendrás que limpiarme —comienzo a sentir el calor de sus piernas desnudas sobre las mías, y me pongo nervioso.

—Si no me sueltas no podré hacerlo —levanta una de sus cejas. Todavía tiene parte de la tarta entre sus dedos. No me fío de ella. Sé que, si la deajo libre, volverá a hacer lo mismo.

—No caeré en tu trampa —el calor cada vez es más intenso y comienzo a sentir presión en mi zona inguinal. Está preciosa sobre mí. Varios de sus mechones rubios le caen por la cara, creando una imagen realmente erótica.

—Tienes un trozo ahí —intenta señalar con sus dedos, pero presiono más fuerte sus muñecas.

—No voy a dejarte libre... —ríó.

—Te lo digo en serio —carcajea—. Tienes un trozo grande cerca de tu boca —saco la lengua y la paso por mis labios. Niega con su cabeza—. Más a la derecha —hago lo que me dice, pero no doy con él—. ¡Me estás poniendo nerviosa! —vuelve a reír. Se inclina hacia adelante y siento su húmeda lengua pasar muy cerca de mi boca. Mi piel se eriza—. No pienso desperdiciarla. Es demasiado laboriosa —vuelve a pasar su lengua por mi cara y tengo que cerrar los ojos para controlarme. Ese gesto ha despertado demasiadas sensaciones en mí—. Creo que he descubierto un ingrediente secreto —dice mientras la saborea—. Sobre ti está mucho más rica —vuelve una tercera vez y no puedo aguantarlo más. Suelto sus muñecas y atrapo rápidamente su cara, tomándola por sorpresa. Me lanzo sobre su boca y comienzo a succionar lentamente sus labios. Sabe a chocolate y me gusta más de lo que podría imaginar. Profundizo en mi beso y cuando alcanzo su lengua, gimo. Rodeo su cintura y la presiono contra mi entrepierna. Sentirla tan expuesta me vuelve loco, y por su respiración puedo deducir que a ella también.

Busco algún tipo de fuerza interior que me ayude a detenerme para no sentirme mal después, pero soy incapaz. En cuanto Laura rodea mi cuello con sus brazos dejo de luchar. Acaba de transportarme a ese lugar en el que mi dolor desaparece y del que no quiero volver. Otra vez a su merced. Otra vez rendido a sus encantos. Pero no me importa lo más mínimo. Necesito todo de ella en este momento. Como si oyera mis pensamientos y quisiera torturarme, se aparta de mí y me siento vacío. Veo una idea cruzar su mirada, y en un acto reflejo consigo sujetar su mano cuando está a punto de llegar a mi cara.

—¡Sabía que no podía fiarme de ti! —ríó. Acercó su mano manchada de chocolate lentamente hasta mi boca y paso mi lengua entre sus dedos sin dejar de mirarla. Siento su cuerpo relajarse, y me gusta. Introduzco su pulgar en mi boca y un suspiro sale de la suya. Sé que está disfrutando tanto como yo. Cuando no queda nada, marco un camino de besos por su brazo. El aroma de su piel me vuelve loco. Cuando llego a su cuello lo muerdo, despacio.

—Álex —susurra. Abro los ojos y veo cómo atrapa su labio entre los dientes. Tiro de su camiseta, necesito quitársela. Me mira por un segundo, indecisa.

—Tranquila —sé que le preocupa su cicatriz—. Tendré cuidado —me ayuda y queda en ropa interior sobre mí. Mi pantalón comienza a apretar demasiado. Trago saliva mientras observo cómo desabrocha su sostén. No quiero intervenir, necesito que lo haga sola, así estaré seguro de que se siente cómoda. La prenda cae sobre mis abdominales dejando al descubierto sus hermosos pechos—. Eres perfecta, Laura —sonríe tímidamente—. Paso las yemas de los dedos por su suave piel. Apenas se aprecia la cicatriz. Mis sentimientos se acentúan. Pongo una de mis manos sobre su nuca y tiro de ella hasta que nuestras frentes quedan juntas—. No sé cuánto tiempo durará esto que dices que sientes... —trago saliva y miro sus grandes ojos verdes. Necesito que sepa lo que voy a decirle—. Quizás pronto conozcas a otra persona y te olvides de mí —acaricio su mejilla—. Pero ya no puedo esconder más lo que siento. Llevo meses luchando contra corriente y estoy agotado. Estás cambiando mi vida. Desde que te conocí la has puesto patas arriba —sonríe—. Es posible que nunca llegues a comprender lo difícil que es decir esto para mí...

—Álex... —no dejo que hable. No puedo esperar más, necesito

besarla. Sus labios calman mi dolor y después de lo que acabo de admitir lo necesito. Enredo su cabello en mi mano y la aprieto junto a mí. Cuanto más cerca la siento, más me calmo. Noto cómo sus manos tiran de mi camiseta y la sacan por mi cabeza. Su pecho queda pegado al mío. Piel sobre piel. Mis manos acarician su espalda desnuda y mi boca quiere saborearla. Todo mi cuerpo arde por ella. La necesito. Sus finos dedos desabrochan mi pantalón y siento un gran alivio. Mi sangre corre libre por fin. Con habilidad tira de ellos junto a mi bóxer y acaban con la camiseta. Laura sigue sobre mí, lo único que nos separa es un pequeño trozo de tela negro. Mi paciencia comienza a fallar y de un pequeño tirón consigo romperlo. Gime y mis manos acarician sus piernas, sus caderas, su cintura... Se mueve despacio sobre mí, provocándome. Sabe que juega con fuego, pero no le importa. Quiere llevarme al límite. Pasa su lengua y sus labios por mis hombros y muerde mi cuello. Me duele, pero me excita. Muevo mis caderas debajo de ella, buscándola, pero no me deja hacer lo que quiero. Gruño, y parece gustarle. Cuando me tiene donde quiere y sin dejar de besarme, acopla nuestros cuerpos con su mano y se deja caer lentamente sobre mí mientras cierra sus ojos. Mi respiración se corta mientras nos adaptamos. Laura se arquea y la rodeo con mis brazos. Siento que muero debajo de ella. Me ha llevado tan al borde que temo no dar la talla ni aguantar lo suficiente.

—Espera un poco... —trato de ganar tiempo. Besa mi mandíbula sin darme opciones y comienza a moverse lentamente—. Laura —me pierdo en su baile y soy incapaz de hablar. Sujeto sus glúteos fuertemente y me mezo a su ritmo. Cada uno de sus gemidos se convierte en suplicio para mí. Está totalmente entregada. Lucho para que no me arrastre con ella. Clava sus dedos en mi espalda sudorosa

mientras aumenta el ritmo—. Dios, Laura —consigo decir de nuevo. La abrazo fuertemente y noto cómo se tensa. Está cerca—. Vamos, preciosa —gimo. Su respiración se acelera y pierde el ritmo. Tomo las riendas, la sujeto con fuerza, y cuando su clímax llega se contrae tan fuerte sobre mí que me pierdo con ella.

Nos quedamos en silencio y abrazados durante varios minutos. Mi cerebro, como de costumbre, busca imágenes para hacerme sentir culpable, pero de nuevo consigo controlarlas. No quiero que nada estropee este momento. Laura comienza a temblar. Tiene la piel fría y está empezando a quedarse dormida. Me pongo en pie con ella encima.

—Puedo andar —habla con su cara escondida en mi cuello.

—Yo también —respondo y continúo con ella hasta la cama. Cuando la dejo caer sobre el colchón me quedo mirando al vacío. Dormir con ella me parece un gesto demasiado comprometido todavía. Cedí el día anterior porque se encontraba mal emocionalmente, pero esta vez es distinto—. Voy a ducharme —intento ganar tiempo. Con suerte, cuando termine estará ya soñando.

—No tardes —dice perezosamente mientras bosteza. Está cansada.

—Duerme —beso su mejilla y estiro la colcha sobre su cuerpo.

Alargo la ducha todo lo que puedo, me visto y salgo sin hacer ruido. Me acomodo en el sillón y busco algo de música en mi teléfono, pero nada llama mi atención. Apoyo mi cabeza en el respaldo y me relajo. Un ruido me despierta. Me levanto rápidamente.

—¡No! —Laura grita. Corro hasta la habitación, y cuando entro la encuentro sentada sobre la cama con la mano sobre su pecho.

—¿Qué ocurre? —pregunto, sofocado.

—Una jodida pesadilla. Llevo días soñando lo mismo —suspira—. Creo que me estoy obsesionando.

—¿Qué has soñado? —me acerco a ella y me siento sobre la cama.

—Sueño que mi pecho se vuelve de color negro y se llena de heridas —mira a algún punto, recordando.

—Es normal soñar ese tipo de cosas cuando se pasa por algo como lo que estás pasando tú —acaricio su cara y me mira fijamente.

—Álex... ¿Tú seguirías fijándote en mí si me faltara un pecho? —pestañeo. No esperaba esa pregunta.

—Para mí no eres solo un pecho, Laura. Por supuesto que seguiría fijándome en ti. Si a alguien llegara a importarle eso, deberías apartarle de tu vida.

—Gracias —me abraza—. Necesitaba tanto oír eso...

—Ahora sigue durmiendo —dejo un rápido beso sobre sus labios y cuando voy a ponerme en pie tira de mí.

—¿Adónde vas? Es tarde.

—Yo... —me inquieto—. Dormirás mejor sola, la cama no es muy grande.

—No digas bobadas, cabemos perfectamente los dos —se hace a un lado—. Lo que no cabe es esa ropa que has vuelto a ponerte. Deberías quitártela —levanta una ceja y ríe pícaramente.

—Eres imposible —niego con la cabeza. Me desnudo y entro en la cama con ella.

—¿Puedo abusar de ti? —dice mientras se acurruca en mi pecho.

—Ya lo has hecho —río—. Prácticamente me has violado en el sillón.

—¿Puedo repetirlo?

—Si pides permiso no sería una violación —río de nuevo.

—Tienes razón —sin que me lo espere, salta de la cama y se sube encima de mí.

—Laura, es tarde y tenemos que descansar —protesto.

—Calla, tonto. Si te resistes será peor... —se inclina hacia delante y muerde mi pezón.

—¡¡LAURAAAAAA!!

Capítulo 39

Laura

Abro los ojos y le veo. No ha sido un sueño. Está plácidamente dormido a mi lado. Sus labios se ven hinchados y su respiración es tranquila. Ojalá pudiera parar el tiempo para poder quedarnos así eternamente.

Apenas me cuenta cosas sobre él, pero sé lo suficiente como para intuir que su vida no ha sido un camino de rosas. Enterarme de que su prometida murió unos días antes de su boda me afectó hasta a mí. Por desgracia, yo también sé lo que es perder a un ser querido, y creo poder entenderle. Cuando mi madre murió, sentí que la vida había perdido el sentido para mí. Era, además de mi madre, mi amiga y mi confidente. Me quedé vacía. Estaba segura de que nadie podría ocupar su lugar y así ha sido. Imagino que algo parecido debe sentir Álex, pero a una escala diferente. Vi cómo sufrió mi padre y puedo hacerme una idea. Eran jóvenes y no fue capaz de mentalizarse de que ya no estaba. Vivía por y para ella. El día que la enterramos la impotencia le volvió loco. Durmió durante semanas sobre su lápida y tuvieron que forzarle a salir de allí. Después de aquello, no volvió a ser el mismo. Se dio a la bebida y, en cierto modo, le perdí a él también. Jamás esperas que la persona a la que amas y con la que vas a compartir tu vida se marche de esa manera.

Beso su nariz con cuidado para no despertarle y me aparto de él. Siento todo el cuerpo dolorido. La noche ha sido muy intensa. Al

principio se mostró tenso, pero después se dejó llevar y ha sido increíble. La mejor noche de mi vida. Tengo agujetas hasta en las pestañas, pero no me importa. Cuando estoy a punto de ponerme en pie, sus enormes brazos me rodean y tiran de mí hasta que mi espalda toca su pecho.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta con su barbilla en mi hombro.

—Necesito una ducha urgente.

—Mmm... yo creo que estás bien así —su voz es ronca. Amolda su cuerpo al mío y vuelve a quedarse dormido. Cierro los ojos e inspiro profundamente. Me encanta. Mi cerebro debe estar creando hormonas de la felicidad en cantidades industriales ahora mismo.

Cuando paso la noche con alguien lo único que quiero es que se marche cuanto antes. Pero con él es diferente. No se trata solo de sexo. Podría pasarme una vida en esta posición sin ninguna otra necesidad. Todos mis sentidos se anulan cuando él está cerca. No tengo hambre, ni sed, ni necesidad de otra cosa que no sea estar a su lado. Si pudiera, gritaría con todas mis fuerzas para aliviar el hormigueo que siento en mi estómago. Es tan agradable como molesto. Después de lo que me dijo ayer cuando estaba sobre sus piernas, siento que floto en el espacio. Saber que en parte me corresponde me hace sentir eufórica. Miro a la pared de enfrente mientras analizo la situación. «Laurita, te han cazado», me digo. Ya no tengo dudas, me ha costado darme cuenta, pero ya es evidente. Me he enamorado perdidamente de él. Solo espero que, si no sale bien, no duela tanto como dicen. Cierro los ojos y me duermo de nuevo.

Su teléfono nos despierta. Estira su brazo por encima de mi cabeza para poder alcanzarlo.

—¿Sí? —carraspea. Sus ojos intentan amoldarse a la luz y los mantiene medio cerrados. Su cara de recién levantado me inspira tanta ternura que no puedo contenerme. Me acerco a él y besuqueo sus labios para molestarle. Es tan tentador—. Sí, estaba durmiendo. Dime, César —carraspea de nuevo. Intenta apartarme, pero no le dejo. Sigo provocándole, esta vez mordiendo su mentón. Me dedica una mirada molesta, pero su boca le delata. Trata de ocultar una sonrisa—. ¡Eso es genial! —pone su mano en mi cabeza y me aparta con cuidado. Arruga su frente y mueve su dedo acusadoramente en mi dirección mientras escucha lo que César le está diciendo. Se levanta de la cama y me mira—. Dame una hora y estoy allí —cuelga.

—¿Qué es tan genial? —pregunto

—Acaban de darle el alta a Natalia y vuelven a casa.

—¿En serio? —grito, y de un salto me levanto de la cama.

—Tú no vienes.

—¿Cómo no voy a ir? ¡Quiero verla!

—Es mejor que me esperes aquí. No tardaré —comienza a vestirse—. Estarás más segura en la casa. Todavía no han descubierto dónde vives.

—¿Cómo lo sabes?

—Si lo supieran ya habrían venido. Mira cómo dejaron mi apartamento. Tengo la impresión de que creen que vivimos juntos. Eso es un punto a nuestro favor.

—Pero...

—Sin peros —camina hasta el salón y trae un arma en cada mano. Le miro sorprendida.

—¿Ha parido esta noche o qué?

—No —ríe—, es solo que al aceptar el caso me han dado un arma oficial —abre el cajón de mi mesilla y mete una de ellas en él—. Voy a dejar la mía aquí. Si ocurriese cualquier cosa, no dudes en usarla.

—¿Yo? ¿iPero qué estás diciendo!?! —mis ojos se abren—. ¡En mi vida he tocado una mierda de esas! ¡No sé ni cómo coño se carga!

—Está cargada, solo tienes que apuntar a los huevos y apretar el gatillo.

—¡Álex! ¡No quiero eso en mi casa! —grito, nerviosa, mientras señalo el cajón que ya está cerrando.

—Lo siento, pero durante algunos días tendrá que ser así —resoplo. Es inútil seguir peleando con él. Hará lo que crea que es mejor.

Mientras está en el baño, me llega un mensaje de un número desconocido.

Hola, Laura. Soy Sonia, me gustaría hablar contigo. ¿Podrías llamarme cuando mi hermano no esté cerca?

«Qué extraño», me digo. ¿Qué será lo que tenga que decirme para incluso haberse molestado en venir ayer a mi casa?

—Vuelvo en un rato —Álex me sorprende mirando el teléfono, pero no pregunta. Levanta mi barbilla y me besa rápidamente en los labios—. No salgas a la calle, no abras la puerta a nadie y ante cualquier cosa llámame. En unos minutos habrá alguien vigilando abajo y yo estaré pendiente del móvil—. Asiento y se marcha.

Espero cinco minutos y cuando creo que no volverá, busco el número del mensaje y llamo a Sonia.

—¿Laura?

—Hola, Sonia. Sí. Soy yo. ¿Cómo estás?

—¡Hola, cariño! Estoy encantada. No tengo palabras para agradecerte. La casa es preciosa y el lugar, maravilloso.

—Me alegra saber que te sientes cómoda —sonrío, aunque no me ve—. Espero que encuentres todo lo que necesites. Hay varias tiendas por allí y en los armarios siempre guardo algo de ropa que puedes usar.

—¡Genial! Vine con lo puesto y me vendrá de lujo.

—Oye —cambio de tema—, estoy un poco inquieta. ¿Qué es eso de lo que quieres hablarme?

—Es sobre Álex —hace una pausa—. Estoy muy preocupada por él, Laura.

—¿Le ocurre algo? —me tenso.

—Sí —pego más el auricular a la oreja—. No sé hasta dónde te habrá contado él, pero necesito que me ayudes.

—Si empiezas desde el principio quizás pueda entenderlo todo mejor, porque ahora mismo estoy realmente perdida.

—Entiendo —responde—. Empecemos entonces. ¿Te ha hablado de Gema?

—La verdad es que muy poco. Lo único que sé de ella es que estaban a punto de casarse y que murió en un accidente laboral.

—¿Te dijo eso? —dice alarmada.

—Bueno, la verdad es que por las pistas que me dio lo deduje yo. Realmente él nunca me confirmó nada.

—A Gema la mataron, Laura. No fue un accidente.

—¿Qué? —pregunto con sorpresa.

—Álex y Gema trabajaban juntos en la policía. Les tendieron una trampa y Gema murió tras recibir un disparo destinado a mi hermano.

—¿Cómo? —mi corazón se contrae.

—Cuando el animal al que estaban a punto de detener encañonó a mi hermano, Gema se puso delante del arma en el último segundo y recibió un balazo.

—Oh, Dios mío —mis ojos se llenan de lágrimas.

—Desde entonces, Álex jamás ha tenido una relación con otra mujer —comienzo a entender muchas cosas—. La culpabilidad le mata. Cree que, si lo hace, la estaría traicionando. Ha llegado incluso a tratar de quitarse la vida, pero gracias a Dios llegamos a tiempo —suspira y mi piel se eriza. Jamás hubiera imaginado algo así—. Por favor, no pienses que soy una mala persona por contarte esto, solo estoy muy preocupada por él y lo único que quiero es que sea feliz. De verdad que es un chico que merece la pena.

—Me estás dejando sin palabras.

—He visto cómo os miráis y sé que solo tú podrías sacarle de su estado. Desde que sé de tu existencia estoy viendo muchos cambios en él. Veo en sus ojos el reflejo del que fue, y eso me llena de esperanzas. Con esto no te estoy obligando a nada, pero si realmente le quieres podrás entender mejor su comportamiento.

«*Le quiero...*».

—Sonia, yo... no sé qué decir.

—Por desgracia todavía no he acabado —pongo la mano en mi pecho—. Lo realmente importante viene ahora —no sé qué más puede contarme—. La persona que acabó con la vida de Gema está buscando

a Álex para matarlo.

—¿¡QUÉ!?! ¿Es él? —viene a mi mente la imagen del coche negro que nos persiguió aquella noche y el destrozo en su casa.

—Lo que oyes. Después de disparar a Gema, aprovechó la confusión y consiguió escapar. Pero días después, y gracias a la intervención de Álex, finalmente le detuvieron. Mi hermano dejó ese día la policía. No se encontraba con fuerzas de seguir trabajando ahí. Pero cuando el Carnicero se enteró de que había sido él el responsable, juró venganza —mis manos tiemblan—. Ayer fui a buscarte con Miguel Ángel porque necesitaba contártelo. El comisario me puso en aviso por la tarde. También está preocupado. Es el padre de Gema y le tiene mucho aprecio. Me dijo que el Carnicero había escapado de la cárcel y que seguramente le estaba buscando. Ha conseguido que Álex acepte volver a trabajar para ellos, ya que es la persona que mejor conoce a ese criminal. Les será de gran ayuda, y a su vez al tener a mi hermano cerca, podrá protegerle mejor.

—Dios mío —el rompecabezas comienza a formarse. Ahora entiendo la conversación que tuvieron los dos en mi portal y de la que Álex no quería hablar.

—Siento mucho haberte metido en esto, pero era necesario que lo supieras. Entre todos tenemos que evitar que Álex cometa una locura. Sé que no le teme y no le importará exponer su vida con tal de dar con él.

—Gracias... —no sé qué más decir. Mil ideas pasan por mi cabeza

—No te entretengo más, Laura. Muchas gracias por atenderme —se despide y colgamos.

Me quedo mirando al teléfono, pensativa, intentando asimilar la

información que Sonia me acaba de dar. Si le llega a pasarle algo a Álex, no podría soportarlo. Extrañamente soy incapaz de imaginarme un futuro sin él. En pocos días se ha convertido en mi prioridad. Por él soy capaz de cualquier cosa, y gracias a él me siento con fuerzas de luchar contra mi enfermedad. Saber lo que realmente ocurrió con Gema ha respondido a mis preguntas. Ahora todo encaja. Una de sus frases me viene a la mente: *Es posible que nunca llegues a comprender lo difícil que es decir esto para mí.* Ahora sí lo sé y valoro mucho más sus palabras. Debió resultarle muy difícil decirlas.

Cuando consigo centrarme decido que es el momento de darme una ducha. Mientras estoy bajo el agua, oigo mi teléfono sonar, pero no puedo atenderlo. Tendrá que esperar a que acabe. Cuando estoy secándome, vuelve a sonar. Corro hasta él y descuelgo.

—¿Sí? —escucho. Con las prisas no he mirado el número.

—¿Es usted Laura?

—Sí —arrugo mi frente.

—Le llamamos del hospital.

—Ah, dígame —me relajo. Estoy segura de que es para adelantarme la radioterapia. El doctor me dijo que, si todo iba bien, me llamarían antes.

—Es para informarle de que Álex Torres ha sufrido un accidente. Están atendiéndole en nuestro centro en este momento.

—¿¡QUE!?! —grito.

—Él mismo nos pidió que la llamáramos.

—¿Dónde está? ¿En qué hospital está? —mis manos tiemblan mientras busco un bolígrafo para anotar la dirección. Siento que me

ahogo.

Capítulo 40

Apunto la dirección en un pequeño papel y me visto rápidamente. Me resulta extraño que le hayan llevado a ese hospital cuando hay varios más cerca. Estoy realmente asustada. Saber que él pidió que me llamaran, en cierto modo, me tranquiliza. Al menos estaba consciente y sabía lo que decía, pero que no lo haya hecho él desde su teléfono me mata. ¿En qué estado se encontrará? César y Natalia vienen rápidamente a mi mente.

«¡DIOS MÍO!», grito, «¿Irían ellos también en el coche?». Por el tiempo que ha pasado desde que se fue, es muy probable. Decido llamarles.

—Lauuu —es la voz de Natalia.

—Natalia —hablo agitada—. ¿Dónde estáis? ¿Estáis bien?

—Sí, estamos ya en casa. ¿Qué ocurre, Laura? —su tono es preocupado.

—Acaban de llamarme del hospital —mi barbilla tiembla—. ¡Álex ha tenido un accidente! —grito.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No, Natalia —lloro desesperada—. Debe estar muy mal para no haberme llamado él mismo.

—Laura... —no la dejo hablar. Estoy demasiado nerviosa.

—Seguro que ha ocurrido mientras regresaba a casa —mi corazón no puede más.

—¡Laura! —grita—. ¡No es cierto...! —su voz suena como si estuviera apartándose del teléfono.

—Tengo que dejarte, tengo que ir con él —lloro y cuando estoy a punto de colgar oigo una voz masculina salir del teléfono.

—¡LAURA! —mis ojos se abren. La reconozco—. Soy Álex. ¿Qué está pasando?

—¿Álex? ¡Dios mío! ¡Álex! —me bloqueo. No entiendo nada—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Estás bien?

—¿Dónde estás?

—En casa. A punto de salir a buscarte. Acaban de decirme que has tenido un accidente. ¿Te encuentras bien?

—¡No salgas de casa! ¿Me oyes? ¡Es falso! No he tenido ningún accidente —mis pulsaciones se alteran—. Asegúrate de que la puerta está bien cerrada. No abras a nadie y saca lo que guardé en el cajón.

—Álex... ¿Qué está pasando? —me paralizó.

—¡Haz lo que te digo! —grita, sofocado, parece que estuviera corriendo—. Saca el arma del cajón y no la sueltes bajo ningún concepto. Estoy de camino —oigo un portazo y el motor del coche.

—Estoy asustada... —sollozo—. Tengo miedo, Álex.

—Tranquilízate, ¿de acuerdo? —asiento pese a que no me ve—. Seguramente te estén esperando en el lugar en el que te han citado. No saben dónde vives y por esa la razón te han tendido una trampa.

—Hijos de puta... ¿Y cómo han dado con mi teléfono?

—Eso es lo más extraño —varios golpes me sobresaltan.

—Álex, están llamando a la puerta —susurro para que no me oigan. El vello de mi espalda se eriza y me cuesta hablar.

—¡Mierda! —grita—. ¡No abras! ¿Tienes el arma?

—No.

—¡MALDITA SEA! ¡COGE LA PUTA PISTOLA! —siento que está perdiendo el control—. ¡VAMOS!

—Voy —corro hasta el cajón de mi mesilla, lo abro y con cuidado la tomo entre mis manos. Está fría y pesa más de lo que parece. Mis dedos tiemblan tanto como mi cuerpo y me cuesta controlarlos. Tengo miedo de apretar el gatillo sin querer o que se dispare sola. Las armas siempre me han dado mucho miedo—. Ya... ya la tengo... —comienzo a sudar.

—Busca un lugar para esconderte hasta que llegue —miro por todas partes y parece leer mi mente—. Nada de debajo de las camas ni dentro de los armarios. Busca algo menos obvio. Eres pequeña, cabes en cualquier lugar —vuelven a llamar y lo oye—. ¡Joder! Vamos, preciosa, tú puedes hacerlo. Es tu casa, la conoces mejor que nadie.

—Ya lo tengo —le digo y corro hacia el mueble del salón.

—¡Laura! ¿Estás en casa? —la persona que está al otro lado de la puerta me habla.

—Álex —susurro—, creo que es Jorge el que está llamando.

—No abras. No podemos fiarnos de nadie. Ve a esconderte como hemos acordado.

—De acuerdo, dame un minuto —abro una pequeña puerta del mueble y con esfuerzo consigo meterme en el minúsculo hueco. Pongo el arma sobre mi regazo con el cañón apuntando hacia afuera. «Solo tengo que apretar el gatillo», digo mentalmente para tranquilizarme. Cierro fuertemente mis ojos y aprieto el teléfono contra mi oído—. Ya estoy —de pronto comienza a hacer mucho calor.

—Estoy cerca, Laura. No te muevas de ahí por nada del mundo. Oigas lo que oigas no salgas de tu escondite —el motor suena muy fuerte. Estoy segura de que viene a gran velocidad.

—Álex, pase lo que pase, no será tu culpa —trago saliva, no puedo evitar pensar en cómo se sentiría si volviera a pasar algo como lo que ya vivió.

—¿Qué estás queriendo decir? —se altera—. No me gusta nada cómo suena esa frase.

—No me hagas caso, estoy muy nerviosa. Ten cuidado, por favor.

—Ya falta poco —nos quedamos en silencio. Mi cuerpo duele por la mala postura y empiezo a sentir náuseas debido al calor.

—Háblame —le digo. Necesito oír su voz—. Estoy empezando a encontrarme mal.

—¿Qué sientes?

—Náuseas, calor, fatiga, miedo, temblores...

—Estás sufriendo un ataque de pánico. Tienes que tratar de controlarlo. ¿Sientes la boca seca?

—Mucho —luchó por no salir de mi escondite, pero la angustia por la estrechez lo está haciendo casi imposible.

—Toma aire por la nariz y expúlsalo lentamente por la boca —lo hago—. No te oigo. Hazlo más fuerte —cuando se asegura de que estoy haciendo lo que me pide, continúa—. Bien, repítelo tres veces más y cierra tus ojos —los cierro—. Piensa en algo que te haga salivar. Un limón, vinagre... —lo hago y rápidamente mi boca se hace agua—. A medida que notes humedad debajo de tu lengua, irás relajándote.

—Joder. ¿Qué me estás haciendo? ¿Es algún tipo de hipnosis? —

todos los síntomas empiezan a desaparecer.

—Eso no importa ahora. ¿Te sientes más tranquila?

—Mucho más —digo, sorprendida.

—No permitas que tu boca vuelva a secarse, es la clave para controlar la ansiedad. Estoy aparcando.

—¿Ya? —es imposible.

—A veces vuelo —oigo un portazo—. Recuerda: no salgas de ahí hasta que yo te avise.

—Álex, ten cuidado, por favor —temo que pueda exponerse demasiado, como me ha dicho su hermana—. Te necesito conmigo. Más de lo que imaginas.

—Laura —un silencio se instala entre los dos. Solo se oyen sus pasos y su respiración acelerada.

—Por favor, no hagas ninguna locura y ven a sacarme de este maldito agujero ya. Necesito verte entrar por la puerta y saber que estás bien — lloro. Vuelvo a sentir miedo, pero esta vez por él.

—Tengo que colgar, necesito prestar atención a todo. Ábreme cuando llame a tu puerta y estés segura de que soy yo.

—Álex... —cuelga. Abrazo mis rodillas y espero. La crisis de pánico vuelve e intento mantener mi boca húmeda como me ha dicho. Los minutos parecen horas y mi corazón bombea con fuerza en mis oídos.

Un golpe me sobresalta. Oigo voces al otro lado de la pared y comienzo a temblar. «Dios mío, Dios mío, que no le pase nada...», rezo mentalmente. Abro la pequeña puerta para salir, pero recuerdo sus palabras y vuelvo a cerrarla. Entre las voces reconozco la suya y pierdo el control de mi pánico. Todo mi cuerpo comienza a bloquearse, las

náuseas vuelven y con ellas los mareos y los sudores. El miedo me tiene paralizada y soy incapaz de mover ni un solo músculo.

—¡Laura! —golpea la puerta—. Abre, todo está bien —es Álex, pero no puedo moverme. Pasan unos segundos—. ¡Laura! Puedes salir. Está despejado —mis dientes castañetean. Con gran esfuerzo consigo por fin salir del escondite. Las piernas apenas me sostienen, están como sin fuerzas, y mis articulaciones entumidas. Cuando estoy a punto de llegar a la puerta vuelve a golpearla y me sobresalto—. ¡Laura! —estiro mis brazos y giro la llave. Abro lentamente y al ver a Álex me derrumbo y me lanzo a sus brazos.

—Álex —lloro sobre él. No veía el momento de poder abrazarle de nuevo.

—Dios, Laura. Lo siento —me abraza—. Chsss... Ya está —acaricia mi pelo—. Tranquila, preciosa.

—No vuelvas a dejarme sola —sollozo.

—No lo haré —apoya su cabeza en la mía—. No pienso pasar por esto otra vez —me abraza más fuerte—. Perdóname por haberte metido en esto, todo es por mi culpa.

—¡Tú no tienes la culpa de lo que haga ese cabrón! —intento apartarme, pero no me deja—. Casi muero al creer que habías tenido un accidente.

—Un accidente no, pero me va a tocar pagar unas cien multas de tráfico —levanta mi cabeza y sonrío para tranquilizarme—. Todo está bien, ¿de acuerdo? Estoy muy orgulloso de ti. Has sido muy inteligente al llamar a Natalia. Gracias a eso todavía estás aquí. No quiero imaginar lo que hubiera pasado —mira al frente, pensativo—. Necesito que me digas dónde te citaron. Voy a enviar una patrulla allí. Estoy

seguro de que todavía están esperándote sus secuaces. El muy cabrón siempre manda a alguien a hacer el trabajo sucio para evitar riesgos — me suelta. Seco mis lágrimas y asiento. Busco la nota y cuando la encuentro, se la entrego.

—Oye, Álex —acabo de recordar algo—, ¿qué pasó ahí fuera? Oí voces y golpes...

—Ah... —sonríe mientras rasca su cabeza—. Nada importante. Tu vecino seguía en el portal cuando llegué. Quería pedirte un poco de sal, pero creo que le subió la tensión y ya no podrá tomarla.

—¿Qué? ¿La pelea que oí fue con él?

—Bueno, yo no lo llamaría pelea.

—¡Álex! —le riño. Aunque Jorge es un idiota, siento pena por él. He visto de lo que es capaz Álex, y estoy segura de que le ha hecho bastante daño. Miro sus nudillos mientras marca un número en el teléfono y, como imaginaba, están rojos e hinchados.

Habla con alguien sobre lo ocurrido, le indica el lugar y pide que envíen agentes a la zona. Aprovecha para preguntar sobre su casa y parece que ya saben quién ha sido el responsable. Como Álex imaginaba desde el principio, los lacayos del Carnicero están detrás del destrozo.

—Todo tranquilo por el momento —dice mientras cuelga. Camina hacia mí y me abraza—. Gracias a Dios que esto solo ha quedado en un susto —suspira.

—¿Crees que deberíamos irnos como Sonia? —hablo con la nariz pegada a su cuello.

—Por el momento estamos seguros aquí. Como te dije antes, si supieran dónde vives no te habrían llamado. Debemos tener más

cuidado a partir de ahora. No podemos arriesgarnos a que nos sigan. De todas formas, prepararé otro lugar al que ir en caso de sospecha. ¿Tienes internet en casa?

—Sí.

—Necesito el número desde el que te llamaron para rastrearlo y hacer algunas búsquedas —apoya su barbilla en mi cabeza—. Quiero saber cuál es su compañía. Con suerte podré obtener una orden judicial mañana mismo para conseguir la información que necesito. Seguro que sacamos alguna pista de ahí.

—Me encantas cuando hablas en poli —sonrío, algo más tranquila por fin. Se echa hacia atrás para mirarme.

—También puedo hacerlo en francés, italiano y un poco en japonés —levanta su ceja—. Y gracias a César, sé decir obscenidades en alemán.

—Vaya... Y yo que te creía un simple y estirado chófer.

—Pues ya ves que sé hacer otras cosas —me devuelve la sonrisa.

—Apuesto a que también sabes manejar muy bien las esposas —digo pícaramente. Necesito bromear para alejar tensiones, pero no se ríe como esperaba.

—¿Sabes qué es lo que más me fascina de ti? —me mira intensamente—. La rapidez con la que te recuperas de las situaciones desagradables y traumáticas. Eres increíble, Laura. Otras personas, en tu lugar, tardarían meses en recuperarse y salir del trance.

—Si hay algo que he aprendido a lo largo de los años es que la vida es jodidamente corta —bajo la mirada—. No se puede estar malgastando el tiempo, ni quejándose, ni lamentándose de uno mismo constantemente. Las cosas pasan y hay que asumirlas cuanto antes —me encojo de hombros—. No se puede dar marcha atrás en el tiempo,

ni se debe vivir en el pasado o aferrado a algún recuerdo. Hay que aceptar lo que nos toque para poder continuar con nuestro día a día. Todo el mundo puede encontrar la felicidad si se lo propone —se queda pensativo—. Solo es cuestión de buscarla.

—Creo que lo que no ha conseguido la medicina ni yo mismo conmigo lo vas a conseguir tú en un abrir y cerrar de ojos —me besa.

Capítulo 41

Álex

Cada vez me resulta más adictiva esta mujer. Vuelvo a besarla. Cuando empiezo me cuesta parar. Sus labios me hacen sentir tan vivo... Con su reflexión ha conseguido tocarme el alma. Está haciendo que lo vea todo de una manera diferente. He oído esas frases muchas veces. Cuando aprendimos terapia en la universidad tuve que memorizar algunas parecidas. Pero jamás me paré a pensar en ellas ni en su significado. Me parecían vacías y robóticas. Solo ahora que han salido de sus labios, me han resultado tan reales como creíbles. Han sonado totalmente distintas a como las recuerdo. Ella realmente siente esas palabras y es capaz de transmitir las.

Cuando por fin nos separamos, me enseña el número desde el que recibió la llamada y lo memorizo. Me presta su portátil y cuando estoy a punto de comenzar con el trabajo, suena un teléfono y desconozco la melodía. Rápidamente recuerdo lo ocurrido. Cuando Laura llamó a su amiga y vi que a Natalia le cambiaba la cara y el tono de voz, le arrebaté el móvil sin pensarlo y me lo traje hasta aquí. Tengo que devolvérselo cuanto antes. Voy hasta él para ponerlo en silencio y el número que está en la pantalla llama mi atención. Es el mismo que Laura acaba de mostrarme. Descuelgo, pero no contesto.

—Ese no es el número, idiota —oigo hablar a alguien de fondo y cuelgan. Arrugo mi frente. Aquí está pasando algo muy raro. Gracias a ese error, acabo de descubrir que quien llamó a Laura también conoce

a su amiga y tiene su número. Ha sido una suerte que el dispositivo de Natalia haya acabado en mis manos. No habría podido descubrir esto si no hubiera sido así. ¿Por qué cojones el Carnicero iba a querer ponerse en contacto con Natalia? ¿Qué tiene que ver ella con esto? Una idea loca viene a mi cabeza. «Es imposible...», me digo. Segundos después, es el teléfono de Laura el que suena.

—Álex —viene casi corriendo hasta mí—, son los mismos de antes —sospecha confirmada. Alguien confundió el teléfono de una con el de la otra.

—Contesta y sígueles el juego. ¿De acuerdo? Actúa. Finge si tienes que hacerlo —pego mi oreja al pequeño altavoz para escuchar lo que le dicen.

—¿Sí? —me mira, confusa.

—¿Es Laura? —le hago un gesto afirmativo.

—Sí, dígame...

—Le llamamos nuevamente del hospital. Estamos esperándola. ¿Tardará mucho en llegar? —me mira de nuevo, esta vez sin saber qué responder.

—Diles que estás llegando —susurro en su otro oído—, que te habías perdido.

—¡Estoy llegando! —finge angustia—. Estoy tan alterada que me he perdido —respira rápidamente para hacerlo más creíble.

—No tarde mucho. Le van a trasladar a unos módulos de difícil acceso y si no llega a tiempo no podrá verle. Llame a este número cuando llegue a los aparcamientos y alguien saldrá a buscarla —asiento nuevamente en conformidad y responde.

—¡Dígame que está bien! ¡Por favor! —la miro con sorpresa y me guiña un ojo. No esperaba tanto drama.

—No voy a mentirle. Está muy mal —responde.

—¡NOOOO! —grita—. ¡Mi Álex! ¡Dios mío! ¡Dígame que está esperando un hijo! —lloriquea—. ¡No puede morir sin saberlo! —me mira aguantando la risa y pongo los ojos en blanco. Le hago gestos para que pare. Temo que la broma se le vaya de las manos y estropee la ratonera que acabo de crear.

—Llámenos en cuanto llegue.

—¡Así lo haré! ¡Hagan todo lo posible para salvarlo! Por favor —cuelga.

—Estás como una puta cabra... —niego con la cabeza.

—Tú me has pedido que actúe, y cuando yo actúo es para ganarme un Óscar —retira el pelo de su cara como si fuera una diva—. Deberían quitárselo a Leonardo DiCaprio y dármelo a mí —suelto una carcajada mientras llamo a la comisaría.

—Comisaría General de la Policía Científica. Dígame.

—Hola, soy Álex. Pásame con la patrulla que va de camino al hospital. Hay cambios.

Tras esperar unos segundos, me responden. Por suerte todavía no han llegado y puedo explicarles el nuevo plan.

—Esta es la idea. Id a pie hasta el aparcamiento para no levantar sospechas. Llamadme en cuanto lleguéis para que Laura pueda devolverles la llamada y hacerles creer que ya está allí, y en cuanto vayan a por ella, les cazáis. Tened cuidado, creo que son dos, pero pueden ser más.

—De acuerdo, Álex. Lo haremos como dices. Te llamamos en unos minutos.

—Eso es —cuelgo.

Camino nervioso por la habitación. Daría lo que fuera por poder estar en el foco y hacerlo yo mismo. Sé que el Carnicero no aparecerá, pero necesito estar presente en todo lo que tenga que ver con él. Estoy seguro de que conseguiría obtener más información y pistas de esa manera. Por fin mis compañeros nos avisan y Laura marca el número.

—¿Hola? Acabo de llegar. ¿Pueden venir a buscarme? Estoy en la puerta principal —silencio. No hace falta que lo oiga esta vez—. Sí, gracias. Aquí les espero. No tarden, por favor. Muero de angustia —cuelga y me sonrío.

—Buen trabajo —le guiño un ojo.

—¡Qué emocionante! —da palmaditas—. ¡Me siento malvada! —me lanza una mirada traviesa—. Y como malvada que soy, deberías arrestarme.

—Laura... —camina hacia mí—. Estamos en medio de una misión.

—Creo que esta misión ya no depende de nosotros —mueve las cejas pícaramente.

—Laura, por favor —pasa los brazos por mis hombros y río—. Si continúas con esto, no podré detenerme y serás tú quien acabe demandándome por abuso de autoridad.

—Después del mal rato que he pasado hoy necesito liberarme del estrés acumulado y solo tú puedes ayudarme —muerde mi cuello y todas mis terminaciones nerviosas se activan. Mi autocontrol se esfuma y me lanzo sobre ella. Nos besamos ansiosamente. Yo también necesito aliviar mi tensión y en un segundo me parece la mejor de las

ideas.

—Mierda —mi teléfono vibra, interrumpiéndonos. Laura se aparta y descuelgo.

—¡Álex, les tenemos!

—¿Cuántos son?

—Dos varones.

—¿Les conocéis?

—Creo haber visto la cara de uno de ellos en algún fichero, pero no estoy seguro. Cuando compruebe sus huellas te lo confirmo.

—¿Dónde los lleváis?

—Vamos directos a interrogarles.

—Esperadme, voy para allá —quiero estar delante cuando lo hagan. Cuelgo y me giro hacia Laura—. Toma lo que necesites. Nos vamos —no le hace demasiada ilusión, pero finalmente prepara su bolsa. Cuando estamos a punto de salir le pido que espere. Reviso que todo esté en orden, y cuando me aseguro le hago un gesto para que continúe. No me fío.

Llegamos hasta el coche y me habla mientras abrocha su cinturón.

—¿Qué les vais a hacer? ¿Les meteréis cerillas debajo de las uñas para que hablen? —río.

—Has visto demasiadas películas.

—¿Qué se hace en estos casos?

—Preguntas.

—¿Puedes extenderte un poco más? Me pica la curiosidad.

—Podrás verlo desde otra habitación si lo deseas.

—¡OH, DIOS MÍO! ¡SÍÍÍ! —la miro durante una décima de segundo, confuso, y rápidamente vuelvo mi atención a la carretera.

—Creo que esto te está afectando demasiado —resoplo.

—No te haces una idea —sonríe mientras presiona el botón de la radio.

—Busca una emisora de noticias. Llevo tiempo sin leer prensa y estoy desactualizado —cuando sintoniza una de ellas, por los altavoces del coche oigo al locutor lanzar un titular.

Un terremoto de 7,8 grados deja varios muertos en la costa de Ecuador.

—¡JODER! —decimos al mismo tiempo.

—¡Debe de haber destrozado medio Ecuador! —continúa hablando ella—. Pobre gente... Eso sí son problemas, Álex. ¿Recuerdas lo que hablamos hace un rato? —asiento—. Mires donde mires, siempre hay alguien que lo está pasando peor que nosotros. Cuando crees que tu vida es una mierda, oyes este tipo de cosas y te das cuenta de que no tienes derecho a quejarte. La sociedad está loca y no sabe apreciar lo que tiene. Los hay que se vienen abajo hasta porque se les avería el coche. Deberíamos dar gracias por no tener que vivir lo mismo que ellos en vez de llorar por cualquier cosa. Ojalá les ayuden pronto, no quiero imaginar cuántas familias habrá roto este seísmo y cuántos tendrán que dormir al raso tras haberlo perdido todo —hay pena en sus ojos. Saca su teléfono del bolso—. Necesito hacer algunas llamadas. Tenemos clientes en esa zona y quiero saber que están bien.

Durante el camino, habla con varias personas. Trata de tranquilizar a algunas y se ofrece para ayudar a otras. No deja de sorprenderme. Nos da diez vueltas a cualquier psicólogo. Debe de tener algún tipo de don.

Es capaz de hacer cambiar el estado de ánimo de cualquiera en cuestión de segundos. Ahora entiendo por qué trabaja como coordinadora de recursos humanos. Uno de los requisitos para poder ejercer ese cargo es mantener alto el nivel moral de los empleados, y eso no sabe hacerlo cualquiera.

Cuando llegamos, nos están esperando. Saludo rápidamente y evito presentar a Laura. No me gusta cómo la miran algunos de mis compañeros y quiero sacarla de su campo de visión cuanto antes.

—Álex —me tenso. Es la voz del padre de Gema. Camina hacia nosotros. Mira a Laura durante algunos segundos y vuelve su atención hacia mí—. Enhorabuena por tu trabajo —extiende su mano y se la tomo—. Ha sido brillante. Me alegro de que no hayas perdido facultades durante todo este tiempo —vuelve a mirar a Laura y le sonrío. Ella le devuelve la sonrisa—. Te están esperando. Quiero que seas tú quien les interroge —asiento y caminamos tras él.

Cuando llegamos a la puerta me despido de ella. No puede entrar en la habitación y el comisario la acompaña a la sala contigua. Sé que está emocionada, puedo verlo en sus ojos cuando se marcha.

Entro en la habitación y hay uno de ellos sentado en la pequeña silla. Está esposado y junto a él hay un agente.

—Hola —saludo y me siento en la silla que hay frente a él. No me mira ni me saluda. Lo observo durante algunos segundos—. ¿Cómo te llamas? —no contesta. Cruzo mis brazos sobre la mesa—. Tenemos todo el día, y no llevo ninguna prisa. Te aconsejo que te muestres colaborador o tendrás que cagarte encima porque no pienso sacarte de aquí hasta que hables —me mira durante un segundo y sé que he captado su atención, aunque quiera hacerme creer lo contrario—.

Déjanos solos —le digo al agente, y se marcha. Me recuesto en el respaldo de la silla y cruzo mi pierna. No hablo, solo le miro, y pasados unos minutos comienza a incomodarse. Estudio todos sus gestos, tiene varios tics nerviosos que pienso usar en su contra.

—¡Deja de mirarme así! —por fin comienza a hablar.

—¿Te molesta?

—¡Sí! —primera afirmación segura. Busco la posición de sus ojos. Cada vez que haga algo diferente con ellos, es posible que mienta. Quiero asegurarme y le hago otra pregunta con la que estoy seguro de que tampoco mentará.

—¿Quieres que me vaya?

—¡Sí! —grita—. ¡Lárgate! —hecho. Ya conozco sus gestos cuando dice la verdad. Ahora necesito saber cómo actúa cuando miente.

—¿Qué hacías en el aparcamiento?

—Buscaba mi coche —lo observo. Aprieta los labios, lo que me muestra inseguridad. Ni él mismo se cree lo que está diciendo. Sigo buscando y lanzo la siguiente pregunta con la intención de que siga mintiendo.

—¿Te suena el nombre de Laura? —sus ojos se abren.

—No sé quién cojones es esa zorra —vuelve a apretar los labios, alza las cejas en un ángulo inferior y, al igual que César, cuando inventa desplaza ligeramente sus ojos a la derecha.

Ya le tengo...

Capítulo 42

Tras varias rondas de preguntas descubro que el primer detenido es una simple marioneta y que no está informado. Le han pagado para hacer lo que hizo sin más explicaciones. Alguien le dio una foto de Laura y tenía que hacerla llegar hasta allí. El Carnicero siempre actúa así. De ese modo evita que podamos obtener información. Necesito hablar con el otro y ver qué descubro. Hago un gesto hacia el espejo y segundos después dos agentes vienen con el segundo detenido. No puedo verle la cara hasta que no está cerca de la lámpara.

—Volvemos a encontrarnos —esa voz atrae rápidamente mi atención. Lo miro con sorpresa al descubrir de quién se trata. Es el Mugre, el hijo de puta que ayudó al Carnicero a tendernos la trampa a Gema y a mí, su mano derecha. No entiendo cómo ha logrado salir de la cárcel tan pronto.

—Tú... —lucho por contenerme. Le mataría con mis propias manos en este mismo momento—. Sentadle ahí —señalo la silla. No tendré piedad. Le conozco demasiado bien y sé que tendré que llevarlo al límite para que hable. Mis compañeros hacen lo que les pido y se marchan. Uno de ellos, con el que hablé por teléfono, se acerca a mí y me habla.

—Sabía que le había visto en algún sitio. Imagino que ya no hace falta que te diga de quién se trata. Alguien pagó su fianza hace unas semanas, y te aseguro que fue una gran suma —asiento, agradeciendo la información—. Duro con él, amigo. Tienes mi apoyo —golpea mi

hombro cuando se marcha.

Me acerco a él y pongo las manos sobre la mesa.

—Voy a hacerte una pregunta —me mira desafiante y eso es un punto a mi favor. Su atención es esencial para examinarle—. ¿Vas a decirme todo lo que necesito saber? —sonríó para que me sienta confiado.

—No —responde y estudio sus gestos. Trata de parecer calmado—. ¿Qué tal Gema? —cierro los puños hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos—. Todavía recuerdo cómo gritaste su nombre. Parecías un niño pequeño al que le habían robado su caramelo —carcajea. Respiro profundamente buscando calmarme—. Obraste como un completo idiota aquel día —vuelve a reír sonoramente—. Parece mentira que seas policía —miro hacia el espejo de la habitación. Sé que Laura está escuchando tras él y temo que, al oír esto, cambie su forma de verme—. Esa imprudencia hizo que mataran a tu amiguita. El Carnicero la tenía reservada para otra cosa. Una pena, estaba muy rica esa mujer —comienzo a perder el control—. Apuesto a que no sabes que nos la tiramos esa tarde. Lloraba y lloraba mientras la hacíamos nuestra.

Mi corazón lucha por salir de mi pecho. Mis pupilas se dilatan y un horrible calor se apodera de mi cuerpo. Levanto la silla vacía con rabia y la estrello contra su cabeza. Cae de espaldas. No puede defenderse porque tiene las manos sujetas a su espalda, pero no me importa. Comienzo a golpearle sin control. Siento cómo sus dientes se rompen al contacto con mis nudillos y su mandíbula cruje con cada impacto. Soy incapaz de parar. Es tal la enajenación mental a la que me ha llevado que no sé ni dónde estoy. Solo quiero acabar con él. Unas fuertes manos me sujetan por los hombros y lucho contra ellas. Necesito matar a ese cabrón. Dos manos más agarran mis brazos y

consiguen separarme de él.

—Álex, calma, amigo —es el agente de antes—. Cálmate o lo matarás. Está indefenso y el juez podría darle la razón —siento un gran sofoco y apenas escucho—. Lo hemos oído todo. Deja que sea otro quien termine el interrogatorio. No estás en condiciones.

—Largaos —grito y trato de soltarme. Tras tres intentos, por fin me dejan libre—. Quiero terminar yo con esto —levantan al Mugre del suelo y lo colocan como estaba. Tiene la cara totalmente ensangrentada y escupe trozos de dientes.

—Contrólate. Si vuelve a pasar perderás tu oportunidad —asiento y limpio mis nudillos en la camiseta. Sentir su sangre en ellos me produce asco. Mis manos tiemblan y soy consciente de que necesito unos minutos para estabilizarme emocionalmente o realmente no podré seguir. Tomo una gran bocanada de aire y con dificultad le hablo al agente.

—Préstame unas esposas —me mira, extrañado, pero me las entrega. Me acerco al Mugre y presiono uno de los grilletes en la cadena de los suyos. El otro extremo lo cierro en el respaldo de la silla, dejándole en una postura muy incómoda—. Salgamos de aquí —camino con ellos hacia afuera.

—¡Eh! —grita—. ¡Quítame esta mierda, no podéis dejarme así! —cierro la puerta y sigue gritando, pero no le hago caso. Camino hasta la sala contigua, y al abrir Laura me abraza fuertemente.

—Álex —llora—, siento tanto lo que te ha dicho ese hijo de puta... —la rodeo con mis brazos y apoyo la cabeza en su hombro. Me alivia tenerla cerca. Segundos después levanto la mirada y me encuentro con la del padre de Gema. Tiene los ojos húmedos y sonrío tristemente. No

sabía que estaba allí. Estoy seguro de que ha oído lo que le hicieron a Gema. Por respeto, me aparto de Laura. Entiendo que esté de acuerdo en que rehaga mi vida, pero en el hipotético caso de que eso llegara a pasar lo haría lejos de él. No me parece justo ni correcto. Siento que, de una manera u otra, podría hacerle sentir mal.

—Lo siento —le digo, y seca sus lágrimas. Saber que también abusaron de Gema ha sido un gran palo para los dos. Nunca nos imaginamos algo así.

—Pagarán por ello —responde el comisario—. Otro cargo más por el que se pudrirán en la cárcel —los dos miramos a través del espejo al acusado—. Yo le habría dado más fuerte —sonríe de nuevo.

—Le voy a dar de otras formas. Por mis cojones que le haré hablar.

—Lo sé. Confío ciegamente en tus habilidades.

Durante las siguientes horas espero paciente. Le observo a través del cristal y cada vez está más cerca el momento de volver a entrar. Grita constantemente. Mi plan es desequilibrarlo psicológica y emocionalmente. Pienso reducirlo a simples necesidades humanas. Incomodidad, hambre, sed, ganas de ir al baño... Debe dolerle todo el cuerpo por la mala postura, y estoy jugando con su temperatura corporal. Subo y bajo los grados de la habitación a través del mando central. Rompe a sudar y al momento tiritita de frío. Estoy consiguiendo que sea su cuerpo el que mande sobre él y no su mente. De un momento a otro será él mismo el que me pedirá hablar solo por saciar cualquiera de esas necesidades.

—¡Os diré lo que queráis saber! —listo—. ¡Parad esta puta tortura! —momento de entrar. Abro la puerta y me siento frente a él.

—Tu amiguito el Carnicero se ha cansado de ti —afirmo para que crea

que lo sé todo, y funciona. Se incomoda.

—Hablas demasiado... —responde con su mirada fija en la mía.

—Ha encontrado a otro más útil que tú —cruzo los brazos y pestañea, confuso—. ¿Cómo explicas que te haya expuesto de esta manera si no es así? Ya no le haces falta —busco que le odie para que le sea más fácil traicionarlo.

—¡Él no me vendería así! —con esa respuesta admite que el Carnicero está detrás de todo esto. Abro una botella de agua delante de él y le doy un gran sorbo —apuesto a que darías lo que fuera por un trago.

—¡Suéltame de una maldita vez! —pasa su lengua por los labios, pero está tan seca que no consigue humedecerlos.

—¿Cómo habéis dado con los números de Laura y Natalia? ¿Qué tienen que ver ellas con esto? —mira al suelo. Sé que de esa manera no escucha. Está tratando de mantenerse cerrado en su mente. Me pongo en pie, apoyo una de mis manos sobre su hombro y aprieto con fuerza —. ¡Contesta! —el contacto físico funciona.

—¡Hay alguien más! —grita de dolor y presiono más fuerte. Está a punto de confesar.

—Quiero nombres.

—¡No sé su nombre! —dice con dificultad y comienza a sudar—. Solo sé que es una mujer y que pagó mi fianza —su gesto de dolor es cada vez más marcado—. ¡Ella es quien ayudó a escapar al Carnicero y le dio esos números! —grita y me quedo pensativo durante unos segundos.

—¿Cómo es esa mujer?

—¡No la he visto! —le observo y por sus gestos descubro que dice la verdad.

Media hora después y tras haber recopilado algún dato más, doy por finalizada la sesión. Hago un gesto al cristal y mis compañeros vienen a por él. Está tan agotado que se lo tienen que llevar casi a rastras.

—Oye, Mugre —digo antes de que lo saquen y gira su cabeza para mirarme—. ¿Sabes qué les ocurre a los reclusos acusados de violación? —la expresión de su cara cambia. Cuando me confesó lo que le hizo a Gema no pensó en las consecuencias. Sonríe ampliamente—. Exacto. Veo que conoces el código de honor de los presos. Te van a dejar el agujero del culo como un bostezo. Yo mismo me encargaré de que todos se enteren de lo que hiciste —le guiño un ojo y comienza a forcejear para soltarse. Juraría que le oigo llorar por el pasillo y siento una gran satisfacción al saber que al menos esa parte quedará vengada.

—Espectacular —Laura y el padre de Gema me aplauden cuando entro a la sala de nuevo.

—Sabía que, si ese cabrón escondía algo, tú serías capaz de sacárselo —me extiende su mano y la tomo—. Enhorabuena, Álex, estoy orgulloso de ti. Siento que cada vez está más cerca el momento de apresar a ese cabrón.

—No pararé hasta que lo consiga.

Dejamos a Laura con una de las chicas de la oficina tomando café y el comisario y yo caminamos hasta su despacho.

—Me gusta esa chica, Álex —dice sin más—. Por cómo habla, juraría que está enamorada de ti —me incomodo. No sé de qué han hablado, y la conversación me pone nervioso.

—Es mi protegida, comisario. Recuerde que van tras ella —cambia de tema al notarme nervioso y entramos a su despacho. Anotamos los

nuevos datos y nos despedimos.

Conduzco hasta el hotel para devolverle el móvil a Natalia y explicarle a César la situación. Sé que no quiere informar a Natalia y respeto su decisión. Mientras ellas hablan, mi amigo y yo lo preparamos todo. Hace algunas llamadas y lo deja todo listo para comenzar con la mudanza al día siguiente. Al parecer, el nuevo hogar ya está habitable interiormente y no es conveniente que esperen más tiempo. La parte externa ya la terminarán una vez estén allí.

Por fin llegamos a la casa de Laura y la pobre viene dormida. Ha sido un día agotador. La despierto con cuidado y cuando llegamos a su habitación cae desplomada sobre la cama. La ayudo a meterse dentro de las sábanas y me tumbo a su lado. Paso la noche en vela. No acabo de relajarme. Es posible que pronto nos encuentren y temo que me pillen desprevenido. ¿Cómo es posible que hayan conseguido sus números? ¿Quién es esa misteriosa mujer? Tengo un pálpito y creo saber de quién se trata, pero quiero asegurarme. Necesito más pruebas.

A la mañana siguiente, mientras todavía estamos en la cama, Laura recibe una llamada del hospital. Esta vez real. Por su manera de hablar, creo saber de quién se trata.

—¿En serio? ¿Hoy mismo? — hace una pausa y me mira—. Pero no estoy preparada. ¿No puede dejarme unos días más para asimilarlo? — silencio—. No... Pero... está bien —dice poco conforme—. A las cinco estoy allí —cuelga y vuelve a mirarme.

—¿Dónde vamos a las cinco? —pregunto como si no supiera nada.

—Hay un hueco en la agenda y quieren que comience con la radioterapia —espera mi respuesta.

—Pues cuanto antes mejor. ¿No crees?

—Sí —mira ahora al vacío, pensativa.

—Laura, la radioterapia no duele. Vas a estar bien, ya verás —la abrazo y trato de calmarla.

—Menuda mierda —apoya su cabeza en mi pecho y exhala sonoramente.

A medida que se acerca la hora, sus nervios empeoran. Me grita por todo y tengo que esforzarme por mantener la calma. Lo que menos necesita ahora es que discutamos.

Nada más llegar al hospital, tengo que sujetarla en la puerta para que no se marche. Se niega a entrar y tiembla como un animal asustado. La convengo como puedo y cuando por fin todo acaba, respiro aliviado al verla salir contenta. Al parecer no ha sido tan malo como ella creía.

• • •

Durante los siguientes días sigo acompañando a Laura a sus sesiones. Cada vez parece más agotada y sin fuerza. Trata de no darle importancia para no preocuparme, pero sé que lo está pasando mal. Respecto a lo demás, sigo investigando y todo me parece extrañamente tranquilo. Estoy seguro de que están tramando algo.

Según me cuenta el comisario, en cuanto se corrió la voz en la cárcel al Mugre le dieron lo suyo. Han tenido que atenderle un par de veces en la enfermería por desgarró anal. No siento ninguna pena por él. Estoy a favor de que, a cada cerdo, le llegue su San Martín. O lo que es lo mismo, que cada cual recibirá en su momento la respuesta por sus actos.

Capítulo 43

—Vamos, Laura, tienes que cenar algo —pongo las manos en su cintura y la muevo suavemente para despertarla. Llevo días peleando para que coma. Se pasa las horas durmiendo y está volviendo a perder peso.

—Déjame, estoy muy cansada —se hace un ovillo entre las mantas. La radioterapia la tiene agotada y de mal humor. Hemos discutido varias veces por tonterías. Gracias a Dios que solo le queda una semana para terminar.

—No, necesitas recuperarte. Si no te alimentas será más costoso —retiro las ropas de la cama y tiro de ella. Protesta, pero finalmente gano. Cuando llega al salón, se queda mirando al plato de sopa de arroz que he preparado y arruga su frente.

—Álex, ¿por qué no lo dejamos para mañana? Ahora mismo siento náuseas —hace un intento de volver a la habitación, pero la detengo.

—Llevas días así y ya no pienso permitirlo —la riño—. Mira qué ojeras tienes —señalo sus ojos—. Debes poner algo de tu parte, ¡estás quedándote en los huesos!

—Bla, bla, bla... —levanta sus manos, molesta, y se sienta en la silla. Toma la cuchara y comienza a jugar con ella. Tras unos segundos sin ver intención, acaba con mi paciencia.

—¡JODER! —me pongo nervioso y se la quito. Meto la cuchara en la sopa, tomo un poco y se la acerco a la boca—. ¡Abre! —pone sus ojos en

blanco y resopla—. ¡Que abras la boca! —levanta una ceja y sonrío. Cada vez que hace eso sé lo que viene después.

—Solo si me haces el avioncito —ahora el que pone los ojos en blanco soy yo. Me tiene desesperado y ya no sé qué más hacer.

—¿Quieres que juguemos? —digo, cabreado—. ¡Pues vamos a jugar! —lanzo la cuchara contra el plato, salpicándolo todo. La levanto de la silla y me siento yo. Me mira extrañada. Antes de que pueda decir nada tiro de ella y la siento sobre mis rodillas—. ¿Quieres el avioncito? ¡Pues vamos a darle el avioncito a la niña consentida!

—¡ÁLEX! —grita y ríe a la vez.

—¡A mí no me hace ni puta gracia! —forcejea. La inmovilizo sobre mí con una de mis manos y con la que tengo libre cojo de nuevo la cuchara. La cargo de sopa—. ¡ABRE! Brrrr —la levanto y hago ver que vuela. Debo estar ridículo, pero no me importa. Estalla en carcajadas y aprovecho que tiene la boca abierta para volcar el contenido en ella. Traga con dificultad por las risas. Vuelvo a cargar la cuchara—. Brrr... ¡ABRE! —lo mismo—. ¿Esto es lo que querías? —no contesta. Está demasiado ocupada tratando de no atragantarse mientras ríe fuertemente—. Brrr —repito la acción varias veces más.

—¡Vale! —niega con su cabeza—. ¡Vale, me rindo! —vocaliza con dificultad—. Ya lo hago sola —dice mientras sigue riendo, y la dejo libre. Se pone en pie, toma una servilleta de papel y seca su boca. Tiene granos de arroz por todas partes—. ¿Y luego la loca soy yo? —suelta cómicamente.

—¡Es porque me alteras! —respondo mientras tomo otra servilleta. Yo también tengo la ropa manchada—. Estoy exasperado, Laura —miro sus enormes ojos verdes—. Tienes que entender que no soy una

persona paciente y estoy haciendo todo lo que puedo. Trato de comprenderte y pongo todo de mi parte, pero necesito que me ayudes un poco —suspiro—. Sufro cuando estás así —digo más calmado. Me acerco a ella y la tomo por la cintura. Deja de sonreír y baja su mirada—. Eh, no hagas eso. No pretendía hacerte sentir mal —tomo su barbilla y levanto su cara.

—No deberías estar haciendo esto. Te estás echando una carga sobre los hombros que no te corresponde.

—No empecemos —ha estado utilizando ese tipo de frases durante las últimas semanas. Está sufriendo algunos bajones emocionales, pero de momento, aunque con esfuerzo, estoy consiguiendo reponerla. Apoya su cara sobre mi hombro y la abrazo.

—¿Y si no lo supero? —antes de que conteste continúa—. ¿Piensas estar a mi lado viendo cómo me consumo?

—No hará falta porque lo vas a superar —respondo seguro. Necesito hacerle ver eso. La mente es un arma de doble filo. Si realmente cree que no lo superará, estará mandando un mensaje negativo a su cerebro y posiblemente sea lo que ocurra. Es de vital importancia mantener el ánimo alto en este tipo de enfermedades. Si un enfermo cree fielmente que podrá recuperarse, tiene muchas más posibilidades que uno que se da por vencido.

—Me siento sin fuerzas.

—Es por el tratamiento. Unos días más y toda esta pesadilla habrá acabado.

—¿Y si reaparece en otro lugar?

—Eso no pasará —levanta la cabeza y me mira.

—Estoy asustada —traga saliva—. ¿Sabes? Antes de conocerte todo

era distinto. Solo tenía a Natalia y, bueno, conoció a César —sonríe y se encoje de hombros—. Me alivió mucho saber que, si me ocurría algo, ya tenía quien cuidara de ella cuando yo no estuviera, y eso hizo que me relajara un poco. Analicé mi situación y descubrí que nadie dependía de mí y nadie me necesitaba, era un pegote al que todos llorarían un mes y después seguirían con sus vidas.

—No me gusta que pienses así —respondo y beso su frente. La simple idea de perderla me mata.

—Álex —busco sus ojos. Están empañados—. Quiero que sepas algo —me tenso—. Aunque haya dicho antes todo esto, no debes sufrir por mí. Pase lo que pase yo lo aceptaré. No estoy asustada porque le tenga miedo a la muerte. Mi miedo viene al pensar que, si eso ocurre, tendría que separarme de ti.

—Laura...

—Eres mi ancla en este mundo. Lucho contra esto solo por seguir contigo un poco más. Un minuto a tu lado es más valioso que un año sin ti —mi corazón bombea con fuerza—. Es por ti por quien me agarro a la vida, Álex. No sé qué me está pasando, pero de pronto te has convertido en mi pensamiento favorito. Ahora mismo lo eres todo para mí. Soy incapaz de pensar en un futuro sin contar contigo. Estás en todos mis planes —cierro los ojos e inspiro profundamente. Miles de sensaciones recorren mi cuerpo. No esperaba oír algo así y creo no estar preparado para hablar de ello.

—Yo...

—Chsss —pone su dedo sobre mis labios, como si entendiera lo difícil que esto me resulta—. No tienes que decir nada. No te he preguntado —sonríe—. Esto es lo que yo siento y quería que lo supieras. Espero

que no cambie nada entre nosotros.

—Nada cambiará —me besa sin que lo espere.

—¿Ni siquiera aunque haga esto? —vuelve a besarme.

—Ni aunque hagas eso... —sonrío y la aprieto contra mi cuerpo para saborearla mejor. Lejos de lo que creía, sus palabras me han hecho sentir realmente bien. La tomo en brazos y la llevo hasta la cama. Necesito sentirla de otra manera.

• • •

La siguiente semana termina antes de lo que esperaba. Aunque ha sido con diferencia la más difícil para Laura, se ha mostrado colaboradora y ha hecho que todo sea más fácil. Está a punto de salir de la consulta y la espero impaciente en la sala. Ha preferido entrar sola y no he podido llevarle la contraria.

Mentalmente no me encuentro todo lo bien que me gustaría. Siento que cuanto más me acerco a ella más me aparto del recuerdo de Gema. Hay días en los que me evado tanto a su lado que ni siquiera pienso en ella. Y cuando me doy cuenta los remordimientos me azotan. Me juré tenerla siempre presente y no lo estoy cumpliendo. Me siento confuso. Sufro pesadillas en las que aparecen las dos y tratan de convencerme para que me vaya con una o con la otra. Mi corazón está dividido y no sé cómo manejarlo. De lo único que estoy seguro es de que tengo fuertes sentimientos hacia Laura y no quiero perderla.

—¡Ei, musculitos! —levanto la mirada y la veo—. ¡ACABÉ! —hay una amplia sonrisa en su cara.

—¿En serio? —pregunto, incrédulo. No veía el momento de oír esas palabras.

—¡Sííí! ¡No tendrán que darme más radioterapia por el momento! —me abraza—. Ahora solo falta esperar el resultado final de las pruebas. Aunque todo indica que será bueno —me besa en los labios. La abrazo antes de que se aparte y alargo el beso. No he podido recibir una noticia mejor. Aunque no es el final de la batalla, y tendrán que pasar mínimo un par de años de revisiones periódicas para que la declaren limpia, es un gran avance. Estoy seguro de que, a partir de ahora, todo irá bien.

Salimos a la calle y hace un día excelente. Cuando vinimos era temprano y teníamos casi frío. Ahora el sol está más alto y la temperatura es mucho más agradable. Ella también parece darse cuenta. Caminamos más despacio para alargar el paseo hasta el coche. Siento que floto en felicidad. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan a gusto...

—¿Te das cuenta de que ya ha pasado la peor parte? —paso mi brazo alrededor de sus hombros y apoya su cabeza en mí.

—Sí. Por fin, Álex —otra vez esa espectacular y deslumbrante sonrisa en su rostro. No puedo aguantarme y paro para admirarla mejor. Pongo mis manos una a cada lado de su cara y la observo. Está algo más delgada, pero igualmente preciosa.

—Eres una luchadora rubita —beso su frente y vuelvo a mirarla—. Estoy orgulloso de ti.

—Me vas a sacar los colores... —dice con sus mejillas ya rosadas.

—Mira que eso es difícil —bromeo y río. Estoy tan emocionado que mis siguientes palabras salen solas—. Me tienes loco, Laura.

—Álex... —sus ojos brillan.

—Mi pecho se hincha cada vez que te tengo cerca y me siento capaz

de cualquier cosa —beso sus labios para sellar lo que acabo de decir. He sentido una extraña liberación.

—¿Quiere decir eso que me correspondes? —habla con su boca muy cerca de la mía.

—Más de lo que yo mismo creo —ya no hay marcha atrás, acabo de declararme.

—Es tan cierto aquello que me explicaste... —la miro extrañado—. Si te corresponde es lo mejor que te puede pasar en la vida. Pero si te rechaza puede llegar a ser muy doloroso —sonrío. Esa frase se la dije junto a otras el día que le expliqué lo que se sentía cuando se estaba enamorado.

—Veo que aprendiste bien la lección.

—Presto atención a lo que me interesa —levanta sus cejas y golpea con la palma de su mano mis nalgas—. ¿Volvemos? Quiero celebrar esto en casa —ríe pícaramente.

—Si me lo pides así... no puedo negarme —vuelvo a pasar mi brazo por sus hombros y caminamos hasta el coche.

Cuando estamos a punto de llegar, un hombre de mediana edad nos para.

—Oigan, ¿podrían ayudarme con esta dirección? No soy de aquí y creo que me he perdido —le entrega un pequeño papel a Laura donde hay algo escrito. Nada más leerlo arruga su frente y me mira nerviosa.

—Álex... —me lo muestra. Lo tomo entre mis dedos y veo lo que pone.

QUE TENGÁIS UN BUEN VIAJE.

NOS VEMOS EN UN RATO.

El Carnicero

Mis ojos se abren y todas mis alarmas se activan. Cuando estoy a punto de sacar mi arma, algo o alguien detrás de mí golpea fuertemente mi cabeza. Lo único que consigo oír antes de que todo se vuelva negro es a Laura gritar.

Capítulo 44

Un fuerte dolor de cabeza me despierta. Siento frío al instante y me cuesta respirar. El dolor aumenta cuando intento moverme. La habitación tiene hoy un extraño olor, apesta a humedad. Abro los ojos, aturdido, y lo que veo me hace sentir confuso. «¿Dónde estoy?». Me incorporo con esfuerzo y mis brazos queman. Tengo las manos atadas a la espalda por una cadena. Comienzo a ponerme nervioso. «¿Qué está pasando?». Algo me impide pensar. No entiendo nada. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí ni qué estaba haciendo antes de acabar así.

—¿Hola? —grito. Quizás alguien pueda oírme y me dé una explicación—. ¿Hay alguien ahí? —nadie contesta. Trato de ponerme en pie y lo consigo. Camino hacia una pequeña ventana. Está tapiada con tablones de madera, pero entra un hilo de luz. Descubro que mi ropa está manchada de sangre y por el dolor que siento en mi cabeza deduzco que es mía. Por más que trato de recordar, nada viene a mi mente, ni siquiera mi nombre. Miro entre los tablones y el paisaje me resulta familiar. Sé que he estado aquí en algún momento. Oigo abrirse una puerta a mi espalda y me giro rápidamente.

—Vaya, vaya. Por fin el bello durmiente ha despertado —arrugo las cejas para ver mejor. El dolor de cabeza me está matando. Frente a mí hay una mujer rubia bastante repulsiva. Debe de tener operado hasta el paladar.

—¿Quién eres? ¿Por qué estoy atado? —pregunto con la esperanza de

que me cuente qué ocurre.

—¿Tan pronto te has olvidado de mí? —ríe a carcajadas—. Creo que el amiguito del Carnicero te ha dado demasiado fuerte.

—¿Cómo? ¿El Carnicero? —creo haber oído ese nombre en alguna ocasión, pero no tengo ni idea de lo que me está diciendo.

—Increíble. ¿También te has olvidado del asesino de Gema? Debes estar muy grave —ríe de nuevo. Ese nombre consigue que mi corazón se encoja, pero vuelve a pasarme lo mismo. Mi cerebro está en blanco. Oigo gritos e insultos. Es la voz de una mujer.

—¡Suéltame, maldito hijo de puta, o te patearé los huevos! —sé que la conozco. La rubia operada se aparta y alguien empuja a otra chica rubia haciéndola entrar a la habitación. Cae prácticamente a mis pies. También tiene las manos atadas. Mi corazón se acelera y unas increíbles ganas de ayudarla se apoderan de mí, pero no puedo hacer nada. Su cabello cubre el rostro y no puedo verla. La conozco...—. ¡ÁLEX! ¡Dios mío, estás bien! —llora y mis ojos se agrandan.

—¡Laura! —la palabra sale sin pensar de mi boca y cientos de *flashes* inundan mi mente. Todos mis recuerdos vienen de pronto. Laura, Gema, El Carnicero...—. ¡TÚ! —grito en dirección a la operada—. ¡Maldita zorra sin escrúpulos! —camino hacia Erika, pero El Carnicero me detiene golpeando mi pecho con su rodilla. Caigo al suelo y lucho por respirar.

—¡Cabrón! —Laura le grita y llora.

—Despídete de tu nueva novia —dice El Carnicero con una amplia sonrisa en su cara—. Se la entregaré a mis hombres dentro de una hora y cuando se cansen de jugar con su cuerpo acabaré lentamente con ella delante de tus narices —carcajea—. Quiero recrearme con tu dolor

mientras esperas a que llegue tu turno. Vas a pagar por lo que hiciste. Nadie se ríe de mí sin consecuencias —unas fuertes náuseas se apoderan de mí y la puerta se cierra de un portazo, dejándonos solos.

—Laura —la llamo. Sigue de rodillas y llorando en el suelo. Con dificultad, me acerco a ella y pego mi cabeza a la suya—. Vamos, preciosa. Vamos, mírame.

—Álex... —llora más fuerte y apoya su frente en mi pecho. Daría media vida por abrazarla en este momento.

—Mírame —necesito ver sus ojos. Levanta su rostro y descubro que la han golpeado. Sus pómulos están hinchados, al igual que su ojo izquierdo. Una gran bola de ira se instala en mi estómago y comienzo a respirar rápidamente—. Tenemos que salir de aquí como sea —miro por todas partes buscando una salida. Me pongo en pie y camino hasta la ventana de nuevo. Tengo que conseguir soltar mis manos. Forcejeo y solo me hago daño.

—No tenemos escapatoria —solloza—. No hay nada que hacer... —pienso por un segundo.

—Dime cómo están atadas mis manos. ¿Ves un candado? —creo poder tocarlo. Me giro para que lo vea.

—Hay dos —dice ahogadamente.

—¿Tienes un pasador en el pelo? —busco por su cabeza.

—No... —sorbe por la nariz.

—¡Mierda! —digo, frustrado. Cierro los ojos para tratar de calmarme. «Estamos jodidos», susurro para mis adentros. Siento sus ojos apenados sobre mí y la miro. Una gran angustia me invade. Mi corazón se hace pedazos al ser consciente de que no puedo hacer nada para salvarla. Como ella ha dicho, no tenemos escapatoria.

—No temas por mí —dice como si supiera lo que estoy pensando—. Ya sabes que no le tengo miedo a la muerte ni a lo que esos hijos de puta puedan hacerme —varias lágrimas corren por sus mejillas—. Solo me apena no poder estar más tiempo contigo. Cuando por fin te había encontrado —niega con la cabeza.

—Laura —un nudo se forma en mi garganta. Me acerco a ella. Siento una gran necesidad de confesárselo todo, de abrirle mi corazón para que sepa lo importante que es para mí. Ya no importa, pero quiero hacerlo antes de que todo termine—. Jamás creí que fuera capaz de hacer esto —me mira atentamente—. Cuando Gema murió, me juré a mí mismo no amar a otra mujer. Nunca te lo dije —trago saliva—, pero yo fui el responsable de su muerte.

—Tú no apretaste el gatillo —dice con el ceño fruncido, como si supiera la historia. La miro extrañado y comprende mi expresión—. Hablé hace días con Sonia y me contó lo ocurrido —se encoje de hombros—. Supongo que ya no importa que la delate —baja su mirada.

—No, ya no importa —digo apenado, y pienso en mi hermana. Ojalá todo le vaya bien—. Es cierto que quien disparó fue El Carnicero, pero porque yo se lo puse en bandeja —vuelve a poner sus ojos en mí—. Desde entonces siento una gran necesidad de castigarme. Es la única manera como me siento aliviado. Nadie lo entiende y para todos es muy fácil criticarme, pero no me creo merecedor de recibir amor de nadie. Aunque ella ya no esté aquí, es mi manera de pagar por mi imprudencia. Por mi culpa le arrebataron la vida —mis lágrimas amenazan con salir—. Caí en su estúpida trampa. Cometí un error de novato —mi mandíbula se tensa al recordarlo—. Sabían desde el principio que Gema era una agente infiltrada y jugaron con nosotros. Cuando me llamaron para decirme que la tenían y que acabarían con

ella si no acudía solo a donde me citaron perdí la razón y me dejé llevar por los sentimientos. No actué con profesionalidad. Ahora entiendo por qué no suelen permitir relaciones sentimentales en la policía. No piensas con claridad ni frialdad cuando tu pareja está en peligro. Y, para colmo, los nervios me traicionaron en el último segundo. Hice un mal movimiento y Gema, al verlo, no dudó en ponerse delante del arma cuando me apuntaron.

—Eso es muy duro, Álex —pestañea—. Ya es duro pasar por algo así como para que también te castigues de esa manera.

—Tú estabas consiguiendo que todo eso cambiara —trato de sonreír, pero fallo—. Has hecho que me olvide de todo, has despertado sentimientos en mí que creía olvidados y me has devuelto la alegría y las ganas de vivir.

—Álex —vuelve a llorar.

—Sí, Laura. Me has hecho muy feliz todo este tiempo. Desde que pasó aquello he vivido en la penumbra y cuando lo creía todo perdido viniste tú con tu alegría y me rescataste —pongo mi cabeza sobre la suya—. Te quiero, rubita —beso su frente—. Te quiero como si fuera la primera vez que lo hago —levanta su rostro y le beso los labios.

—Yo también te quiero, Álex. Sé que lo que siento por ti es puro amor. Por fin sé distinguirlo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —apoya su cuerpo en el mío y pongo mi cabeza en su hombro a modo de abrazo. Me muevo para sentirla más cerca y algo de entre sus ropas se clava en mi pecho. Me quejo y me aparto rápidamente.

—¡Joder! ¿Qué me he clavado?

—El aro de mi sostén. Se partió cuando traté de quitarme de encima al que nos trajo hasta aquí, y lleva pinchándome todo el rato.

—¡SÍ! —me mira, extrañada—. ¡Ayúdame!

—¿Cómo?

—Tumbate en el suelo —me ve tan convencido que lo hace sin preguntar. Con mi boca levanto su camiseta hasta la altura de su cuello y dejo al descubierto su sostén. Busco el trozo de aro metálico y lo saco lentamente entre mis dientes. Cuando ve que lo tengo se incorpora y me mira atenta. Dejo caer el aro en el suelo y me siento cerca de él. Con las manos consigo atraparlo—. Dirígeme, no sé dónde está la ranura —con sus indicaciones consigo meter el fino metal en uno de los candados. El tiempo pasa y cada vez me siento más nervioso. No sé cuántos minutos nos quedan y empiezo a desesperarme. Varias gotas de sudor corren por mi frente mientras trato de abrirlo. Laura se balancea sobre sí misma, cada vez más inquieta. Oigo pasos y la miro rápidamente.

—Ya vienen... —sus ojos se empañan—. Álex... —la puerta se abre y tras ella aparece uno de los secuaces del Carnicero.

—Se acabó vuestro tiempo —ríe—. Qué bien lo vamos a pasar contigo, perrita —camina hacia Laura y, cuando llega hasta ella, tira de sus brazos y la levanta. Grita y trata de defenderse. Aprieto fuertemente mis dientes y, en un último y desesperado intento, siento cómo el primer candado se abre. Las cadenas se aflojan y consigo liberar una de mis manos. Me lanzo sobre él y rodeo su cuello con las cadenas. Suelta a Laura para defenderse, pero no le doy opción. Estoy tan alterado y aprieto tan fuerte que en unos segundos consigo hacerme con él y cae al suelo sin sentido.

—¡Vamos! —casi grito para que Laura salga de su estado. Me mira incrédula. Agarro uno de sus brazos y la guío por el viejo pasillo. No

hay tiempo de soltarla a ella todavía, tenemos que salir cuanto antes de allí. Pasamos por una de las habitaciones y oigo a Erika gemir. Está tan ocupada comiéndole la boca al Carnicero que dudo de que se enteren de nada. Pasamos con cuidado por delante de la puerta y, como imaginaba, no se percatan de nuestra presencia. Llegamos a lo que parece la salida y con cuidado empujo el portón de madera. Uno de sus hombres está al otro lado y nos descubre. Saca su arma y con un rápido movimiento consigo quitársela con las cadenas. Golpeo su cara con el puño y se lanza sobre mí. Forcejamos en el suelo y cuando estoy a punto de pegarle de nuevo, Laura se adelanta y de una patada en la cara le deja fuera de combate—. ¡Jooder! —es lo único que acierto a decir.

—Se la debía —dice sonriente—. Es el cabrón que me golpeó.

—Pues bien hecho, entonces —miro a mi alrededor y descubro por qué me sonaba este lugar. Mis ojos se paran en la zona exacta donde murió Gema. El muy hijo de puta ha vuelto al mismo lugar sabiendo que no buscaríamos aquí de nuevo. Esta zona estaba descartada. Nadie en su sano juicio volvería a esconderse en el mismo lugar. Veo tres coches aparcados unos metros más allá. Corremos hacia el primero y parece que la suerte está de nuestro lado. Tiene los seguros abiertos y las llaves puestas. Abro la puerta del copiloto y ayudo a Laura a subir. Rápidamente reviso los otros dos. Están exactamente igual. Abro las puertas y quito las llaves. Quiero evitar que nos sigan. Vuelvo al primer coche, donde está Laura esperando, y subo. Justo cuando estoy a punto de arrancar oigo un disparo. Instintivamente agachamos la cabeza.

—¡Dios! ¡Dios! —Laura tiene sus ojos fuertemente apretados—. ¡Vamos, Álex! Vamos, vamos, sácanos de aquí —arranco y vuelven a

disparar. La bala silba cerca de mi oído. Acelero todo lo rápido que puedo y oigo cómo más balas impactan contra la chapa.

Capítulo 45

—¡Métete ahí! —señalo el hueco que hay entre el asiento y el salpicadero. Tarda en reaccionar y rápidamente pongo mi mano sobre su cabeza y la fuerzo a entrar en el pequeño espacio. Por el retrovisor puedo ver a varios hombres con sus armas apuntando hacia nosotros.

—¡Joder! ¡JODER! ¡Álex, por favor! —Laura grita con cada impacto, asustada.

—¡No levantes la cabeza! —mi pulso se acelera. Las balas están pasando muy cerca de nosotros, y para colmo no puedo defenderme. Debieron de quitarme el arma cuando nos atraparon. Cuando por fin consigo alejarme lo suficiente trato de mantener la calma. Miro a Laura por un segundo y mi estómago se encoje. Sus manos están atadas tras su espalda y la postura parece bastante incómoda.

—¿Ya está? —pregunta con esfuerzo—. ¿Les hemos perdido de vista? —cuando estoy a punto de decirle que sí, veo por el espejo que un coche que no estaba con los otros viene hacia nosotros.

—¡MIERDA! —grito, y se levanta instintivamente para mirar—. ¡QUIETA! —vuelvo a poner mi mano sobre su cabeza para que entre en el hueco—. ¡No te muevas de ahí, nos están siguiendo! —ni siquiera tengo el teléfono para pedir ayuda. Me inclino

hacia el lado del copiloto y busco en la caja del salpicadero. Quizás tengan algo ahí que pueda servirme. Laura se hace un ovillo para darme mejor acceso y mis ojos se abren como platos al descubrir lo que hay dentro—. ¿¡QUÉ!?! —parpadeo confuso y trato de prestar

atención al camino. Con la impresión casi pierdo el control del coche y vamos a gran velocidad—. ¡No puede ser! Esto es un jodido milagro —introduzco mi mano y un nudo se forma en mi garganta mientras saco la pistola de Gema de la guantera. No puedo evitar pensar en las palabras de su padre cuando me la entregó. *Te traerá suerte.*

—¿Qué hay dentro? —pregunta, intrigada. Levanto mi mano para enseñárselo—. ¡TU ARMA! —grita al verla. Sus ojos brillan al reconocerla—. Ahora que me fijo, creo que este fue el coche en el que nos trajeron hasta aquí —todo encaja, el idiota que me quitó la pistola debió de guardarla ahí.

—También está mi móvil —lo saco y cuando presiono la pantalla para encenderlo descubro que no tiene batería. Varios disparos más nos sobresaltan. Están demasiado cerca. Pienso durante un segundo y una idea viene a mi mente. Dudo, pero finalmente entiendo que es nuestra única oportunidad y no me queda más remedio.

—Voy a necesitar tu ayuda —me mira.

—¿Qué puedo hacer yo? —pregunta, desconcertada.

—Tienes que tomar el control del vehículo mientras trato de quitárnoslos de encima.

—¿Cómo cojones quieres que sujete el volante? ¿Con las tetas?

—Si mal no recuerdo, ahora viene una gran recta. Solo tendrás que sujetar el volante. Me da igual que lo hagas con las tetas, con los dientes o con los pies. Pero trata de mantenerlo recto —asiente. Recorro rápidamente mi asiento para tener más espacio mientras Laura se levanta—. En cuanto te dé la señal, tienes que hacer lo que te diga —una bala entra en el coche a través de la luna trasera, desmigando la delantera y dejándonos sin visibilidad.

—¡Álex! —dice asustada.

Cierro mi mano en un puño y golpeo el cristal para abrir un agujero. El aire entra con fuerza, pero no me importa, necesitamos saber por dónde vamos. Repito la acción varias veces más hasta que creo tener suficiente visibilidad. Mis nudillos sangran.

—¿Lista? —el cabello de Laura se mueve por toda su cara.

—¡NO! ¡SÍ! ¡NO, PERO SÍ! —vuelve a levantarse. Está nerviosa.

—Mantenlo recto. Yo me encargaré de lo demás —me paso a los asientos traseros mientras Laura se coloca en el lugar del conductor.

—¡Ay Dios! ¡Ay Dios! ¡Si no nos matan ellos nos vamos a matar nosotros! —se inclina hacia delante y apoya su cuerpo en el volante para que no se mueva—. ¡DATE PRISA! —grita.

—¡Diles tú que se queden quietos a ver si te hacen caso! —compruebo el cargador. Solo quedan tres balas. Saco mi arma por la parte trasera y al primer disparo, Laura grita.

—¡Joder! ¡Esa mierda me va a dejar sorda! —protesta.

—¡Controla el puto coche! —estiro mi brazo y muevo el volante. Nos estábamos yendo hacia la derecha y el otro vehículo cada vez está más cerca—. ¡Acelera! Estamos perdiendo velocidad.

—¡Si aprieto más fuerte el acelerador sacaré el pie por el otro lado! —miro hacia atrás y puedo ver que nos están alcanzando.

—Mierda. Hemos pinchado o le han dado a la rueda —vuelvo a sacar mi mano por la ventanilla y apunto a la zona del conductor. Necesito acabar con él y solo tengo dos oportunidades más. Aprieto el gatillo y un segundo después el coche que nos sigue hace un quiebro extraño. La puerta del piloto se abre y alguien empuja un cuerpo inerte fuera de

él. Estoy seguro de que le he alcanzado. El acompañante es ahora el que toma el control y la persecución continúa.

—¡Álex! ¡Álex, necesito ayuda! —el coche vuelve a irse hacia la derecha. Me lanzo sobre el volante y vuelvo a alinearlo.

—Aguanta un poco, ya casi está, preciosa —dejo un rápido beso sobre su cabeza para calmarla—. Necesito que frenes cuando te diga, ¿de acuerdo?

—¡SÍ! —grita para que la oiga. La fuerza del aire no deja que nos entendamos con claridad.

Vuelvo a sacar el arma y cruzo los dedos. Tengo que conseguirlo como sea y solo me queda una bala. Ese cabrón no espera que Laura frene. Le pillaré por sorpresa y al tenerle más cerca será más difícil que falle.

—¡AHORA! —me sujeto fuertemente al asiento trasero para no moverme con la fuerza de frenado. Apunto al nuevo piloto y cuando aprieto el gatillo un bache nos hace saltar y desvía la bala—. ¡MIERDA! ¡JODER! ¡MIERDA! ¡ACELERA! —me bloqueo durante unos segundos. Mi plan no ha funcionado y era mi última oportunidad. Busco dentro del coche algo para lanzarle y encuentro una barra de acero y una especie de palanca. Tomo la barra y se la lanzo, pero no consigo nada. Golpea la carrocería y cae al suelo. Tomo la palanca y cuando voy a hacer lo mismo dispara de nuevo sobre nosotros y siento un fuerte dolor en mi sien izquierda. Llevo mis dedos rápidamente a la zona y compruebo que uno de los proyectiles me ha rozado. No es nada grave, pero sangra. El dolor desaparece cuando veo que él también se ha quedado sin munición—. ¡Para, Laura! —en un cuerpo a cuerpo tengo más posibilidades y no puedo arriesgarme a que nos

saque del camino y tengamos un accidente.

—¿Paro o freno? —la pobre está confusa.

—¡Para! Necesito bajarme.

—¿Estás loco? —se gira hacia mí.

—Tranquila, no tiene munición.

—¿Cómo coño sabes eso? ¿Eres adivino? —está muy alterada. Saco el cuerpo por la ventanilla y al ver que no me apunta con nada respondo.

—¡Estoy seguro! ¡Para! —protesta, pero lo hace.

—Por favor, Álex. Por favor, ten cuidado —dice angustiada. El otro coche nos adelanta y se detiene a unos metros de nosotros. Aunque quisiéramos huir, ya no podríamos. Ha cortado el paso con él. El conductor viene corriendo hacia nosotros con un bate de béisbol en la mano—. ¡Oh, Dios mío! —grita cuando lo ve. Una idea cruza mi mente en ese momento.

—Haremos otra cosa mejor —sonrío y me mira, extrañada—. ¡Apártate, corre! —vuelve al asiento del copiloto y subo al del conductor—. Paso de andarme con gilipolleces. No tengo ganas de llenarme las manos de mocos —meto primera y acelero hasta que le atropello. Laura me mira con la boca abierta y me encojo de hombros—. Siempre me pregunté por qué no hacían esto en las películas —digo arqueando una ceja, y comienza a reír a carcajadas.

—Oh, Dios... Es horrible que esté riéndome por algo así.

—Piensa que era él o nosotros. Vamos al otro coche, está en mejores condiciones que este —salgo y abro su puerta. Cuando está fuera, con cuidado, saco el otro aro de su sostén, suelto sus manos y me quito el otro candado.

—Por fin estas mierdas sirven para algo más que para joder —sonríe. Tomo sus muñecas y las froto, están moradas y tiene las manos hinchadas. Me mira atenta mientras lo hago y no puedo evitar besárselas. Me duele a mí más que a ella verla así. Tiene el cuerpo lleno de golpes. La rodeo con mis brazos y pego su cuerpo al mío. Me abraza y se viene abajo. Llora desconsoladamente. La situación la tiene al límite.

—Creía que te perdía —digo con esfuerzo.

—Yo creí que te había perdido a ti —solloza en mi hombro—. Te quiero, Álex —recuerdo nuestra declaración y me conmuevo. No voy a esconderlo más.

—Te quiero, Laura —trago saliva y contengo las lágrimas mientras apoyo la barbilla en su cabeza. Nos quedamos un minuto así—. Siento que estés pasando por todo esto —levanta su mirada.

—Es Erika quien está detrás de todo —seca su cara.

—¿Pudiste averiguar algo? —aunque deduje lo que estaba pasando, solo pude ver a esa zorra unos minutos y quizás Laura tiene alguna pista más.

—Todo, Álex. Pensando que acabarían conmigo después, no se cortaron un pelo en explicarme sus planes para torturarme mentalmente antes de volarme los sesos —me tenso.

—Vamos al coche y me lo cuentas de camino —asiente y subimos.

Durante el trayecto me explica que la herida de la cabeza me la hicieron con una barra de hierro cuando nos sorprendieron en el aparcamiento. Estoy seguro de que fue con la que lancé al coche minutos antes. Que creyó que había muerto, ya que pasaban las horas y no despertaba. Que estuvo destrozada todo ese tiempo y que no le

importaba nada. Mi sangre hierve cuando me explica que la golpearon repetidas veces para sonsacarle información. Tengo que contenerme para no volver a por ellos. No caeré de nuevo en ese error. Querían saber dónde estaban César y Natalia, pero se sentía tan hundida que todo le daba igual y no consiguieron que hablara.

Me cuenta que tienen algún extraño pacto entre ellos. Que fue Erika quien ayudó a escapar al Carnicero, manipulando a uno de los empleados de la cárcel, y también quien pagó la fianza del Mugre. Sabía de ellos por lo que nos había oído hablar a César y a mí cuando creíamos que no escuchaba y no dudó en aliarse. Ella le llevaba hasta mí y a cambio él le ayudaba a acabar con la vida de Laura y de Natalia. Su intención era que César siguiera con vida para que sufriera por haberla abandonado.

Llegamos a una gasolinera y pido que me dejen hacer un par de llamadas. Necesito ponerme en contacto cuanto antes con la comisaría para explicarles lo que ocurre y avisar a César para que, si está en el hospital, no salga sin escolta. Es posible que el Carnicero haya mandado a alguien a buscarle antes de que lleguemos para que no podamos estropear sus planes. El dependiente duda por un momento y casi tengo que amenazarle para que nos ayude, aunque entiendo que por nuestro aspecto pueda pensar lo que no es.

El comisario nos pide que esperemos en la gasolinera. Ha mandado un coche a recogernos. Laura me acompaña a uno de los baños y me ayuda a lavar mis heridas. Por más que le quito importancia, se empeña en que deben verme en un centro médico, porque está segura de que necesito puntos de sutura. Mientras protesta la atrapo entre mis brazos y la beso como si fuera la última vez. Miles de sentimientos corren libres por mi cuerpo cuando lo hago. Me rindo. La quiero con

toda mi alma y ya no pienso hacer nada para evitarlo.

Capítulo 46

El coche llega antes de lo que esperábamos y pido al conductor que nos acerque a un centro médico. Necesito que valoren a Laura. Todavía se siente muy débil debido a la radioterapia y después de lo ocurrido no quiero arriesgarme. Tras algunas radiografías comprueban que no tiene nada roto. Le recetan varias pastillas y algunas cremas para bajar la inflamación y respiro aliviado. A mí me han puesto siete puntos de sutura en la cabeza y dos en la frente. Sabía que pasaría esto si venía, pero no me quedaba más remedio si quería que la atendieran. Se negaba a entrar si no lo hacía yo también. Todavía puedo sentir cómo atravesaban mi carne con esos malditos alambres torcidos. Desde que tengo uso de razón odio las agujas.

Subimos de nuevo al coche y tomamos rumbo a la comisaría. Cojo algunos cargadores para mi arma y tras explicarles lo ocurrido, dónde se esconden y cuántos hombres había en el lugar, Laura y yo nos marchamos. Un agente nos llevará hasta donde queramos ir. No podemos volver a su casa, ya que los muy cabrones tienen su bolso. En él guardaba su cartera y varios documentos con su dirección. Seguramente a estas alturas ya sepan dónde vive y no podemos arriesgarnos.

—Álex, ¿crees que alguien podría ir a recuperar mis cosas? — pregunta, intranquila.

—No te preocupes, mañana mismo pediremos que vayan a recogerlas. Nos las enviarán donde les pidamos.

—Ufff, al menos eso es una buena noticia —baja su cabeza—. ¿Dónde iremos?

—De momento podemos alquilar una habitación por ahí, después ya se nos ocurrirá algo mejor —no me gusta la idea de que tengamos que andar de un lugar a otro. Necesita descansar y estar tranquila.

—¿Y si vamos al pueblo con Sonia? En los documentos no aparece esa dirección, y en la casa hay varias habitaciones libres —la miro por un segundo, valorando lo que acaba de decir.

—Mmm... me gusta tu idea —sonríe. Es un lugar que no conocen y ella estaría después de todo en casa. Justo lo que necesita.

—¿Eso es un sí? —su sonrisa se torna más amplia.

—Sí —le guiño un ojo—. Damos la dirección al conductor y nos ponemos en marcha.

—Deberíamos avisar a Sonia para que no se asuste cuando lleguemos. El otro juego de llaves lo tengo en casa y no podemos ir a por él.

—Deberíamos —respondo—. Pero no he cargado la batería de mi teléfono y no me sé su número de memoria.

—¡Coño! —casi grita y la miro, sobresaltado—. Acabo de recordar que tengo una copia en casa de los padres de Natalia. Solo tendremos que pasar por allí primero para recogerla —se recuesta en el asiento y cierra sus ojos. Aunque no se queja, sé que está agotada. Unos segundos después, se duerme.

—Laura... —susurro en su oído. Retiro el pelo de su cara y beso sus labios con cuidado—. Eh, despierta, preciosa —vuelvo a besarla. Me encanta hacerlo cuando su boca está relajada. Abre los ojos y estira sus brazos.

—¿Hemos llegado? —se inclina y mira con dificultad por la ventanilla.

—Sí, estamos en la puerta de Pilar y José. Vamos —extiendo mi mano para ayudarla y la toma.

Los padres de Natalia se alegran de vernos, pero rápidamente se preocupan por nosotros al ver nuestras heridas. Les contamos por encima lo ocurrido evitando los detalles más escabrosos. No queremos que José se preocupe demasiado por su delicado estado de salud. Para mi desgracia Javier llega minutos después. Desde nuestro encuentro en el hotel cuando su hermana estaba aún ingresada no acaba de caerme demasiado bien. Por alguna razón, odio a cualquier tío que se acerque a Laura. Nos invitan a cenar, pero estamos tan agotados que nos negamos. Pilar desaparece un par de minutos y vuelve con las llaves y dos fuentes de cristal llenas de comida. Tomamos una cada uno y le agradecemos el gesto. Finalmente nos marchamos con la promesa de volver más veces mientras estemos por allí y pedirles todo lo que necesitemos. Aseguran enfadarse si no lo hacemos.

—Sujétame esto —dice Laura poniendo en mi mano libre la fuente que carga ella. Trata de abrir la puerta, pero no hay luz y está demasiado oscuro—. Todavía no sé cómo lo hacía cuando llegaba a las tantas de la mañana de fiesta —ríe. Por fin lo consigue y toma de nuevo su bol de comida. Entramos despacio. Todo está muy tranquilo y no queremos despertar a Sonia. Caminamos de puntillas hasta la cocina y metemos la comida en el refrigerador. Hay tantas cosas dentro que nos cuesta encontrar hueco.

—Necesito una ducha —nuestras ropas están sucias y la mía, además, ensangrentada.

—Yo también —contesta. Me mira de la cabeza a los pies—. Tengo algo de ropa que te puede servir —susurra—. Ven conmigo y te enseño dónde está el baño —camina y la sigo—. Es aquí —abre una puerta sonriente y los dos nos quedamos inmóviles al ver lo que hay al otro lado.

—¡MIERDA! —Sonia grita y tira de una toalla que hay colgada en la pared. Trata torpemente de taparse con ella. Miguel Ángel hace lo mismo con la que tiene a su lado. Los dos están completamente desnudos en la ducha.

—¡HIJO DE PUTA! —todo mi cuerpo hierve por la rabia—. ¡TE DIJE QUE NO TE ACERCARAS A ELLA! —me lanzo contra él y lo agarro por el cuello.

—¡Álex! ¡Álex! —Laura y Sonia gritan mi nombre a la vez y tratan de sujetarme. Es tanto el odio que siento hacia ese cabrón que nada me detiene. Lo saco de la ducha como si no pesara y lo estrello contra la pared—. ¡Álex! —siguen gritando, pero su voz pasa a un segundo plano. Golpeo con mi puño su cara—. ¡ÁLEX! —una de ellas se cuelga de mi espalda mientras le golpeo de nuevo. Segundos después cae al suelo y descubro que se trataba de Laura.

—¡JODER! —reacciono. Con esfuerzo suelto a Miguel Ángel y corro a socorrerla—. ¿Te has hecho daño?

—¡ERES UN IDIOTA! —sus ojos se llenan de lágrimas mientras pasa su mano por la rodilla. Intento ver qué se ha hecho, pero golpea mi mano para que no la toque.

—La has cagado, hermanito —Sonia tiene sus brazos cruzados alrededor de la toalla y parece bastante cabreada.

Mi cara arde y siento agobio. Todo esto es por culpa del amigo de

Laura.

—Lárgate de mi vista —vuelvo a gritar a Miguel Ángel. Quiero que se esfume o no seré capaz de contenerme por más tiempo.

—Me voy, sí. Pero no porque tú me lo pides. Me voy para que Sonia no se sienta incómoda —sale del baño con la toalla enrollada en su cuerpo. Laura le mira fijamente y una ola de celos se apodera de mí.

—Me voy contigo —Sonia se da media vuelta para seguirle y la sujeto por el brazo—. ¡Suéltame! —ignoro sus palabras y aprieto más fuerte.

—¿Qué es eso de que te vas con él? —digo mirando fijamente a sus ojos. La vena de mi sien comienza a palpitar.

—Para tu desgracia, te diré que Miguel Ángel y yo estamos juntos. Ve acostumbrándote.

—¿¡Qué!?! —levanto las cejas, sorprendido.

—Lo que oyes. Soy libre y puedo hacer lo que me dé la real gana.

—No vas a ir con ese tío a ningún sitio. ¿Me oyes? —mi mandíbula se tensa—. Es un maldito cerdo que va detrás de todas las que se le ponen delante.

—¡No es verdad! —dice Laura cabreada mientras viene hacia nosotros cojeando—. Estoy cansada de que le taches de lo que no es —mira a Sonia—. No hagas caso a lo que te dice. Miki siempre ha sido una buena persona y sobre todo respetuoso. Lo que él no está siendo —me señala—. Cometió un error aquel día acercándose a Natalia, pero habíamos bebido y todo se exageró —me mira con el ceño fruncido—. Álex está empeñado en ver donde no hay.

—Cuando se te pase esta jodida pataleta me buscas —Sonia da media vuelta para marcharse—. Mientras tanto estaré con él en su casa —

termina diciendo mientras sale por la puerta.

—Voy contigo —Laura camina tras ella y me quedo solo en el baño. La herida de mi frente protesta y busco la manera de relajarme para eliminar tensión. Oigo un pequeño portazo y deduzco que acaban de marcharse.

Justo cuando salgo al pasillo, Laura llega con unas toallas limpias.

—Toma —las pone con carácter sobre mis manos—. Cuando acabes, la segunda puerta a la izquierda es tu cuarto. Yo me ducharé en el otro baño. Te he dejado sobre la cama ropa limpia. Que descanses —se despide secamente.

—¿Mi cuarto? —pregunto extrañado. Notar que no tiene intención de dormir conmigo me afecta.

—Eso he dicho —sus labios son una línea—. Hasta mañana.

—Espera... —no se detiene—. ¡Laura! —hace oídos sordos y entra en una habitación que no es la mía. Cuando cierra la puerta siento mi corazón partirse en dos. Hoy la necesito más que nunca y tiene intención de castigarme. Me lo merezco por idiota. No debí haber reaccionado así.

Cuando termino, tomo mis cosas y entro al dormitorio. La ropa me queda algo justa, pero servirá por el momento. Me dejo caer sobre la cama y, aunque estoy muy cansado, soy incapaz de conciliar el sueño. Han sido muchos días los que he pasado durmiendo a su lado y tengo una gran sensación de vacío en mi interior. Necesito aspirar el aroma de su cabello, sentir su calor corporal y notar sus brazos rodeándome para poder relajarme.

Doy cientos de vueltas y cuando casi lo estoy consiguiendo, un ruido en la ventana me sobresalta. Tomo mi pistola y me levanto

rápidamente. Necesito saber qué lo ha causado. Con cuidado me acerco y miro a través del cristal. Aparentemente no hay nada. Abro despacio una de las hojas con la intención de asomar mi cabeza para tener más visibilidad cuando algo peludo cae a mis pies, haciéndome saltar por la impresión.

—No me lo puedo creer —la bola de pelo negra se pasea libremente por la habitación—. ¡Maldito gato cabrón! —tomo una de mis zapatillas para espantarlo. Estoy seguro de que se trata de Zeus, el gato de la vecina de Natalia que me agredió—. ¡SAAAAPE! —hago aspavientos con las manos, me mira con desprecio y recuerdo lo que pasó la última vez. Mi cara quema solo con pensarlo y decido salir de la habitación antes de cabrearlo más. Ya basta de heridas por hoy. Cierro la puerta para inhabilitarle el acceso al resto de la casa y camino como alma en pena por el pasillo. Me paro frente a la puerta de Laura y lucho contra el impulso de entrar. Después de valorarlo durante algunos segundos, trago saliva y pongo mi mano en la puerta. Si alguien tiene que arañarme esta noche, prefiero que sea ella.

Capítulo 47

Abro lentamente la puerta y entro despacio. Su persiana está levantada y entra algo de luz proveniente de la calle. Cuando estoy a punto de llegar a la cama creo ver que está vacía y me tenso. Busco el interruptor en la pared y enciendo la luz. Una corriente eléctrica recorre mi espalda cuando descubro que no hay nadie en la habitación y comienzo a alterarme.

—¡Laura! —grito su nombre, me giro y cuando estoy a punto de salir a buscarla veo su silueta venir por el pasillo.

—Así que... estabas aquí. ¿Por qué coño estás en mi cuarto? —se detiene. Debido a la oscuridad solo puedo distinguir su figura.

—Yo... solo quería... yo... —me rasco la cabeza—. Soy incapaz de dormir sabiendo que estás molesta conmigo —suelto todo el aire de mis pulmones.

—¿Y qué esperabas con tu comportamiento de hoy? ¿Que te lanzara pétalos de rosa?

—No busco eso. Es que ese tío...

—Ese “tío” —recalca— es mi amigo y estoy harta de que le trates así. Miki está teniendo demasiada paciencia contigo. Hace tiempo que debería haberte puesto los puntos sobre las íes.

—¿Y yo no me contengo? ¡Se está tirando a mi hermana y todavía no le he matado! —no contesta y vuelve a caminar hacia mí. Tiene una especie de cojín en sus manos—. ¡Nadie me entiende!

—Mañana iremos a verles y les pedirás perdón por el espectáculo. No ha estado bien eso que has hecho.

—Nunca —respondo secamente.

—Pues seguirás durmiendo en otra habitación hasta que lo hagas — miro con más atención a sus brazos y mis ojos se abren cuando descubro lo que trae con ella.

—¡No me jodas! ¡Suelta a ese bicho ahora mismo! —me aparto cuando pasa a mi lado.

—¿Te dan miedo los gatitos? —no respondo—. Pero si es un amor... mírale —me lo acerca y me aparto de nuevo. Besa su peluda cabeza y arrugo mi frente—. ¿Quién es el gatito más bonito del mundo? —le habla como si fuera un bebé—. Tú, ¿a que sí? —pega su nariz a la suya y por un momento desearía ser el jodido gato—. Salí a beber agua y al regresar oí maullidos y ruidos extraños en tu cuarto. Abrí para ver si estabas bien y vi que solo él estaba en la habitación.

—Él fue el culpable de que saliera. Suéltalo. Te arañará.

—¿Zeus arañarme? ¡Pero si es el gato más adorable del mundo! Todos en el barrio le conocen. Tiene por costumbre colarse en las casas. ¿Verdad? —le pregunta como si fuera a responder.

—Eso no hace falta que lo jures...

—Ha dormido muchas noches conmigo. ¿Verdad, bonito? —vuelve a hacerle arrumacos—. Siempre que sabe que estoy en el pueblo viene a visitarme —siento calor en la cara. No me gusta eso que acaba de contarme. Por nada del mundo quiero a ese odioso gato merodeando por aquí.

—Bueno, sácale para que pueda volver a su casa. Estarán echándole de menos —lo miro y me bufa—. Es tarde y estará cansado —es lo

primero que se me ocurre decir para deshacerme de él. Presiento que quiere afilarse las uñas en mi piel, y no me gusta nada la idea.

—¡Ay, no! Pobrecito. Pasará la noche aquí —lo deja sobre la colcha y comienza a mullirla con sus afiladas uñas para acomodarse—. Mira cómo sabe lo que tiene que hacer —sonríe—. Sigamos durmiendo, todavía falta un buen rato para que amanezca —levanta las sábanas y se mete en la cama. Doy un paso hacia adelante y la alimaña vuelve a bufarme. Sus ojos brillan como si fuera el mismísimo diablo.

—Hasta después —salgo de la habitación cabreado y cierro la puerta. Esta vez ha ganado él, pero haré todo lo posible por que no le sea tan fácil la próxima.

Unas horas después compruebo que mi teléfono está cargado y llamo a la comisaría, necesito que me informen de lo que finalmente sucedió ayer. No sé si consiguieron atrapar a alguien.

—Buenos días, comisario —hablo cuando descuelga—. ¿Sabemos algo?

—Nada, hijo. Cuando llegaron los agentes no había ni rastro. Imaginaron que iríamos y abandonaron el lugar.

—Lo imaginaba. Pero había que intentarlo.

—Cierto. Estamos investigando, no deben de andar muy lejos. Vosotros, mientras tanto, tened cuidado.

—Lo tendremos. Estamos en un lugar seguro.

—Me alegra oír eso —nos despedimos y cuelgo.

Camino hasta la cocina con la intención de comer algo. Cuando llego Laura está preparando café y el aroma hace que sienta mi estómago vacío.

—Huele rico —digo sin mucho ánimo. La noche ha sido horrible.

—Mejor sabrá —contesta sin mirarme.

—¿Sigues molesta? —tomo una galleta que hay en la encimera y la muerdo. Sabe extraña. Seguro que es integral. No me gustan los alimentos integrales.

—Se me pasará en cuanto vayamos a ver a tu hermana y dejes de comerte las galletas de Zeus.

—¿¡Qué!? —escupo y siento náuseas al mismo tiempo—. ¡QUÉ PUTO ASCO! —me vienen arcadas y mi boca se llena de saliva. Podría vomitar en cualquier momento.

—¿A qué sabe? —pregunta con mofa—. Es algo que siempre me pregunté.

—¡A mierrrda! —contesto con cara de asco.

—Vaya. ¿También has probado la mierda? ¡Qué atrevido! —ríe, y me cabreo más.

—¡No tiene gracia!

—Oh... la tiene. Créeme.

La mañana se me hace eterna. Laura se la pasa riéndose de mí y ofreciéndome galletitas por todo. Zeus no se aparta de ella y tengo que mantener las distancias. Más que un gato parece un perro guardián. Finalmente consigue que vayamos a ver a mi hermana. Por suerte no está Miguel Ángel en la casa y podemos hablar tranquilamente. Entiende mi instinto protector con ella, pero me deja claro que es su vida y que tengo que mantenerme al margen. Ojalá se aplicara el cuento. Siempre que tiene oportunidad se mete en la mía. Lo único bueno de esto es que me servirá para usarlo en su contra cuando

quiera decirme lo que tengo que hacer. Si yo no puedo, ella tampoco.

• • •

Las semanas siguientes pasan tranquilas. Seguimos durmiendo separados por culpa del gato. Se niega a echarlo, y yo, a dormir con él en la misma habitación. Siento que estamos perdiendo un tiempo precioso por una tontería, pero no pienso ceder.

Laura cada vez se encuentra mejor y tiene más vitalidad. Me enseña el pueblo, visitamos a sus conocidos, hacemos caminatas por el campo y en un par de ocasiones salimos a tomar algo con mi hermana. Laura y ella se están haciendo muy amigas y eso me preocupa. Si por separado me tienen frito, juntas serían una bomba de relojería.

—Hoy quiero que me acompañes a un lugar muy importante para mí —dice Laura—. Quiero presentarte a alguien —se encoje de hombros y percibo tristeza en sus ojos.

—¿Ocurre algo? —pregunto al punto de alarmarme.

—No, tranquilo. ¿Vienes? —asiento confuso y caminamos. Tras varios minutos llegamos a lo que parece un cementerio.

—Es aquí —abre unas enormes puertas y veo que estaba en lo cierto.

Nos paramos delante de la lápida de alguien y en letras plateadas está escrito un nombre: Celia Ruiz Segovia. Levanto la mirada y me fijo en una pequeña foto que hay más arriba. Mi corazón comienza a bombear con fuerza y no tiene que decirme de quién se trata. Laura es idéntica a la persona de la foto. Rubia, ojos verdes y la misma sonrisa.

—¿Es tu madre?

—Así es. Espero que no te importe que te haya traído hasta aquí. Necesitaba hacerlo —sonríe sin ganas—. Teníamos un pacto.

—¿Qué tengo que ver yo en ese pacto? —me siento confuso.

—Más de lo que crees —responde mirándome a los ojos—. Cuando estaba en sus últimos días me hizo prometerle algo, y simplemente lo estoy cumpliendo. Pero no voy a contarte nada más por ahora —deja su chaqueta sobre la piedra y estira el brazo para tomar una rosa seca de un jarrón—. ¿Sabes? —me la enseña—. Es extraño, pero cada vez que vengo hay una rosa nueva. Todavía no he descubierto quién se la deja, pero llevo años observándolo.

—¿No tenía familiares? —pregunto, intentando encontrar la razón.

—Les he preguntado a todos, incluso a sus amistades, pero nadie parece saber quién lo hace. Espero descubrirlo algún día —pasa la mano por la lápida a modo de caricia y siento que se está despidiendo—. ¿Nos vamos? Es tarde.

—Claro —la tomo por la cintura y salimos de allí.

—¡Mierda! Me he dejado la chaqueta —da media vuelta y la sigo hasta el interior.

—Algún día vas a perder la cabeza —protesto. Unos metros antes de llegar, Laura hace un gesto extraño y se queda parada—. ¿Estás bien? —no contesta. Puedo ver cómo palpita la vena de su cuello. Miro en la misma dirección y compruebo que hay un hombre de espaldas a nosotros en la tumba de su madre.

—Es... —traga saliva—. Es... —el hombre, como si sintiera nuestra presencia, se da la vuelta y nos ve. Noto cómo se mueve, inquieto. Miro de nuevo a Laura y varias lágrimas están saliendo de sus ojos. No entiendo nada, pero estoy seguro de que la presencia de esa persona la está dañando.

—¡Eh, tú! —camino hacia él.

—Álex... —Laura me llama cuando estoy a mitad de camino y dudo—. Déjalo —sigue llorando y no me gusta. Vuelvo con ella y la abrazo.

—¿Lo conoces? —asiente con la cabeza pegada en mi pecho—. ¿Tengo que partirle las piernas? —niega. Tras un par de minutos así miro de nuevo a la tumba y ya no está. Sea quien sea ha aprovechado el momento y se ha marchado—. Vamos, preciosa. Recojamos tu chaqueta y larguémonos de aquí. Paso mi brazo por sus hombros y caminamos hasta el lugar.

—Mira —Laura estira su mano hasta el jarrón y toma entre sus dedos una rosa fresca—. Ahora lo entiendo todo —llora de nuevo—. Ha sido mi padre todo este tiempo.

—¿Ese hombre era tu padre?

—Sí, Álex. Era él —sorbe por la nariz—. No la ha olvidado, como yo creía.

—Nunca podré olvidarla —los dos nos sobresaltamos y miramos rápidamente hacia atrás—. Ha sido, es y será mi único amor en la vida —su padre está frente a nosotros.

—¿También le dices eso a la prostituta con la que vives? —dice Laura con rabia.

—Vivía. Hace tiempo que decidí abandonarla —inspira profundamente—. Solo me refugiaba en ellas, Laura. He pasado años buscando en otras mujeres lo que sentía con tu madre, pero jamás lo encontré, y estoy seguro de que nunca lo encontraré. Lo nuestro era único.

—No estoy preparada para hablar contigo —niega con la cabeza y comienza a temblar—. Vamos a casa, Álex.

Sin dudarle ni un momento, la tomo por la cintura y nos dirigimos a

casa. No habla, está como ausente y me preocupa. Durante las horas siguientes sigue pensativa. No me atrevo a preguntarle nada ni a sacarla de su estado. Sea lo que sea por lo que está pasando, necesita hacerlo sola.

—Álex —me llama. Cuando ve que le presto atención, continúa—. ¿Tú querrás siempre más a Gema que a mí? —mi respiración se corta. Nunca imaginé verme ante una pregunta así. El simple hecho de planteármela hace que mis fantasmas vuelvan.

—Creo que esa pregunta es un poco dura —me incomodo.

—¿Tú buscas en mí lo que tenías con ella?

—No me está gustando esta conversación —mi estómago se cierra.

—Tengo miedo —comienza a llorar—. No quiero ser el refugio de nadie, ni un segundo plato por no tener el primero.

—Laura, nunca serás algo así para mí —tomo su cara entre mis manos—. Si estoy contigo es porque me haces sentir... cosas. No porque busque sentirlos. Son dos cosas muy diferentes. Yo tuve la suerte de volver a encontrar el amor contigo. Tu padre, por desgracia, lo sigue buscando.

—No quiero que un día me abandones por esa razón —se siente insegura.

—Nunca te dejaría por algo así. Mis sentimientos son sinceros contigo —beso sus labios—. No habría cedido si fuera de otra forma. Tengo que estar muy seguro de algo para dar el paso, y contigo lo he hecho —cierra sus ojos y suspira.

Mi teléfono suena, rompiendo el momento. Descuelgo sin mirar el número.

—¿Sí? —es el comisario—. ¿¡QUÉ!?! —miro rápidamente a Laura.

Capítulo 48

Laura arruga las cejas al oírme. Sabe que algo no va bien.

—¿Qué ocurre? —susurra mientras aún sigo escuchando. Se ha puesto nerviosa y no puede esperar. Le hago un gesto con la mano para que se calme y continúo atendiendo la llamada.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace una hora que lo encontraron. Hemos llevado el cuerpo al depósito para que el forense investigue las causas de la muerte. Pero estamos seguros de que lo han torturado hasta acabar con su vida. Todos sus dedos están rotos y le han arrancado las uñas. Estamos investigando la zona en busca de pruebas.

—Hijos de puta... —digo en alto, y Laura vuelve a mirarme. Hay angustia en su mirada, está deseando que acabe para que le cuente lo que está ocurriendo.

—¿Ese chico conocía el lugar donde estáis ahora?

—No tengo ni idea.

—Tened cuidado, estoy seguro de que buscaban esa información. Le han clavado un puñal en el pecho con la intención de sujetar una nota en la que pone *Los próximos seréis vosotros* —la miro por un segundo y mis pulsaciones aumentan. Jamás dejaré que le pase nada.

—Voy a preguntarle. En cuanto tenga la respuesta te digo algo —cuelgo y me dirijo a Laura.

—Álex, estoy realmente preocupada. ¿Qué ha ocurrido? —trago saliva

y busco la manera de contárselo sin que le afecte demasiado.

—Los hombres del Carnicero han estado hoy en tu piso —me mira, atenta.

—¿Les han detenido ya?

—Para nuestra desgracia, no —tomo una gran bocanada de aire para hablar, pero vuelve a interrumpirme.

—¿Entonces qué ocurre? ¡Me tienes en ascuas!

—Se trata de Jorge. Acaban de encontrarlo.

—¿¡Jorge!? Dime que no le han hecho daño —hay angustia en su mirada.

—Lo siento, Laura —varias lágrimas caen de sus ojos—. Han encontrado su cuerpo con signos de violencia.

—No... Dime que es un error —me acerco a ella y la abrazo fuertemente—. Es un idiota, pero él no merecía eso, Álex —llora en mi hombro—. No puede estar muerto. Es injusto, ¿qué les ha hecho él? —llora más fuerte.

—Calma —acaricio su espalda y dejo que se desahogue unos minutos más—. Sé que esto es duro, pero ahora más que nunca necesitamos tener los pies sobre la tierra —beso su cabeza—. ¿Jorge conocía este lugar? —se aparta lentamente de mí y con un pañuelo de papel que saca de su bolsillo limpia su nariz.

—Nunca le hablé de este pueblo. Sabía que era de Toledo, pero desconocía la localidad —dice entre sollozos—. Me siento culpable por lo que le ha ocurrido —pone las manos sobre su rostro y vuelve a llorar. No puedo evitar abrazarla de nuevo.

—Tranquila, cariño —llamarla de esa forma me hace sentir extraño,

pero es la palabra que mejor define lo que siento ahora mismo por ella.

Capítulo 49

Han pasado varios meses desde lo ocurrido. La investigación no avanza y comienzo a desesperarme. Vivo en una tensión constante y llevamos noches sin descansar debidamente por culpa de mis pesadillas. Todos los días despierto varias veces a Laura y al jodido gato con mis gritos. No he tenido más remedio que ceder y dejar que duerma con nosotros si quería volver a la cama con ella. Por cómo me sopla, estoy seguro de que a ninguno de los dos nos gusta la idea.

No me separo de Laura ni un solo instante y dice sentirse agobiada, pero no pienso arriesgarme. En cualquier momento podrían descubrir nuestro escondite y sorprendernos. No me gusta esta tranquilidad. Sé que algo tramán.

Cada vez que tenemos que viajar a Madrid para acudir a una de sus consultas médicas mi corazón se resiente. Trato de mantener la calma para que no lo note, pero estoy seguro de que a ella le pasa lo mismo. Lo único bueno es que se está recuperando rápidamente. Tendrá que seguir una terapia hormonal durante al menos cinco años y después, si todo va bien, quedará limpia de cáncer y podrá hacer una vida normal.

César está igual de inquieto que nosotros. La diferencia es que Natalia es ajena a todo, sigue prefiriendo mantenerla al margen para no preocuparla, no quiere que esto interfiera en su reciente maternidad. Prefiere que esté tranquila mientras cuida de sus pequeños.

Con la excusa de que ha sido padre, ha pedido una excedencia en el

trabajo. Hasta que no consigan dar con el paradero de Erika y el Carnicero no volverá al hospital. Teme que puedan seguirle y quiere estar cerca de ella en todo momento, al igual que yo de Laura. Hablamos todas las semanas. Sus miedos también se han acentuado en los últimos días, es como si pudiéramos intuir que algo malo va a pasar.

—Álex, ¿cuánto tardará el taxi? —pregunta Laura mientras prepara su bolso. Nos desplazamos así para no levantar sospechas. Nuestros coches se quedaron en Madrid y allí pasarán una buena temporada. Estoy seguro de que los tienen localizados.

—En menos de diez minutos estará aquí —hoy conoceremos a los pequeños. Natalia comienza a preguntarse por qué no hemos ido todavía y se nos están acabando las excusas.

—Necesito que paremos en alguna tienda. ¡No puedo ir con las manos vacías! —apenas hay establecimientos en el pueblo y solo salimos de casa lo justo para comprar lo necesario.

—De acuerdo —miro por la ventana y veo el taxi llegar. Salimos a la calle y nos ponemos en marcha.

A mitad de camino paramos en una pequeña *boutique* para bebés. Compra varios trajecitos que parecen de muñecos y unas minúsculas botitas que bien podrían pasar por llaveros. Me parece increíble que haya seres humanos tan pequeños. Retomamos la marcha y por fin llegamos a la nueva casa de César. Desde fuera se ve inmensa y tiene un amplio jardín. Pago al taxista y caminamos hasta la puerta principal. Empujo y está abierta.

—¿Puedes esperarme aquí? —pregunto extrañado. Sabiendo lo que tenemos encima, me parece muy raro que César haya dejado la puerta

abierta. Es tan escrupuloso con las medidas de seguridad como yo, y esto no es normal en él.

—¿Pasa algo? —pone la mano en su pecho. Me conoce demasiado bien como para saber cuándo algo no va bien.

—Es solo que... —un grito nos sobresalta.

—¡Natalia! —intenta entrar, pero consigo detenerla antes de que lo haga. Tapo su boca y saco rápidamente mi arma.

—No hagas ruido, ¿de acuerdo? —susurro muy cerca de ella. Asiente. Cuando estoy seguro de que no volverá a gritar, retiro mi mano—. Toma mi teléfono —me lo saco del bolsillo y se lo entrego—. Necesito que te alejes todo lo que puedas de aquí y llames a la comisaría. Tienes que contarles lo que está pasando y decirles que manden ayuda cuanto antes. Hay miedo en sus ojos. Unas voces llaman nuestra atención de nuevo—. ¡Corre!

—Álex... —lloriquea.

—¡Corre! —vuelvo a decir mirando fijamente a sus enormes ojos. Por alguna extraña razón, hoy me parecen mucho más hermosos y expresivos.

—Ten cuidado, por favor. Ten cuidado, Álex —sus manos tiemblan nerviosamente y comienza a correr. Mientras se aleja, un raro sentimiento de despedida se instala en mi pecho. «¿Qué coño me pasa?».

Vuelvo mi atención a la puerta y la termino de abrir lentamente. Camino despacio por el amplio pasillo y sigo el sonido de las voces. El llanto de uno de los bebés sale de otra habitación y mi vello se pone de punta. Trato de ignorarlo y sigo caminando. Necesito llegar hasta sus padres. Conociendo al Carnicero, estoy seguro de que su prioridad son

César y Natalia. Cruzo los dedos mentalmente para que sea como pienso. Cuando estoy llegando a lo que parece el salón, oigo pasos y pego mi cuerpo a la pared. Por suerte el lacayo del Carnicero gira hacia el otro lado y no me ve. Saco el aire de mi pecho con alivio y miro hacia el interior. Mis ojos se abren con sorpresa al descubrir lo que hay dentro. El Carnicero está sentado en una silla con sus brazos y una de sus piernas cruzadas, mirando hacia mis amigos, que están maniatados delante de él.

—¿No pensáis decirme dónde se esconde ese policía de mierda? —les pregunta. Natalia llora desconsoladamente y César tiene la cara totalmente desfigurada.

—¡Ya te he dicho que no lo sé! —grita mi amigo.

—Refrescadle de nuevo la memoria —dos hombres que no había visto antes salen de uno de los rincones del salón y comienzan a golpearle. Miro por todas partes tratando de buscar la manera de intervenir cuando vuelvo a oír los pasos. Rápidamente consigo meterme en el hueco de la escalera y no se da cuenta de mi presencia. Cuando está cerca de la habitación me lanzo sobre él y de un hábil movimiento y sin darle tiempo a nada, le rompo el cuello. Antes de que caiga al suelo lo sujeto para que no haga ruido y lo arrastro hasta donde me había escondido antes, para que, por el momento, nadie pueda verlo.

Uno de los tipos camina ahora hacia Natalia con algo en las manos. Vuelvo a colocarme en la misma posición para tener visibilidad. Son demasiados, pero necesito encontrar la forma de acabar con ellos.

—¡Dejadla en paz! —grita César mientras recibe patadas por todas partes.

—Vamos a ver si hablas ahora —levanta su mano y descubro que lo

que lleva en ella es una cuchilla—. Tienes treinta segundos para decirnos dónde está o verás cómo esta zorra se desangra —pone la afilada hoja en el cuello de Natalia y hace un poco de presión. Un par de gotas de sangre corren hasta su clavícula.

—¡NOOOO! —César prácticamente pierde la razón, consigue ponerse en pie y de un cabezazo tumba a uno de los lacayos. Es el momento.

Apunto con mi arma al otro, aprieto el gatillo y acierto de lleno. Cae fulminado al suelo. Los dos bebés lloran al mismo tiempo. El ruido les debe de haber asustado. Cuando me quiero dar cuenta, el Carnicero se ha puesto a cubierto, ha sacado una pistola y está disparándome. Una bala pasa muy cerca de mi cabeza. Me cubro tras la pared y mientras lo hago temo por la vida de mis amigos. Estoy seguro de que los usará para atraparme. Mis sospechas se confirman al oírle.

—¡Tira la pistola o les meto una bala entre ceja y ceja!

«Mierda, mierda y mierda». Golpeo mi frente con el puño. Echo un rápido vistazo a una de las ventanas que da a la calle y compruebo que no ha llegado la ayuda aún. Ya no hay tiempo, tengo que hacerlo. Cierro los ojos y tomo aire con la intención de entrar de frente y dejar que me dispare mientras yo le disparo a él, es la única salida que tienen mis amigos. O él o yo. Separo mi cuerpo de la pared y aprieto fuertemente la pistola para que no se me caiga con los impactos. Cuando doy el primer paso para entrar me fijo en el cuerpo que dejé bajo la escalera. Hay algo en su cintura.

—Diez, nueve... —comienza una cuenta atrás. Una idea loca viene a mi cabeza—. Ocho, siete... —voy hasta el cadáver, la tomo, compruebo que está cargada y la guardo en mi cinturón—. Siete, seis... —vuelvo a la pared—. Cinco, cuatro, tres... —veo cómo apunta a Natalia—. Dos...

—¡Aquí me tienes! —entro al salón con las manos en alto para que vea mi arma y lentamente me agacho para dejarla en el suelo.

—Buen chico, así me gusta, que seas obediente —sonríe mientras me encañona—. Despidete del mundo. Ha llegado tu hora.

—¡NOOOO! —grita Laura desde la puerta.

En ese momento, el Carnicero se gira para mirarla y aprovecho su despiste para sacar el arma de mi cinturón y disparar repetidas veces sobre su pecho. Puedo ver cómo cada una de las seis balas atraviesa su carne y la blanca camisa que lleva puesta se tiñe de rojo.

—¡MALDITA SEA! —grito cuando reacciono y me doy cuenta de lo expuesta que ha estado—. ¿POR QUÉ COJONES HAS ENTRADO ASÍ? ¡PODRÍAN HABERTE MATADO!

—¡SI NO ENTRO, AL QUE HUBIERAN MATADO ES A TI! —grita en respuesta y corre hasta su amiga para liberarla.

—Y yo seré quien os mate a todos —levanto la mirada y quien está ahora en la puerta es Erika. Tiene a uno de los bebés en brazos y está apuntándonos con un arma.

Capítulo 50

—¡Mi niña! ¡Mi niña no, por favor! —Natalia llora desesperada.

—Tira el arma, Álex, o me cargo a la mocosa esta.

—¡Suéltala, maldita zorra! —César vuelve a ponerse en pie con esfuerzo y camina hacia ella con las manos atadas a su espalda.

—¡QUIETO, CÉSAR! —grito, pero me ignora.

—¡Para o disparo! —Erika le apunta.

—¡CÉSAR! ¡NO! —es imposible, no tiene intención de parar. Camino rápidamente hacia él y le sujeto—. ¡Para, César! Tiene al bebé. Podría hacerle daño —me mira. Sus pupilas están completamente dilatadas y sus ojos rojos—. No hagas ninguna locura, amigo —le advierto entre dientes. Sé lo que César es capaz de hacer cuando se encuentra en ese estado aun estando maniatado, y temo que le cueste la vida—. Ve con Natalia, yo me encargo —susurro.

—¡Eh! ¡Habla en alto! —vocea Erika—. ¡Suelta el arma y poneos de rodillas los cuatro allí! —mueve la mano, encañonándonos, para indicarnos dónde quiere que nos arrodillemos. Con cuidado, dejo la pistola en el suelo—. Dale una patada para que llegue hasta mí —hago lo que me pide, pero le doy algo más fuerte y llega hasta el cuerpo del Carnicero.

—Ah... Mier...da... Grgg... —se queja—. Ayú...dame... —no puedo creer que ese hijo de puta todavía esté vivo.

—Vaya, eres duro de pelar, Carnicerito —dice Erika con mofa

dirigiéndose a él. No hay ni un solo gesto de preocupación en su cara —. ¿Te duele mucho? —ríe.

—Ayu...da... —varias gotas de sangre salen de su boca.

—¿Quieres que te ayude? —vuelve a reír mientras coloca la pistola en su frente—. Te voy a quitar todos los dolores de una vez —los ojos del Carnicero se agrandan mientras ella le lanza un beso—. Hasta siempre, gilipollas —dispara sin miramientos, sobresaltándonos a todos. El bebé comienza a llorar histérico y temo por sus oídos. Su sentido de la audición es más sensible a los ruidos que el de una persona adulta y puede haberle dañado los tímpanos.

—¡Dame a mi hija!, por favor... —Natalia está muy alterada—. Dámela. Hazme lo que quieras a mí, pero no le hagas daño a mi niña —suplica ahogada por el llanto—. Por favor, Erika... Por favor.

La barbilla de César comienza a temblar. Está haciendo un esfuerzo sobrehumano por contenerse. El bebé cada vez llora más fuerte y estoy seguro de que de un momento a otro no podré sujetar a mi amigo.

—¡Se acabó! —Laura se pone en pie y rápidamente Erika vuelve el arma hacia ella—. No te tengo miedo, izorra estúpida! ¡Deja a ese bebé! —un brillo cruza la mirada de Erika y puedo leer en su rostro lo que va a hacer.

—¡NO! ¡LAURA! —en décimas de segundo me levanto y corro hacia ella. Justo cuando aprieta el gatillo la cubro con mi cuerpo y los dos caemos al suelo. Nos miramos en silencio. Necesito saber que está bien. Hay preocupación en sus ojos y siento que debo salvarla como sea. Tengo que hacer algo. No puedo permitir que le pase nada. La quiero demasiado. Trato de ponerme en pie mientras ahogo un gemido de dolor. Me incorporo con esfuerzo y puedo notar cómo la

caliente sangre sale de mi cuerpo y empapa mis ropas. Me ha alcanzado en el costado.

—¡Álex, estás herido! —grita Laura—. ¡ÁLEX! —la miro de nuevo con todo el amor del mundo y comienza a llorar—. Álex... —no tengo más remedio que hacerlo. Debo salvarles la vida. Soy su única oportunidad.

—Encárgate del bebé —digo en bajo a Laura, y les echo un último vistazo a los tres a modo de despedida.

—¡No! ¡Detente! —ahora es César el que habla. Al momento todos comienzan a gritar mi nombre mientras me dirijo a Erika.

—¡Para! ¡No te acerques! —me apunta. Contraigo mis músculos sabiendo lo que pasará, y antes de diga nada más dispara sobre mí de nuevo. Esta vez la bala entra en mi estómago. El dolor es tan fuerte que creo desmayarme. Oigo gritos y a alguien correr en mi dirección. Sé que son ellos. Necesito que Erika siga centrándose en mí.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —digo con asco, y me mira con rabia—. Ahora entiendo por qué César te cambió por ella. Solo sabes abrirte de piernas y la silicona te tiene obstruido el cerebro —luchó por mantenerme consciente y sigo caminando. Tengo que conseguirlo. Ya casi estoy.

—¡Muérete de una puta vez! —vuelve a apretar el gatillo y una ardiente bola de metal atraviesa mi pecho. Todo comienza a volverse negro. Sacudo la cabeza tratando de visualizar algo, y en un último y desesperado movimiento consigo arrebatarse el arma al tiempo que giro el cañón y le disparo entre las costillas sin herir al bebé. Se queda inmóvil, mirándome sorprendida, y comienza a tambalearse.

—Lau...ra... —caigo de rodillas sin fuerza delante de ella. El aire se niega a entrar en mis pulmones—. El be...bé, quí...tate el be...bé —

pongo las manos en el suelo y veo los pies de César y Natalia llegar hacia mí—. Quitad...le... al be...bé —antes de que mis ojos se cierren, puedo ver cómo Laura le arrebató a la pequeña segundos antes de que Erika se desvanezca.

—¡LAURA! ¡LAURA! ¡RÁPIDO! ¡SUÉLTAME! —grita César—. ¡SUELTA MIS MANOS! —pierdo la visión. Parpadeo, pero no sirve de nada. Todo está negro. Unas manos me colocan en el suelo, desgarran mi camiseta y presionan mi cuerpo—. ¡VAMOS, AMIGO! ¡VAMOSSS! —sé que César está sobre mí, pero ya no le veo—. ¡NO ME DEJES, AMIGO! —su voz cada vez se aleja más—. ¡ÁLEX!

—¡Álex, no me dejes sola! ¡Álex, por favor! Por favor, cariño. Por favor. ¡Te amo!

—¿Lo entiendes ahora, Alejandro? —me pregunta una extraña voz. Solo Gema me llamaba así cuando quería mi atención—. Lo único que deseas es que Laura sea feliz por encima de todo, ¿verdad? —antes de poder responder, siento cómo la vida se me escapa de las manos y mi cuerpo se eleva.

Capítulo 51

Laura

—¡NO PUEDES DEJARME! —le grito desesperada. Necesito que me escuche con la única esperanza de que se aferre a la vida.

—Vamos... ¡VAMOSSS! —César presiona su cuerpo tratando de parar las hemorragias—. ¡NO DEJES DE RESPIRAR!

—Dios mío... ¿Qué he hecho? ¿¡PERO QUÉ HE HECHO!? —la culpabilidad me mata. Mi impulso le está costando la vida y me siento morir por ello.

—¡Sálvale, César! ¡Por Dios, que no muera! —Natalia también está muy afectada.

Necesito tocarlo. Necesito que sepa que estoy con él y que no lo dejaré solo. Rápidamente suelto las manos de Natalia para que se haga cargo de la pequeña. La besa y la mece para calmarla mientras sale en busca del otro. Me arrodillo al lado de Álex.

—Te necesito. Quédate conmigo. Perdóname —digo cerca de su oído mientras le acaricio la mano para que note mi tacto. Miro su cuerpo y comienzo a llorar angustiada al ver sus heridas. Tiene tantas y hay tanta sangre en el suelo que empiezo a creer que no lo superará.

Varios policías entran en ese momento empuñando sus armas.

—Dios Santo. ¡Han herido a Álex! —grita uno de ellos. Saca un teléfono y hace algunas llamadas. Los demás agentes certifican las muertes del Carnicero y sus secuaces mientras César sigue tratando

desesperadamente de mantenerle con vida.

—Estoy aquí —cada vez está más pálido—. Por favor. No podré seguir sin ti. Eres mi vida —las lágrimas no me dejan ver.

—¡NO! No... ¡NO! ¡ÁLEX, NOOO! —César comienza a maniobrar sobre su pecho—. ¡RESPIRA, JODERRR! —mi pulso se desboca—. ¡LE ESTOY PERDIENDO!

—César. ¡Tienes que salvarlo! —apenas puedo hablar. Estoy siendo testigo de lo evidente y siento un gran dolor. Mi corazón podría pararse en cualquier momento.

—¿¡DÓNDE COJONES ESTÁ LA AYUDA!?! —grita.

—¡Está en camino! —dice el agente que llamó antes—. No tardarán. Hay un centro médico aquí al lado y cuentan con ambulancias.

—Acaban de llegar —oigo decir a otro de los policías mientras mira por la ventana. Segundos después entra alguien con un gran maletín y se arrodilla al lado de César.

—Tiene que salir de aquí mientras le atienden —un enfermero tira de mi brazo para que me levante. Otro está impidiendo el paso a Natalia.

—No, no, no. Déjame quedarme con él.

—No puedo, señorita —tira de nuevo y me obliga a ponerme en pie. Consigue apartarme de Álex, aunque me resisto—. Es posible que tengan que hacerle cosas que no esté preparada para ver, y no queremos tener que atender a nadie más —mira hacia Natalia—. Sería de gran ayuda si le echara una mano a esa chica para intentar calmar a sus bebés.

—Camino como un zombi hasta la puerta mientras oigo cómo los médicos hablan detrás de mí.

—Laura —Natalia llora de nuevo cuando me acerco hasta ella y me derrumbo.

• • •

No sé muy bien cómo hemos llegado hasta el hospital, pero aquí estoy de nuevo, desesperada y esperando noticias meses después de haber temido por la vida de mi amiga. Todo me recuerda a aquellos días. La misma sala, la misma angustia, la espera, el temor... Todo lo que está ocurriendo me resulta tan irreal. La mala suerte se ha ensañado con nosotros y debe de estar disfrutando con ello. Es como si estuviera viendo una película desde una butaca. No puedo creer que esto esté pasando otra vez. La única esperanza es que Álex ha entrado con un hilo de vida.

Hace solo unas horas íbamos felices a conocer a los hijos de nuestros amigos y ahora estoy aquí. Temiendo por él, por la única persona que ha sabido ganarse mi corazón. Llevo horas esperando a que alguien salga a darme noticias. Hasta ahora solo sé que César ha entrado al quirófano con él.

Natalia, los bebés y uno de los agentes amigo de Álex están en la sala conmigo. Sonia y Miguel Ángel vienen de camino.

—¡Laura! —el comisario acaba de entrar y viene hacia mí—. ¿Cómo está, sabes algo? —hay sufrimiento en su rostro.

—Solo sabemos que le están interviniendo y todavía no ha salido nadie a hablar con nosotros.

—No debí... —pone las manos en su cabeza y camina por la sala—. No debí encargarle esta misión —justo cuando voy a decirle que ha sido todo culpa mía entra la hermana de Álex con Miguel Ángel.

—¿Dónde está? —llora y camina hasta nosotros—. ¡Dime que está

bien! —grita, nerviosa.

—Ojalá pudiera decirte eso —lloro con ella y nos abrazamos—. Está muy mal, Sonia. Llevan horas en quirófano con él. Todo ha sido por mi culpa. Ha querido salvarme —siento cómo mi pecho se desgarrar y varias lágrimas se acumulan en mi garganta—. Yo debería ser quien estuviera en esa camilla —si esto es lo que sintió Álex cuando murió Gema, le compadezco. Es sin duda la peor experiencia de mi vida.

Un par de minutos después tratamos de calmarnos y nos sentamos mientras seguimos esperando.

—No tengo más remedio que volver a la casa —dice Natalia. Lleva rato tratando de calmar a los niños, pero tienen hambre y están mojados—. No tardaré en volver. Con las prisas dejé todas sus cosas allí y a estas horas las tiendas están cerradas.

—¿Podrás entrar? —pregunto, extrañada—. Después de lo ocurrido seguro que tienen algún tipo de cordón policial y han precintado las puertas.

—Le pediré permiso al agente. Los niños necesitan ropas limpias, biberones y un cambio urgente. No creo que se niegue —al parecer no tiene suficiente leche para amamantar a los dos.

—De acuerdo. Si sabemos algo antes de que vuelvas, te llamo —hace el intento de llevarse a los niños y Miguel Ángel la detiene.

—Déjalos aquí. Entre todos nos haremos cargo. Están demasiado alterados como para que te los lleves y tardarás menos sin ellos —lo mira, extrañada—. Tranquila, me paso los días cuidando de mi sobrina, sé cómo se hace.

—Gracias —se acerca a él y deja un beso en su mejilla—. No tardo nada, Lau —deja otro en la mía y se marcha a hablar con el agente. Veo

cómo este asiente y un minuto después mi amiga sale por la puerta.

Mientras seguimos esperando, Miguel Ángel consigue calmar a los bebés y todos se lo agradecemos. Mis nervios están al límite y su llanto empeora mi estado.

Me recuesto en la silla y apoyo la cabeza en la pared. Todo mi cuerpo duele por la tensión. Cierro los ojos buscando relajarme cuando un nombre resuena en mi cabeza.

—¡ERIKA! —grito y me pongo en pie rápidamente. Todos me miran—. ¡NADIE CERTIFICÓ SU MUERTE! —acabo de recordar que no estaba allí cuando llegaron los agentes. Debí de escapar aprovechando la confusión mientras atendíamos a Álex.

Capítulo 52

—¿Cómo? —pregunta el comisario, confuso.

—¡ELLA FUE QUIEN DISPARÓ A ÁLEX! —con la preocupación por su estado de salud nadie ha preguntado qué es lo que ocurrió. Todos han dado por hecho que los responsables han sido el Carnicero y sus hombres.

—¿Estás diciendo que Erika estaba allí? —el agente se pone en pie y viene hacia nosotros, alarmado.

—¡SÍ JODER! —pongo las manos sobre mi pecho—. ¡Y Natalia va para allá! —el comisario mira al agente con un gesto poco amigable.

—Señor, no teníamos conocimiento de esto —se disculpa—. Debió de escapar antes de que llegáramos. Nuestros hombres han limpiado y revisado la casa y allí no había nadie más.

—¡Vamos! —grita el comisario, y los tres corremos en la misma dirección. Protestan por mi presencia, pero finalmente consigo subirme al coche con ellos. No pienso dejarla sola. Mientras el agente conduce, el comisario hace un llamamiento por la emisora y activa a varias patrullas. Intento ponerme en contacto con Natalia, pero mi desesperación aumenta cuando no contesta a ninguna de mis llamadas.

—¡Corre! —grito. Por el tiempo que ha pasado, ya debería haber llegado—. Corre, por Dios. Algo está pasando —mi garganta se cierra por los nervios.

Los minutos se me hacen eternos. No dejo de intentar contactar con mi amiga, pero para mi desgracia, no lo consigo. Cuando estamos a punto de llegar, vemos varios coches de policía aparcados en la puerta. Antes de que el agente pare por completo, me bajo del vehículo y corro hasta la casa.

—¡No puede entrar, señorita! —alguien me retiene.

—¡Suéltame! ¿Dónde está mi amiga? —me muevo violentamente, intentando escapar.

—Aquí no hay nadie —responde. Justo en ese momento llega el comisario—. Comisario, hemos revisado de nuevo la casa y está despejada. Asiente poco conforme y mira hacia el jardín.

—¿Y Natalia? —pregunto. Mi corazón bombea con fuerza—. ¿Dónde está Natalia?

—No hay nadie. Cálmese —vuelve a hablarme el agente—. Quizás todavía no ha llegado.

—¡No es cierto! —mi piel se eriza—. ¡Ella debería estar aquí! —algo me dice que Natalia está cerca, puedo sentirla.

—Lo único que podemos hacer nosotros ahora es esperar.

—¿¡Qué!?! —no puedo creer lo que oigo.

—La ley es así, lo siento. Deben pasar al menos veinticuatro horas sin noticias para dar por desaparecida a una persona y comenzar su búsqueda.

—¿Estás loco? —levanto las manos, impotente—. ¡Para entonces podrían haberla matado!

—También puede haberse marchado por iniciativa propia —se encoje de hombros—. Es una persona libre y puede hacer con su vida lo que

quiera.

—¿En serio eres policía? —lo empujo para intentar entrar en la casa de nuevo.

—Cálmese o tendré que arrestarla.

—¿Que me calme? ¿Ganaste tu título de policía en una tómbola? —tuerce mi brazo para esposarme.

—¡Déjala! —dice el comisario, y rápidamente me suelta. Todas las emisoras comienzan a sonar a la vez.

—¡Están atracando un banco en el centro! —grita alguien y todos se marchan, dejándonos solos. El agente que nos trajo también se va con ellos.

—Espera aquí, Laura. Voy a echar un último vistazo —dice el comisario—. Nosotros esperaremos un rato más por si viene tu amiga. Es posible que se haya entretenido por el camino. Sigue intentando contactarla —él tampoco está tranquilo. Mientras entra en la casa, yo hago lo que me ha pedido.

Tras varias llamadas, Natalia sigue sin dar señales. Me siento partida en dos. Por un lado, está Álex debatiéndose entre la vida y la muerte en el hospital, y por el otro mi amiga podría estar en grave peligro. Me gustaría ser dos personas en este momento para estar en los dos lados a la vez, pero me temo que eso no podrá ser. Camino nerviosa por la acera esperando a que salga. Tarda demasiado. Tras más de quince minutos esperando, siento algo frío posarse en mi cabeza. Me giro lentamente buscando la causa y me encuentro de frente con Erika.

—Muévete o haz un solo ruido y aprieto el gatillo —respira con dificultad. Me fijo mejor y descubro que está completamente pálida, sudorosa y tiene unas ojeras enormes. Con la otra mano aprieta una

ensangrentada herida que tiene en su costado. Debe de ser la que le hizo Álex cuando le arrebató la pistola—. Camina —no me muevo. Estoy decidida a plantarle cara—. Camina o después de ti me cargo a tu amiga —mis ojos se abren. Tiene a Natalia.

Llegamos hasta uno de los coches de César. Está aparcado una calle más abajo. Miro con atención, pero no veo nada, está demasiado oscuro.

—¿Dónde está Natalia? —pregunto, nerviosa. Temo que me diga algo que no quiero oír. Está completamente loca y es capaz de cualquier cosa.

—¡Sube al coche! —abro la puerta y la veo. Está atada y amordazada dentro del vehículo.

—¡Natalia! —grito y comienza a moverse cuando me ve. No puede hablar, pero sus ojos están llenos de lágrimas.

—¡Cállate y sube al volante! —Erika clava su arma en mi espalda para que recuerde que está apuntándome. Se sienta junto a Natalia y espera. Abro torpemente la puerta del piloto y me siento. Mis manos tiemblan y estoy demasiado nerviosa—. Ahora harás lo que te diga o no dudaré en meterle una bala entre los ojos a esta puta roba-novios —sé que dice la verdad, y prefiero obedecer. No quiero poner en peligro a mi amiga—. Ahora lanza el teléfono por la ventanilla —saco el móvil y lo lanzo.

Durante más de media hora sigo sus indicaciones. Llegamos a las afueras de la ciudad y me indica que tome un viejo camino lleno de baches. Seguro que nos lleva a su escondite. Con cada uno de los botes se queja. Por el retrovisor puedo ver su cara de dolor y con más intención voy pasando por ellos.

—¡Más despacio! —grita.

—Si voy más despacio se cala —respondo.

—¡No soy idiota! —vuelve a gritar y pone la punta de su pistola en la cabeza de Natalia—. ¿Acaso crees que no sé lo que pretendes? —trago saliva y me muerdo la lengua para no responder. Tengo que aprender a ser menos impulsiva. Mi mente vuelve a Álex y siento unas increíbles ganas de llorar. La impotencia de no saber nada de él me mata. Tengo que hacer algo para que salgamos con vida de esto y volver a su lado.

Miro por el retrovisor buscando si Natalia se encuentra bien y me hace un gesto con sus ojos. Miro hacia donde me indica y compruebo que ha conseguido soltar sus manos, aunque sigue manteniéndolas detrás de su cuerpo para que la plástica no lo descubra.

—Erika —llamo su atención—. Se te está saliendo la silicona por el agujero de la bala.

—¿Estás jugando conmigo? —se coloca entre los dos sillones delanteros y me apunta.

—¡FRENA! —grita Natalia en ese momento, y sin pensarlo dos veces piso el pedal hasta el fondo, frenando bruscamente. El cuerpo de Erika cae hacia adelante, golpeándose contra la palanca de cambios. Su brazo queda en alto y mientras Natalia se lanza sobre su espalda para que no pueda levantarse de nuevo, yo consigo quitarle el arma. Comienzo a temblar y como puedo la giro hacia ella.

—¡BAJA DEL COCHE! —sus ojos se abren como platos y apenas se puede mover. Su herida sangra más. El golpe con la palanca ha hecho que empeore.

—No podéis hacerme esto —habla con dificultad—. No podéis abandonarme aquí. ¡Moriré! ¡Seréis las responsables de lo que me

ocurra! —lloriquea. Miro a nuestro alrededor y no hay luces de ningún tipo. Estamos en medio de la nada.

—Qué casualidad... —respondo con sarcasmo—. ¿No era eso lo que estabas a punto de hacer con nosotras? —traga saliva y baja su mirada. Abro la puerta del coche y camino hasta la suya. La abro y mientras Natalia desata sus pies, agarro del pelo a Erika y tiro de ella hasta que la saco del vehículo. Cuando se pone en pie, cierro mi mano en un puño y golpeo su cara—. ¡Esta por Álex! —cierro la otra y hago lo mismo—. ¡Esta por mí! —cae de espaldas al suelo y comienzo a pegarle patadas. Soy incapaz de parar—. ¡Esto por todo el daño que nos estás haciendo! —la odio con todas mis fuerzas.

—¡Laura! —Natalia me sujeta por detrás—. Déjala, bastante tiene ya. No llegará a ningún sitio —tira de mí y me separa de ella.

—¡No me dejéis aquí! —vuelve a lloriquear y por un segundo siento pena. Toda la pena se esfuma en cuanto pienso en lo que le ha hecho a Álex.

—Púdrete —escupo sobre ella.

—Vamos, déjala. Ni los buitres querrán acercársele —mi amiga tira de mi brazo hasta que subo al coche. Nos abrazamos fuertemente y tras unos segundos arranca y nos marchamos. Doy gracias de que sea ella quien tome el control esta vez. Me siento incapaz de conducir de nuevo.

Mientras volvemos, me agradece el haber ido a buscarla. Sabe que, si no llega a ser por eso, Erika habría acabado con su vida y nadie se hubiera enterado hasta posiblemente días después. Al parecer se escondió en uno de los canapés de las camas mientras los agentes estaban allí y cuando Natalia regresó a por las ropitas de los bebés se

la encontró en el baño limpiando su herida y se hizo con ella a punta de pistola. Estaban esperando dentro del coche a que se fueran los agentes para marcharse, cuando Erika me vio y pensó que la suerte estaba de su parte. *Dos por el precio de una*, le dijo a mi amiga. Y cuando el comisario se alejó, vino a buscarme.

Aparcamos cerca de la entrada y casi corremos hasta el hospital. Necesito saber de Álex con urgencia. Llevo el corazón en la boca. Antes de llegar oímos voces y vemos a varios policías en la puerta. Están tratando de sujetar a alguien. A medida que nos acercamos, vemos que es a César. Está totalmente histérico y todo mi cuerpo se tensa.

—¡CÉSAR! —gritamos al verle y levanta su mirada en nuestra dirección. De un empujón consigue quitarse a dos agentes de encima y corre como un loco hasta nosotras.

—¡NATALIA! —sus ojos se ven como perdidos y tiene todas sus venas marcadas—. ¡DIOS MÍO, CREÍ QUE TE HABÍA PERDIDO! —la abraza tan fuerte que creo oír como crujen sus huesos.

—Tranquilo, cariño —frota su espalda—. Tranquilo, ya pasó —le besa mientras llora en su hombro como si fuera un niño pequeño—. Ya está, César. Ya está. Estoy bien y estoy aquí.

—¿Cómo está Álex? —pregunto, pero está tan turbado que no contesta. Camino hacia la puerta con la intención de preguntar en el interior cuando el comisario llega hasta mí.

—¡Dios santo! —dice nervioso—. ¡Estáis bien! —pone las manos en su cabeza—. ¡Cuando salí de la casa y vi tu teléfono destrozado en el suelo pensé en lo peor!

—Y de lo peor fue... —digo casi llorando—. ¿Cómo está Álex? —es lo único que me importa en ese momento. Temo que puedan darme una

mala noticia, pero aun así necesito respuestas.

—Estamos esperando —responde—. Es lo único que podemos hacer por el momento.

—¿Entonces sigue con vida? —mis ojos se humedecen y mi corazón se acelera.

—De momento sí —baja su mirada y no me gusta ese gesto—. Una de las balas pasó muy cerca de su corazón. Todavía está sedado. Si supera estas primeras horas, tendrá más posibilidades de salir adelante.

—Quiero verle. Necesito verle, por favor —suplico.

—Yo no soy nadie aquí, Laura, tendrás que preguntarle al personal sanitario —César entra en ese momento más calmado y agarrado a mi amiga. Seca sus lágrimas y me mira.

—Gracias —gesticula en mi dirección. Deja a Natalia explicando al comisario lo ocurrido y dónde hemos abandonado a Erika, y se acerca a mí.

—César —sollozo—. Quiero verle... Por favor —mi barbilla comienza a temblar y no puedo seguir hablando.

—Ven conmigo —pasa su brazo por encima de mis hombros para calmarme y nos adentramos en el enorme pasillo. Un par de minutos después llegamos a una habitación cerrada y antes de abrir la puerta sujeta mi cara con sus manos para que le preste atención—. Tienes que ser tan fuerte como lo eres siempre. ¿De acuerdo? —asiento—. No puedo darte ninguna esperanza todavía —mi pecho duele con sus palabras—. Todo depende de cómo evolucione en las próximas horas y de su fortaleza —hace una pausa mirando al vacío—. Confío en que pueda sentir tu presencia y con ella sus ganas de vivir aumenten. Todos necesitamos que gane esta batalla como sea —abre la puerta y le

veo.

Capítulo 53

Al igual que me ocurrió con Natalia, la primera impresión al verle me impacta. Aunque está arropado, veo cómo salen de su cuerpo varios tubos y cables. Puedo oír el pitido de lo que parece su corazón a través de una máquina y siento que me vengo abajo.

—Álex... —pongo las manos sobre mi boca y comienzo a llorar. Una punzada de culpabilidad se asienta en mi estómago y apenas me deja respirar. Por mi culpa está así.

—No te asustes demasiado cuando le toques. Estará muy frío. Es porque acaba de salir del quirófano y por la sedación.

—¿Está en coma? —pregunto asustada. No quiero pasar por lo mismo.

—No lo sabemos todavía, Laura.

—¿Cuánto tiempo lo tendréis así? ¿Cuándo podremos saber si está...?
—las lágrimas vuelven a mis ojos.

—Hasta mañana no le retiraremos la sedación. Será entonces cuando sepamos realmente cómo funciona su cerebro —asiento—. Te dejo a solas con él. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, ya he hablado con las enfermeras y no habrá problema.

—Gracias, César —me quedo mirando fijamente a la puerta cuando se marcha. No sé cómo afrontar esto. Debería ser yo y no Álex quien estuviera ahí. Me salvó la vida y ahora es la suya la que está prendida de un hilo—. «¿Por qué tuve que ser tan impulsiva?». Ahora es cuando

entiendo su tormento y el por qué no quería estar con otra mujer. Estoy pasando casi por lo mismo en este momento. Si algo llegara a pasarle, me sentiría tan en deuda con él que sería incapaz de rehacer mi vida o mirar a otra persona. Solo estaría él y su recuerdo.

Acaricio su cara y, como me advirtió César, está tan frío que parece sin vida. Beso su frente y no me gusta la sensación que siento en mis labios. Me recuerda demasiado a la que tuve cuando besé a mi madre por última vez antes de que cerraran su ataúd. Mi corazón se encoje con la idea de que podría perderle en cualquier momento, y lo único que quiero es estar a su lado. Acercó una pequeña banqueta que hay en una de las esquinas y me siento muy cerca de él. Tomo su mano y trato de hacerla entrar en calor. Parece que hubiera estado sujetando una bolsa de hielos con ella.

Las siguientes horas las paso mirando al monitor que tiene conectado a su pecho. He contado más de diez mil latidos varias veces y me siento agotada. Apoyo la cabeza en la cama y cierro los ojos, intentando dormir un poco.

De pronto, el cuerpo de Álex se mueve extrañamente. Me incorporo y compruebo horrorizada lo que está ocurriendo. Está convulsionando.

—¡ÁLEX! —grito y me pongo de pie. Trato de sujetarle para que no se dañe, pero es imposible. Su boca sangra y el monitor comienza a pitar mucho más rápido. Sin pensarlo salgo del cuarto y corro a pedir ayuda —. ¡ENFERMERA! ¡ENFERMERA! —la chica de recepción de la planta está al teléfono y cuando me ve cuelga y entra a una pequeña sala donde pone *Enfermería*. Tres chicas uniformadas salen a atenderme.

—¿Qué ocurre? —preguntan.

—¡Es Álex! ¡Algo está pasándole! —corro de nuevo a la habitación y

me siguen sin preguntar más. Por mi expresión saben que no miento. Cuando abro la puerta sigue igual que le dejé. Dos de ellas se echan sobre su cuerpo y meten algo en su boca.

—¡Pásame una cánula! —vocea una de ellas—. Sus dientes están cortando la lengua —hay sangre por toda la almohada.

—¡Mierda! —dice la más bajita—. ¡Llamad al médico! ¡Debe de ser un coágulo! —la tercera sale rápidamente de la habitación para buscarle.

De pronto el monitor comienza a hacer cosas raras. Los latidos de Álex ya no son regulares. Destapan su cuerpo y puedo ver que está envuelto en vendas.

—¡Sálgase! —me dice una de ellas—. ¡Salga de la habitación!

—¡NO! —grito, desesperada. Sé que algo está pasando y no quiero apartarme de su lado. La más alta comienza a presionar su pecho mientras pide a la otra que prepare el desfibrilador—. ¡ÁLEX! —le llamo. Necesito que me oiga.

La puerta se abre y golpea fuertemente la pared. Un señor de unos cincuenta años entra a toda prisa y su bata parece que vuela mientras corre hacia la cama. Un largo pitido eriza mi piel. El monitor tiene en la pantalla una línea roja y recta. No hay movimiento y todos los números marcan cero.

—¡NOOOO! —sé lo que eso quiere decir—. ¡NOOOO! —lloro.

—¡Que alguien saque a esta chica de aquí! —grita el médico mientras prepara todo lo que necesita. Una de las enfermeras tira de mi brazo, pero me niego. No pienso moverme de donde estoy.

—¡Laura! —la voz de César suena a mi espalda.

—¡César! ¡César! —mira a su amigo preocupado y después a mí—.

¡Haz algo! —pongo las manos sobre mi pecho—. ¡HAZ ALGO! —mi corazón va tan rápido que siento que podría desmayarme en cualquier momento. Se acerca hasta mí y me abraza.

—Salgamos de aquí —me dice y siento rabia.

—¡NO! ¡Quiero estar con él! —no me escucha y me saca a la fuerza.

—¡Tienes que quedarte aquí, Laura! —dice, malhumorado—. No entres hasta que te avise. Es por tu bien, créeme —me deja sola en el pasillo y cierra la puerta.

Apoyo la espalda en la pared y me dejo caer al suelo. Les oigo hablar agitadamente dentro de la habitación, pero no entiendo lo que dicen. A medida que pasan los minutos creo morir de angustia. Incluso rezo pidiendo a Dios que no se lo lleve.

La puerta se abre, sobresaltándome, y me incorporo rápidamente para ir hasta ellos. Las primeras en salir son las enfermeras. Sus caras largas me asustan enormemente. Las sigue el médico y camino hacia él.

—¿Cómo está, doctor? Dígame por favor cómo está Álex —me ignora y camina por el pasillo—. ¡César! —le llamo para que me dé respuestas. Cuando estoy a punto de entrar, sale él y choco contra su cuerpo. Levanto la mirada y hay lágrimas en sus ojos—. No... —es lo único que sale de mi boca—. No, no, no, no —me abraza.

—Laura, lo siento —sorbe por su nariz—. No hay nada que hacer. Álex ha muerto.

—¡NOOOO! —un grito desgarrador sale de mi garganta—. ¡NOOOO! —mi corazón se parte en dos y quiero irme con él—. ¡NOOOO! —una cálida mano se posa en mi hombro, haciéndome sentir extraña, y todo se siente oscuro.

• • •

—Lau...ra... —una débil voz me llama. Abro los ojos y levanto despacio la cabeza. Todo mi cuerpo pesa. *¿Por qué estoy apoyada en la cama? ¿Cómo he llegado aquí de nuevo?*—. Lau... ra —alguien repite mi nombre y busco la razón. Parpadeo varias veces, intentando enfocar, y mi pecho se hincha de aire cuando le veo.

—¡DIOS MÍO! ¡DIOS MÍO! —por un segundo creo que yo también he fallecido y estoy en el cielo con él—. ¡ÁLEX! —siento confusión y no entiendo nada. César acaba de decirme que ha muerto. Miro por todas partes extrañada, buscándole para que me dé una explicación, pero no está. Ni tampoco ningún aparato de los que había hace un momento. Tras unos segundos de impresión, consigo entender lo que ha pasado. Todo ha sido parte una maldita pesadilla. Me lanzo sobre él y le abrazo con cuidado—. ¡Estás vivo! —oigo un pequeño quejido. Le he hecho daño. Estoy tan emocionada que no he tenido suficiente cuidado. Seco mi cara. Incluso mi pelo está mojado por haber llorado en sueños. Jamás en mi vida me he sentido tan feliz tras despertar—. Álex, cariño —me mira y cierra sus ojos—. Álex, mírame —necesito saber que sigue conmigo. Arruga sus cejas y estoy segura de que es por dolor—. ¿Cómo estás? —no habla. Ha vuelto a quedarse dormido. Salgo de la habitación con la intención de llamar a César desde recepción. Cuando abro la puerta veo que alguien se acerca.

—¿Ha despertado? —la miro confusa.

—¿Cómo lo sabe? —pregunto.

—Soy su doctora. Entré hace unas horas para retirarle la sedación, pero estaba usted dormida y no quise molestarla —intento hablar, pero no sale nada de la boca—. Necesito valorarle —prosigue—. Espere

aquí y ahora le cuento —me quedo donde me dice y mientras espero llamo a César, como era mi intención.

—¿Todo bien, Laura? —hay preocupación en su tono.

—¡Es Álex! ¡Acaba de despertar!

—¿En serio?

—¡Abrió sus ojos!

—¿Los abrió? ¡DIOSSS! ¡Eso es una gran noticia! —se emociona—. Voy para allá ahora mismo. Estoy en la planta de arriba terminando con un paciente —nos despedimos y cuelgo.

Diez minutos más tarde la doctora sale.

—Dígame cómo está —estoy muy nerviosa.

—Aún sigue adormilado —apunta algo en una libreta—. Es posible que se sienta confuso cuando despierte del todo y no sepa qué ha pasado ni cómo ha llegado hasta aquí. Es algo normal en estos casos.

—¿Se repondrá? —es lo que quiero saber.

—No puedo responder a eso —me mira—. Lo único que le puedo decir por el momento es que reacciona a todos los estímulos y su cerebro funciona. Pero su estado es demasiado grave y solo queda esperar. Es posible que tengamos incluso que dormirle de nuevo. Todo depende de su dolor y lo incómodo que se sienta —no respondo y me quedo pensativa—. Es todo por el momento. Que tenga un buen día —se marcha sin darme tiempo a despedirme.

Entro de nuevo y sigue dormido, pero su piel tiene otro color. Pongo mi mano en su frente y parece que su calor corporal está aumentando.

—Eh, musculitos... —susurro cerca de su oído y mueve sus párpados. Varias lágrimas salen de mis ojos. Me duele demasiado verle de esa

manera—. Sé que ya puedes oírme —rozo sus labios con los míos y dejo pequeños besos en la comisura de su boca—. Te necesito en mi vida, cariño —trago saliva. Todavía me cuesta expresarme. Estos sentimientos tan fuertes son nuevos para mí—. No puedes crearme esta dependencia y después dejarme sola —levanta una de sus manos buscando la mía y cuando la encuentra enlaza suavemente sus dedos sobre los míos. Ese gesto me hace sentir tanto amor hacia él que todo me da vueltas—. Te quiero, Álex. Te amo tanto que, si algo te pasara, la tristeza conseguiría que me fuera contigo —su pulgar roza el dorso de mi mano a modo de caricia—. Aunque, pensándolo bien —sonrío, necesito hacer una broma o la pena podrá conmigo—, hay un médico por ahí tan buenorrro como César y está tirándome la caña.

—Le... mata... ré —río al oír sus palabras. Necesitaba que dijera algo así.

—Ese es mi Álex —me inclino despacio y nuevamente vuelvo a besar sus labios.

—¿Interrumpo? —César está en la puerta.

—Sí... —contesta Álex con un hilo de voz, y reímos.

—¿Tienes dolor, amigo? —pregunta César.

—Mu...cho —aprieta sus ojos.

—Me temo entonces que tendremos que volver a sedarte —asiente y mi estómago se hace un nudo. Debe de ser mucho lo que está sufriendo para ceder.

—Iré a buscar a la doctora —sale de la habitación.

—Álex, prométeme que despertarás de nuevo —siento miedo.

—Espé... rame por a...quí —hace un pausa para reponerse—. Quie...ro

decir...te al...go cuando vuel...va.

—No pienso moverme de la habitación. Te esperaré toda la vida si hace falta —entra César con la doctora y se acerca a él.

—Amigo, antes de desearte buenas noches quiero que sepas que nuestros caminos han quedado limpios —la doctora y él comienzan a abrir bolsas de suero—. Ayer encontraron a Erika y ha fallecido esta mañana por una infección. No me alegro por ello, pero siento que ya no hay nada que temer —yo tampoco me alegro, pero saber que todo ha terminado me alivia.

—Te esperaré, mi vida —le digo mientras el goteo entra en sus venas—. El tiempo que haga falta, solo tienes que luchar por volver a mi lado —los ojos de Álex y su respiración se relajan y queda plácidamente dormido...

Capítulo 54

Ya han pasado seis días desde lo ocurrido y sigo esperando. No me he movido de su lado en todo este tiempo. Uno de sus pulmones está encharcado y nos ha dado algún susto que afortunadamente por ahora se ha resuelto con éxito. Las horas se me hacen eternas entre estas cuatro paredes, pero soy consciente de que cada una de ellas es una oportunidad más que juega a nuestro favor.

El médico comienza a mostrarse algo más optimista, aunque dice que nada es seguro e insiste en que sigue grave. Cualquier mínima infección podría costarle la vida y toda precaución es poca. Sus heridas están cicatrizando a una velocidad normal, pero lo peor está en el interior de su cuerpo. Las balas rompieron todo lo que encontraron a su paso y una de ellas quedó alojada a milímetros de su corazón. Por suerte y tras varias horas de operación consiguieron extraerla.

La culpabilidad sigue haciendo mella en mí. No pasa ni un segundo sin que me arrepienta de lo que hice. Los nervios me la jugaron y los expuse a todos a un gran peligro. Álex, viendo que no había escapatoria, usó su cuerpo como escudo para salvarnos y eso es algo con lo que cargaré toda mi vida. Si sale de esta, sus cicatrices me lo recordarán diariamente, y si desgraciadamente muere, moriré con él.

—Buenos días, Laura —César abre la puerta y entra a la habitación. Camina hasta la cama de Álex, revisa todos sus aparatos y me mira—. ¿Por qué no vas a casa y te relajas un rato? Acabo de terminar mi turno y me quedará con él el tiempo que haga falta.

—No es necesario —respondo, agradecida—. Estoy bien. Tú ve con Natalia y los niños, que seguro que están deseando que regreses.

—Mmm... —arruga su nariz—. Desde ayer por la tarde está en casa de sus padres. Pasará un par de días con ellos —pongo los ojos en blanco. Sé que lo han preparado así para ayudarme—. No hagas eso —me riñe—. También estamos preocupados por ti. Déjate de excusas y ve a casa para revisar que todo esté en orden. Hace tiempo que no vas por allí —mete la mano en su bolsillo y cuando la saca me extiende un billete y la copia de las llaves que guardaba Natalia por si extraviaba las mías. Sabe que perdí mi bolso y todo lo que había en él cuando Erika nos atrapó—. Estar entre tus cosas te hará sentir mejor. Toma lo que necesites y cuando duermas un poco, vuelves. Si hay cambios te llamo —asiento ante su insistencia, tomo el dinero junto con las llaves y me pongo en pie de mala gana. Separarme de él no me gusta.

—Cuídamelo —digo mientras beso la frente de Álex y me marchó.

—Hola, amigo. Ya tengo ganas de que te recuperes y poder quitarte toda esta mierda. Te debo mucho —le oigo decir a César antes de cerrar la puerta, y mi corazón se encoje. Hasta ese momento no pensé en sus sentimientos. Por alguna razón he dado por hecho que al ser médico no sufre como un mortal, y estaba equivocada.

Camino pensativa por el pasillo. La idea de volver a mi piso después de varios meses me pone nerviosa. La última vez que estuve allí fue con Álex y no pudimos regresar por culpa del Carnicero.

Después de tanto tiempo viviendo con un gran miedo en el cuerpo, me parece increíble que todo haya acabado. Siento como si me faltara algo, pero para nada me desagrada. Imagino que, por haber vivido en tensión hasta ahora, necesitaré de un período de adaptación para

volver a la normalidad.

—Laura —alguien habla a mi lado cuando estoy a punto de salir del hospital, sacándome bruscamente de mis pensamientos.

Levanto la mirada con la intención de ver si conozco a esa persona y quedo paralizada.

—¿Qué haces aquí? —es lo único que soy capaz de decir.

—Necesito hablar contigo...

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —respondo y busco la salida con la mirada para irme cuanto antes.

—No puedo más, Laura.

—¿Quién te dijo dónde estaba? —siento rabia.

—La desesperación me llevó a casa de los padres de Natalia y ellos me lo dijeron.

—Olvidame. Olvida que existo, como has estado haciendo en los últimos años.

—Dame una oportunidad, hija. Necesito darte una explicación.

—¿Ahora me vienes con esto? —mi estómago se hace un nudo—. Debiste habérmela dado en su momento. Ahora lo único que quiero de ti es que desaparezcas de mi vida, igual que hiciste entonces.

—Laura... —intenta tocarme y me aparto con desprecio.

—¡No!

—No era yo entonces. El dolor pudo conmigo y no veía lo que tenía delante. Solo buscaba alivio para mi gran herida.

—¡No quiero volver a verte! —grito al empezar a sentir angustia.

—Tu madre era mi vida, hija —sus ojos se humedecen y algo se

remueve en mi interior—. Era el timón de mi barco, y cuando ella murió, naufragué.

—¡CÁLLATE! —la gente nos mira. Estoy empezando a sentir pena y no me gusta. Me giro para irme y noto que me sujeta.

—Si estás aquí es porque amas a alguien con tanta pasión como yo la amaba a ella —clava su mirada en la mía—. Ponte en mi lugar para que entiendas por lo que pasé y estoy pasando. ¿Qué sentirías si él muriera? —rápidamente pienso en ello. Sacudo mi cabeza y de un tirón me libero.

—Es tarde para esto. Quizás lo hubiera entendido en su momento, pero ya no. ¿Qué buscas? ¿Dinero para seguir emborrachándote?

—El día que me propuse recuperarte dejé la bebida, solo me faltaba el valor para buscarte.

—Mejor para ti —digo mientras me alejo. Seco mis lágrimas y paro un taxi que por suerte viene en mi dirección. Subo, le indico la calle y cierro los ojos. La imagen de mi padre se adueña de mis pensamientos y no puedo sacarlo de mi mente. ¿Será cierto lo que dice?

Cuando mi madre vivía siempre fue un buen padre. Teníamos una unión especial de la que ella se sentía orgullosa. Siempre me trató con cariño y éramos muy felices. El día que se marchó me partió el corazón, y desde entonces sentí que nunca entendería a los hombres. Imagino que interiormente me traumó y por eso veía a los chicos como un pasatiempo. Jamás sentí amor por ninguno y no he tenido ninguna relación seria. Álex ha cambiado eso en mí. El miedo de que pueda abandonarme en cualquier momento es constante, pero mi amor es más grande que todo eso y estoy dispuesta a arriesgarme. No sé qué somos realmente, ninguno se ha atrevido a hablar sobre ello aún, pero

me siento incapaz de alejarme de él. No miento si digo que me he planteado durante todo este tiempo terminar lo que sea que tengamos en varias ocasiones. Temo que un día se canse y se marche, como hizo mi padre, sin ningún tipo de explicación. Me hubiera gustado ser yo quien tomara esa decisión, al menos para estar mentalizada, pero no puedo. Mi vida ya no tendría sentido. Quiero estar con él por encima de todo.

—Hemos llegado —dice el conductor. Abro los ojos y veo la entrada a mi edificio. Le entrego el billete que César me dio y me bajo rápidamente.

Al subir los escalones echo de menos encontrarme con Jorge. Siempre estaba esperándome afuera para molestarme, después de todo siento lástima por él. Me molestó mucho, pero sin duda no merecía nada parecido. Ahora puedo entender que Natalia llorara por Mario cuando supo lo que le había pasado.

Abro la puerta y ahí está mi casa. Exactamente igual que la había dejado. Tanto tiempo sin ver mis cosas me hace sentir extraña. Camino hacia el interior y puedo sentir el ruido de mis zapatos al chocar contra el suelo. Hay demasiado silencio, o más del que recordaba. Es la primera vez que me siento sola. Noto tanto su falta.

Decido darme una ducha antes de dormir. Necesito despejarme, con el encuentro inesperado de mi padre estoy algo alterada. Abro el armario del baño y saco una toalla. Al tirar de ella algo cae al suelo. Miro para buscarlo y veo que es un papel doblado. Lo tomo entre mis dedos y con cuidado lo desdoble. Hay varias palabras escritas a mano, por la letra sé que es de Álex.

“Estoy seguro de que hoy nos darán la mejor de las noticias. Sé que te

sientes débil, pero confío en que pronto estarás totalmente recuperada”. Por un momento no entiendo nada. Hago memoria y recuerdo que el último día que pasamos aquí fue cuando salimos a por los resultados de mi radioterapia. Al regresar nos atraparon y desde entonces no volvimos. Debíó de dejar la nota en este lugar antes de dirigirnos al hospital para que la encontrara a la vuelta. Sigo leyendo.

“Quiero celebrarlo de una manera muy especial. Si quieres saber cómo, tendrás que seguir mis indicaciones”. Sonrío, jamás imaginé a Álex jugando así.

“Busca en el segundo cajón del mueble que hay en el salón”. Corro hasta allí. Sé que no será igual que como podría haber sido aquel día, pero quiero descubrir lo que tenía preparado. Llego hasta donde dice, abro y efectivamente hay otro papel. Lo desdoble.

“Vaya, chica lista. Has conseguido llegar hasta aquí”. Ríe fuertemente. De alguna manera, ya no me siento tan sola. “Hace días que pienso en nosotros de una manera distinta, y... y si quieres saber lo que dice la siguiente parte del texto tendrás que sacarlo de debajo de la nevera”. Resoplo. Estoy nerviosa. Llego hasta la cocina, me arrodillo y lo encuentro. Mi boca duele de sonreír. “Siempre he huido de todo lo que tenía que ver con estar cerca de otra mujer, pero has hecho que eso cambie. Continuamos en el cajón del baño, donde guardas los cepillos”. «MIERDA», grito. Camino deprisa, abro el cajón y el siguiente papel está donde dice.

“Siento que necesito de alguna forma tenerte más cerca. Empieza a quedárseme pequeño lo que tenemos. Continuamos debajo de la tele”.

«¡JODERRR!». Ya no sé si reír o llorar. Voy hasta el salón, con un poco de esfuerzo levanto el televisor y saco la nota.

“Si has conseguido levantar este trasto inútil es que estás más recuperada de lo que creía y tu corazón podrá soportar lo que tengo que decirte. Lo siento, pero ahora tendrás que ir a la maceta de la terraza”. «¡Aaah!», digo impaciente. Llego y rápidamente veo la siguiente.

“Estoy esperándote en nuestra habitación. Lo que falta quiero decírtelo mirando a tus preciosos ojos verdes”. Varias lágrimas corren por mis mejillas. Sé que no estará, pero aun así voy donde dice la nota. Como imaginaba, así es. Sobre la mesilla hay lo que parecía un gran ramo de flores. Los pétalos secos de varias rosas están por todo el suelo y en el jarrón solo quedan tallos marrones. Veo una pequeña tarjeta enredada entre las ramitas. La tomo y al girarla me derrumbo.

“Soy feliz y tú eres el motivo. Estamos a nada de serlo todo. Si estás leyendo esta tarjeta es porque has aceptado ser mi novia. Bésame, por favor. Estaré paralizado y necesitaré saber que no es un sueño”.

Álex... Cubro mis ojos con las manos y lloro. Él sabía, cuando le despertaron, que tendría que regresar a casa y descubriría esto. Por eso me dijo que le esperara, que tenía algo que contarme. ¿Por qué en todo este tiempo no me ha dicho nada? ¿Por qué ni siquiera lo ha insinuado? ¿Será que se arrepintió? ¿Es eso lo que quiere aclararme?

Capítulo 55

Álex

Alguien está tratando de abrir mis ojos mientras habla y es bastante molesto. Una fuerte luz me ciega, pero no puedo moverme.

—Déjalo, Laura. Cuando se retira una sedación no es instantáneo. Despertará cuando sea el momento. Esta medicación aguanta horas en el organismo y es posible que tarde en despertar.

—Llevamos mucho tiempo esperando y mi paciencia está llegando a su límite. Necesito saber que está bien. Necesito oírle hablar.

Creo reconocer las voces. Dejo de ver la luz y una gran relajación me abraza.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero de nuevo oigo ruidos. Estoy seguro de que son pasos. Están caminando por la habitación. Una molesta máquina pita a mi derecha, pero antes de poder quejarme vuelvo a sentir la agradable relajación y con ella el silencio.

—Creo que será mejor que salga de la habitación, Sonia, si me ve aquí quizás se altere —la voz de un hombre me sobresalta.

—Voy contigo y así saco un café de la máquina. Tengo el estómago revuelto.

—¿Os vais? —alguien entra.

—Sí, Laura, vamos a tomar algo. Esto parece que se va a alargar más de la cuenta.

—Está bien, si hay cambios os aviso.

—¿Quieres que te traigamos algo de beber?

—No, gracias, Miki. Acabo de sacar una botella de agua de la expendedora.

—De acuerdo, no tardamos —se despiden.

Trato de aguantar despierto para saber qué está pasando. «¿Qué coño hace toda esta gente en mi casa? ¿Quién les ha dado permiso para entrar en mi habitación? Debo de estar teniendo una pesadilla». Una cálida mano acaricia mi pelo y siento suaves besos por todo mi rostro. Me gusta esa sensación, pero sobre todo el aroma que desprende la persona que está a mi lado. ¿Quién es?

—Si supieras las ganas que tengo de ver tus ojos abiertos... —los carnosos labios se posan ahora en mis párpados—. Te necesito tanto que duele.

Quiero hablar, pero no puedo. Estoy tan cansado que podría volver a quedarme dormido en cualquier momento. Nunca me he sentido tan agotado como ahora.

—¿Hay novedad? —otro más entra al cuarto. Reconozco su voz, pero soy incapaz de ponerle cara. Empiezo a notar que no estoy en casa y eso me angustia. ¿Qué coño pasa?

—Nada por el momento —responde la mujer que está acariciándome.

—Ya no debe tardar. Déjame ver —siento que se aparta de la cama y alguien más pesado se apoya en el mismo lugar—. Álex, ¿puedes oírme? —de nuevo trato de contestar, pero no puedo. Pasa algo duro por la planta de uno de mis pies y en un acto reflejo muevo mi pierna—. Bien, amigo, esto ya casi está —oigo lo que parecen palmaditas y gimoteos y vuelvo a notar esas molestas cosquillas ahora en el otro pie. Mi cuerpo responde de la misma manera—. Intenta moverte —noto

mis cejas tensas, muy lentamente abro una pequeña rendija en mis párpados y los vuelvo a cerrar—. Apaga la luz, Laura. Debe molestarle —después de un *click* la claridad que entraba a través de mis pestañas desaparece y lo intento de nuevo.

—Álex, estoy aquí, cariño —con mucha dificultad consigo abrir otra pequeña rendija y miro a través de ella. Siento cientos de hormigas correteando por mis córneas, pero puedo distinguir un par de bultos delante de mí. Pestañeo buscando aclarar la imagen y cada vez aparece más nítida. Los bultos comienzan a tener forma y aunque hay poca luz, también distingo colores.

—¿Tienes dolor? —separo mis labios, pero tengo la mandíbula atrofiada—. Voy a realizarte unas pruebas para saber tu grado de conciencia —pone un dedo en cada una de mis manos—. Aprieta con todas tus fuerzas —apenas consigo atraparlos en mis palmas—. Vamos a ver cómo están tus pupilas —abre más mis ojos y pasa una linterna delante de ellos—. Vale, todo parece normal. No te preocupes si estás confundido e incluso no sabes qué está pasando, en unos minutos tu cerebro se pondrá en marcha correctamente —noto su mano en mi hombro—. Tengo que ir a ver a otros dos pacientes, en cuanto acabe vuelvo contigo. Te dejo en buena compañía —se marcha.

Busco con la mirada a la preciosa rubia que estaba cerca de mí. Quiero que siga besándome como estaba haciendo. Como si pudiera oírme, se acerca.

—Hola, mi héroe. ¿Sabes quién soy? —sonríe mientras pone una de sus manos en mi mejilla. Tiene la sonrisa más increíble que he visto en mi vida y mi corazón late con fuerza. El sueño desaparece con su contacto. Entrelaza su mano libre con la mía y vuelve a preguntarme—. ¿Me reconoces? —poco a poco recuerdo quién es y esbozo una

pequeña sonrisa. Sus ojos se iluminan y sus labios se posan en mi frente—. Bienvenido. Acabas de hacerme la mujer más feliz del mundo.

A lo largo del día consigo hablar e ir moviendo todo mi cuerpo. Me siento torpe, pero no me importa. Me duele hasta el alma, pero lo prefiero así. No quiero que pase un solo día más sin verla. Para mí ha sido como un abrir y cerrar de ojos, pero siento que he perdido un tiempo maravilloso a su lado. César ha venido de nuevo y me ha pedido precaución. No quiere que me mueva ni que haga ningún esfuerzo, ya que mi estado es delicado. Me ha explicado la gravedad de mis heridas y al ver que realmente son serias he prometido hacerle caso.

Laura se pasa la tarde poniéndome al día. Me cuenta lo que ocurrió después de recibir los disparos y mi vello se eriza. No puedo creer que esa plástica hija de puta todavía consiguiera dar esquinazo a la policía y poner en peligro a Laura y a su amiga. Gracias a Dios que todo ha terminado. Al menos en esa parte me siento tranquilo.

Sonia y Miguel Ángel también están en el hospital. Siento rabia cuando veo al amigo de Laura en actitud cariñosa con mi hermana, pero he de admitir que ella parece feliz a su lado. Espero que pronto se olvide de su capricho, le deje y vuelva a su vida normal. No me gustaría tener por cuñado a ese tipejo odioso. Cada vez que se acerca a Laura o el idiota suelta alguna frase pretendiendo ser gracioso, la máquina que marca mis latidos se vuelve loca y por esa razón han decidido volver a casa y regresar cuando me encuentre más tranquilo y despejado.

—Te he echado tanto de menos —dice Laura apoyada en la cama y mirándome fijamente con sus hermosos ojos verdes—. Han sido unos

días horribles. Y lo peor de todo ha sido la incertidumbre de no saber si saldrías con vida de esto.

—No he llegado hasta aquí para morirme ahora —hablo con esfuerzo. Tomar aire es un verdadero suplicio. La herida de mi pecho quema, pero saber que ha servido para salvar su vida lo hace más llevadero—. Pienso seguir dándote guerra mientras me permitas estar a tu lado —extrañado, veo cómo su expresión cambia. Baja la mirada y hay preocupación en su rostro—. ¿Ha pasado algo estos días que no sepa?

—No... —trata de esbozar una sonrisa, pero fracasa.

—Estás mintiendo. Conozco tus tics. ¿Recuerdas? —sonrío para hacerle más fácil el hablar sobre lo que sea que la está preocupando.

—Es solo que... —me mira apenada—. Tengo miedo de que esto se acabe, te canses de mí o hayas dejado de quererme y por pena no me lo digas.

—¿Qué? —intento incorporarme, pero siento un dolor tan fuerte que tengo que seguir tumbado. No puedo creerme que diga eso.

—Álex, por favor. ¡Te acaban de decir que no puedes moverte! —se pone en pie y me riñe. Me gusta que lo haga, siento que se preocupa por mí.

—¿De dónde coño sacas esas ideas tan retorcidas, Laura? —digo con los ojos cerrados esperando a que pase la fuerte molestia—. No vuelvas a decir algo así, por favor... ¿Acaso no te vale como prueba de amor que me hayan dejado el cuerpo como un colador?

—No me lo recuerdes. Bastante pesar tengo ya —camina hacia la puerta y temo que se vaya.

—Espera —trago saliva buscando alivio—. No pretendía hacerte sentir culpable. Es solo que eso que has dicho me ha hecho daño y

quería demostrarte que estabas equivocada. No ha sido un buen ejemplo. Lo siento —parece que mis palabras funcionan y vuelve a sentarse a mi lado.

—Álex, siento tanto lo que te ha pasado por mi culpa —varias lágrimas comienzan a correr por sus mejillas. Cada vez que Laura llora mi estómago se hace un nudo.

—Volvería a pasar por lo mismo una y cien veces más si fuera necesario solo por tenerte aquí como ahora —pongo la mano sobre su mejilla y apoya su cara en mi palma—. Te amo, Laura, y eso no va a cambiar.

—Yo también te amo, Álex —me observa durante unos segundos—. Hay algo distinto en tu mirada y no sé qué es. Pero he de admitir que me gusta —sonríe.

—Yo sí sé lo que es —respondo seguro—. Siento más amor hacia ti que nunca, y nada va a impedir ya que me entregue en cuerpo y alma.

—No entiendo —dice confusa.

—Esto me ha hecho comprender tantas cosas... —cierro los ojos para aguantar las lágrimas—. Por primera vez en años sé que puedo amar a otra persona sin remordimientos.

—¿Qué te ha hecho cambiar? —me mira atenta. Sabe lo difícil que ha debido resultar para mí dar ese paso.

—Estar al borde de la muerte —levanto la cabeza ligeramente para verla mejor—. He sentido las últimas palabras de Gema en mi propia carne, y finalmente he entendido y comprendido su deseo.

—Álex —no dejo que hable.

—Por fin la he dejado ir, Laura. Por fin podré quererte como mereces,

sin fantasmas, sin penas, sin torturas ni sentimientos de deuda. Me he liberado de ese gran tormento. Porque sé que realmente sintió lo que dijo en su agonía. Porque yo sentí lo mismo cuando te arrodillaste a mi lado y gritabas desesperadamente mi nombre. Mi único pensamiento en ese momento eras tú y lo único que quería es que fueras feliz por encima de todo —tomo su mano y la pongo en mi pecho—. Mi corazón ahora es completamente tuyo, cariño —varias lágrimas consiguen escapar de mis ojos.

—Álex... —llora conmigo.

—Cuando creí que había llegado mi final, solo le pedía al cielo que consiguieras reponerte pronto y retomaras tu vida cuanto antes. No me importaba con quién, no me importaba cómo. No quería que pasaras por lo que yo pasé, y solo necesitaba saber que estarías bien antes de abandonar este mundo. No le temí a la muerte en ningún momento, pero sí a lo que me dejaba en esta vida. Quería que alguien te quisiera tanto como yo y te cuidara de la misma manera. Eso hizo que comprendiera lo idiota que había sido cerrándome al amor y me arrepentí por el tiempo que habíamos perdido de poder estar juntos. De nuevo tengo otra oportunidad y esta vez no pienso desperdiciarla.

—No sé qué decir...

—No tienes que decir nada. Ahora solo estás tú. A ella no la olvidaré y siempre le estaré agradecido. Pero ahora es nuestro momento y merecemos ser felices —pongo mi mano en su nuca, tiro de ella y beso sus labios—. Voy a esforzarme por darte lo que debería haberte entregado desde el principio —sello mis palabras con otro dulce beso.

—Veo que ya estás bien despierto —la voz de César suena a nuestra espalda y nos volvemos rápidamente.

—Eso parece —Laura sonríe mientras seca sus ojos.

— C mo te sientes, amigo?  Te notas extraño o tienes algún dolor?

—Todo perfecto —digo sonriente—. Tengo el mejor remedio para mis males conmigo —levanto las cejas en dirección a Laura y baja su mirada, avergonzada. Pocas veces la he visto así y creo que está empezando a gustarme.

—Vaya, eso sí que ha sido profundo —César se burla—. La siesta que te has pegado debe de haberte sentado bien —los tres reímos con su ocurrencia.

—Ya est  bien que me dejes descansar. Ni un solo día de vacaciones me has dado, y desde que te conozco siempre has abusado de mis servicios —bromeo y ríe sonoramente—. Eres un jefe explotador.

— Entonces dices que ahora no tienes dolor? —me pregunta.

—Si no me muevo, ninguno.

—Pues deja que haga esto porque soy incapaz de contenerme más —se echa encima de mí con cuidado y sorprendiéndome me abraza—.  lex, amigo mío —dice cerca de mi oído y juraría que llora—. Cada vez que recuerdo lo que has hecho por nosotros me quedo sin palabras —sorbe por su nariz—. Cada vez que miro a Natalia y a mis hijos siento una enorme gratitud hacia ti. Podr  verles crecer, y te lo debo todo —siento emoción en mi pecho y lo rodeo con mis brazos—. Eres más que un hermano y siempre me tendrás a tu lado para lo que necesites. Gracias, amigo mío. Gracias, gracias y mil veces gracias. Te quiero mucho, t o.

—César... yo también te quiero, t o —lloramos los dos como niños y oigo a Laura sollozar emocionada.

Capítulo 56

Laura

Los días pasan y Álex mejora. Todo parece indicar que se recuperará, aunque todavía está bastante débil. Cada vez que una de las enfermeras intenta hacerle un análisis de sangre forma un espectáculo. Grita y patalea como si fuera un bebé. Dice odiar las agujas, y estoy segura de que ya lo sabe todo el hospital.

Todavía no hemos hablado sobre las notas que encontré por la casa, no he querido incomodarle. Tengo la impresión de que cree que no las he encontrado aún. Por si acaso, no le diré nada y esperaré a que sea él quien saque el tema cuando lo crea oportuno. Yo con saber que me quiere me conformo, y es algo que ha estado repitiéndome continuamente desde que estamos aquí.

—Ayúdame —dice, y extiende sus manos—. Necesito salir de esta cama un rato, tengo dolorido todo el cuerpo.

—Álex... —desde que el médico le dijo que hoy le levantarían por fin está insoportable—. Tienes que esperar a que vengan los celadores, porque yo sola no podré sujetarte. Pesas demasiado.

—No aguanto más. Estoy agotado de estar de la misma postura. ¡Me duele hasta el tuétano!

—Qué exagerado eres —ríe—. Espera un poco, ya no tardarán en llegar —es la primera vez que van a ponerle en pie desde lo ocurrido y no ve llegar el momento.

—Tengo el culo plano de tenerlo aplastado contra el colchón —vuelvo a reír. La puerta se abre y entran dos chicos jóvenes.

—Buenos días —saludan mientras se acercan a él—. Venimos a levantarlo —uno de ellos retira la sábana de su cuerpo. Hasta ahora no me había fijado en lo poco *sexy* que son los camisones hospitalarios. Entiendo que son mucho más cómodos para los pacientes con movilidad reducida, pero son horribles.

Me aparto para dejarles espacio y con habilidad y protestas de dolor por parte de Álex, consiguen bajarle de la cama.

—Mierda de camisón —gruñe. Piensa igual que yo.

—Es posible que te marees —le dicen—. Han sido muchos días en posición horizontal, y el cuerpo lo nota.

—Siento como si me faltara el aire —dice cada vez más pálido, y las piernas comienzan a fallarle.

—Sus órganos se están reajustando. Es algo normal. Vamos a darle la vuelta para que pueda apoyarse sobre el colchón y se sienta más seguro —justo al girarle me doy cuenta de que el camisón está completamente abierto por la parte trasera y puedo ver su culo en todo su esplendor.

—Ay, musculitos —carcajeo. Es demasiado cómico—. Puedo asegurarte que todavía no está plano —gira su cabeza para buscarme.

—Deja de mirarme. Eres una descarada —trata de disimular una sonrisa mientras se recupera.

—No puedes pedirme eso. Es demasiado tentador.

—¡Ouch, mierda! —oigo a alguien hablar a mi espalda. Me giro y Natalia tiene la mano sobre sus ojos.

—¡JODER! —grita César, y pone la mano sobre la mano de Natalia para asegurarse de que no hace trampa—. Qué feo eres por detrás, tío —todos reímos menos él—. Tienes las nalgas más blancas que he visto en mi vida, deberías tomar un poco de sol en tanga este verano.

—Muy gracioso. Habría que ver el tuyo —dice, pretendiendo parecer molesto.

—No hace falta que insistas. Luego a solas te lo enseño, campeón —le guiña un ojo pícaramente. Reímos a carcajadas de nuevo.

—No te pases, César...

Las siguientes horas las pasamos haciendo bromas sobre el trasero de Álex y la orientación sexual de César. Siento pena cuando tienen que marcharse. Aquí todo es muy aburrido sin ellos, pero han dejado a los bebés con los padres de Natalia y se les hace tarde.

—Todavía no me hago a la idea de que César haya sido padre —dice mirando al vacío.

—Ni yo de que Natalia sea madre. Nunca habló de tener hijos, pero imagino que era porque no estaba con la persona indicada y su instinto maternal se negaba a salir.

—¿A ti te gustaría ser madre? —me mira directamente a los ojos. A veces me intimida cuando hace eso, sé que no tengo opción a mentir con él.

—La verdad es que no sé si después de mi enfermedad será aconsejable tener hijos. O si podré tenerlos.

—Claro que podrás —responde rápidamente—. En cuanto acabes con el tratamiento volverás a tener una vida normal.

—Pues entonces aún tengo tiempo para planteármelo. Todavía me

quedan más de cuatro años de medicación. Si te soy sincera, sí lo he pensado algunas veces. Es algo inevitable, pero no es mi prioridad por el momento —me quedo pensativa durante unas décimas y le devuelvo la pregunta—. ¿Y tú? ¿Has pensando en ser padre? —su frente se arruga.

—Reconozco que algo ha cambiado en mí después de ver a los hijos de César —vuelve a mirar al vacío—. Creo que sería hermoso formar una familia.

—Estás empezando a asustarme —ríe, nerviosa—. ¿Dónde está mi musculitos gruñón y qué has hecho con él?

—Murió en manos de Erika —tuerce una sonrisa y no me gusta su broma. Solo recordarlo pone mi vello de punta—. Esa parte de mí se la llevaron las balas, Laura —dice al darse cuenta de mi expresión—. Ahora solo pienso en recuperar el tiempo perdido y no voy dejar que nada lo impida.

—Estás irreconocible. Pero creo que me gusta más este Álex.

—Este soy yo realmente —alarga su mano, me toma por el brazo y me acerca a él—. Vete acostumbrando, muñeca —tira más fuerte de mí y me sienta en sus rodillas—. A partir de ahora tendrás que llamarme musculitos pegajoso —arquea una ceja y antes de que pueda decir nada agarra mi barbilla con sus dedos, gira mi cara y pone sus labios sobre los míos—. Seré como un chicle en el pelo —dice cuando se aparta—. No voy a despegarme de ti ni con agua hirviendo —vuelve a besarme, esta vez con más intensidad y me rodea con sus brazos.

Alguien golpea la puerta con los nudillos y pongo mis ojos en blanco. Parece que el mundo se hubiera puesto en nuestra contra. Cada vez que tenemos un acercamiento, nos interrumpen. Álex alza su cabeza

para ver quién llama y se tensa al instante. Me giro para ver de quién se trata y al descubrirlo me pongo en pie rápidamente.

—Buenos días, chicos. Perdonad que interrumpa... —sus ojos brillan y hay una amplia sonrisa en su cara.

—Buenos días, comisario —Álex carraspea. Está completamente rojo.

—Si es mal momento puedo venir más tarde —sonríe de nuevo.

—No, no, tranquilo. Siéntese —responde.

Busco con la mirada una silla y se la ofrezco.

—¿Cómo está, comisario? —le hablo.

—Muy bien, Laura. Aunque no tan bien como vosotros —me guiña uno de sus ojos.

—¿Qué le trae por aquí? —pregunta Álex tan extrañado como yo. Hace tan solo tres días que llamó para preguntar y nos dijo que se iba de vacaciones fuera del país por un mes.

—Quería hablar contigo sobre algo importante.

—Yo creo que iré a por un café a la máquina —siento que debo dejarles solos.

—Me gustaría que te quedaras, es algo que quizás tengáis que decidir entre los dos —arrugo la frente, desconcertada, pero me quedo.

—Hace días que tengo una idea en mente —Álex le mira, atento—. En unos meses cumpliré la edad de jubilación y me gustaría que alguien de mi confianza se quedara al mando.

—¿Cómo? —se mueve inquieto. Intuye lo que está ofreciéndole.

—Sabes cuánto le he entregado a mi trabajo y el cariño que le tengo a los chicos. No puedo jubilarme tranquilo si no sé en manos de quién les dejo. Por eso había pensado, siempre que estés de acuerdo,

proponerte para el puesto.

—Pero yo...

—Tú serías la persona ideal y lo sabes. Estoy seguro de que cuidarías de todos tanto o más que yo.

—Tengo que pensarlo, comisario, no puedo darle una respuesta ahora mismo. Ni siquiera me había planteado volver a la policía después de esto.

—Por eso te lo digo ahora. Tienes varios meses de margen —se pone en pie—. Y ahora que ya te lo he soltado, me voy a disfrutar de mis merecidas vacaciones. No me veía capaz de evadirme con esto en mente —nos extiende su mano y se despide.

Álex se queda mirando a la pared de enfrente y me mantengo en silencio. Sé que necesita procesar lo que le ha pedido el comisario.

—¿Tú qué opinas? —me pregunta al cabo de un rato.

—Yo solo apoyaré tu decisión —respondo. No quiero influenciarle.

—Necesito pensarme esto...

• • •

No puedo creer que por fin haya llegado el día. Tras pasar varias semanas en el hospital, volvemos a casa. César y Natalia están esperándonos en la puerta. Hoy comeremos con ellos en el hotel. Vamos a celebrar el alta médica de Álex y a pasar un buen rato con los bebés. Ambos queremos disfrutar de ellos como nos hubiera gustado desde el principio.

Después de lo ocurrido en su casa, han decidido ponerla en venta. Quieren volver a mudarse para alejar fantasmas. El simple hecho de saber que ha muerto una persona en su pasillo y tres en el salón no

debe de ser nada agradable. Mientras encuentran un nuevo hogar, están instalados en la planta de arriba del hotel. En el antiguo piso de César.

Cuando llegamos, descubrimos que Sonia y Miguel Ángel también están allí. Alex mira a César con el ceño fruncido.

—No es tan cabrón como creía —le dice César entre dientes—. Además, le cae bien a mis hijos —se encoje de hombros y Natalia sonríe.

—Esta te la guardo —responde Alex y caminamos hacia ellos.

Besa en la mejilla a su hermana y saluda sin ganas a Miguel Ángel. Este no le da importancia y pasa la mano por la cintura a Sonia.

—¿Será siempre así? —dice Sonia, ofendida—. Deberías ir haciéndote a la idea —cruza sus brazos.

—Será así solo hasta que le dejes —el llanto de uno de los bebés evita que Sonia responda.

Alex busca con la mirada y encuentra los canastos donde están metidos. Camina hacia ellos decidido y todos observamos lo que hace. Con cuidado, saca a uno de los bebés.

—Hola, pequeñín —le dice con cariño, y algo dentro de mí se remueve en ese momento. Besa tiernamente su cabecita y siento que me derrito. Lo pega a su pecho y nos mira—. César, deberías regalarnos uno a Laura y a mí —que me incluya en algo así hace que mi corazón se acelere.

—Eso no lo verán tus ojos, amigo. Antes de que prendas fuego al hotel —reímos.

—Pero si los tienes repetidos. ¡Qué más te da! —insiste Alex,

bromeando.

—¿No te enseñaron en la escuela cómo se hacen? —continúa César—. Si quieres te doy unas clases prácticas en el cuarto oscuro, bombón —pestañea rápidamente y volvemos a reír. Estos dos hombres juntos son un *show*.

Mientras comemos, las bromas siguen. Álex tiene que golpearme varias veces en la espalda porque me atraganto continuamente por las carcajadas. Lo que no se le ocurre a uno se le ocurre al otro. Miguel Ángel también se une y parece que todo comienza a fluir con normalidad entre ellos. Me encanta verles tan relajados. Natalia se siente tan feliz como yo. Nuestras miradas cómplices lo confirman.

—Oye, ¿puedo haceros una pregunta? —Natalia toma la palabra y todos la miramos.

—Claro —responde César, tan extrañado como expectante.

—Ahora que estamos todos, quiero que me respondáis a algo a lo que llevo tiempo dándole vueltas en mi cabeza —sonríe y les mira—. ¿Qué coño hicisteis en el piso que alquilé para que Andrea, la dueña del edificio, me devolviera el dinero y anulara el contrato? —los dos estallan a carcajadas.

—Nada malo, preciosa —dice César.

—Quiero saberlo —contesta Natalia.

—¿Se lo decimos? —le pregunta a Álex.

—Como bien dices, no es nada malo —responde.

—Está bien —con dos tenedores hace una especie de redoble de tambor en uno de los platos vacíos—. Aquí mi amigo —señala a Álex con uno de ellos— realquiló el piso a una escuela de *bailaores* de

flamenco y solo bastaron dos días para que los demás vecinos cancelaran sus contratos por el ruido —vuelvo a atragantarme una vez más, esta vez con mi propia saliva.

—¡Sois unos cabrones! —dice Natalia llorando por la risa—. No puedo creer que seáis tan retorcidos.

—Dios los cría y ellos se juntan —contesta Sonia.

El resto de la tarde la pasamos con los niños. Álex no se aparta de ellos en ningún momento. Incluso se atreve a darle uno de los biberones a la pequeña Hanna María. Algo me hace replantearme mis palabras de días anteriores. Creo que sí me gustaría ser madre. Con un padre así... ¿Quién no querría tener hijos? Me sorprende mirándole tiernamente y sonrío.

—Por cierto, rubita, tú y yo tenemos algo pendiente.

Capítulo 57

Con cada día que pasa Álex se encuentra mejor. No ha vuelto a hablarme del tema, aunque insisto en que lo haga continuamente y finjo interés. Lo que él no sabe es que conozco sus intenciones desde hace semanas y aceptaré encantada ser su novia. Él disfruta teniéndome en suspense y yo haciéndole creer que lo consigo. No quiero estropear la magia del momento. Estoy deseando ver cómo lo hace. ¿Será una frase rápida? ¿Tratará de convencerme con palabras bonitas? ¿Me traerá flores? El simple hecho de pensarlo me ilusiona.

Nos hemos instalado en su casa para estar más cerca de los niños. No pasa un día sin que vayamos a visitarlos. Álex sale con César todas las mañanas a correr para recuperar su forma física y yo aprovecho para ayudar a Natalia algunos ratos. Los pequeños dan demasiado trabajo incluso para dos personas. La puerta se abre y aparece tras ella. Su respiración es agitada y trae la camiseta empapada y pegada a su cuerpo.

—Deberían arrestarte —digo mientras cierra la puerta y me mira, extrañado—. Debe de ser delito ser tan *sexy* —sonríe y niega con la cabeza. Camino hacia él y rodeo su cintura con mis brazos—. Voy a tener que comprarte un par de burkas. No me gusta la idea de que toda esta carne —agarro sus nalgas y abre los ojos sorprendidos— haga disfrutar visualmente a otras —ríe.

—¿Celosa? —muerde mi cuello con delicadeza.

—¿Debo estarlo? —respondo con los ojos cerrados y dejándome

llevar por sus besos.

—Por supuesto —levanta su cabeza para mirarme y ríe pícaramente—. César lleva días empeñado en seducirme —carcajeo. Están insoportables con ese tema.

—¡Acabas de estropear el momento! —digo entre risas, y trato de apartarme. No lo permite y me aprieta más fuerte contra él.

—Tendré que enmendarlo, entonces —pasa la lengua por mi hombro y todo mi cuerpo reacciona. Sabe lo sensible que es esa zona para mí—. Ven conmigo a la ducha —susurra en mi oído y el calor de su aliento me transporta a otro lugar. Antes de que pueda volver a la realidad, sus labios besan los míos y sus fuertes brazos me levantan.

Cuando llegamos al baño vuelve a dejarme en el suelo y comienza a quitarme la ropa. Roza con sus labios cada parte de mi cuerpo que descubre y me dejo llevar. Cuando estoy completamente desnuda comienza a quitarse la suya. Me quedo inmóvil viendo cómo lo hace. Cada músculo de su anatomía es una obra de arte digna de admirar. Toma mi mano y tira de mí hacia el interior de la ducha. Estamos tan cerca que puedo sentir su calor. Mis ojos quedan a la altura de una de sus cicatrices y, como si se diera cuenta, abre el grifo y varios chorros de agua caliente comienzan a caer por nuestros cuerpos, tapando todas sus marcas y haciendo que me olvide de ellas. Estoy segura de que sabe cómo me siento cada vez que las veo.

Se pega a mí y comienza a besarme de nuevo. Su mano rodea mi cintura y acopla su rodilla entre mis piernas. Paso mis brazos por su cuello y disfruto de sus caricias...

—¡MIERDA! —digo cuando oigo su teléfono sonar y se aparta de mí.

—Tengo que cogerlo —pone una toalla alrededor de su cintura y sale

a buscarlo. Estoy harta de interrupciones, quiero que nos dejen un rato a solas. Necesito estar con él.

—De acuerdo —le oigo decir mientras salgo de la ducha malhumorada.

—¿Dónde vas? —dice cuando entra de nuevo.

—¡A vestirme!

—Pero...

—¡Pero nada! Se acabó el juego por hoy. Mañana si consigues que dejen de molestarnos, ya veremos qué pasa —me mira y sonrío. Ese gesto me enfurece más.

—¡No tiene ni puta gracia!

—Estás preciosa cuando te enfadas... —responde mientras me observa.

—Pues procura no verme mucho así porque puedes oír algo que no quieras —me visto rápidamente.

—Acaba de llamar César. Quiere que salgamos a cenar esta noche. Los padres de Natalia están en la ciudad y se harán cargo de los niños. Tiene ganas de pasar un rato tranquilo con nosotros.

—Pues te vas tú con él. ¿No es eso lo que quiere?

—Laura —apenas es capaz de completar mi nombre porque ríe a carcajadas—. Venga... —camina hacia mí y me abraza—. No te enfades.

Finalmente consigo calmarme, pero mis ganas de intimidad han desaparecido por completo. Tengo la impresión de que cada vez que nos acerquemos alguien se acordará de nosotros y nos molestará de nuevo.

Pasamos la tarde viendo películas. Estoy tan aburrida que incluso me

duermo. Álex tiene que despertarme para que me prepare. La hora de la cena se acerca.

—No quiero ir, no me apetece nada salir —digo perezosamente.

—Deberíamos haberles avisado antes, seguro que ya ha reservado mesa en algún lugar.

—¿Y no puede cancelarlo?

—No puedo pedirle eso ahora. Venga —tira de mí—. Lo pasaremos bien, ya verás.

—De acuerdo...

Cuando por fin termino de arreglarme entra a la habitación.

—Mmm —dice cuando se acerca a mí y huele mi pelo—. Estás espectacular —acaricia mi vestido negro de seda.

—Tú también te has puesto muy guapo —lleva puesta una preciosa camisa gris que no conocía.

—Nada comparado contigo —me abraza por la espalda y deja un beso en mi mejilla—. ¿Nos vamos? —asiento y salimos.

Cuando entramos al restaurante César y Natalia ya están allí. Es un sitio bastante lujoso y siento que quizás debería haberme arreglado un poco más. Me siento rápidamente para evitar miradas y Álex se sienta a mi lado.

—Debiste avisarme —digo con el ceño fruncido.

—No tuve necesidad. Estás increíble. Puedo asegurarte que eres la más guapa del salón —siento rubor en las mejillas y al darse cuenta me sonrío tiernamente.

Cenamos entre risas, como ya viene siendo costumbre, y hablamos de nuestras cosas. Pedimos unas copas, y mientras las tomamos me fijo

en que César no para de mirar a Natalia. Está muy pálido y se muestra nervioso.

—Tengo que ir al baño —dice y se pone en pie. Hay varias gotas de sudor en su frente.

—Te acompaño —responde Álex. Sabe que algo le pasa a su amigo.

—¿Hasta eso vais a hacer juntos ya? —bromeo para evitar que Natalia se preocupe—. Creía que ir acompañada al baño era solo cosa de chicas —ríen mientras se marchan.

—César está muy raro —susurra Natalia—. Lleva todo el día como en otro planeta.

—Debe de estar con el período. Últimamente le noto muy femenino —carcajea. Un par de minutos después vuelven con nosotras y nada más sentarse una canción suena por los altavoces, sobresaltándonos. Está bastante alta para mi gusto. César agarra la copa de coñac que estaba bebiendo y se la bebe de un trago mientras sus manos tiemblan. Me giro hacia Álex para ver si lo ha visto y hace lo mismo con la suya.

Una camarera comienza a bailar al compás de la canción. Tras unos segundos escuchándola descubro que se trata del tema *Marry You*, de Bruno Mars. Otra camarera se une a la primera y bailan una coreografía. Diez segundos después hay quince personas haciendo lo mismo en medio del salón.

—Ay, Dios... —creo saber lo que está pasando. Vuelvo a mirar a César y todavía está más pálido. Arrebata la copa a Natalia y también se la bebe de un trago. Se pone en pie ante la mirada atenta de todos y se une al grupo de bailarines. Natalia y yo nos miramos con los ojos muy abiertos y comienzo a reír escandalosamente mientras ella lleva las manos a su pecho y apenas puede respirar. Es muy vergonzosa y sé el

bochorno por el que va a pasar. Oigo recorrerse la silla que hay a mi lado y Álex se pone de pie. Me quita mi copa y hace lo mismo que César.

—¡Espera, amigo, que voy!

—¿Pero dónde vas tú? —le grito—. ¡Déjalo, que es su momento! —no me hace caso. Natalia está escondida detrás de una servilleta y yo muerta de la risa. Álex se pone al lado de César y comienza a moverse al compás. O al menos lo intenta. Parecen patos mareados comparados con los bailarines, pero reconozco que están haciendo un gran esfuerzo. Me pongo en pie y les animo. Silbo y doy palmadas—. ¡Vamos, no seas tonta! —tiro de ella para que haga lo mismo que yo—. Disfruta del momento. ¡Esto solo pasa una vez!

—¡No! ¡Qué vergüenza! —grita y vuelve a taparse la cara—. ¡Nos están mirando! Ahora lo entiendo todo —dice, convencida—. Llevan preparando esto durante días, por eso salían tanto con la excusa de ir a correr.

Veo cómo Álex tropieza con sus propios pies y choca contra César. Este no es capaz de mantener el equilibrio y acaba en el suelo. Álex corre hasta él, le tiende su mano y le ayuda a levantarse. Tratan de volver al grupo para seguir el ritmo de nuevo, pero van totalmente a destiempo. La gente no para de reír y a mí está a punto de darme un ataque. Mi barriga duele y no consigo tomar el aire suficiente. Mis mejillas arden. Natalia por fin se relaja y acaba igual que yo.

La canción termina y el grupo se deshace entre aplausos y gritos de los que estamos allí. Los chicos vienen hasta nosotras y Natalia se tensa. César mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña cajita negra. Álex se sienta a mi lado y ambos miramos en su dirección. No

queremos perdernos detalle. César clava una de sus rodillas en el suelo y abre la cajita. Natalia pone las manos en su cara y llora.

—¡Sí!, isí!, isí! —no puedo contenerme y doy pequeños grititos de emoción.

—Natalia —de pronto todos se callan y César se pone serio—. Sabes lo difícil que es esto para mí —respira agitadamente por el baile—. Tú mejor que nadie conoces mi historia y por lo que he tenido que pasar —varias lágrimas corren por las mejillas de mi amiga—. Hasta hace unos meses huía de todo lo que tenía que ver con la familia, pero desde que te conozco eso ha cambiado, y a día de hoy ya no concibo mi vida sin vosotros —hace una pequeña pausa para continuar—. Con tu cariño y paciencia me has demostrado lo equivocado que estaba y que no soy la persona que creía. Está dentro de cada uno el querer ser de una manera u otra —sus manos tiemblan—. Estoy orgulloso de ti, mi vida. De tu fuerza y de lo que has logrado. No pasa un día sin que dé gracias al cielo porque supiste decir *basta* en el momento justo. Gracias a eso te tengo ahora conmigo y por eso quiero hacerte esta pregunta —traga saliva y mi corazón late con fuerza. Me siento tan nerviosa como ellos—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, César —todos gritamos mientras ellos se besan. Estoy tan feliz por mi amiga que podría saltar durante horas. Me giro para abrazar a Álex y está mirándome fijamente.

—Yo también tengo algo que decirte, Laura —«Oh, sí, llegó el momento», me digo, y mi estómago se llena de mariposas—. Hace tiempo me planteé formalizar un poco más esto que tenemos.

—Álex... —trato de parecer sorprendida.

—Quería pedirte que fueras mi novia —se pone en pie y le miro

extrañada. ¿Dónde va?—. Pero vamos a saltarnos ese paso.

Se gira hacia mí y mis ojos se agrandan al ver lo que hace. Está clavando su rodilla en el suelo.

—¿Qué coño haces? —es lo único que sale de mi boca. Todos ríen.

—Laura —vuelve el silencio y mi vello se eriza.

—No, no, no. No, ponte en pie, Álex —trato de levantarlo. Estoy tan asustada que no sé ni lo que hago—. Esto no era lo que tenías que decirme —los nervios me traicionan y me delato.

—Sé que no es lo que pensabas —carcajea—. Dejé que creyeras eso porque parecía hacerte feliz. Pero recuerda a qué me dedico —mete su mano en el bolsillo y saca una cajita verde aterciopelada—. Desde que desperté supe que habías descubierto mis notas.

—Álex —lloro—. Por favor, Álex... —mi barbilla tiembla.

—Laura —de nuevo desaparecen los ruidos—, solo tú has sabido sacarme del agujero en el que estaba metido.

—¡Ay, Dios mío! —le interrumpo. Miro a Natalia, a César, otra vez a Natalia y después a él. Soy incapaz de quedarme callada. No puedo creerme que esté haciendo esto.

—Antes de conocerte solo era un despojo —clava sus ojos miel de nuevo en los míos—. Un alma en pena que en lo único que pensaba era en abandonar este mundo. Pero un día llegaste tú, llamando mi atención y convirtiéndote en mi sospechosa favorita —siento mi corazón en la garganta—. Estoy locamente enamorado de ti, Laura. Eres un ser maravilloso cargado de energía positiva. Solo tú tienes el poder de conseguir hacer feliz a cualquiera con tan solo proponértelo —abre la caja y puedo ver un precioso anillo con una gran esmeralda en el centro—. ¿Quieres hacerme feliz a mí? —toma mi mano y me

ofrece el anillo—. ¿Quieres ser mi esposa? —intento hablar, pero no puedo, por primera vez estoy sin palabras.

—¡DI QUE SÍ! —gritan los de la sala. Álex sonrío mirándoles—. ¡DI QUE SÍ! —vuelven a gritar y mi garganta se llena de lágrimas.

—¿Qué me dices, rubita?

—¡Ayyy! —lloro como una niña pequeña—. ¡Ayyy! ¡SÍÍÍ! —me abraza y lloro en su hombro.

—¡HA DICHO QUE SÍ! —grita y todos aplauden. Cuando consigo calmarme me aparto y aprovecha para sacar el anillo de la caja y ponerlo en mi dedo—. Elegí una esmeralda porque me recuerda al color de tus ojos. Miro a Natalia y me enseña el suyo. Debí perderme el momento en que se lo puso César.

Durante el resto de la noche siento que floto. Estoy tan emocionada que tengo la sensación de que mis pies no tocan el suelo. Natalia parece estar igual que yo. Nos despedimos de nuestros amigos y subimos al coche.

—Gracias por esta noche, Álex. Ha sido maravillosa y no podré olvidarla jamás —sonrío mirando mi nuevo anillo.

—Apaga el móvil, esto todavía no ha acabado.

—¿Cómo que no ha acabado? —saca su teléfono, lo desconecta y lo guarda en la guantera.

—Apaga el tuyo —me dice—. He alquilado una habitación en un hotel a las afueras y no pienso dejar que nadie nos interrumpa esta noche —me guiña uno de sus ojos y arranca el motor—. Tenemos que ir practicando para nuestra noche de bodas.

Capítulo 58

Álex

Un año después

Mis manos sudan y estoy realmente alterado. El nudo de la corbata aprieta mi cuello y siento que me ahoga. Camino por la habitación mientras trato de tranquilizar mis nervios. César está sentado en una de las sillas y no para de temblar. Tiene los codos apoyados en las rodillas y con las manos sujeta su cabeza. Le diría algunas palabras para sacarle de ese estado, pero hoy soy incapaz. Estoy exactamente igual que él.

—Álex, yo no sé si voy a poder hacer esto —dice sin mirarme.

—¿Y crees que yo sí? —me paro frente a él.

—¿Y si no soy la clase de marido que espera Natalia?

—No digas idioteces, amigo —pongo mis manos sobre sus hombros—. Tú prácticamente llevas siendo su marido un año. Solo os faltan los papeles.

—Estoy acojonado, Álex.

—Si te sirve de consuelo, yo también. Saldría corriendo ahora mismo, pero quiero llegar a viejo con mis genitales en su sitio. Laura me cortaría los huevos en un abrir y cerrar de ojos si le insinúo algo de esto.

Aunque les dimos la opción de que cada una pudiera tener su día especial, las chicas se empeñaron en que nos teníamos que

casar todos el mismo día. La puerta se abre y entra el que será a partir de ahora mi suegro. El padre de Laura.

—¿Cómo vais por aquí, muchachos? —hace unos meses que finalmente Laura dio el paso y le perdonó. En un principio se negaba, pero después de explicarle que necesitaba cerrar ese círculo de su vida para poder ser completamente feliz me hizo caso. Conseguí ponerla en la piel de su padre usando como ejemplo lo que nos pasó en el hospital y parece que funcionó. Creo que ha sido la única vez que ha seguido uno de mis consejos, y me alegro por ello. Entiendo tan bien a ese hombre. Sé lo loco que te puedes llegar a volver cuando pierdes a la persona que amas.

En cuanto recibió la invitación para la boda hablaron y todo se solucionó. Desde entonces no pasa una semana sin que se llamen o se vean para saber cómo están. El hombre es mucho más cariñoso de lo que creía con ella y la trata como si fuera de cristal. Extrañamente, a ella parece gustarle. Imagino cuánto la debe haber echado de menos.

—Seguimos a la espera —contesto. Nuestras futuras mujeres llevan toda la mañana preparándose en una de las habitaciones y parece que no tienen prisa. Hemos alquilado una preciosa finca para la boda y los invitados están en el jardín.

—Me estoy mareando —oigo decir a César. Se pone en pie rápidamente, y lo único a lo que le da tiempo es a coger una pequeña papelera que hay en la habitación y vomitar en ella.

—¿Sabe Natalia que estás preñado? —trato de reírme de la situación.

—Vete a la mierda —dice entre arcadas. Abro las ventanas para que entre un poco de aire y veo a los hijos de mi amigo jugar en el césped. Están realmente preciosos. Ya dicen algunas palabras y se me cae la

baba con ellos. Han salido a su padre. Los dos son completamente rubios y tienen los ojos azules. No veo el momento de poder formar mi propia familia, pero debo tener paciencia. Hasta que los médicos no nos den el visto bueno no habrá nada que hacer.

—¿Te encuentras mejor? —le digo mientras se cepilla los dientes. Asiente y cuando acaba se da aire con las solapas de la chaqueta.

Su móvil vibra encima de la mesa y es el mensaje que esperábamos.

—Están listas —dice. Me mira y tiene los ojos bastante rojos por el esfuerzo. Puedo hacerme una idea de cuánto le está costando dar este paso. Aunque está superando su trauma, la palabra *matrimonio* siempre le hace pensar en sus padres y en lo que pasó con ellos. Estoy seguro de que poco a poco le irá perdiendo el miedo.

Colocamos nuestras corbatas y alisamos nuestros trajes.

—Estamos rompedores, amigo —digo mirándome en el espejo—. Vamos a enseñarles a nuestras novias la mercancía que están a punto de adquirir —ríe, y eso me alivia.

Salimos de la casa y caminamos hasta el arco de flores. Justo debajo está el altar. Todas las personas que hay allí nos paran para darnos la enhorabuena y tardamos en llegar. Sonia se acerca a mí.

—Te quiero, hermanito —dice mientras besa mi mejilla—. No imaginas lo orgullosa que estoy de ti —se marcha para dejarme continuar mientras me guiña uno de sus ojos.

Cuando por fin llegamos, nos colocamos en nuestro lugar y esperamos.

—Si ves que me caigo sujétame. No quiero salir en las fotos con un huevo en la frente —dice César y río a carcajadas.

—No seas exagerado, amigo —mira hacia atrás y veo cómo su respiración se corta y su pecho se hincha.

—Creo que acaban de irse todos mis miedos, Álex —me giro para buscar lo que está viendo y mi corazón comienza a latir como si fuera el de un colibrí. Soy incapaz de contabilizar mis pulsaciones. Laura, mi futura esposa, viene caminando junto a Natalia. A diferencia de lo que creía, sus vestidos son distintos. El de Natalia es de gasa y seda y el de Laura de finos encajes.

Una bonita canción comienza a sonar y una gran bola de emociones se forma en mi garganta. Tengo que sujetar mis lágrimas para que la gente no me vea llorar.

Una brisa llega hasta nosotros en ese momento y mi vello se eriza. Juraría haber oído a Gema decir «Sé feliz, Alejandro». Sacudo mi cabeza y trato de centrarme en el momento, por suerte la sensación desaparece pronto.

—Tío —susurra César—. La tensión del momento está empezando a afectarme demasiado.

—¿Por qué? —le pregunto. Temo que realmente se desmaye.

—Llámame loco, pero acabo de oír a mi madre hablándome —mi vello vuelve a erizarse...

Cinco años después

—¡Tío Álex! ¡Tío Álex! —Hanni y César junior vienen corriendo hasta mí.

—¡Hola, campeones! —me inclino hacia ellos y levanto a uno en cada brazo—. ¿Cómo están mis chicos favoritos?

—¡Biennn! —gritan—. Teníamos muchas ganas de verte a ti y a la tía

Laura.

—A ver, demostrádmelo —hincho mis mofletes y comienzan a darme besos en ellos. No paran hasta que han conseguido que expulse todo el aire—. Uy, sí que es verdad. Me habéis echado mucho de menos — desde que acepté la propuesta del comisario y pasé las oposiciones para acceder al puesto, Laura y yo tenemos menos tiempo para visitarles.

—¿Quién quiere regalos? —dice Laura mientras saca varias bolsas del maletero.

—¡YOOO! ¡YOOO! —gritan los pequeños, poniéndose nerviosos, y les bajo al suelo. Corren hasta ella y la ayudan a descargar el coche.

—Hasta que no comamos no podéis abrirlos —les avisa Laura.

—Jooo, no es justo —todos reímos al oír a Hanni hablar como una mujercita.

Esperan pacientes y, como hemos acordado, al terminar de comer les entregamos los regalos. Laura además les pone unas camisetas que encargó hace unos días y parecen conformes. Mientras ellos juegan, César y yo hablamos sobre nuestras cosas. Laura y Natalia hablan bajito entre ellas y eso me mosquea. Señalan a los niños, ríen y después me miran.

—César, Hanni, ¿podéis venir? —les llama su madre. Protestan por tener que dejar de jugar, pero al final ceden—. Llevadle esto a papá y al tío Álex —les entregan unos vasos de plástico con limonada y nos los traen.

—¿Está fresquita? —les pregunto mientras río. Van derramando todo el líquido en sus ropas.

—Ufff, sííí. ¡Qué fría está! —dice Hanni y me levanto para ayudarla.

Extiende su vaso hacia mí cuando estoy llegando y me fijo en su camiseta. Hay una frase en ella.

“Vamos a ser primos”. Arrugo mi frente y miro a Laura. No entiendo por qué les ha comprado una camiseta en la que ponga algo así. Está sonriendo de una manera extraña y siento una corazonada. Tomo el vaso que trae el pequeño César y me fijo en la suya. “Enhorabuena, tío Álex, vas a ser papá”.

—¿¡QUÉ!?! —la piel de mi cuello se tensa y mis ojos se abren como platos.

—¡Dales la vuelta! —grita Laura. Giro a los niños y sigo leyendo.

“¡Hola, papá! ¿Qué seré?”. Mi pecho comienza a moverse involuntariamente. “¿Musculitos o rubita?”. Mis ojos se llenan de lágrimas y mi corazón bombea con tanta fuerza que retumba en mis oídos.

—¡SÍÍÍ! —César golpea mi espalda—. ¡VOY A SER TÍO! —soy incapaz de mover un solo músculo de mi cuerpo. Me quita los vasos y lanza el líquido de uno de ellos contra mi cara—. ¡Reacciona, *atontao*! ¡Vas a ser padre! —todos ríen.

—¡VOY A SER PADRE! —grito con todas mis fuerzas cuando la lucidez vuelve a mi mente y corro hasta Laura. La rodeo con mis brazos y la levanto del suelo—. ¡VOY A SER PADRE! ¡DIOS MÍO, NO LO PUEDO CREER! ¡VOY A SER PADRE! —beso sus labios y siento que acaba de hacerme el hombre más feliz de la tierra.

La vida me ha dado muchos palos en los últimos años y de todos he aprendido tres reglas importantes: mientras el sol siga saliendo, todo tiene solución; cualquier cosa que te propongas la puedes conseguir si te esfuerzas, y nunca debes decir *nunca*.

Viví bajo una nube negra porque yo mismo me la impuse, me negaba a creer que mereciera siquiera respirar. Está claro que no hay peor enemigo que uno mismo. Cuando Laura entró en mi vida me hizo ver lo equivocado que estaba. Su vitalidad y ganas de comerse el mundo abrieron mis ojos. Estaba perdiendo un tiempo valiosísimo de la manera más absurda y jamás lo recuperaría. Como ella me dice a veces, “cada minuto que se va no vuelve”. Somos aves de paso y por ello tenemos que disfrutar mientras podamos. A veces, escuchar a otros puede ayudarte más de lo que crees. Ya sean parejas, amigos o conocidos, si esas personas te aprecian dales una oportunidad. Desde nuestro pozo oscuro no vemos la realidad y sus palabras pueden abrirnos muchas ventanas.

Todos merecemos una segunda oportunidad. Todos cometemos errores y aunque muchos no se puedan enmendar, tenemos que aprender a vivir con ellos. La vida te puede cambiar en un segundo, para bien o para mal, y es demasiado bonita como para desperdiciarla, de nada sirve el lamento. Apoyémonos unos en otros. No sé qué hubiera sido de mí si César no llega a cruzarse en mi camino. Aunque él también estaba muy jodido, ambos fuimos el bastón del otro durante años, y gracias a ello hemos llegado hasta aquí.

Laura es un vivo ejemplo de superación, pasó por una horrible enfermedad y gracias a su fuerza mental no ha dejado en ella nada más que una pequeña cicatriz exterior. Mentalmente ni eso. Consiguió reponerse completamente y sigue tan feliz como siempre. Ha creado junto a Natalia una asociación para mujeres maltratadas y ambas se sienten muy orgullosas de poder ayudar a todas esas personas que sufren violencia de género.

Dile siempre a tus seres queridos cuánto les quieres. Disfruta cada

momento con ellos como si fuera el último. Nunca sabes lo que pasará mañana. No malgastes tu vida. Solo tenemos una y hay que disfrutarla al máximo. Como no se puede dar marcha atrás, olvidémonos de los malos recuerdos, solo son, como dije antes, una pérdida de tiempo.

Persigue tus sueños, supera barreras, aparta los pensamientos negativos de tu mente y obtendrás la receta de la felicidad.

FIN

Epílogo

Elena García

Queridos lectores, no podéis imaginaros lo que me ha costado escribir este epílogo. Está siendo muy muy duro saber que con él me despido de mis amados César y Álex. Con lágrimas en los ojos tengo que anunciar que aquí termina esta historia. Solo espero que hayáis disfrutado de ella tanto como disfruté yo escribiéndola. Empecé *Dr. Engel* en octubre de 2015, y desde entonces sus personajes han formado parte de mi vida. Ocho meses en los que he olvidado que eran ficticios y les he tenido presentes en cada momento, en los que les he hecho pasar por mil y una fatigas (espero que me perdonen algún día) y en los que me he sentido orgullosa de ver sus progresos.

Reconozco que he sido algo perversa y he puesto a prueba vuestras emociones. Hemos pasado de las risas al llanto, del miedo a la rabia, de la intriga al odio. Y no nos hemos olvidado del erotismo.

Dr. Engel y *El tormento de Álex* son más que una simple historia. Son una lección de vida, un ejemplo de que por muy mal que estén las cosas, siempre se pueden solucionar. Cada una de estas novelas tendrá un lugar en mi corazón y espero que también en el vuestro.

Podéis seguirme en Facebook, allí anunciaré nuevas historias y os mantendré informados de todo.

<https://www.facebook.com/elenagggg>

Dr. Engel

<https://www.facebook.com/DoctorEngel/>

El tormento de Álex

<https://www.facebook.com/eltormentodeÁlex/>

Grupo de Facebook: Elena García (Novelas)

<https://www.facebook.com/groups/elenagarcia/>



Elena García

Escritora española de novela romántica, nació en Toledo el 17 de mayo de 1979. Es especialmente conocida por su primera novela, Dr. Engel (2015), con la que obtuvo un gran éxito en una famosa aplicación de lectura. En ella narra la historia de Natalia, una chica maltratada por su pareja y a quien la suerte parece tener olvidada.

El tormento de Álex (2016) es la secuela de Dr. Engel, pero centrada en otros personajes también protagonistas. Lejos de la famosa frase “segundas partes nunca fueron buenas”, está siguiendo los mismos pasos que la primera. Aun así, ambas obras se pueden leer por separado.

Desde que comenzó a escribir en 2015 no ha parado en ningún momento. Asegura que es su manera de abrir el corazón y se siente bien haciéndolo. Actualmente está escribiendo La marca de Sara, una historia distinta a las anteriores y que espera tener terminada muy pronto.

Se casó a la temprana edad de 16 años, y fruto de ese matrimonio nacieron sus dos hijos. Vive con ellos y su marido en un pequeño pueblo de Toledo.